

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS



**LOS MUROS DE DIOS EN LAS TIERRAS DEL REY.
LOS COMPLEJOS MISIONALES DOMINICOS DE LA REGIÓN
FRONTERA EN LA ANTIGUA CALIFORNIA, 1774–1854**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO EN HISTORIA

P R E S E N T A

ERICK PÉREZ CENTENO

Directora y director de tesis:

Dra. Isabel María Povea Moreno

Dr. Pedro Espinoza Meléndez

Tijuana, Baja California

Agosto de 2022

Esta investigación fue realizada gracias al apoyo del
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

ÍNDICE

ÍNDICE	2
AGRADECIMIENTOS	4
INTRODUCCIÓN	6
1. Balance historiográfico.....	9
2. Objetivos, preguntas e hipótesis.....	20
3. Estructura de la tesis.....	25
4. Fuentes.....	26
CAPÍTULO I. LA MISIÓN Y EL SISTEMA MISIONAL EN LAS CALIFORNIAS: LA REGIÓN DE LA FRONTERA, (1774-1849)	34
1. Las Californias en las órbitas imperiales.....	34
1.1. Las Californias en la órbita de la Corona española tras la expulsión jesuita.....	34
1.2. Las Californias en las órbitas extranjeras	42
1.3. La Californias en un nuevo régimen. Las misiones dominicas en el México independiente	48
2. La misión	53
2.1. Fundación y organización de la Iglesia Católica	53
2.2. La evangelización de los infieles	56
2.3. La reducción de los infieles al dominio y gobierno hispánicos	60
3. El sistema misional.....	63
3.1. Contener y transformar a “la gentilidad”	64
3.2. Conquistar y configurar el espacio.....	67
4. La región Frontera de la Antigua California: “Misiones frontera”	72
CAPÍTULO II. PAISAJE CULTURAL: CONSTRUCCIÓN Y TRANSFORMACIÓN DEL ESPACIO NORTE DE LA PENÍNSULA DE CALIFORNIA.....	78

1. Fisiografía del área de estudio	80
2. Movilidad estacional y ocupación simbólica de los grupos indígenas.....	91
3. La estructura misional: apropiación, articulación y modificación del espacio.....	103
CAPÍTULO III. EL PAISAJE DE LA REGIÓN FRONTERA A PARTIR DE LOS COMPLEJOS MISIONALES DOMINICOS (1774-1800).....	
1. La conquista del “país intermedio”: los complejos misionales dominicos y la unión de las Californias	128
1.1. Santo Domingo de la Frontera	148
2. Reducir a los “gentiles” de las sierras y alcanzar el río Colorado	160
1.2. San Pedro Mártir de Verona	173
CAPÍTULO IV: DECLIVE MISIONAL, RUPTURA DEL PAISAJE (1798-1854).....	
1. Larga ruptura del paisaje misional dominico.....	190
1.1. Santo Tomás de Aquino: territorio y complejo misional	218
1.2. Santo Tomás: de complejo misional a colonia militar	226
CONCLUSIONES	237
ANEXO: RELACIÓN Y LOCALIZACIÓN DE LOS COMPLEJOS MISIONALES DOMINICOS.....	247
ARCHIVOS.....	248
BIBLIOGRAFÍA	249

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación se llevó a cabo a lo largo de dos años y medio llenos de acontecimientos, y estuvo financiada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). Muchas fueron las personas que directa o indirectamente, de forma presencial o a distancia, estuvieron involucradas en su inicio, desarrollo y termino. A ellas y ellos toda mi gratitud.

A la Dra. Isabel María Povea Moreno y al Dr. Pedro Espinoza Meléndez les agradezco enormemente por la grata experiencia que significó esta codirección de tesis. La asesoría, el seguimiento, la conducción, los ánimos, las recomendaciones, la confianza y el tiempo que ambos tuvieron conmigo fueron gestos invaluable sin los cuales esta investigación no hubiera sido posible.

De manera particular, a la Dra. Isabel Povea le agradezco que en su momento aceptara dirigir esta tesis y que continuara haciéndolo aún con la nueva oportunidad académica que le surgió en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Le agradezco también por haber identificado las inquietudes con las que llegué a la maestría y por haberme ayudado a darles forma; reforzar mi gusto por los temas virreinales, y por los recursos de investigación y materiales proporcionados que resultaron de gran utilidad para la realización de la tesis.

Al Dr. Pedro Espinoza le estoy agradecido, primero, por haber aceptado ser mi lector de tesis durante el segundo coloquio de maestría, en donde sus comentarios y sugerencias fueron de una ayuda inmensa y contribuyeron mucho al desarrollo de la investigación. En segundo lugar, le agradezco haber pasado a ser mi director de tesis. Gracias por las propuestas y sugerencias que enriquecieron la tesis y que me permitieron aproximarla hacia la propuesta historiográfica del giro espacial. Asimismo, agradezco las charlas, los materiales y el apoyo brindados en todo momento.

Mi más sincera gratitud a mis otros lectores de tesis: el Dr. Miguel Ángel Sorroche Cuerva y el Mtro. Gabriel Fierro. Agradezco y valoro el tiempo que ambos se tomaron para leer y reflexionar en torno a mis avances. Sus comentarios y observaciones fueron de un valor inmenso y dieron pie a que la tesis experimentara mejoras substanciales.

Quiero extender mi agradecimiento al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California. Gracias a las y los profesores de la maestría en historia, quienes con sus clases me permitieron adentrarme en la investigación histórica y

complementar mi formación de abogado con la de historiador. Asimismo, quiero agradecer al personal encargado del Archivo del IHH, su apoyo de manera presencial o a distancia facilitó el trabajo de archivo en medio de la pandemia.

Mi agradecimiento y reconocimiento a cada una y uno de mis compañeros del posgrado, la generación “pandemia” de la maestría. Gracias por haberme permitido conocer otros temas de investigación que me resultaban desconocidos, por los materiales compartidos, por los diálogos en clase y por la convivencia que tuvimos pese al confinamiento impuesto por la pandemia.

Un especial agradecimiento al personal del Archivo Histórico de la Provincia de Santiago de México del Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas (IDIH). Sobre todo, a fray Antonio Novoa, director del IDIH, por la disponibilidad y disposición que tuvo para que yo pudiera visitar el acervo histórico de la Orden de Predicadores en México pese al contexto de pandemia, y al Mtro. Hugo Daniel López, responsable del proyecto bibliográfico del IDIH, por su amable recibimiento, su valiosa explicación y ayuda en torno a los materiales que al respecto del las misiones dominicas en California dicho repositorio conserva.

Inmensamente agradecido estoy con Alexandra. A ella debo los ánimos e impulsos que me llevaron a emprender la maestría en historia. Su amor, cariño, apoyo, comprensión y compañía fueron luz y fuerza a lo largo del posgrado. Doy las gracias también a la Sra. Ofelia, al profesor Emilio y a la nana Eva por su apoyo, afecto y hospitalidad.

Mi gratitud también está con las amigas y amigos que dejé en la Ciudad de México, quienes en ningún día dejé de echar de menos. Aún con la distancia y la pandemia de por medio, siempre se hicieron presentes de una u otra forma, y sus ánimos y entusiasmos en todo momento me acompañaron.

A Tayde, mi madre, le agradezco su amor, su apoyo y las largas conversaciones telefónicas con las cuales rompíamos la distancia. Doy las gracias también al resto de mi familia, en especial a mis hermanos Saúl, Joel y Alejandro, de quienes siempre he recibido ayuda y ánimos. Por la dicha que representan para la familia, gracias también a mis sobrinos Yareth, Julieta, Quetzalcóatl y el o la bebé que viene en camino.

Por último, doy gracias infinitas a mi abuela Juanita; sé que hubiera disfrutado escuchar sobre las misiones dominicas de California. A su memoria dedico esta tesis.

INTRODUCCIÓN

Sin que en su momento lo supiera o incluso lo imaginara, el interés que impulsó la presente investigación comenzó a desarrollarse en el año de 2009, cuando cursaba el bachillerato en artes y realicé una excursión a la Sierra Gorda de Querétaro. Uno de los propósitos de la visita fue analizar la arquitectura barroca de las antiguas misiones franciscanas que se habían fundado en esta región durante la década de 1750.

En su momento estos espacios me impresionaron mucho. El trazo del plano de las misiones, su arquitectura y sobre todo la iconografía de sus fachadas eran muestra palpable del denso proceso histórico que, a mediados del siglo XVIII, habían consistido la reducción y conversión de los indígenas seminómadas que poblaban una zona entonces considerada impenetrable. Sorpresa me causó también conocer sobre los grupos indígenas jonaces, ximpeces y pames, los cuales tienden a ser todavía homogenizados bajo el término “chichimecas”, al igual que otros grupos indígenas al norte de los valles centrales.

Como resultado de esa excursión, caí en cuenta también en la relación histórica que hay entre algunas ciudades de la actual California estadounidense y el pasado virreinal de México. El personaje que hizo evidente esto en su momento fue fray Junípero Serra, cuando me enteré que una vez cristianizada la Sierra Gorda, en 1768 fue enviado a la California junto con otros franciscanos para emprender una empresa misional similar a la realizada en Querétaro. En ese momento no tenía idea que aquellos franciscanos también habían sido enviados para sustituir a los jesuitas que entonces eran expulsados y que su destino, antes que Alta California, había sido primero la península. No obstante, la información obtenida a partir de la visita a Sierra Gorda hizo que comenzara a cobrar conciencia del panorama misional que se desarrolló en las Californias durante la segunda mitad del siglo XVIII.

En 2015 por primera vez visité Baja California. Pero no sería sino hasta una segunda ocasión que, indagando sobre los lugares históricos de la península, ahonde más en torno a la presencia jesuita y sus sitios misionales. Asimismo, el panorama indígena visualizado se amplió al saber de los grupos originarios que habitaron y habitan Baja California: guaycuras, pericues, cochimies, pa ipais, kumiais, kiliwas y cucapas. Las misiones franciscanas de la Nueva California tuvieron eco, al igual que fray Junípero Serra, el franciscano de quien escuché en la sierra queretana. Supe de las crónicas e historias misionales de jesuitas e

identifiqué trabajos y a algunos historiadores que han abordado la historia de las misiones en las Californias, como Miguel León-Portilla, Ignacio del Río, Salvador Bernabéu, entre otros.

Mis indagaciones me condujeron hacia algo que no esperaba encontrarme en Baja California: la presencia misional de los frailes dominicos. Si bien desde antes tenía una idea de que los jesuitas se habían dedicado a la evangelización del noroeste y que, como ya conté, con mi excursión a la Sierra Gorda y saber de las misiones de Alta California, tuve presente que los franciscanos desarrollaron una presencia misional al norte del virreinato, nunca pensé, en cambio, que los dominicos hubiesen emprendido también una labor misional en el norte y mucho menos en la California peninsular. Esto solo aumentó mi curiosidad, sobre todo porque rápidamente me pareció que, dentro del estudio de la historia de la evangelización de las Californias, las misiones de los dominicos pasaban casi desapercibidas. De pronto las menciones de las misiones jesuitas en cierta forma me resultaron abrumadoras y, por otro lado, las de las misiones dominicas me parecieron muy escasas.

Enterarme de la presencia de los predicadores me hizo saber que los sitios misionales en Baja California no solo habían sido jesuitas y que no se limitaron a las construcciones de cantera que hoy perduran. La extensión misional de los frailes dominicos se dio hasta el noroeste del estado de Baja California, no muy lejos del espacio que hoy ocupan ciudades como Tijuana, Rosarito y Ensenada, en donde intentaron establecer una comunicación terrestre entre ambas Californias, con la finalidad de evangelizar a los indígenas y evidenciar una colonización hispánica a lo largo de esta región. Con esto pude identificar las diferentes fundaciones que conformaron dicho avance misional. A su vez, se me fueron presentando las imágenes que me daban cuenta de su existencia como sitios arqueológicos y del estado de ruina de sus muros de adobe.

Mi atención dejó de centrarse en los franciscanos y jesuitas. Me intrigaron más las ruinas de las fundaciones dominicas en el noroeste de la península, despertaron en mí una curiosidad por saber cómo es que fueron construidas, cuáles habían sido sus características, sus diseños y dimensiones, además del talante que había adquirido la empresa misional de los frailes predicadores. Para mí, el hecho de que estos sitios ahora guardarán un estado de gran ruina no era justificación para que no tuvieran la misma atención que recibían otros edificios de carácter misional, como los de Baja California Sur. En mi opinión de entonces,

aún había demasiado por decir sobre la presencia misional dominica en la península y, sin embargo, muy poco se había trabajado al respecto.

Por esas fechas, de una librería de viejo llegó a mis manos la obra de Peveril Meigs que la Universidad Autónoma de Baja California había traducido y publicado. Asimismo, conseguí unos cuantos textos de Ignacio del Río, Mario Alberto Magaña, Salvador Bernabéu y Miguel Ángel Sorroche. A partir de la lectura de estos autores, vi la posibilidad de emprender un proyecto de investigación que, con una inclinación hacia la historia del arte, procurara dilucidar las características constructivas, arquitectónicas y estilísticas de los edificios misionales en el extremo norte de la península de California. Esta idea parecía cobrar forma cuando en el proceso de admisión al posgrado, presenté una propuesta de investigación que proyectaba un análisis artístico aplicado a todas estas misiones dominicas.

En la entrevista para ingresar a la maestría se me cuestionó sobre los aspectos artísticos que pretendía analizar en las misiones dominicas, ya que estas desde hace tiempo se hallan en un estado de tal ruina que se reducen a unos cuantos muros de adobe y restos de piedra. En aquel momento creía que el estado corroído de los sitios misionales no sería un problema para hallar la esteticidad de estos edificios, ya que pensaba apoyarme en fuentes documentales y en estudios que desde la historia del arte han analizado otros espacios misionales del norte de México. Estaba convencido de que, pese a su austeridad constructiva, las misiones dominicas de Baja California respondían a patrones estilísticos del arte virreinal, como las viejas misiones jesuitas o como las misiones franciscanas que vi en la Sierra Gorda.

Sin embargo, en el transcurso de la maestría, de las lecturas, de su debido proceso reflexivo y de las sesiones de tutorías con mi directora y director de tesis, fui comprendiendo que más que a un sentido estético, las características constructivas y arquitectónicas de los complejos misionales dominicos, como los denominé, respondieron principalmente a las necesidades habitacionales y funcionales del propio proceso de reducción, conversión y defensa que representaba la colonización misional desplegada en las Californias a finales del siglo XVIII. Asimismo, me fui percatando que jamás hubo una estructura definitiva en el plano arquitectónico de las misiones, sino que su construcción era un proceso que a veces podía durar varios años y que estaba estrechamente vinculado a la situación de la fundación. Con esto quiero decir que los complejos misionales en la Frontera, si bien tuvieron un año en el que comenzaron a ser construidos, es probable que nunca hayan sido terminados, porque

las obras de albañilería se emprendían según las necesidades que surgieran o el grado de desarrollo poblacional y productivo que las fundaciones alcanzaran.

Lejos de ser un obstáculo para la investigación, esta circunstancia se convirtió en una virtud, en una fuente de posibilidades. El hecho de que los complejos misionales carecieran propiamente de una esteticidad no los hace menos interesantes como objetos de investigación, ya que, en tanto espacios, su dimensión histórica, territorial, política, religiosa, social y económica es palpable. Las misiones dejaron de parecerme meras estructuras de adobe y de piedra en las cuales se hacen presentes o se identifican este o aquel estilos arquitectónicos. Comencé a comprenderlas más desde un enfoque propiamente histórico, el cual me fue permitiendo, a través del análisis de los procesos históricos, explicar y dilucidar los espacios misionales, y viceversa, a través de los complejos misionales, hacer presentes los procesos históricos, que cobraran un mayor sentido al verse en los espacios. Puesto que, más allá de los aspectos artísticos, los complejos misionales fueron enclaves o lugares en los que se desplegaron territorialidades, formas de ocupación y apropiación del espacio. Estos complejos representaban, a su vez, fracturas o alteraciones en los paisajes preexistentes, además de constituir otros nuevos.

1. BALANCE HISTORIOGRÁFICO

La investigación histórica sobre la presencia misional dominica en Baja California partió de un interés por definir y explicar la región histórica de la Frontera. Entre las décadas de 1920 y 1930, Peveril Meigs, un geógrafo estadounidense, conformó su tesis doctoral recorriendo la orografía que comprenden los sitios de las ruinas misionales que entonces había y aplicó un análisis geográfico, histórico y estadístico a cada una de las misiones fundadas, todo esto con el propósito de definir y explicar el proceso de configuración que la región histórica de la Frontera de Baja California tuvo a partir de la llegada de los frailes dominicos. En el camino, Meigs describió las características orográficas y climáticas de los sitios donde se levantaron los complejos misionales, así como la flora y la fauna de las regiones, y se trazaron los puntos de mayor presencia de los grupos indígenas. A su vez, trató de identificar los muros y otros restos constructivos que conformaban los complejos misionales, ya para entonces en un estado de gran ruina, y elaboró, a partir de ellos, una serie de planos que

permitieran comprender la distribución de los principales recintos que integraban a las misiones, y la distribución que estas tenían a lo largo de la geografía bajacaliforniana.

En 1960, influido por el trabajo de Meigs y siguiendo la escuela de *Spanish Borderlands*, de cierta raíz turneriana, apareció la obra de Albert B. Nieser, que, desde una posición confesional y con perspectiva más histórica, se planteó como objeto principal de análisis la labor evangelizadora dominica en la Frontera. Esta obra vincula el caso de la Frontera con el proceso histórico que la Orden de Predicadores venía desarrollando en América desde su arribo a las Antillas, a principios del siglo XVI, y que, en lo concerniente a Baja California, adquiere relevancia por haber sido parte de un esfuerzo que, desde la forma en como los frailes predicadores entienden y practican la labor apostólica, buscó extender el catolicismo y el control de la Corona española en los extremos del imperio.¹

Los dominicos venían de una extensa tradición evangelizadora en América. A lo largo de esta habían padecido grandes transformaciones a causa de la confrontación que se había desatado al interior de la orden entre la noción “monástica” y la “apostólica”, así como a la relevancia y urgente necesidad que había por establecer procedimientos efectivos que permitieran expandir la fe católica. Al respecto, los trabajos de Robert Ricard y Daniel Ulloa son de mucha ayuda, pese al carácter confesional y apologético que cargan,² ya que explican el amplio panorama de las primeras empresas evangelizadoras de los dominicos en la Nueva España, un episodio misional de suma importancia debido al eco que posteriormente tendría en procesos de evangelización como los desarrollados en Oaxaca, Guatemala, Querétaro³, y en la Antigua California.

La primera etapa de estudio que arrancó con Meigs y Nieser y que, desde las misiones, buscó explicar y comprender de manera general el territorio de la Frontera, sirvió de estructura o respaldo historiográfico para arrancar con otros trabajos alrededor de la presencia misional dominica en Baja California, sobre todo a partir de que las obras de estos dos autores fueron traducidas y publicadas en español por la Universidad Autónoma de Baja California

¹ Nieser, A. B, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UABC, Colección Baja California: nuestra historia, 1998.

² Robert Ricard, *La conquista espiritual de México* (México: FCE, 2017); Daniel Ulloa, *Los predicadores divididos. Los dominicos en Nueva España, siglo XVI* (México: El Colegio de México, 1977).

³ Arroyo, Esteban, *Las misiones dominicanas en la Sierra Gorda de Querétaro*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1998.

a finales de la década de los noventa, logrando un mayor alcance entre el público académico e aficionado.

Mientras tanto, hasta principios del siglo XXI, la propuesta de Meigs para estudiar las misiones parece haber sido replicada sobre todo por historiadores estadounidenses, como Peter Gerhard, Michael Mathes y Edward W. Vernon, quienes aplicando una revisión histórica a cada una de las fundaciones misionales conformaron distintos estudios generales sobre el proceso de evangelización operado por jesuitas, franciscanos y dominicos en ambas Californias.⁴ La consulta de estos trabajos es de utilidad, pero también es cierto que muchos no profundizan el análisis histórico y solo recogen información general sobre cada misión.

Por otra parte, la dimensión religiosa que constituía a la misión no era la única a considerar, esta también respondió a concretos intereses territoriales de la Corona española. Su establecimiento pretendía consolidar y marcar el avance del dominio hispánico en los extremos del imperio. En ese sentido, con las redes de fundaciones misionales que las órdenes religiosas trazaban para reducir en pueblos y cristianizar a los grupos indígenas, iban configurando el territorio a través de la definición de caminos y rutas comerciales. Todas estas circunstancias abrieron un enfoque de estudio que analizó las características institucionales de la misión en un contexto de frontera, sobresaliendo los estudios de Herbert Eugene Bolton en la primera mitad del siglo XX.⁵ Bolton, interesado en la presencia hispánica que había existido en el suroeste de los Estados Unidos, dedicó buena parte de sus investigaciones al estudio de la misión, el presidio, los pueblos de españoles y los reales de minas, con el propósito de explicar aquel territorio que la historiografía ha llamado Septentrión novohispano. De ahí que concibiera a la misión religiosa como institución de una frontera que comenzó a darse por sentada. Sin embargo, esta percepción ha sido criticada de forma reciente por diversos investigadores, como Cecilia Sheridan Prieto, quien explica que

⁴ Michael Mathes, *Misiones en el Camino Real Misionero del Estado de Baja California* (Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Centro INAH en Baja California, 2003); Peter Gerhard, “Misiones de Baja California”, *Historia Mexicana* III, núm. 4 (junio de 1954): 600–605; Edward W. Vernon, *Las misiones antiguas: The Spanish missions of Baja California, 1683-1855* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2002); Martirene Alcántara-G., *Las misiones franciscanas de fray Junípero Serra*, 1. ed, Círculo de arte. Arquitectura (México, D.F: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 2005).

⁵ Herbert Eugene Bolton, “La misión como institución de la frontera en el septentrión de la Nueva España”, en *Estudios (nuevos y viejos) de la frontera*, ed. Francisco Solano y Salvador Bernabéu Albert (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricas/Departamento de Historia de América, 1991), 45–60.

la frontera virreinal lejos estaba de ser un territorio preconcebido, sino que se dio a partir de una idea de dominio imperial y se construyó a lo largo de un proceso histórico de territorialización.⁶ Su aportación será primordial para comprender y explicar el proceso que definió y construyó frontera virreinal al noroeste de la península de California.

En otro orden de ideas, el adverso panorama que colmó a la conquista misional en la península no se dio con la presencia dominica, sino que venía arrastrándose desde la expulsión jesuita y el arribo franciscano, quizá desde la rebelión de los “californios” de 1734. La historiografía es abundante en torno al periodo jesuita y en numerosos aspectos transparente, como una especie de preámbulo, muchas de las calamidades que más adelante los dominicos habrían de enfrentarse. Por su parte, la presencia franciscana en la península fue corta, sin embargo, destaca por haberse dado de forma paralela a las primeras fundaciones en lo que luego sería la Alta California y por haber marcado la línea de avance misional. Este gran territorio ha sido estudiado bastante, sobre todo por historiadores estadounidenses, como David J. Weber, quien observa la presencia hispánica en el límite meridional del actual Estados Unidos, en donde sigue la colonización emprendida en la Alta California, o Robert Jackson, uno de los impulsores de la “nueva historia misional” y quien analiza el impacto que la presencia misional franciscana tuvo en las estructuras indígenas de aquella provincia. Por su parte, los trabajos de Martha Ortega Soto han procurado rescatar a la Alta California como objeto de estudio para la historiografía mexicana y han demostrado que existe información suficiente para elaborar estudios cualitativos y cuantitativos en torno a la colonización que misioneros, neófitos, soldados y colonos desarrollaron en aquel territorio.⁷ Si bien la tesis se centra en las misiones dominicas fundadas en la península, considero importante tener presente en todo momento el proceso histórico que se desarrolló en la parte franciscana de las Californias.

⁶ Cecilia Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, Primera edición (México, D.F: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social: Instituto Mora, 2015); Cecilia Sheridan Prieto, “Diversidad nativa, territorios y fronteras en el noroeste novohispano”, *Desacatos* 10 (otoño-invierno de 2002): 13–29.

⁷ Martha Ortega Soto, “Colonización de la Alta California: primeros asentamientos españoles”, *Signos históricos* I, núm. 1 (junio de 1999): 82–102; Martha Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, Primera edición (México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2001); David J. Weber, *La frontera española en América del Norte* (México: Fondo de Cultura Económica, 2000); Robert H. Jackson, “The changing economic structure of the Alta California missions: A reinterpretation”, *Pacific Historical Review* 61, núm. 1 (mayo de 1992): 387–415.

Ya con una perspectiva general de la Frontera, desde las fundaciones misionales y del proceso de evangelización y adoctrinamiento operado en esa región por los frailes dominicos, la historiografía vio la necesidad de profundizar en aspectos específicos que hayan caracterizado el proceso dominico en Baja California. De ese modo, desde la perspectiva de la historia social, algunos esfuerzos buscaron desmenuzar la complejidad de la vida cotidiana en las misiones y las relaciones sociales establecidas por los diferentes grupos que habitaron o tuvieron un vínculo con los sitios de las misiones y su entorno: como fueron los misioneros, los grupos indígenas, los neófitos, los soldados de las escoltas, los exploradores y comerciantes extranjeros, el gobierno militar de las Californias e incluso las autoridades virreinales, eclesiásticas y la Corona. Al respecto, Lucila León ha visibilizado la vida de los soldados que integraban las escoltas misionales. Por su parte, Salvador Bernabéu ha analizado la resistencia de los indígenas a ser reducidos, las disputas entre militares y misioneros, así como las exploraciones y proyectos de colonización emprendidos en las Californias. Asimismo, destacan un artículo de David Zárate en donde se demuestra la contienda armada que los indígenas kumiai mostraron en contra del establecimiento misional, y uno de Alfonso Esponera, en donde, a partir de unos informes misionales, analiza el complejo panorama que las misiones dominicas de la Frontera enfrentaban en la década de 1780.⁸

Muy vinculados a esta perspectiva de la historia social, están los trabajos de Mario Alberto Magaña, los cuales se han centrado en el proceso histórico que representó la conquista misional dominica, con el propósito de explicar el poblamiento y la conformación de las identidades históricas de los grupos que habitaron el territorio definido por él como área central de las Californias. En sus primeros trabajos, Magaña solo se vio interesado en el proceso poblacional que los indígenas experimentaron durante el periodo misional dominico, de ahí que en su momento tomara como caso de estudio a la misión Santo Domingo de la Frontera.⁹ Pero en sus investigaciones posteriores incorporó al análisis a otros grupos

⁸ David Zárate Loperena, “La guerra kumiai en las postrimerías del siglo XVIII y la fundación de San Miguel Arcángel”, *Estudios Fronterizos* 14 (diciembre de 1987): 87–97; Alfonso Esponera Cerdán, “Baja California y sus misiones en la década de 1780”, en *Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico*, Hispania Sacra 53, 2001.

⁹ Mario Alberto Magaña, *Población y misiones de Baja California*, Primera Edición (México: COLEF, 1998).

socioculturales que también poblaron el norte de la península de California durante el tiempo que duro la presencia dominica, como fueron los soldados misionales y sus familias.¹⁰

Sobre esa línea de investigación y como resultado de una relectura de la obra de Albert Nieser, Mario Alberto Magaña también ha llevado parte de sus trabajos hacia el análisis de los frailes dominicos que laboraron en Baja California, tanto en su contexto como misioneros, así como miembros de la Orden de Predicadores. Esta iniciativa historiográfica coincide con la propuesta que han hecho otros investigadores como José Refugio de la Torre Curiel y Gilberto López Castillo, quienes insisten, como Magaña, en que una reescritura de la historia misional alejada de las antaños idealizaciones apologéticas en torno a los religiosos, no debe entenderse ahora como una atención exclusiva a los indígenas de misión, sino que tiene que desarrollar un análisis histórico amplio del proceso misional, que contemple a todos los actores históricos involucrados y que posibilite nuevas reflexiones alrededor de ellos.¹¹ Dentro de estos esfuerzos, para el caso del periodo misional en Baja California, se incluyen además los trabajos que han producido hace pocos años Wilfredo Chávez Moreno, quien ha abordado a los frailes predicadores desde sus intereses, tanto individuales como colectivos, y Luis Alberto Trasviña, que los estudia desde la evangelización y la administración institucional que operaron en la península.¹²

Hasta no hace mucho, por otro lado, un artículo de Ignacio del Río parecía ser el único trabajo dedicado al análisis del proceso de repartición misional en el que franciscanos, dominicos y autoridades virreinales estuvieron involucrados.¹³ Sin embargo, en los últimos años, el convenio franciscano-dominico de 1772, así como la división del campo misional de las Californias que se dio en virtud de dicho instrumento

¹⁰ Mario Alberto Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, Universidad Autónoma de Baja California, 2015; Mario Alberto Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, Segunda (México: Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2017); Magaña, *Población y misiones de Baja California*.

¹¹ José Refugio De la Torre Curiel y Gilberto López Castillo, *Jesuitas y franciscanos en las fronteras de Nueva España, siglos XVI-XIX* (México: Siglo XXI/El Colegio de Jalisco, 2020).

¹² Wilfredo Chávez Moreno, “Dominicos y neófitos: origen del campo católico en la frontera misional dominica de Baja California a finales del siglo XVIII e inicios del XIX” (Tesis para obtener el grado de Maestría en Estudios Socioculturales, Mexicali, Baja California, Universidad Autónoma de Baja California, 2018); Wilfredo Chávez Moreno, “Escasez, conflicto y naufragios: reclutamiento de dominicos españoles para las misiones de California a fines del siglo XVIII”, *Meyibó* Año 8, núm. 15 (junio de 2018): 45–75; Luis Alberto Trasviña Moreno, *Gobierno y misiones durante la administración dominica en la Antigua California (1772-1855)* (La Paz, Baja California Sur, México: Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2019).

¹³ Ignacio del Río, “La adjudicación de las misiones de la antigua California a los padres dominicos”, *Estudios de Historia Novohispana-UNAM* 18 (1997): 69–82.

jurídico, han merecido nuevas revisiones que arrojan otras luces alrededor de este episodio y que lo muestran con muchas más posibilidades de investigación que no solo se limitan a las misiones californicas. Al respecto, José Alejandro Aguayo Monay ha dejado muestra en un artículo sobre lo complicadas que fueron las discusiones para llegar a un acuerdo que acomodara a los dominicos en el escenario de la Californias. De igual forma, él junto con Mario Alberto Magaña recientemente han publicado la transcripción del expediente que integra el convenio franciscano-dominico, con lo cual hicieron más accesible el análisis de dicho documento.¹⁴ Estos estudios sobre la división del campo misional californiano serán de gran importancia porque dan a conocer las impresiones y definiciones dadas al espacio susceptible de dominio y porque permiten reflexionar en torno a la construcción de los territorios.

Lo mismo ocurre con el periodo en el que las misiones dominicas permanecieron activas después de proclamada la independencia de México. Anteriormente, el estudio de la presencia misional dominica en Baja California se centraba en la etapa virreinal y muy poco detenía su análisis en las décadas en las que las misiones religiosas confluían con los reacomodos políticos, religiosos y territoriales del imperio mexicano, primero, y luego de la república. Por unas décadas la historiografía misional en Baja California le dedicó poca atención al siglo XIX, a pesar de que Albert Nieser desarrollara en su tesis una explicación del declive dominico en la Frontera que llega hasta la década de 1840, pese a que su obra dice abarcar una temporalidad nominal de 1769 a 1822.¹⁵ Sin embargo, la primera mitad decimonónica en Baja California ha ido atrayendo una cierta atención historiográfica que ayuda a dilucidar varios aspectos de los últimos años de presencia dominica que enriquecen la información dejada por Nieser. En ese sentido destacan de nueva cuenta los trabajos de Mario Alberto Magaña en los que, para el caso de su “área central de las Californias”, analiza el proceso que significó la adjudicación de las tierras misionales por parte de los viejos soldados y sus familias, y en los que además se transparenta mucho el dilatado declive

¹⁴ José Alejandro Aguayo Monay, “El concordato franciscano-dominico de 1772: negociaciones sobre la división misionera de las Californias”, *Meyibó* Año 3, núm. 5 (junio de 2012): 107–32; Mario Alberto Magaña y José Alejandro Aguayo Monay, *La división de las misiones de la California de 1772* (México: Universidad Autónoma de Baja California-Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, 2020).

¹⁵ Albert B. Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822* (México: UABC, 1998).

misional.¹⁶ Asimismo aquellos de Martha Ortega Soto en donde estudia la secularización de las misiones en Alta California, así como el arribo extranjero a dicho territorio, ya que en conjunto posibilitan un análisis histórico más profundo e interregional.¹⁷

A estos esfuerzos se incorpora un artículo de Jesús Ruiz de Gordejuela, en donde se observan las complicaciones que el relevo misional de los frailes españoles representó una vez proclamada la independencia de México.¹⁸ Este artículo de Gordejuela resulta valioso por el análisis que hace sobre un aspecto poco estudiado como lo es el relevo misional, sin embargo, tiende a suponer que el cierre de las misiones se debió principalmente a la poca vocación que manifestaron los regulares mexicanos, cuando en realidad este fenómeno respondió a múltiples factores más, muchos presentes desde el siglo XVIII.

Otro trabajo relevante es la tesis doctoral de Pedro Espinoza Meléndez, especialmente los capítulos primero y tercero. Para el tema de la experiencia y el sentido de la misión y la secularización, en el primero realiza un análisis conceptual donde explica que el concepto misión fue acuñado por los jesuitas a mediados del siglo XVI en referencia a la evangelización de los infieles y en estrecha relación con la expansión de los imperios católicos; y que el concepto secularización, al que han respondido diferentes significados a lo largo del tiempo, es entendido en dos vertientes: como concepto histórico, que se refiere a la transferencia de las misiones en parroquias o a la transformación del régimen misional de propiedad de la tierra; y como categoría analítica, que remite al proceso mediante el cual distintos aspectos de la vida social y cultural dejan de estar bajo la tutela religiosa.¹⁹ Por su

¹⁶ Mario Alberto Magaña, “De pueblo de misión a pueblo fronterero: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”, *Estudios Fronterizos* 10, núm. 19 (junio de 2009): 119–56; Mario Alberto Magaña, “La transferencia misional en el contexto de la secularización liberal en el área central de las Californias, 1808-1834”, en *Imaginario misionero. Arte, arquitectura y testimonios de la evangelización en la frontera de la Nueva España* (Centro Cultural Tijuana, 2020), 75–102.

¹⁷ Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*; Martha Ortega Soto, “La secularización de las misiones en Alta California”, *Boletín del Archivo General de la Nación* 20, núm. Sexta época (junio de 2008): 10–39; Martha Ortega Soto, “Ross: la colonización rusa frente a la española”, en *El septentrión novohispano: ecohistoria, sociedades e imágenes de frontera*, ed. Salvador Bernabéu (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000), 123–37; Martha Ortega Soto, “Fuerte Ross: la incapacidad de las autoridades españolas para proteger Alta California”, en *Antología de la Baja California hispánica*, ed. Julia Bendímez Patterson y Lucila León Velazco (Mexicali: Corredor Histórico CAREM A.C., 2016), 277–96.

¹⁸ Jesús Ruiz de Gordejuela Urquijo, “La independencia de México y las misiones de las Californias: españoles versus mexicanos, 1821-1833”, *Boletín americanista* 57 (2007): 219–32.

¹⁹ Pedro Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939” (Tesis para obtener el grado de Doctor en Historia, México, Centro de Estudios Históricos - El Colegio de México, 2021), 31–65.

parte, partiendo de las figuras de los dos últimos presidentes de las misiones, en el tercer capítulo estudia el proceso que derivó en la clausura de las fundaciones dominicas en 1854 para después, en los capítulos restantes, pasar al análisis de la conformación de la Iglesia diocesana en Baja California.²⁰ Estas aportaciones reforzaron el análisis dedicado al sentido de la misión y evidenciaron que durante las tres primeras décadas de vida independiente, el largo declive misional dominico significó también una transición hacia una iglesia diocesana.

A todo este cúmulo historiográfico en torno a la presencia misional dominica en la Antigua California, habría que agregar las publicaciones que reúnen las transcripciones de diferentes fuentes documentales de gran relevancia para el estudio de este tema y que detallaré más adelante.

Por otra parte, los aspectos espaciales se mantuvieron por un tiempo al margen del conjunto historiográfico sobre la evangelización dominica en las Californias. Por varios años lo más destacado en esta materia continuaron siendo las observaciones hechas por Peveril Meigs entre 1926 y 1932, las cuales dejó plasmadas en su obra a través de descripciones, planos y fotografías. Sin embargo, en la década de los ochenta, con la llegada del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y del proyecto de conservación patrimonial al estado de Baja California, surgieron algunos esfuerzos desde la arqueología que se centraron en los complejos misionales desde un enfoque de la preservación del patrimonio histórico, ejemplo de esto son los trabajos de Julia Bendímez, John W. Foster, Carlos Chávez y Max R. Kurillo, quienes partiendo de las observaciones de Meigs se aventuraron a nuevas exploraciones en los sitios de las ruinas misionales con el propósito sí de nuevas indagaciones históricas, pero sobre todo para desarrollar una propuesta de valor patrimonial sobre estos sitios que permitiera conseguir una declaratoria de la UNESCO, misma que hasta el momento no se ha logrado.²¹

Aún con estos esfuerzos, en buena parte de la memoria histórica la presencia misional dominica en Baja California se encuentra aún muy desdibujada. Desde la perspectiva

²⁰ Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”.

²¹ Julia Bendímez Patterson y John W. Foster, “Las ruinas posibles de Casilepe en la Sierra San Pedro Mártir, Baja California”, *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California*, Tomo 1, 2000; Carlos Chávez Reyes, “Trabajos de protección y conservación en los sitios misionales de Baja California”, *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California*, Tomo 7, 2006, 161–63; Max R. Kurillo, “A Visual Survey of a Dominican Mission Site: Misión San Pedro Mártir de Verona”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 33, núm. 3 (summer de 1997): 37–53.

espacial, esta circunstancia resulta evidente en ciertos lugares como en el Museo de las Californias, fundado en el Centro Cultural Tijuana (CECUT) en el año 2000, y en donde en la museografía el periodo misional dominico en la península de California tiene un marcado rezago en comparación con el periodo jesuita, sin mencionar que, a pesar de llevar en el nombre el plural “Californias”, en la museografía del recinto tampoco aparecen las misiones franciscanas de Alta California.

No obstante, el interés académico por conservar y restaurar el patrimonio histórico de las misiones jesuitas de Baja California Sur se ha extendido en los tres últimos lustros a los sitios de las misiones dominicas del norte de Baja California, hallando los alcances más destacados en los trabajos de investigación que Miguel Ángel Sorroche ha realizado de manera particular o en colaboración con Ana Ruiz Gutiérrez. Como se mencionó, las investigaciones en torno al proceso misional de la Orden de Predicadores en la península llevan, a lo mucho, cien años, a lo largo de los cuales, si bien con destacados avances, todavía subsisten grandes lagunas; una de ellas son los espacios misionales. Para subsanar esta situación, Sorroche ha comenzado a dar bases claras al contextualizar y explicar los sistemas constructivos de las misiones dominicas y al desarrollar un sobresaliente estudio espacial partiendo de los sistemas de irrigación empleados por los misioneros. De forma explícita e implícita, reconoce las condicionantes ambientales y sociales que tuvieron fuerte influencia en los modelos constructivos implementados por los dominicos, y, en torno a la ocupación misional, ha elaborado un análisis desde la idea del paisaje cultural. En ese sentido, sus aportaciones han serán fundamentales al momento de realizar apreciaciones constructivas y arquitectónicas en torno a las áreas y estancias de los complejos misional. Sin embargo, en sus trabajos Sorroche no termina de dar una reconstrucción ilustrativa de cada uno de estos complejos que permita comprender mejor sus características y composición arquitectónica, y continúa dando una mayor atención a los aspectos estéticos hallados en las misiones jesuitas hechas de mampostería y con claros elementos barrocos.

El interés por la arquitectura misional no es extraño en la historiografía virreinal. Ha tenido presencia en otras regiones que conformaron las llamadas fronteras novohispanas o que eran parte de los dominios ibéricos en lo que hoy es América Latina. Este interés ha ido arrojando estudios al respecto como los elaborados por Francisco Hernández Serrano, quien aborda las propuestas constructivas en los templos misionales jesuitas y franciscanos

levantados en Sonora y Chihuahua, y explica, a partir del concepto adoptado por las órdenes religiosas, los elementos que tienen estos edificios.²² Al estar enfocadas en templos de adobe que aún están de pie, sus indagaciones serán de mucha ayuda para comprender mejor los materiales y las técnicas constructivas empleadas en las edificaciones dominicas de Baja California, para hallar ciertas analogías de utilidad y para abordar las repercusiones constructivas que la regla apostólica de la orden dominica llegaba a tener. Otro análisis es el que Cecilia Gutiérrez Arriola elabora sobre la obra material de las misiones jesuitas del Nayar, haciendo uso de los inventarios hechos a raíz de la orden de expulsión de 1767 y del estado que actualmente guardan los templos de esos complejos misionales.²³ Una propuesta que servirá de referente al momento de revisar los informes elaborados por los dominicos en busca de menciones o alusiones sobre los complejos misionales. Asimismo, los análisis histórico-constructivos que Felipe González Morales realiza a partir de los inventarios dejados por los religiosos sobre los templos misionales jesuitas en el centro y este de Colombia.²⁴ Y, por último, dentro de este enunciativo más no limitativo panorama, bien podría incluirse también el clásico trabajo de George Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. Si bien más enfocado a los conventos levantados por las ordenes mendicantes en la primera evangelización, es fundamental por el análisis que hace de los elementos políticos, religiosos, sociales y poblacionales que influyeron y se ven plasmados en la obra arquitectónica religiosa, elementos de consideración obligada para comprender toda obra arquitectónica del virreinato.²⁵

En suma, podría decirse que la historiografía en torno a la presencia dominica en Baja California comenzó a desarrollarse poco menos de cien años. En ese tiempo ha ido abordando distintas aristas del tema, las cuales invariablemente terminan interrelacionadas, trazando y

²² Francisco Hernández Serrano se refiere a “el concepto”, como aquello a lo que podría entenderse como el estilo o la configuración que cada orden religiosa buscaba plasmar en sus templos, de acuerdo a las reglas apostólicas que seguían. Francisco Hernández, “Construcciones misionales en el noroeste del septentrión de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.”, *Boletín de Monumentos Históricos* Tercera época, núm. 35 (2015); Francisco Hernández, “Arquitectura misional en el noroeste del septentrión novohispano”, *Boletín de Monumentos Históricos* Tercera época, núm. 38 (2016).

²³ Cecilia Gutiérrez Arriola, “Misiones del Nayar: la postrera obra de los jesuitas en la Nueva España”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM* 91 (2007), <http://www.analesiie.unam.mx/index.php/analesiie/article/view/2249/2664>.

²⁴ Felipe González Mora, “Arquitectura del templo misionero en las reducciones jesuíticas del Casanare, Meta y Orinoco, siglos XVIII-XVIII. Estudio de interpretación espacial basado en fuentes documentales primarias y publicadas”, *Apuntes* 20, núm. 1 (2007): 34–49.

²⁵ George Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI* (México: Fondo de Cultura Económica, 2013).

complejizando el panorama histórico del proceso misional dominico. En ese desarrollo historiográfico, el entorno natural y étnico en el cual se desenvuelve, así como los sitios en los cuales se fue configurando este proceso evangelizador, sobresalen por su relevancia social, cultural, religiosa y territorial, de tal manera que la misión en tanto espacio y complejo arquitectónico en ocasiones es intuida, mencionada o sumariamente descrita. Sin embargo, la mayoría de las veces, continua sin desempeñar un lugar central como objeto de estudio histórico.

2. OBJETIVOS, PREGUNTAS E HIPÓTESIS

Como consecuencia de lo anterior, el presente trabajo pretende incorporarse al estudio y discusión sobre la colonización y evangelización de las Californias a partir del campo misional desarrollado por los frailes predicadores, el cual, como objeto de análisis historiográfico, ha sido el menos atendido en comparación con las misiones jesuitas o franciscanas. Para ello se tiene como propósito analizar el proceso de evangelización y reducción de los grupos indígenas, en tanto procesos de territorialización del espacio que encauzaban la expansión territorial de la Corona. De forma conjunta, se busca identificar y estudiar los factores espaciales, territoriales y paisajísticos, así como aspectos institucionales y los actores sociales, que determinaron la conformación arquitectónica y constructiva de los complejos misionales dominicos.

Con esto en mira, la tesis también tiene como finalidad visibilizar más la enorme dimensión espacial de la historia misional en California, la cual fue evidente en la fundación de misiones, presidios y puertos, la erección de provincias, la reducción de los indígenas; en las iglesias, las habitaciones, los obrajes, los corrales y los cultivos; procesos territoriales, construcción de paisajes y creación de lugares.

En ese sentido, el enfoque que aquí se propone parte del espacio, concretamente, de los complejos misionales, pero no en un sentido patrimonialista, sino como una muestra, invitación o, si se quiere, como una provocación para que los espacios, los lugares, los territorios y los sitios donde los acontecimientos y los procesos históricos sucedieron, sean incorporados de forma más consciente y reflexiva en el estudio y la narración históricas.

Esto último en clara alusión a la propuesta historiográfica del giro espacial (*spatial turn*), la cual pude conocer gracias a la obra del historiador Karl Schlögel, sugerida en el segundo coloquio de tesis, y a la cual intenté adherirme a lo largo del desarrollo de la investigación, especialmente en los capítulos dos, tres y cuatro. Puesto que, como a Schlögel, “una forma expositiva que gire en torno al lugar histórico ha resultado ser la más adecuada para figurarme y hacerme presente la historia”.²⁶ De ahí que en la escritura me haya servido de la práctica descriptiva y del trabajo visual para recrear lo más fehaciente posible, al menos de forma narrativa, los complejos misionales y, en ese sentido, la presencia misional dominica en la Frontera de la Baja California.

Con miras a lo anterior, propongo como categoría de análisis el concepto complejo misional, que entiendo como la integración arquitectónica que conformaba un conjunto de edificios o habitaciones -entre los que destacaba el templo- con funciones específicas pero interrelacionadas, que mantenían una estrecha conexión con la geografía y el ambiente del paraje en el que eran levantadas, y con características que respondían a concretas necesidades religiosas, políticas, militares, territoriales y productivas, que iban dirigidas a lograr la conversión de los indígenas.

Asimismo, fue necesario recurrir a una serie de conceptos que posibilitaron el análisis del complejo misional dominico en el sentido que se planteó para la investigación. Respecto al espacio, si bien este concepto posee múltiples definiciones funcionales, una característica que todas contemplan es que el espacio es susceptible de modificaciones que lo vuelven una construcción social e histórica, es decir, contiene y se ve configurado a partir de procesos históricos que evidencian la relación entre lo humano y lo geográfico.²⁷

Por su parte, la territorialización es entendida como el proceso de dominación del espacio apropiado donde juega una estrategia de control espacial.²⁸ De ahí también que la fronterización del espacio al norte de la Nueva España, a la cual se refiere Cecilia Sheridan,

²⁶ Karl Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica* (España: Ediciones Siruela, 2007), 14.

²⁷ Marta Martín Gabaldón, “Espacio, territorio y paisaje cultural en los estudios coloniales: qué, para qué, cómo y hacia dónde”, en *Enfoques y perspectivas para la historia de Nueva España*, de María del Pilar Martínez López-Cano, Teoría e Historia de la Historiografía 15 (México: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2021), 164–65; Miguel Ángel Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”, *Millars. Espai i Història* XXXIV (2011): 123.

²⁸ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 32; Martín Gabaldón, “Espacio, territorio y paisaje cultural en los estudios coloniales: qué, para qué, cómo y hacia dónde”, 166.

se trate del proceso territorial que concibió al espacio a partir de una idea de conquista que lo volvió susceptible de control imperial durante el periodo virreinal.²⁹ En ese sentido, el territorio puede definirse como aquel espacio apropiado compuesto de referencias sociales, políticas, económicas e históricas sobre las que se sostienen significados, representaciones e identidades.³⁰

Esta concepción de territorio nos lleva a la de paisaje. El cual responde al espacio territorializado que se encuentra constituido por una amalgama que abarca todo vínculo entre lo humano y lo natural, sea tangible o intangible.³¹

Desde una mirada histórica, se analiza la composición constructiva y arquitectónica de los complejos misionales de la Frontera, partiendo del proceso de apropiación y la territorialización del espacio que fueron desplegados a partir de la incursión misional y militar. También se observan el espacio norte de la península de California y las territorialidades indígenas que lo componían a finales del siglo XVIII. Todo esto con el propósito de identificar los elementos y las características que definieron la composición, ubicación y articulación de los complejos misionales, así como la configuración territorial que estos significaron al convertir las regiones al norte del virreinato, como las Californias, en territorios de misión, y el paisaje que a partir de ellos fue construido. Puesto que en estos complejos fue donde la reducción y la conversión de los “gentiles” que implicaba la colonización misional se desarrollaron, porque en estos complejos se intentó materializar el dominio de la Corona española.

Las preguntas de investigación que planteé al presentar mi protocolo de tesis cargaban todavía con esta idea del complejo misional como una obra definitiva y terminada y, en razón de ello, se vieron solo limitadas a la apariencia constructiva y arquitectónica que debieron tener los complejos misionales durante la presencia dominica en la Frontera. No contemplaban los procesos que derivaron en la apropiación del espacio, la conformación de

²⁹ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 47.

³⁰ Beatriz Rojas, “Orden de gobierno y organización del territorio: Nueva España hacia una nueva territorialidad, 1786-1825”, en *Las reformas borbónicas, 1750-1808*, ed. Clara García Aylluardo, 1. ed, Sección de obras de historia. Serie Historia crítica de las modernizaciones en México 1 (México, D.F: Fondo de Cultura Económica, 2010), 141-42; Martín Gabaldón, “Espacio, territorio y paisaje cultural en los estudios coloniales: qué, para qué, cómo y hacia dónde”, 165.

³¹ Martín Gabaldón, “Espacio, territorio y paisaje cultural en los estudios coloniales: qué, para qué, cómo y hacia dónde”, 168; Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”, 119-39; Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*, 277-86.

territorios y la construcción de paisajes, dentro de los cuales, no obstante, los mismos complejos misionales formaron parte. A partir de las sesiones de tutorías con mi directora y director de tesis, de los comentarios hechos por los lectores en los coloquios semestrales, de los materiales historiográficos y documentales hallados, rastreados o proporcionados por mis directores, compañeros, profesores de la maestría y mi pareja, así como por el propio proceso de investigación que desarrollé, dichas preguntas fueron reformuladas y poco a poco fueron complejizándose espacialmente. De modo que al final respondí a las siguientes preguntas: ¿Cuáles fueron el sentido y las características de la apropiación del espacio, su territorialización y el paisaje desplegados durante la presencia misional dominica en el extremo norte de la península de California?, ¿De qué forma las características arquitectónicas, constructivas y espaciales de los complejos misionales dominicos de la región de la Frontera estuvieron condicionados por las características geográficas del norte peninsular, la presencia indígena, la regla misional dominica y el carácter territorial de la misión?

Al igual que las preguntas de investigación, la hipótesis que formulé en un inicio respondió solo a los aspectos estilísticos o característicos de los complejos misionales. Sin embargo, una vez integrado el análisis de los procesos territoriales, esta hipótesis resintió la reformulación experimentada por las preguntas de investigación, de modo que también sufrió ciertos cambios que la complementaron y le dotaron de una mayor complejidad.

La hipótesis desarrollada al final fue que los complejos misionales eran espacios pensados y destinados para desarrollar el trabajo de evangelización y adoctrinamiento de los grupos indígenas que habitaban los márgenes del imperio, con el propósito de materializar con ello la expansión, dominio e influencia de la Corona española. La conformación arquitectónica y constructiva de los complejos misionales fueron determinadas por una gran variedad de factores estrechamente relacionados al espacio, los procesos territoriales y la construcción de paisajes; así como por los actores sociales que formaron parte del proceso y vida misionales, como los religiosos, los soldados de las escoltas, los indígenas y los colonos civiles que fueron arribando. Por ello, es posible comprender la integración y reconstruir de forma ilustrativa los complejos misionales de la región Frontera de Baja California aglutinando estos factores y actores en cuatro condicionantes que influyeron en su diseño

arquitectónico, en sus disposiciones constructivas y espaciales, así como en su mantenimiento:

1. La elección de un sitio para la fundación de una misión era determinada por la presencia de los recursos necesarios para emprender las labores agrícolas. En ese sentido, cada complejo dominico debía ser adaptado al paraje donde era situado, lo cual se reflejó en su distribución espacial y en los materiales empleados para la construcción de los edificios;
2. La composición de los territorios y el paisaje indígenas influyeron en la localización de los complejos misionales. Asimismo, la presencia y ausencia de indígenas reducidos para su adiestramiento en la albañilería y su disponibilidad como mano de obra condicionó en muchos sentidos la calidad y el avance de las obras de construcción de los complejos misionales dominicos.
3. El carácter territorial de la misión, entendido como el dominio, la configuración y la fronterización del espacio a partir de la reducción y conversión de los “infieles”, influyó para que el programa arquitectónico de los complejos misionales dominicos tomara un sentido defensivo de tipo fortaleza.
4. La regla apostólica seguida por la Orden de Predicadores, así como el sentido que los frailes dominicos le daban a la misión, tuvieron una fuerte influencia en la distribución y disposición de los espacios y en el diseño de las fachadas de los recintos que conformaban el complejo misional, especialmente del templo, los cuales adquirirían un carácter simbólico que resignificaba el territorio.

A esto habría que agregar que, dentro del proceso de conquista del espacio al norte de la Nueva España, estos complejos misionales dominicos territorializaron el noroeste de la península de California a partir de una idea de dominio imperial que terminó por definir una frontera virreinal: la región histórica o el territorio de la Frontera. En el curso de esto, los complejos misionales condujeron la presencia dominica a través de dos líneas de avance misional que, al territorializar el norte de Baja California, conformaron un paisaje cultural distinto a partir de la reducción y conversión de los indígenas, de la implantación de un modo de apropiación y ocupación del espacio sostenido en la producción agrícola, así como de la

integración territorial, y el cual se fue resquebrajando a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, conforme la presencia dominica y las labores misionales fueron decayendo.

Por otro lado, el marco temporal que propuse también se vio modificado, al menos en el término. En un inicio había planteado una temporalidad que iba de 1774, año en el que los misioneros dominicos fundaron su primera misión en la región de la Frontera, Nuestra Señora de El Rosario, a 1849, cuando el último dominico que quedaba en ese territorio se retiró desprendiéndose de la labor apostólica. De esta forma hacía coincidir la última fecha con buena parte de la historiografía, que data el final del periodo misional en ese año de 1849. Sin embargo, a raíz de los comentarios que recibí de parte de mi lector de tesis en el segundo coloquio de maestría, consideré mover cinco años la temporalidad propuesta en el protocolo, ya que ahí se me hizo ver que la salida de fray Tomás Mancilla de la Frontera en 1849, no significó la clausura de las misiones dominicas, sino que esta se dio hasta 1854, cuando la vicaría general de Baja California fue erigida. Asimismo, conforme la investigación avanzaba, a esta precisión se agregó el hecho de que el intervalo que hubo entre 1849 y 1854 fue evidenciándose como un lapso de tiempo interesante de abordar, puesto que en él era posible seguir la ruptura espacial definitiva que se dio en los complejos misionales una vez que el último de los dominicos que ahí quedaba salió de la Frontera. Es así que, al final, terminé por tomar como marco temporal para esta tesis el que va de 1774 a 1854. Ochenta años entre dos siglos.

3. ESTRUCTURA DE LA TESIS

La investigación se encuentra dividida en cuatro capítulos. El primero de estos aborda de manera general los antecedentes que derivaron en el arribo de los frailes dominicos en la península de California, así como el contexto en el que esta presencia misional dominica se desarrolló en el extremo noroeste de la península durante el último cuarto del siglo XVIII y la primera mitad del XIX. Posteriormente analiza la institución misional, sobre todo el sentido que albergó la misión emprendida por las órdenes religiosas en tanto medio para extender el catolicismo, así como el carácter territorial de las misiones y su conformación como sistema de reducción, conversión y dominio. Por último, explica el proceso histórico que definió y creó el territorio de gentilidad conocido como la Frontera.

El segundo capítulo explica y describe la composición del norte peninsular y del territorio de la Frontera en tanto paisajes culturales. Para ello, primero se examina y describe el norte de la península de California; luego se analizan y se distinguen las territorialidades que los grupos yumanos construyeron a través de la cultura cazadora-recolectora-pescadora que compartían y de la movilidad estacional que practicaban; finalmente, se explica el paisaje construido a partir de la apropiación del espacio y el proceso territorial que se desplegaron con la serie de misiones que fundaron los frailes predicadores.

En el tercer capítulo se abordan las dos espacialidades o líneas de avance que la conquista misional dominica delineó en el extremo norte de la Antigua California y que articularon el territorio de la Frontera: el camino misional a la Alta California y el avance que a través de las serranías se pensó llevar hasta el río Colorado. Con el propósito de ilustrar el sentido que fueron adquiriendo estas dos espacialidades, se toman como casos de estudio los complejos misionales de Santo Domingo de la Frontera, para la primera, y el de San Pedro Mártir de Verona, para la segunda.

El cuarto y último capítulo de la tesis aborda los aspectos que integraron el largo proceso de declive misional dominico que abarcó toda la primera mitad del siglo XIX. Para ello, como en el capítulo tercero, se analiza el caso del complejo misional de Santo Tomás de Aquino, esto con el fin de espacializar e ilustrar el declive del periodo misional en la región histórica de la Frontera.

4. FUENTES

En estricto sentido, las fuentes documentales que se revisaron para esta investigación se encuentran resguardadas en diferentes acervos, sin embargo, en su mayoría, la forma como tuve acceso a ellas fue a través de medios digitales o publicaciones. Lo primero, porque muchos de estos documentos se encuentran disponibles en este tipo de plataformas, pero sobre todo porque a causa de la emergencia sanitaria ocasionada por el virus de la Covid-19, me vi obligado (como miles más) a revisar estos repositorios desde mi computadora y en el encierro. Lo segundo, porque, desde la década de 1990, a lo mucho, se han publicado múltiples transcripciones de una gran cantidad y variedad de documentos que se enmarcan

en el periodo misional dominico suscitado en la península de California, y que son de un gran valor para este estudio.

En lo que respecta a los repositorios, los principales documentos consultados proceden del Archivo General de la Nación de México, específicamente de los acervos *Californias*, *Misiones* y *Provincias Internas*. Sin embargo, por motivo del encierro sanitario, no fue posible tener acceso de forma física a estos materiales, ni a las copias de estos que, concernientes a las Californias, se resguardan en la colección AGN del Acervo Documental del Instituto de Investigaciones Históricas de la UABC (AD-IIH). Para poder revisar estos materiales, la Dra. Isabel María Povea Moreno me sugirió emplear como alternativa la plataforma digital *Family Search* de la Sociedad Genealógica de Utah de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, la cual cuenta con una gran base de datos de diferentes repositorios del mundo, incluidos estos tres acervos del AGN. Así fue como a través de este medio conocí una nueva herramienta de investigación, tuve la posibilidad de consultar los tres acervos del AGN mencionados y revisar varios documentos referentes a la presencia misional dominica en la Antigua Californias, destacando entre todos estos los estados de las misiones que van de 1794 a 1798 y las noticias de las misiones que de manera bianual abarcan un periodo de 1793 a 1809.

En los últimos meses del 2020 y durante el primer semestre del 2021, cuando la emergencia sanitaria parecía ceder un poco, fue posible agendar algunas citas en el archivo del Instituto de Investigaciones Históricas de la UABC. De esta forma pude consultar otros materiales de la colección AGN que no se hallan en *Family Search*, tales como Justicia y Negocios Eclesiásticos, Gobernación, y Justicia Archivo; así como otros acervos documentales que conforman dicho repositorio, tales como Documentos sobre la Frontera y el Acervo de Microfilmes, este último de difícil consulta por el estado de los aparatos y la calidad de las imágenes.

De manera conjunta se consultaron varios documentos del periodo misional resguardados en el Archivo Histórico Pablo L. Martínez del estado de Baja California Sur, sobre todo los correspondientes a los acervos Colonial (1744-1821) y México Independiente (República Centralista 1822-1856), que son de fácil acceso a través de la plataforma digital de este archivo, así como varios libros de gran apoyo para tratar el tema misional en las Californias.

Para mediados de 2021, en varias partes del país las jornadas de vacunación estaban en marcha y las medidas sanitarias, aunque mantenidas, se habían relajado bastante. Yo me hallaba de visita en la Ciudad de México y fue entonces que aproveché para realizar una llamada al Centro Universitario Cultural y preguntar si era posible consultar el archivo histórico de la provincia dominica de Santiago de México. Me dijeron que sí, pero que dicho acervo se encuentra resguardado en el Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas (IDIH), en la ciudad Querétaro. Faltando pocos días para regresar a Tijuana, me comuniqué con el personal de esta institución, quien atentamente me recibió y puso a mi disposición unas relaciones e informes de algunas fundaciones y misioneros dominicos, únicos documentos sobre la presencia dominica en la península de California que hasta el momento tenían ubicados en este repositorio. Si bien el archivo del IDIH todavía se encuentra en un proceso de catalogación, considero que su consulta es de mucho valor para la historiografía misional de Baja California, sobre todo por los documentos inéditos que seguramente resguarda.

Además de estos archivos, la investigación se apoyó en la consulta de obras escritas por misioneros u otros actores históricos que se encontraron en las Californias durante el periodo estudiado, así como en la documentación que ha sido transcrita y puesta a disposición a través de diferentes publicaciones.

Dos semanas antes del caos de la pandemia, visité la ciudad de Ensenada y de manera fortuita conseguí en físico la obra escrita por el dominico fray Luis Sales, *Noticias de la Provincia de California*, que el Museo de Historia de Ensenada publicó como tomo 6 en su “Colección de documentos sobre la Historia y la Geografía del Municipio de Ensenada”, mismo que es descargable en formato pdf a través del portal de internet del Archivo Histórico Pablo L. Martínez (AHPLM) del estado de Baja California Sur.³² Esta obra, cuya primera edición es prácticamente imposible de conseguir, es de suma importancia debido a que es la única escrita por un dominico que laboró como misionero en la Antigua California y porque en ella se trató de dejar constancia de los logros alcanzados en aquella provincia por la Orden de Predicadores.

³² Luis Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, vol. 6, Colección de documentos sobre la Historia y la Geografía del Municipio de Ensenada (México: Lecturas Californianas/Museo de Historia de Ensenada/Seminario de Historia de Baja California, 2003).

Otras obras o crónicas misionales consultadas que si bien no conciernen a la presencia dominica en la península, son de mucha importancia por estar relacionadas con la “conquista espiritual” de las Californias, son las *Noticias de la península americana de California* del jesuita Juan Jacobo Baegert y la *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterey* del franciscano Francisco Palou.³³

De igual forma, los escritos dejados por el comerciante y político de origen peruano, Manuel Clemente Rojo, son materiales de gran valor historiográfico porque permiten reconstruir varios aspectos del contexto que la Frontera atravesaba durante los últimos años de presencia misional dominica. Asimismo, para esta investigación, estos textos fueron de mucha relevancia, debido a que en ellos aparecen varias menciones que evidencian el estado ruinoso que algunos complejos misionales guardaban aun cuando la clausura de las misiones todavía no se había pronunciado. Las obras que aquí se consultaron y que recogen textos dejados por Rojo fueron *Apuntes Históricos de la Frontera de la Baja California*, publicado por el Museo de Historia de Ensenada, y *Apuntes históricos de Manuel Clemente Rojo sobre Baja California*, compilado por Eligio Moisés Coronado y publicado por el gobierno del estado de Baja California Sur, ambos textos disponibles en formato pdf a través de la plataforma digital del AHPLM.³⁴

Otro texto que también permite aproximarse a la situación que imperaba en la región de la Frontera a escasos meses de haberse clausurado las misiones, es la obra del sacerdote de origen francés Henry Jean Antoine Alric, *Apuntes de un viaje por los dos océanos*, que publicó tiempo después de haber sido nombrado capellán de la colonia militar, en donde describe el estado de abandono en el que encontró los viejos edificios misionales y deja ver

³³ Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California* (La Paz, Baja California Sur, México: Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2013); Francisco Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterey* (México: Porrúa, 2007).

³⁴ Clemente Rojo, *Apuntes históricos de la Frontera de la Baja California*, vol. 1, Colección de documentos sobre la Historia y la Geografía del Municipio de Ensenada (México: Lecturas Californianas/Museo de Historia de Ensenada/Seminario de Historia de Baja California, 2000); *Apuntes históricos de Manuel Clemente Rojo sobre Baja California*, Gobierno del estado de Baja California Sur, Cronistas 12 (La Paz, Baja California Sur, México, 1996).

el nuevo sentido que la labor misional fue adquiriendo en Baja California al arranque de la segunda mitad del siglo XIX.³⁵

A través del texto *Edificar en desiertos. Los informes de fray Vicente de Mora sobre Baja California en 1777*, publicado por la Embajada de España en México y donde Salvador Bernabéu fue el editor, tuve acceso a dos documentos que ahí se encuentran transcritos y que dan cuenta del encono que existía entre el gobierno militar de la Californias y el presidente de los dominicos, fray Vicente de Mora, a pocos años de que los misioneros predicadores arribaran a la provincia.³⁶ El primero es una carta que el gobernador de las Californias, Felipe de Neve, envió al virrey Bucareli, en la cual lanza serias acusaciones en contra de la administración de los misioneros dominicos. El segundo de estos documentos es la respuesta que fray Vicente de Mora da al virrey, en donde de manera puntual y detallada trata de desmentir las acusaciones que Neve hizo en contra de los dominicos.

Salvador Bernabéu también fue responsable de la rica selección que acompaña en forma de apéndice documental la edición que la UABC hizo de la obra de Albert B. Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California*.³⁷ A través de este libro, tuve a mi disposición dicho apéndice documental que está integrado por 27 transcripciones tomadas de documentos procedentes del Archivo General de la Nación (AGN), en México, y del Archivo General de Indias (AGI), en España, y que abarcan buena parte del periodo dominico en la península de California, de 1774 a 1809. De todas estas transcripciones, las que me resultaron más relevantes fueron el diario que fray Vicente de Mora realizó a raíz de su visita a la “frontera de gentilidad”, las ordenaciones que dejó para el gobierno espiritual y temporal de las misiones, y los informes que diferentes frailes escribieron sobre la situación que se vivía de las fundaciones que atendían.

Cinco de los documentos que integran el apéndice que acompaña la obra de Albert B. Nieser y que proceden del AGN, fueron retomados por Ricardo Daniel Manríquez e integran por completo la obra que este publicó en 2017 bajo el título *Historia de las misiones*

³⁵ Henry J.A. Alric, *Apuntes de un viaje por los dos océanos, el interior de América y de una guerra civil en el norte de la Baja California*, 1ra. Edición, Colección Baja California: Nuestra Historia 9 (Mexicali: Secretaría de Educación Pública - Universidad Autónoma de Baja California, 1995).

³⁶ Salvador Bernabéu, *Edificar en desiertos. Los informes de fray Vicente de Mora sobre Baja California en 1777* (México: Embajada de España, 1992).

³⁷ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*.

*dominicas de la Baja California (1779-1809). Transcripción de documentos.*³⁸ En el tiempo que no tuve acceso al libro de Nieser, debido a que la biblioteca de la UABC permanecía cerrada a causa de la pandemia y no hallaba el libro ni en físico ni en internet, estas transcripciones publicadas por Manríquez me resultaron de mucha ayuda, ya que el texto es posible descargarlo en pdf a través de la plataforma digital del AHPLM del estado de Baja California Sur.

Sin tener noticia previa de su existencia, a mis manos llegó por casualidad el tomo 1 de *Documentos para la historia de Baja California. Siglo XIX*, donde Miguel León-Portilla y José M. Muriá compilaron y organizaron las transcripciones de una abundante documentación del siglo XIX, que proviene del Archivo Histórico “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México y que está relacionada con la península de Baja California.³⁹ Los documentos que integran este tomo poco tienen que ver con la presencia misional dominica, no obstante, resultan de mucha valía porque retratan la complicada situación que la provincia atravesaba a mediados del siglo XIX, cuando las misiones religiosas experimentaban su ocaso y la invasión estadounidense empezaba a vislumbrarse.

Buena parte de las obras publicadas por Mario Alberto Magaña incluyen como anexos algunas transcripciones importantes para el estudio del periodo dominico,⁴⁰ o están dedicadas a la transcripción de uno o varios documentos. De estas últimas, la publicación quizá más destacada y que me resultó de mucha utilidad para seguir el proceso histórico de la región de la Frontera de la Antigua California entre finales del siglo XVIII y mediados del XIX, fue el libro *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, que reúne 365 documentos procedentes del AHPLM, del Acervo de Documentos y del Acervo de Microfilms del Instituto de Investigaciones Históricas de la UABC, de la Bancroft Library, de la Huntington Library y de la Nattie Lee Benson Latin American

³⁸ Ricardo Daniel Manríquez, *Historia de las misiones dominicas de la Baja California (1779-1809)* (México: Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2017).

³⁹ Miguel León-Portilla y José María Muriá, *Documentos para la historia de Baja California: siglo XIX* (México: Fundación Manuel Arango, 2009).

⁴⁰ Magaña, *Población y misiones de Baja California*; Mario Alberto Magaña, “Sobre nuevo método de Gobierno espiritual de misiones de Californias. por fray Rafael Verger, 1772”, *Relaciones* 139 (verano de 2014): 197–229.

Collection, estas últimas tres en Estados Unidos.⁴¹ Otra obra fue *La división de las misiones de la California de 1772*, que Mario Alberto Magaña y José Alejandro Aguayo Monay publicaron de manera conjunta en 2020, y en la cual presentan la transcripción completa del expediente donde, entre otras cosas, fue acordada en 1772 la división misional de las Californias entre franciscanos y dominicos, documento de obligada consulta para el estudio de la historia misional en este territorio.⁴²

Esta consulta de fuentes de archivo sui géneris se vio complementada con la revisión de algunos planos y mapas del área de estudio que en reiteradas ocasiones fueron contrastados con imágenes satelitales tomadas de la plataforma Google Earth. Asimismo, la revisión de imágenes fue una actividad imprescindible, sobre todo cuando se trataba de fotografías tomadas a finales del siglo XIX y principios del XX, valiosos registros de un espacio geográfico bajacaliforniano no tan alterado como el actual y más cercano al del periodo misional. Dentro de estas imágenes destacaron las fotografías tomadas por el geógrafo estadounidense Peveril Meigs entre 1925 y 1936, cuando se hallaba trabajando en su tesis de doctorado sobre lo que él denominó la “frontera misional dominica”, y que conforman una rica colección de material visual disponible en la plataforma digital de la biblioteca de la University of California San Diego.⁴³

Por último, sumamente necesarias fueron las visitas a las zonas arqueológicas donde se hallaban estos viejos complejos misionales: recorrer los terrenos, caminar entre los adobes derruidos, prestar atención a las piedras, reconocer los cimientos, observar el paisaje e imaginarlo en su etapa misional. Ya que, como sugiere Schlögel, “quien ve ruinas ha de seguir el rastro de la corrosión, de la descomposición que las trajo”. Fue así que, en el transcurso de los meses de la maestría, partiendo de Tijuana, tomamos carretera en diferentes ocasiones y llegamos a las ruinas de El Descanso, San Miguel Arcángel, Nuestra Señora de Guadalupe, San Vicente Ferrer, Santo Domingo y Santa Catarina. Desafortunadamente, no fue posible reconocer los escasos vestigios que quedan de Santo Tomás de Aquino, debido a que este sitio se halla dentro de un predio privado. Asimismo, no se ha podido explorar el

⁴¹ Mario Alberto Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)* (Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California-Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, 2018).

⁴² Magaña y Aguayo Monay, *La división de las misiones de la California de 1772*.

⁴³ Peveril Meigs Baja California Research Materials en <https://library.ucsd.edu/dc/collection/bb44383797>

paraje donde estuvo San Pedro Mártir, ya que el lugar se encuentra inmerso en el área boscosa del parque nacional del mismo nombre y el acceso a él solo es posible con la ayuda de guías, y tampoco he tenido la oportunidad de ir más al sur de San Quintín para conocer los dos sitios donde estuvo la misión Nuestra Señora de El Rosario, así como el resto de fundaciones religiosas de la península de California.

No obstante, realizar estas excursiones, como bien me lo advirtió Miguel Ángel Sorroche en el primer coloquio de tesis, me permitieron no solo conocer los restos de los complejos misionales sino también experimentarlos, adquirir una mayor conciencia de la dimensión espacial que las misiones representaron, así como del paisaje cultural que a partir de ellas se construyó.

CAPÍTULO I. LA MISIÓN Y EL SISTEMA MISIONAL EN LAS CALIFORNIAS: LA REGIÓN DE LA FRONTERA, (1774-1849)

En este capítulo se revisan de forma general los antecedentes y el contexto histórico en el que se desarrolló la presencia dominica en el extremo norte de la Antigua California durante el último cuarto del siglo XVIII y la primera mitad del XIX. Después analiza la institución misional como medio de expansión católica, su sentido territorial y su conformación como sistema de reducción, conversión y dominio. Todo esto con el propósito de establecer las bases que permitan dar paso al análisis del espacio y el paisaje cultural conformado por los complejos misionales dominicos construidos en ese territorio.

1. LAS CALIFORNIAS EN LAS ÓRBITAS IMPERIALES

1.1. Las Californias en la órbita de la Corona española tras la expulsión jesuita

A lo largo de los tres siglos que duró el virreinato de la Nueva España, las órdenes religiosas constantemente insistieron en que su labor misionera estaba encaminada a la salvación de los pueblos indígenas. Desde la perspectiva europea, el indígena vivía en un estado salvaje del cual debía ser rescatado. Sin embargo, ese servicio redentor de los religiosos iba también encaminado a legitimar los intereses del imperio hispánico: los de conquista y colonización. Desde los inicios del siglo XVI la Corona española intentó expandir sus dominios en América, que se acrecentaban por cada espacio nuevo que vislumbraba susceptible de conquista. Las Californias fueron unos de esos espacios.

California apareció relativamente temprano dentro del ámbito de expansión imperial que la Corona hispánica desplegó en América a partir de finales del siglo XV. Las expediciones marítimas ordenadas y comandadas por Hernán Cortés fueron las primeras incursiones europeas en alcanzarla, reavivando imaginarios de tradición medieval que alentaron ambiciones de control y riquezas sobre esta extensión terrestre.⁴⁴ Posteriores

⁴⁴ Salvador Bernabéu Albert, “La frontera californica: de las expediciones cortesianas a la presencia convulsiva de Gálvez (1534-1767)”, en *Estudios (nuevos y viejos) de la frontera*, ed. Francisco Solano y Salvador Bernabéu Albert (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos/Departamento de Historia de América, 1991), 87–89.

expediciones se aventuraron a California en la búsqueda de sus riquezas, que a la postre resultaron ilusorias. Esta situación fue generando una sensación de desilusión que se vio reafirmada por las impresiones dejadas por los viajeros en sus reportes e informes, los cuales terminaron por construir una imagen de esterilidad y pobreza en torno a la península y sus pobladores que se prolongó por décadas.⁴⁵

No fue sino hasta finales del siglo XVII que la California comenzó a ser incorporada a un proceso pleno de apropiación territorial por parte del imperio, cuando a los misioneros de la Compañía de Jesús se les autorizó emprender la conversión de los grupos indígenas seminómadas que la habitaban con la condición de que dicha empresa no representara un gasto para la Corona.⁴⁶ Los jesuitas en California se hallaron en una situación excepcional, pues no solo estuvieron al frente de la evangelización, sino también, en tanto agentes al servicio del monarca, dirigieron el proyecto colonizador con el cual se esperaba ver extendidos los dominios de la Corona española frente a otras potencias. En 1697 fundaron su primera misión en la península, Nuestra Señora de Loreto, desde donde arrancaron con el resto de sus fundaciones y dirigieron la conversión de los llamados “californios”. Durante el tiempo que estuvieron a cargo, los jesuitas definieron y describieron con un enfoque científico el espacio californiano en crónicas, informes y diarios, los cuales se perfilaron, ante la dificultad que fue representando la evangelización de los indígenas, en recursos de posesión que al menos posibilitaban la ubicación de sitios y de recursos mediante los que se proyectó una apropiación del espacio.⁴⁷ A partir de las misiones, las visitas y la localización de los sitios de asentamiento indígena conocidos como “rancherías”, los jesuitas procuraron configurar el espacio peninsular para convertirlo en territorio de misión y así hacerlo habitable a su modo de ver. Contemplaron, asimismo, el empleo de estrategias que les posibilitaran la transformación de los indígenas y la implantación de la vida occidental.⁴⁸ A este proceso de ocupación se agregaron, aunque en menor cantidad, soldados, colonos y sirvientes, que fueron seleccionados por los propios misioneros jesuitas y que habitaron los

⁴⁵ Ivonne Del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, Primera Edición (Siglo XXI, 2009), 189.

⁴⁶ Cecilia Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, Primera edición (México, D.F: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social: Instituto Mora, 2015).

⁴⁷ Del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, 185–234; Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 29–58.

⁴⁸ Fuensanta Baena Reina, “De ‘tierra inhóspita’ a ‘tierra de misiones’: Baja California y la última frontera jesuítica (1683-1767)”, *Trashumante. Revista americana de historia social* 4 (2014): 107.

reales de minas o sirvieron, en el caso de los soldados, en el resguardo de las misiones o en el presidio que se levantó en Loreto.⁴⁹ En conjunto, el modelo jesuita de ocupación pretendió implantar en California una firme presencia hispánica que viera en la misión la mejor estrategia de conquista y colonización. Sin embargo, como sugiere Ivonne del Valle, la península y los indígenas que la poblaban -al menos en su extremo sur- se vieron negados para los intereses y los planes de los ignacianos.

Para mediados del siglo XVIII, la percepción sobre la forma cómo debía conducirse el imperio cambió. El ascenso de Carlos III al trono desplegó un proceso reformista de tintes ilustrados que llevó al rey a plantear en todos sus dominios una reorganización de cada uno de los rubros de la vida pública. En el campo eclesiástico, la Corona defendió su jurisdicción y sus derechos sobre la estructura católica, vio la necesidad de limitar los privilegios de las órdenes religiosas, sobre todo de los jesuitas, y se planteó reforzar bajo su dirección al clero secular para reafirmar su mandato y conducir su política.⁵⁰ Por otro lado, demandó más campo de acción en el proceso de expansión y conquista territorial, así como una mejor administración de este, encontrando urgente la necesidad de modificar la situación que tenían sus posesiones transoceánicas respecto de ella. Con el fin de mantener y fortalecer sus intereses económicos, territoriales y geopolíticos se plantearon una serie de reformas a la estructura organizativa del imperio. La reforma eclesiástica abrazó la animadversión hacia la Compañía de Jesús y su momento cumbre se dio entre 1767 y 1768, cuando se hizo efectiva la orden que expulsó a los jesuitas de todos los territorios bajo dominio español.⁵¹ En sí misma, la orden de expulsión significó el primer paso al reformismo territorial borbónico que planteaba una reorganización y restructuración del avance sobre el espacio y los recursos al norte de la Nueva España, donde California y lo que más tarde pasaría a llamarse Alta California jugaron un papel importante.

⁴⁹ Baena Reina, 94.

⁵⁰ Ronald Po-Chia Hsia, “Disciplina social y catolicismo en la Europa de los siglos XVI y XVII”, *Manuscripts*, núm. 25 (2007): 29–43; Clara García Aylluardo, “Re-formar la Iglesia novohispana”, en *Las reformas borbónicas, 1750-1808*, ed. Clara García Aylluardo, 1. ed, Sección de obras de historia. Serie Historia crítica de las modernizaciones en México I (México, D.F: Fondo de Cultura Económica, 2010), 233–41.

⁵¹ “Durante el papado de Benedicto XIV (1740-1758), se liquidaron las misiones exitosas jesuitas en China e India, acusadas de fomentar la heterodoxia por adaptar las prácticas cristianas a las costumbres locales. En una línea de ataque más agresiva, también se les achacó la doctrina del tiranicidio y se les implicó en el motín de Esquilache de 1766 en Madrid”. García Aylluardo, “Re-formar la Iglesia novohispana”, 238.

Con el reformismo cobraron gran importancia las ideas y los planes que permitieran consolidar a la monarquía de manera efectiva y rápida en un inmenso espacio terrestre y marítimo que reclamaba con mayor ahínco como propios. Con miras a cumplir este objetivo, se emprendieron expediciones marítimas y se encomendaron exploraciones por tierra. La racionalidad del enfoque científico se puso en marcha y “se mandaron hacer informes, censos y mapas precisamente para conocer más acerca de América y sacarle más provecho”.⁵² El conocimiento en torno a las Californias se incrementó, se tuvo una observación más detallada de su geografía, de sus condiciones naturales y, claro está, de su posición estratégica frente al Pacífico. Se reformuló la percepción y la atención sobre este territorio. La Corona tomó un papel más activo que se vio personificado en la Nueva España por el visitador general José de Gálvez, quien fue el responsable de implantar el programa reformista.

En términos generales, Gálvez llegó con tres propósitos: emprender una expansión defensiva que consolidara el dominio real sobre el noroeste novohispano y el Pacífico, una rápida reducción y poblamiento del territorio, y una eficiente explotación de los recursos de las Californias.⁵³ Aplicó nuevas disposiciones e incentivó el arribo de nuevos actores que, en conjunto, se tradujeron para estas provincias en cambios en el proceso de territorialización, en la administración política y económica, y, especialmente, en la realidad sociocultural de los pueblos indígenas. Gálvez condujo los intereses reales. Poco después de la salida de los jesuitas, visitó California para verificar la aplicación de las reformas:

Subrayó el papel transitorio del régimen misional, implantó la soberanía real y la colonización civil, consideró al indio súbdito real, necesario ser económico activo y futuro contribuyente, elaboró todo un proyecto de medidas para impulsar la economía peninsular (actividades mineras, perliíferas, agrícolas, etcétera) y enumeró, en memorables instrucciones, las características de los nuevos pueblos de españoles y de indios.⁵⁴

También consideró de suma importancia la configuración territorial a partir de demarcaciones que reafirmaran un control de los litorales y de los espacios terrestres. En California, las misiones dejadas por los jesuitas pasaron al trabajo de los franciscanos y se planteó, por otro lado, que la península estableciera a través de Loreto una mayor

⁵² Clara García Ayuardo, “Introducción. Las paradojas de las reformas”, en *Las reformas borbónicas, 1750-1808*, ed. Clara García Ayuardo, 1. ed, Sección de obras de historia. Serie Historia crítica de las modernizaciones en México 1 (México, D.F: Fondo de Cultura Económica, 2010), 15.

⁵³ Bernabéu, *Edificar en desiertos. Los informes de fray Vicente de Mora sobre Baja California en 1777*. 7.

⁵⁴ Bernabéu. 7.

comunicación marítima con las costas de Sonora. Además, urgió en la necesidad que había por establecer un control consolidado sobre el territorio que se extendía al norte de la península, sobre todo teniendo en cuenta la amenaza que representaban otras potencias que tenían navíos y exploradores merodeando la zona. Gálvez promovió dos expediciones por tierra y dos por mar para que partieran desde las antiguas misiones jesuitas, reconocieran el resto de la península, y tomaran posesión al norte de esta.⁵⁵ Para las autoridades virreinales, la empresa colonizadora en California supuso un éxito con la fundación de puntos poblacionales y administrativos desde los cuales se pudiera arrancar una expansión sobre el resto de territorios pendientes de conquista en los límites del imperio.⁵⁶ Así se instó en múltiples ordenaciones, como en el *Reglamento para el gobierno de la provincia de Californias* de 1781, donde se estableció que:

El objeto de mayor importancia para dar cumplimiento a las piadosas intenciones del Rey nuestro Señor y perpetuar a S.M. el dominio del dilatado terreno que en la extensión de más de doscientas leguas comprenden los nuevos establecimientos de los presidios y respectivos puertos de San Diego, Monterrey y San Francisco, adelantar la reducción y hacer útil al estado en lo posible tan vasto país, habitado de innumerable gentilidad.⁵⁷

Con la posesión de Monterrey, en el litoral al norte de la península, se instauró una ruta marítima con el puerto de San Blas, que conectó a esta provincia con el centro del virreinato. A su vez, con San Diego y San Francisco, como se había dispuesto, se buscó afianzar el poblamiento hispánico facilitando la navegación de cabotaje por sus litorales.⁵⁸ También se lograron establecer, por otro lado, rutas marítimas que comunicaron a la California, a través de Loreto, con los puertos de Mazatlán y Guaymas, lo cual, si bien fue un proceso dilatado, al mediano plazo permitió el traslado de personas, bastimentos y correos entre el virreinato y la península.⁵⁹

Con el reformismo también se modificó la dirección que tenía la presencia militar en el territorio californico. Las tropas dejaron de estar bajo la dirección de los misioneros, como

⁵⁵ Este punto es el que más consolida la idea de Salvador Bernabéu de que la expansión al noroeste respondía a dos vertientes: la terrestre y la marítima. De ahí que advierta que el barco fue también un elemento más de construcción fronteriza. Bernabéu Albert, “La frontera californica: de las expediciones cortesianas a la presencia convulsiva de Gálvez (1534-1767)”, 88; Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 33-41.

⁵⁶ Ortega Soto, “Colonización de la Alta California: primeros asentamientos españoles”, 85.

⁵⁷ Felipe de Zuñiga y Ontiveros, ed., “Reglamento para el gobierno de la provincia de Californias, 1781”, 1784, 42.

⁵⁸ Ortega Soto, “Colonización de la Alta California: primeros asentamientos españoles”, 92-95.

⁵⁹ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, 176.

ocurrió durante la ocupación jesuita. En la nueva provincia que se configuraba al norte de la península, se planteó una serie de presidios que mantuviesen el control y la defensa no solo frente a incursiones extranjeras, sino también ante insurrecciones indígenas.⁶⁰ Esta línea de defensa la fueron conformando los presidios de San Diego, Santa Bárbara, San Carlos, Monterrey y San Francisco. Por su parte, el presidio de Loreto, que venía desde el periodo jesuita, se conservó y su jurisdicción se vio extendida a toda la península. Bajo su mando quedó la comandancia militar de la Frontera, que abarcó la región noroeste de la península de California.⁶¹

Como se mencionó, a la Corona también le interesaba plantear su dominio territorial mediante el poblamiento de las Californias. En ese sentido, el proyecto con el que arribó José de Gálvez promovió el arribo de colonos para que su asentamiento consolidara la ocupación, emprendieran actividades económicas a la par de las misiones y fungieran, a su vez, como modelos de vida a seguir para los grupos indígenas.⁶² En un principio Gálvez adjudicó tierras a algunos soldados de misión e indígenas cristianizados en la parte sur de la península. Luego, cuando la conquista del territorio entre la bahía de San Diego y la de Monterrey estaba en marcha, se emprendieron expediciones integradas por familias de colonos que partieron desde las antiguas misiones jesuitas o desde Sonora con destino a la nueva provincia. Con el tiempo, estas expediciones de colonización propiciaron en lo que sería Alta California la fundación de pueblos o villas, tales como Nuestra Señora de los Ángeles, San José de Guadalupe o la villa Branciforte.⁶³

No obstante, la mayor presencia de algunos de estos elementos o la incorporación de otros al proceso de conquista y colonización no significó el establecimiento de un nuevo sistema de gobierno, sino que procuró reforzar el sistema existente.⁶⁴ La meta era alcanzar una mayor integración territorial, controlar y reducir los espacios que eran definidos como

⁶⁰ Alejandro García Malagón, “Los presidios en el septentrión novohispano en el siglo XVIII”, *Naveg@mérica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas* 18 (2017); Miguel Ángel Sorroche, “Las instituciones de frontera: la arquitectura misional en Baja California en los siglos XVIII-XIX”, *Meyibó* 4 (diciembre de 2011): 16–19.

⁶¹ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, 160.

⁶² Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 47–53.

⁶³ Weber, *La frontera española en América del Norte*; Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 81–87.

⁶⁴ García Ayluardo, “Introducción. Las paradojas de las reformas”.

fronteras. De ahí que no se prescindiera de la expansión que representaba la conversión religiosa de la población indígena.

Si bien la reforma eclesiástica era enfática en los límites que debían imponérsele al clero regular, la realidad que se vivía al norte del virreinato hizo que la labor de las órdenes religiosas resultara necesaria, incluso por aquellos funcionarios que de algún modo la desestimaban.⁶⁵ En ese sentido, la cristianización y el adoctrinamiento de los grupos indígenas continuó siendo primordial para la Corona. La misión no perdió relevancia, continuó siendo considerada como la mejor estrategia para afianzar la presencia hispánica, mediante la configuración del territorio y la incorporación de los indígenas a las dinámicas novohispanas mediante su evangelización. Para alcanzar los propósitos de las reformas emprendidas, el sistema misional en las Californias requirió ser reformulado y complementado con otros actores.

Para sustituir a los jesuitas, el monarca primero autorizó la entrega de la administración religiosa de las Californias a los frailes franciscanos. Luego, por solicitud de los frailes predicadores y por consejo del arzobispo Francisco de Lorenzana, uno de los principales promotores de la reforma eclesiástica, el rey autorizó a los dominicos incorporarse al proceso misional.⁶⁶ Para organizar la administración espiritual de las Californias, ambas órdenes mendicantes celebraron un convenio el 7 de abril de 1772 que dividió el territorio en dos jurisdicciones religiosas, una franciscana, que con el tiempo cobraría el nombre de Alta o Nueva California, y una dominica, que comprendió toda la península y que en esos momentos empezó a ser conocida como Antigua o Vieja California.⁶⁷ A diferencia del gobierno jesuita, esta reorganización territorial de la conquista misional se llevó bajo un mayor control de las prerrogativas de la Corona, la cual se vio representada en las autoridades virreinales, tanto militares como civiles, que acompañaron y fueron partes estructurales del complejo proceso de control territorial que articuló y vinculó a las

⁶⁵ García Ayluardo, “Re-formar la Iglesia novohispana”, 230–33; Weber, *La frontera española en América del Norte*, 344–45.

⁶⁶ Al interior de la Iglesia, el arzobispo Lorenzana fue uno de los mayores críticos de la Compañía de Jesús y de las concesiones que los misioneros de esta orden religiosa disfrutaban en California. De ahí que, expulsados los jesuitas, aconsejara a la Corona no dejar la California a cargo de una sola orden religiosas para que no se repitiera la situación que se vivió con los jesuitas. García Ayluardo, “Re-formar la Iglesia novohispana”, 237–38; del Río, “La adjudicación de las misiones de la antigua California a los padres dominicos”, 74–75.

⁶⁷ Magaña y Aguayo Monay, *La división de las misiones de la California de 1772*; Aguayo Monay, “El concordato franciscano-dominico de 1772: negociaciones sobre la división misionera de las Californias”; del Río, “La adjudicación de las misiones de la antigua California a los padres dominicos”.

Californias en un marco territorial más amplio.⁶⁸ Aun así, el sistema misional fue el proceso de territorialización y colonización más significativo en las Californias durante el virreinato. Con sus fundaciones, franciscanos y dominicos no solo pretendieron evangelizar a los grupos indígenas, sino también intentaron configurar e integrar el área californiana (lo peninsular y lo continental), así como lograr que esta se comunicara con Sonora.⁶⁹

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, como se ha visto, el proyecto reformista de los Borbones tuvo eco en los márgenes del imperio. La Corona veló por sus intereses y volcó una pléyade de proyectos y actores de corte ilustrado que le aseguraran la expansión, el control, la defensa y la mejor administración de sus territorios. La presencia hispánica en las Californias se intentó afianzar a partir de la exploración y la colonización, en la reducción de los indígenas “gentiles” (de ahí que el sistema misional se continuara), así como en la fundación de puertos y en el impulso del comercio marítimo en el Pacífico.⁷⁰ Si bien los intereses por obtener ganancias y explotar los recursos mediante formas eficientes eran de gran importancia, la presencia extranjera en las Californias fue una cuestión de primera relevancia y preocupación, que las reformas emprendidas por Gálvez trataron de mitigar. De ahí también que en la nueva organización territorial se considerara la fundación de presidios que permitieran mantener una expansión defensiva, ya que era imperativo evidenciar un territorio apropiado por la Corona española, consolidado frente a los indígenas y a los extranjeros.⁷¹

Sin embargo, los esfuerzos de las autoridades hispánicas no fueron suficientes y en muchas circunstancias se vieron incluso contrariados. A finales del siglo XVIII, como sugiere Mariano Bonialian, el océano Pacífico experimentaba un profundo proceso de extranjerización, el cual se vio representado principalmente por exploradores y comerciantes ingleses, rusos y estadounidenses, quienes manifestaron un gran interés por las Californias,

⁶⁸ Rojas, “Orden de gobierno y organización del territorio: Nueva España hacia una nueva territorialidad, 1786-1825”, 140.

⁶⁹ Magaña y Aguayo Monay, *La división de las misiones de la California de 1772*.

⁷⁰ Dení Trejo Barajas, “El océano Pacífico en el cruce de intereses imperiales. Una perspectiva desde la costa noroeste de la Nueva España al final del periodo colonial”, en *A 500 años del hallazgo del Pacífico: la presencia novohispana en el Mar del Sur*, ed. Carmen Yuste López y Guadalupe Pinzón Ríos, Primera edición, Serie Historia general / Instituto de Investigaciones Históricas 33 (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016), 367–68.

⁷¹ Sorroche, “Las instituciones de frontera: la arquitectura misional en Baja California en los siglos XVIII-XIX”.

que terminaron por replicar en estos territorios las disputas imperiales y que, al final, rebasaron en muchos aspectos el dominio español que se había desplegado.⁷²

1.2.Las Californias en las órbitas extranjeras

La presencia misional, así como la de presidios o puertos, respondían a la intención por construir un territorio controlado ante un ambiente de disputa con lo extranjero. La urgencia por establecer una red de misiones que configuraran el territorio a través de una serie de itinerarios que permitieran la movilidad y el auxilio entre distintos lugares, también iba en razón de hacer evidente una presencia hispánica que reafirmara el dominio de la Corona frente a los otros intereses imperiales.⁷³

La presencia de competidores a la monarquía española en las Californias no era algo nuevo. Desde finales del siglo XVI y a lo largo de todo el XVII, la presencia de embarcaciones inglesas ya era advertida cuando el galeón de Manila realizaba sus primeras incursiones por el océano Pacífico para establecer relaciones comerciales entre la Nueva España y Asia.⁷⁴ En las cortes de Ciudad de México y Madrid esta situación trajo un estado de preocupación que, junto a varias exploraciones marítimas que reconocían las ventajas estratégicas del extremo noroccidental del continente, motivaron a que las autoridades reales consideraran la fundación de un puerto en aquel espacio que sirviera de escala al galeón de Manila en su agotadora y dilatada travesía por el Pacífico norte. La bahía de Monterrey fue el punto que se pensó más apropiado para el establecimiento de dicho puerto, sin embargo, como se mostró antes, este proyecto no comenzaría a llevarse a cabo sino hasta después de la expulsión de los misioneros jesuitas.⁷⁵

Esta situación se vio intensificada durante el siglo XVIII, el cual estuvo marcado por una mayor presencia, movilidad e interacción de embarcaciones y personas de distintos

⁷² Mariano Ardash Bonialian Assadourian, “Comercio y atlantización del Pacífico mexicano y sudamericano: La crisis del lago indiano y del Galeón de Manila, 1750-1821”, *América Latina en la Historia Económica* 24, núm. 1 (el 1 de enero de 2017): 16–31.

⁷³ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*.

⁷⁴ Bernabéu Albert, “La frontera californica: de las expediciones cortesianas a la presencia convulsiva de Gálvez (1534-1767)”, 92.

⁷⁵ Incluso antes de la expulsión jesuita, el rey urgió en varias ocasiones al virrey de la Nueva España a que diera inicio con la construcción de un puerto en la Alta Californias que sirviera de punto de recaló para el Galeón de Manila, sin embargo, este proyecto no comenzó a llevarse a cabo sino hasta la llegada de José de Gálvez.

orígenes que circundaban el Pacífico norte y que resultaron una amenaza para la permanencia del dominio español en la zona, principalmente en los litorales de la península de California y en los que se extendían más al norte. Como consecuencia, la Corona española se vio obligada a replantear de manera urgente su presencia en la región, en especial cuando tuvo noticias de que cazadores y comerciantes rusos se encontraban explorando la península de Kamchatka y las islas Aleutianas, puntos a partir de los cuales continuaron sus avances hacia el extremo noroeste del continente americano.⁷⁶

Desde las expediciones que llevaron a Vitus Bering a la cadena de islas Aleutianas en 1741, los rusos comenzaron a practicar en el extremo noroeste del continente la cacería de nutrias para la venta de sus pieles en el mercado asiático.⁷⁷ En poco tiempo, los exploradores y cazadores rusos advirtieron que estos mamíferos poblaban en mayores cantidades las costas que se extendían al sur de Alaska, lo que propició que enfilaran sus embarcaciones hacia dichos litorales, donde configuraron rutas de cacería y comercio que les permitieron establecer un cierto control y un desplazamiento sin grandes dificultades por la zona, e ir descendiendo cada vez más hasta dar con las costas lo que sería Alta California. El comercio que los rusos abrieron en torno a las pieles de nutria se logró, en primer lugar, por la caza sistemática que emplearon a través de los indígenas aleutianos que los acompañaban, y luego, cuando habían establecido contacto con tierras californicas, sus cargamentos los fueron adquiriendo a través de los tratos comerciales que acordaban con algunos grupos indígenas de la región, en desavenencia de las autoridades españolas.⁷⁸ Estas relaciones comerciales y las cuantiosas ganancias que representaban las pieles de nutria por lo bien que eran pagadas en el mercado japonés y chino, así como la cacería de ballenas y lobos marinos para la extracción de esperma y aceites, atraieron a estos mares los navíos de otras potencias extranjeras.⁷⁹

Esta presencia rusa fue la razón principal para que la Corona española emprendiera la colonización de la costa noroccidental del continente en 1769, cuando los jesuitas ya habían sido expulsados y el visitador Gálvez se hallaba en California aplicando el programa

⁷⁶ Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 25–27.

⁷⁷ Ortega Soto, “Ross: la colonización rusa frente a la española”, 123.

⁷⁸ Ortega Soto, 128–29.

⁷⁹ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:76; Trejo Barajas, “El océano Pacífico en el cruce de intereses imperiales. Una perspectiva desde la costa noroeste de la Nueva España al final del periodo colonial”, 370.

reformista.⁸⁰ En las décadas siguientes, no obstante, los rusos no solo continuaron sus avances en la cacería de las nutrias, los cuales llevaron incluso hasta la Antigua California, sino que a ellos se les fueron uniendo navíos ingleses y estadounidenses. En su obra *Noticias de la provincia de Californias*, el misionero dominico Luis Sales sugiere, como lo hacían varios más, que se podía sacar provecho al comercio de las pieles, el cual resultaría muy ventajoso para la provincia de las Californias.⁸¹ Reconoce, a su vez, las exploraciones que los cazadores rusos e ingleses mantenían en el Pacífico y advierte que si “por parte de España no se toman las más serías providencias sobre este asunto, perderemos mucho por la ojeriza que tienen otras naciones por nuestras conquistas y por el interés particular de los que manipulan dicho comercio”.⁸²

Recogiendo ideas similares, la Corona tomó medidas y trató de impulsar en el virreinato el comercio que los rusos habían abierto en torno a las pieles de nutria, buscando hacerse de las ganancias que representaba y mantener el control marítimo y terrestre en la zona. Pero como ha demostrado Dení Trejo Barajas, las posibilidades de un proyecto hispánico en torno a la caza de nutrias y el comercio de las pieles al final del siglo se vieron frustradas, dejando el paso libre a los navíos extranjeros. Para principios del siglo XIX, los intereses rusos ganaron terreno al norte de Alta California.

Los dominios hispánicos en las Californias se hallaron en una situación comprometedor por los intereses que despertaban las pieles de nutria entre cazadores y exploradores rusos. Sin embargo, esta situación no se vería agudizada por dichas incursiones. Como se mencionó, los intereses que llevaron a los rusos a explotar la mano de obra indígena para la cacería de las nutrias y a comerciar con las pieles abrieron el paso a otros intereses imperiales. A finales del siglo XVIII, ingleses y estadounidenses comenzaron a desplazar a los rusos en el mercado de las pieles, al combinar esta actividad con la cacería de ballenas y la venta o intercambio de manufacturas.⁸³

⁸⁰ Weber, *La frontera española en América del Norte*, 338–45.

⁸¹ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:75–76; Trejo Barajas, “El océano Pacífico en el cruce de intereses imperiales. Una perspectiva desde la costa noroeste de la Nueva España al final del periodo colonial”, 370–72.

⁸² Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:76.

⁸³ Trejo Barajas, “El océano Pacífico en el cruce de intereses imperiales. Una perspectiva desde la costa noroeste de la Nueva España al final del periodo colonial”, 371.

Desde mucho tiempo atrás, los ingleses ya venían surcando el Pacífico complicando más la navegación de las embarcaciones españolas. La amenaza que significaban en la travesía anual del galeón de Manila motivó que este comenzara a recalar en el puerto de Monterrey a partir de 1776, como parte de las reformas que buscaban colonizar la Alta California.⁸⁴ Pero incluso antes del programa reformista, para las autoridades virreinales el hecho de que navíos ingleses surcaran el Pacífico nunca dejó de representar el temor de que llegaran a establecer asentamientos en el extremo noroeste del virreinato. A finales del siglo XVIII, los ingleses comenzaron a expandir sus lazos de influencia marítimos en el Pacífico a raíz de que tomaron el control de las islas Sándwich (Hawái). Asimismo, atraídos por el comercio de las pieles de nutria, incrementaron su presencia en las costas californicas.⁸⁵

En el informe que José Tobar y Tamariz, primer piloto de la real armada, elaboró para el virrey de la Nueva España, con motivo de su expedición al puerto de San Lorenzo en Nutka, es evidente la gran influencia que los ingleses habían alcanzado y la cercanía que para entonces tenían con los indígenas de aquellos extremos con motivo del comercio de pieles. En su relato, Tamariz dejó entrever los múltiples encuentros que tiene con navegantes extranjeros, especialmente ingleses, y expresó que esta presencia generaba una gran preocupación por la integridad territorial del imperio español. Incluso fue de la opinión que algunas fragatas armadas deberían de resguardar aquellas costas.⁸⁶

Los ingleses, por su parte, habían adquirido fluidez para desplazarse por el Pacífico. Hicieron de las Californias un destino habitual para comercializar aun con las prohibiciones españolas. Si bien los presidios, los puertos y las misiones tenían la función de mantener a raya la presencia extranjera, afianzando un poblamiento hispánico y vigilando las costas para evitar el desembarco ilegal y el tráfico clandestino de mercancías, el estado de desamparo en el que se hallaban les impidió a estos asentamientos cumplir cabalmente con esa función.⁸⁷ Con todo y el programa de integración territorial que José de Gálvez había impulsado y que incluía proyectos de conquista y colonización, las Californias permanecieron en una posición

⁸⁴ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, 176.

⁸⁵ Magaña, 178.

⁸⁶ “Informe que yo, Don José de Tamariz, primer piloto de la real armada, doy al excelentísimo señor virrey de la Nueva España, en obediencia de superior orden comunicada con fecha de 29 de agosto de 1789”, transcrito en Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:113–20.

⁸⁷ Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*; Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, 179.

muy secundaria dentro de las rutas virreinales de comercio y abastecimiento, de tal modo que sus pobladores se vieron orillados precisamente a lo que quería evitar la Corona, o sea, a entablar relaciones comerciales con las embarcaciones inglesas, rusas o estadounidenses que se aproximaban a las costas. Alejados de manera considerable de las ciudades y poblaciones novohispanas, colonos, soldados, misioneros e incluso indígenas vieron con poco recelo la presencia cercana de los extranjeros.⁸⁸

Por su parte, los comerciantes y exploradores ingleses y estadounidenses hallaron en muchos parajes de la Antigua y la Nueva California un mercado necesitado de manufacturas y gustoso de comerciar pieles de nutria. La expansión marítima que habían logrado les permitió establecer contactos con puertos novohispanos, asiáticos y centroamericanos, diversificando con ello los productos que ofrecían. Ante el conocimiento de las autoridades provinciales o no, los ingleses establecieron tratos principalmente con pobladores y misioneros, quienes veían en esto oportunidades para hacerse de bastimentos suficientes ante el hecho de que los enviados por la Nueva España vía San Blas tardaban mucho en llegar.⁸⁹

Destacan los casos de misioneros en torno al desarrollo de la cacería de nutrias y el comercio de sus pieles. En varias ocasiones brindaban facilidades a las exploraciones inglesas para cazar en las costas californianas o se aprovechaban de las prácticas de los indígenas para preparar cargamentos de pieles para su posterior comercialización. En su obra, fray Luis Sales describe a detalle el procedimiento que él mismo presencié y que los indígenas empleaban para cazar a las nutrias sin dañar su pelaje, lo que hace suponer que este dominico practicó el comercio de pieles empleando la mano de obra de los indígenas del pueblo de misión que tenía a su cargo.⁹⁰ Otro caso fue el de fray Félix Caballero, presidente de los misioneros dominicos durante buena parte de la década de 1830, y quien resultó ser el principal intermediario y contacto para el comercio de pieles en el tiempo que laboró en la región de la Frontera.⁹¹

A inicios del siglo XIX la extranjerización del Pacífico era más que evidente. El control inglés era tal que sus embarcaciones fueron las que establecían los contactos

⁸⁸ Trejo Barajas, “El océano Pacífico en el cruce de intereses imperiales. Una perspectiva desde la costa noroeste de la Nueva España al final del periodo colonial”, 368.

⁸⁹ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, 176–77.

⁹⁰ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:76–77.

⁹¹ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, 185; Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 245.

marítimos entre los puertos novohispanos, peruanos y centroamericanos.⁹² Las redes comerciales tejidas por los ingleses, así como las que fueron estableciendo los estadounidenses, comprimían más el control de la Corona española sobre las costas de las Californias. Sorteaban con mayor facilidad las restricciones de las autoridades militares españolas y de manera más recurrente arribaban a las costas para comerciar diversos productos con los pobladores de estas provincias, principalmente pieles y manufacturas. De igual forma, los navíos rusos que todavía surcaban el norte del Pacífico mantenían enfocadas sus travesías en la cacería de nutrias y en 1812, ante la perplejidad de las autoridades californianas, la Compañía Ruso Americana fundó a pocos kilómetros al norte del presidio de San Francisco el Fuerte Ross.⁹³ Si bien para la Nueva España y para la metrópoli este asentamiento ruso representó una abierta violación a su territorio, la difícil situación que atravesaba el imperio a raíz de la invasión napoleónica y los levantamientos insurgentes les impidió brindar el apoyo económico y militar que las autoridades de Alta California solicitaban para confrontar a los rusos.⁹⁴ Ante la incapacidad de defensa y la necesidad de recursos, los pobladores, soldados y misioneros del norte de la Nueva California se vieron orillados a comerciar con los habitantes del Fuerte Ross, como lo hacían con las embarcaciones que se aproximaban a los litorales.

A partir de la década de 1820, el predominio inglés en torno a los litorales de las Californias se debilitó. La presencia de embarcaciones procedentes de los Estados Unidos incrementó y poco a poco se fueron haciendo del control marítimo de la zona. Desde los primeros años del siglo XIX, los estadounidenses habían buscado expandir sus relaciones comerciales siguiendo los pasos de los navíos rusos e ingleses. Incursionaron en el mercado de las pieles, así como en la cacería de ballenas y se involucraron en el intercambio de manufacturas. Todo esto ocasionó que, en el transcurso de los años siguientes a la independencia de México, exploradores, cazadores y comerciantes estadounidenses continuaran arribando a las Californias, ya no solo por mar, sino también avanzando por tierra desde el extremo noreste del continente. En el curso de ese proceso, las disputas entre

⁹² Bonifacio Assadourian, “Comercio y atlantización del Pacífico mexicano y sudamericano”, 24–33.

⁹³ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, 183; Ortega Soto, “Fuerte Ross: la incapacidad de las autoridades españolas para proteger Alta California”, 285.

⁹⁴ Ortega Soto, “Ross: la colonización rusa frente a la española”, 128–32; Ortega Soto, “Fuerte Ross: la incapacidad de las autoridades españolas para proteger Alta California”, 284–87.

grupos de poder locales y la inestabilidad del supremo gobierno hicieron que la posición mexicana en las Californias se viera rebasada frente a los intereses expansionistas de los Estados Unidos, llegando a su momento más crítico durante la invasión de 1846-1848.

1.3. La Californias en un nuevo régimen. Las misiones dominicas en el México independiente

La consolidación del dominio hispánico sobre las Californias no se alcanzó como estaba planteado y mucho menos como la Corona lo anhelaba. Como había ocurrido con el proyecto misional jesuita, el programa reformista impulsado por el visitador Gálvez resultó inoperante.⁹⁵ Todo lo construido y organizado para mantener una expansión defensiva frente a los grupos indígenas y en especial frente a las incursiones extranjeras, se vio mermado de forma rápida por varias razones. Por un lado, las periódicas epidemias que golpearon en diferentes momentos los pueblos de misión e impidieron su desarrollo; asimismo, la resistencia cultural y las insurrecciones indígenas que en varios episodios entorpecieron la conquista misional.⁹⁶ A estas circunstancias habría que añadir las dificultades que el ambiente presentaba, sobre todo las limitantes de agua en el espacio peninsular; el retraso de bastimentos procedentes de la Nueva España, así como los recurrentes conflictos entre autoridades militares y misioneros.⁹⁷ Vistas estas problemáticas en conjunto, resulta difícil no considerarlas también como las causales que propiciaron las incursiones extranjeras que a la Corona española le disputaron su influencia marítima en el Pacífico y que debilitaron, aprovechando el comercio de pieles y de manufacturas, su hegemonía en un contexto global de expansión de intereses imperiales.

⁹⁵ Del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, 234.

⁹⁶ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 128-44; Lucila León Velazco, "Indígenas y misioneros en Baja California", en *Arqueología de nuestra región, Tecate, Baja California*, Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, Tomo 4, 2003, 118-25; Zárate Loperena, "La guerra kumiai en las postrimerías del siglo XVIII y la fundación de San Miguel Arcángel"; Rosa Elba Rodríguez Tomp, "La cultura indígena en la península de California. Unidad en la diversidad", en *Historia General de Baja California Sur III. Región, sociedad y cultura*, ed. Edith González Cruz y Francisco Altable (La Paz, Baja California Sur, México: Universidad Autónoma de Baja California Sur-Seminario de Investigación en Historia Regional, 2004), 728.

⁹⁷ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*; Bernabéu, *Edificar en desiertos. Los informes de fray Vicente de Mora sobre Baja California en 1777*; Miguel Ángel Sorroche Cuerva y Ana Ruiz Gutiérrez, "Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)", *Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época*, núm. 32 (2014): 124-48.

Al arrancar el siglo XIX, la situación del imperio español se tornó aún más complicada: en Europa por la invasión napoleónica y en América por los movimientos de independencia. Durante los primeros años de la década de 1820, las Californias fueron parte del cambio de régimen que se dio como resultado de la crisis política y militar que sufrió la Nueva España a causa de los movimientos insurgentes que surgieron en el centro del virreinato a partir de 1810. Aunque las luchas armadas pasaron prácticamente desapercibidas en la región, sus efectos sí se resintieron en la mayor demora que tuvo el arribo de bastimentos, correos y sínodos procedentes del centro novohispano.⁹⁸ Como se ha visto, esta situación orilló a que más pobladores, soldados y misioneros recurrieran al comercio clandestino con varios de los navíos que arribaban a las costas californicas, sobre todo ingleses, rusos y estadounidenses.

Con el nuevo siglo el panorama misional en las Californias se volvió divergente. Por un lado, las misiones dominicas en el Antigua California padecían un marcado proceso de declive que era provocado principalmente por el despoblamiento de las fundaciones y por el corto número de religiosos. Las misiones franciscanas de Alta California, en cambio, experimentaban un periodo de apogeo que se reflejaba en el aumento de sus poblaciones y, sobre todo, en el desarrollo de sus cosechas y sus ganados. No obstante, la incertidumbre ocasionada por la guerra y el proceso de independencia, complicaron la situación de las misiones franciscanas y dominicas, llevándolas a un estado de ostracismo y de desventaja frente a los intereses que colonos y viejos soldados tenían por las tierras de misión, y que los condujo a sugerir en repetidas ocasiones la secularización de las fundaciones.

A pesar de que, al jurarse la independencia del Imperio Mexicano en las Californias, a los frailes se les respetaron sus fundaciones y se les pidió continuar con sus labores en razón del número de “gentiles” que aún existía, más tarde, desde el momento en el que se erigió la república, la situación de las misiones fue sumamente convulsa. La escasez de religiosos que venía desde el régimen hispánico se recrudeció en las décadas que siguieron a la independencia y complicó mucho el mantenimiento de varias de las misiones.⁹⁹ A su vez, esta situación motivó a que varios de los soldados que conformaban las escoltas misionales

⁹⁸ Jackson, “The changing economic structure of the Alta California missions: A reinterpretation”.

⁹⁹ Chávez Moreno, “Escasez, conflicto y naufragios: reclutamiento de dominicos españoles para las misiones de California a fines del siglo XVIII”; Ruiz de Gordejuela Urquijo, “La independencia de México y las misiones de las Californias: españoles versus mexicanos, 1821-1833”.

se apropiaran o solicitaran en adjudicación las tierras de labor de aquellas fundaciones que se quedaban sin misionero residente o que eran clausuradas. Asimismo, en el transcurso de los gobiernos locales o nacionales, distintas leyes, reglamentos y decretos regularon, modificaron, alteraron o trastocaron el régimen misional de las Californias. Si bien algunas de estas normativas establecieron la secularización de varias de las fundaciones, conservaron, no obstante, el estatus misional de otras, como fue el caso de las misiones dominicas de la Frontera.¹⁰⁰

Desde el momento en el que pasaron a formar parte de la nueva nación mexicana, las Californias experimentaron un ligero aumento en la población no indígena, en especial la Alta California. El incremento de las relaciones comerciales entre los pobladores californios y las embarcaciones extranjeras, así como la posibilidad de hacerse de tierras, incentivó el arribo de colonos procedentes de Sonora y Sinaloa. Este fenómeno migratorio, que integraban además personas de diferentes nacionalidades, en su mayoría estadounidenses, llevó a que en Ciudad de México se elaboraran planes que reafirmaran el control del territorio y el mejor aprovechamiento de sus recursos. Como décadas antes lo había ordenado la Corona española, los gobiernos nacionales mandaron hacer informes, censos y mapas con el objetivo de tener un mayor conocimiento sobre las características y las cualidades de las Californias: el clima y la geografía de sus regiones, sus islas, la fauna, la flora, los recursos naturales, la población, las actividades productivas, los indígenas y hasta las misiones que se mantenían.¹⁰¹ Estas iniciativas se sostenían sobre un ideal racional y colonizador: tenían la intención de implantar el dominio territorial, político y económico del nuevo Estado; fomentar la formación de pequeños propietarios e imponer, además, la ciudadanización de los indígenas, la cual está supeditada a la idea occidental de “civilización” y que consistía en el abandono de su identidad étnica.¹⁰²

A pesar del profundo deterioro que padecía el modelo misional en las Californias y al avance de la secularización, algunas de las fundaciones todavía fueron contempladas

¹⁰⁰ Magaña, “De pueblo de misión a pueblo frontereño: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”; Magaña, “La transferencia misional en el contexto de la secularización liberal en el área central de las Californias, 1808-1834”.

¹⁰¹ León-Portilla y Muriá, *Documentos para la historia de Baja California*.

¹⁰² Rosa Elba Rodríguez Tomp, “Memoria y etnicidad. La recreación del pasado entre los pueblos yumanos”, en *Historia, memoria y sus lugares: lecturas sobre la construcción del pasado y la nación en México* (Mexicali, Baja California: Universidad Autónoma de Baja California-Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, 2014), 67.

dentro del proceso de colonización. Esta circunstancia hace necesario matizar la idea que se tiene de que el sistema misional “era incompatible con la recién establecida república”.¹⁰³ Primero, porque el declive misional no fue un fenómeno que se dio a partir de la independencia, sino que venía desde el periodo virreinal y, segundo, porque la evangelización de los indígenas, aún en la república, era de suma importancia en tanto medio para alcanzar su asimilación en el modelo político, económico y social de la nación mexicana. Si bien en Alta California la evangelización se consideraba terminada y de manera enérgica se planteaba la secularización de todas las misiones, que en realidad se trataba de una liberalización de las tierras y la mano de obra indígena. En otras zonas, no obstante, se vio necesaria la continuidad de las misiones que todavía tenían un número considerable de indígenas neófitos y de “gentiles” por reducir. Ese fue el caso de las misiones dominicas de la Frontera, que persistieron por hallarse en un territorio que aún era definido de “gentilidad” y “conquista viva”, aunque los informes revelaran el escaso número de frailes, la caída poblacional de los indígenas y el estado deplorable de las fundaciones.¹⁰⁴

El corto número de misioneros, por otro lado, no fue limitante para que los religiosos continuaran ejerciendo influencia entre las décadas de 1830 y 1840. En el sur de Baja California, por ejemplo, un grupo reducido de misioneros dominicos y mercedarios todavía administraban algunas fundaciones, ejerciendo un control sobre las tierras de labor y la mano de obra indígena que perduraba.¹⁰⁵ Por su parte, en las expediciones que se hicieron para abrir una ruta de comunicación entre Nuevo México y Baja California, fue necesaria la intermediación del dominico Félix Caballero ante los grupos indígenas que habitaban las confluencias de los ríos Gila y Colorado.¹⁰⁶ Sin mencionar las extensiones de tierras y el gran número de cabezas de ganado que este misionero tenía bajo su control al hacerse cargo él solo de tres misiones.

¹⁰³ Peveril Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 2da. Edición, Colección Baja California: Nuestra Historia 7 (Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 2005), 267.

¹⁰⁴ Magaña, “De pueblo de misión a pueblo fronterero: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”, 130; Magaña, “La transferencia misional en el contexto de la secularización liberal en el área central de las Californias, 1808-1834”, 89.

¹⁰⁵ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 247-48; Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 98-102.

¹⁰⁶ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, 170.

Aun con esto, el sistema misional iba en picada. De los puertos o desde las rutas que se abrieron con Sonora y Nuevo México, siguieron llegando a las Californias nuevos colonos que aspiraban hacerse de tierras y que rápidamente se aprovecharon de la especulación que vino con la división de los terrenos de las misiones abandonadas, incluso en perjuicio de los indígenas que anteriormente se encontraban congregados en ellas.¹⁰⁷ Por otro lado, los levantamientos indígenas se recrudecieron ante el acoso y maltrato constantes que padecían por parte de los soldados y de los colonos que arribaban. En 1836, un grupo de indígenas kumiai atacaron San Diego de Alcalá, en Alta California. El conflicto se extendió a la región Frontera, donde se suscitó una atmósfera agitada entre algunos grupos indígenas, especialmente de la zona este, que derivó en el asalto a la misión de Nuestra Señora de Guadalupe en 1839 y luego, al año siguiente, en la destrucción de la misión Santa Catarina Virgen y Mártir.¹⁰⁸

El arribo de extranjeros a Alta California fue la constante a lo largo de las primeras décadas de vida independiente. Los tratos comerciales con los californios, así como las pieles de nutria, junto con la caza de ballenas y la pesca, no dejaban de atraer a cientos de personas de distintas nacionalidades, que en el transcurso de los años se asentaban en los poblados altacalifornianos. Esa presencia extranjera que, en la segunda mitad del siglo XVIII había motivado la atención de la Corona española y que una vez lograda la independencia fue alentada, se tornó preocupante para las autoridades mexicanas a finales de la década de 1830, sobre todo en lo concerniente al arribo de numerosos estadounidenses. Tanto autoridades militares como civiles prevenían al gobierno nacional sobre los encuentros que tenían con migrantes estadounidenses en los caminos que atravesaban las dos Californias y en los del interior de Nuevo México. Asimismo, daban aviso del establecimiento de colonias estadounidenses que cada vez eran más numerosas. La situación se fue agudizando, surgieron conflictos entre los pobladores e incrementó la incertidumbre, así como la percepción de que la integridad del territorio mexicano estaba en riesgo.¹⁰⁹ Finalmente, así ocurrió y esta presencia extranjera haría de las Californias un escenario más de la guerra que México y Estados Unidos libraron en 1846-1848.

¹⁰⁷ Magaña, 170–72; Magaña, “La transferencia misional en el contexto de la secularización liberal en el área central de las Californias, 1808-1834”, 78.

¹⁰⁸ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 219–20.

¹⁰⁹ León-Portilla y Muriá, *Documentos para la historia de Baja California*, 135–47.

Finalizado el enfrentamiento militar en 1848 vino una nueva reproducción cartográfica donde las Californias se vieron separadas por una línea imaginaria, ahora pertenecían a naciones diferentes. Pronto la fiebre del oro en Alta California atrajo a miles de migrantes, mientras que en la península solo dos misioneros dominicos laboraban: Gabriel Gonzáles en el sur y Tomás Mancilla en la Frontera. Prácticamente todas las misiones en las Californias habían sido secularizadas y sus tierras se habían adjudicado en propiedad, pasando a formar ranchos privados. La labor misionera en la península a cargo de estos dos religiosos era raquíca, mientras que en Alta California se organizaba una iglesia diocesana.¹¹⁰ En 1854, el nombramiento del primer vicario de Baja California cesó la presidencia de las misiones y con ello finalizaba al periodo misional dominico.

2. LA MISIÓN

2.1. Fundación y organización de la Iglesia Católica

La implantación del catolicismo en aquello que Europa definió como Nuevo Mundo a principios del siglo XVI no fue un proceso exclusivamente religioso, significó también la expansión, el establecimiento y la legitimación de los imperios católicos en nuevos territorios. Era la obligación mediante la cual se adquiría por designio divino el derecho de posesión y aprovechamiento sobre un territorio y sus habitantes; la cruz sobre la que se implantó y expandió la conquista del continente.

Como ocurrió en la península ibérica con el avance sobre el islam, toda empresa de conquista hispánica emprendida en América se dio con la implantación del catolicismo. Desde la conquista de las Antillas hasta el momento en el que Hernán Cortés marchó con sus tropas hacia la capital mexicana, se comprendió que la conquista militar debía darse de forma paralela a una empresa religiosa. De esa forma, en los territorios que se ocupaban en nombre de la Corona, se procuraba implantar el germen del catolicismo. Cortés permitió entre sus huestes el acompañamiento religioso para que en cada asentamiento indígena se divulgara el evangelio. Asimismo, solicitó al rey en múltiples ocasiones el envío de religiosos

¹¹⁰ Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”.

mendicantes para que emprendieran la fundación de la Iglesia en América mediante la propagación de la fe entre los indígenas.¹¹¹ Así fue como frailes franciscanos, dominicos y agustinos fueron los encargados de iniciar la “conversión de los infieles” en Nueva España, la cual empezó con los pueblos de los valles centrales.

En esas primeras décadas del siglo XVI, las acciones que realizó el clero regular para predicar el evangelio fuera de Europa se articularon en lo que sería la misión. Esta eventualmente se fue perfilando como la mejor estrategia para esparcir la fe católica en el orbe, especialmente cuando los jesuitas tomaron las labores apostólicas y llevaron la evangelización más allá de los márgenes imperiales, imprimiéndole a la misión su sentido moderno, el cual llevaba implícita la expansión territorial.¹¹²

La misión, en ese sentido, era una unidad global, pues respondía a los intereses universales de la Iglesia Católica, que a su vez se adaptaban a los intereses expansionistas de los imperios.¹¹³ Mediante la conquista territorial y la conversión religiosa, la misión tenía como principal fin la fundación y organización de la Iglesia en el territorio donde se asentaba. En América, esto se tradujo en la extirpación de la idolatría, en la inculcación de la moral cristiana y en la introducción de prácticas ajenas a las indígenas.¹¹⁴ La misión se llevaba a efecto mediante la implementación de un orden y un método que variaban según la orden religiosa, y de los que se esperaba que proporcionaran a la Iglesia una base de feligreses sobre los cuales sostenerse, proceder a su organización y posteriormente continuar con su expansión. Por un lado, este orden y método eran los trabajos mediante los cuales los misioneros procuraban controlar y regir la vida de los indígenas, esto con el propósito de que adoptaran y se condujeran de acuerdo a los modos de vida occidental.¹¹⁵ Por otro lado, se trataban de las enseñanzas que el neófito recibía para ser introducido a la vida católica, es decir, su conversión, que se consolidaba con la impartición de los sacramentos por parte del misionero.

¹¹¹ Se les llamó órdenes mendicantes debido a que en un principio no contaban con rentas ni posesiones para vivir y por lo tanto dependieron de la mendicidad. Ulloa, *Los predicadores divididos. Los dominicos en Nueva España, siglo XVI*, 89.

¹¹² Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 32–33.

¹¹³ Bernd Hausberger, *Historia mínima de la globalización temprana* (México: Colegio de México, 2018), 96–110.

¹¹⁴ Ricard, *La conquista espiritual de México*, 70.

¹¹⁵ Hausberger, *Historia mínima de la globalización temprana*, 100.

La misión partía de un discurso redentor construido por los misioneros y sus órdenes religiosas, ya que se pensaba que los pueblos indígenas, sobre todo los cazadores-recolectores, debían ser salvados de un estado de idolatría, desamparo y miseria.¹¹⁶ Asimismo, la Corona y la Iglesia elaboraron una imagen de pobreza y barbarie sobre los sujetos susceptibles de conversión, que partió de la valoración de sus prácticas culturales y del desconocimiento que tenían estos de lo que se nominaba como la “verdadera” religión. Estas representaciones sirvieron a nociones colonizadoras, ya que, a partir de la conversión, justificaban la dominación del indígena. De ahí que la evangelización de los indígenas en tanto misión fuera la estrella de la Corona, al menos por dos siglos y medio, porque en ella descansó el objeto de conquista.¹¹⁷

Con estos objetivos en mira, los misioneros encarnaron el trabajo apostólico; se involucraron física, intelectual, emotiva y lingüísticamente.¹¹⁸ Se adentraron en nuevas fronteras con el fin de reducirlas. Empleando la enseñanza religiosa y el adiestramiento en actividades productivas, los misioneros articularon los modos que creyeron más adecuados para penetrar en la composición cultural y social de las poblaciones indígenas y promover en ellas un cambio, que a pesar de sus esfuerzos no siempre conseguían. Abrazando la vocación redentora de emprender la salvación (forzada) de los indígenas, los misioneros intentaron enraizar los cimientos de una Iglesia que se quería expandir al ritmo que lo hacían los dominios del monarca español.

A partir de la segunda mitad del siglo XVI, la conquista misional comenzó a extenderse hacia el norte de la Nueva España, habitado por una gran diversidad de grupos nómadas y seminómadas. En estos extremos territoriales la misión continuó buscando la fundación y organización de la Iglesia. Sin embargo, este objetivo terminó por verse como cosa inalcanzable. En las Californias, sobre todo en la península, el proyecto misional se quedó, a lo mucho, en la etapa preparatoria.¹¹⁹ Si bien, en el curso de ciento cincuenta y siete años (1697-1854), jesuitas, franciscanos y dominicos lograron fundar y administrar varias

¹¹⁶ En las obras redactadas por los misioneros es posible hallar muchos ejemplos de este discurso redentor en torno a la misión. Para el caso de los dominicos en la Antigua California véase la obra del dominico Luis Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*.

¹¹⁷ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 78.

¹¹⁸ Para un análisis sobre las repercusiones que la vida misional en las “fronteras de gentiles” tenían sobre la subjetividad de los misioneros, véase Del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, 37–82.

¹¹⁹ Ricard, *La conquista espiritual de México*, 33.

misiones en estas provincias, las características del ambiente y las dinámicas socioculturales de los grupos indígenas, así como la distancia que había respecto a los centros de poder y la difícil situación que atravesaba el imperio español, entre otros factores, dificultaron el proyecto evangelizador y civilizatorio de los misioneros, y ocasionaron que, a la larga, la fundación y organización de la Iglesia Católica en las Californias no fuera resultado del trabajo misional del clero regular.

2.2. La evangelización de los infieles

La evangelización se orientó en la misión, que consistió en la práctica y la experiencia de introducir en el evangelio a los infieles, es decir a los no cristianos.¹²⁰ Esta se nutrió de todo un bagaje teológico que motivaba a los religiosos a adoptar una vocación apostólica, la cual, para el caso de los frailes predicadores, se entendió como “la salvación de las almas por medio de la predicación evangélica y la alabanza divina”.¹²¹ No obstante, la complejidad de la misión iba más allá del cuerpo teológico que cada orden religiosa pudiera dotarle. Incluía una pedagogía colonizadora y disciplinaria que iba dirigida a penetrar y fracturar por completo la estructura cultural y las concepciones cosmogónicas de los grupos no cristianos, con el objetivo de que estos adoptaran no solo el catolicismo sino también una vida sedentaria afín a las formas occidentales.

La labor misional, en ese sentido, fue un proceso transgresor porque buscaba trastocar y modificar todos los aspectos de las vidas de quienes lo recibían. Sin embargo, este carácter transgresor de la misión era inexistente para las percepciones redentoras, y por ende colonizadoras de los misioneros. Desde su posición, la conversión de los infieles no solo era justificable como medio de salvación, sino que además era urgente por tratarse de vidas percibidas como bárbaras e idólatras, términos a través de los cuales fueron definidos los grupos indígenas en América. A los ojos de los misioneros, las almas de estos estaban sumidas en las “tinieblas de la infidelidad” debido a que desconocían la fe y la moral católicas. No obstante, fueron pensados a *imagen de Dios* y, por lo tanto, eran susceptibles

¹²⁰ Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 32–34.

¹²¹ Ulloa, *Los predicadores divididos. Los dominicos en Nueva España, siglo XVI*. 149.

de redención y de cambio. De esa forma, la misión también fue un medio para apropiarse del indígena: primero como posibilidad y luego en el sentido de moldear a un futuro y fiel creyente que abrazara el “suave yugo de la ley evangélica”.¹²²

La evangelización de los indígenas era una labor metódica, rutinaria, espacial y disciplinaria. Contemplaba la elaboración de un conocimiento etnográfico, la reducción de los indígenas en complejos misionales para fomentarles una vida sedentaria, así como la instrucción religiosa y las labores productivas que regían la cotidianidad y se inculcaban a través de medidas correctivas.

Para los misioneros fue imperativo adquirir un conocimiento sobre los aspectos culturales de los grupos originarios y dejar evidencia escrita de estos.¹²³ Saber sobre las costumbres, la religión, el lenguaje, las expresiones, la alimentación y la relación con el entorno que practicaban los indígenas facilitaba el proceso de evangelización, abría la posibilidad de elaborar estrategias de aculturación mediante las cuales se alteraban dichos aspectos culturales y se introducía el catolicismo de manera progresiva. Mediante esta práctica, los operarios de las órdenes religiosas formularon una apropiación textual de los indígenas y sus territorios, la cual se vio materializada en una gran cantidad de manuales, cartas, noticias, mapas y estudios, con una amplia difusión en Europa y donde dejaron plasmadas sus impresiones y descripciones sobre la cultura de los indígenas, la geografía, la flora, la fauna y el ambiente de los sitios donde misionaban.¹²⁴ No obstante, si en el siglo XVI la elaboración de estas obras era un medio para conseguir la evangelización, en el siglo XVIII, en las “misiones de fronteras” al norte del virreinato, pasaron a ser la meta a lograr ante la inmensa dificultad que representó la reducción y conversión de los grupos cazadores-recolectores-pescadores.¹²⁵

Por otra parte, la dispersión de los grupos indígenas en el espacio viene desde “la primera evangelización” en el centro de la Nueva España.¹²⁶ Desde entonces, los religiosos se vieron obligados a ir tras los “gentiles” y reducirlos en complejos misionales para fomentarles una vida sedentaria occidental y configurar un ordenamiento social del territorio

¹²² Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*. 129.

¹²³ Hausberger, *Historia mínima de la globalización temprana*, 100–101.

¹²⁴ Del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, 192–93; Hausberger, *Historia mínima de la globalización temprana*, 100–102.

¹²⁵ Del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, 196.

¹²⁶ Ricard, *La conquista espiritual de México*, 207–9.

a través de la formación de pueblos.¹²⁷ Este método de reducción se vio intensificado en el proceso de conquista misional al norte del virreinato debido al carácter nómada y seminómada de los indígenas que poblaban ese inmenso territorio. Tal fue el caso la península de California, donde los grupos indígenas practicaban una movilidad estacional a lo largo y ancho de sus territorios que iba en función de la disponibilidad de alimentos, de los intercambios que realizaban entre distintos grupos y de los lazos de parentesco que formaban.¹²⁸ Frente a este complejo escenario, tanto misioneros jesuitas, franciscanos y dominicos realizaron exploraciones, localizaron los sitios de estancias temporales y negociaban con los indígenas o los atraían con presentes para lograr su reducción en asentamientos permanentes.¹²⁹ De esta forma, la misión adquirió un sentido espacial,¹³⁰ que se materializaba en el conjunto de estancias, habitaciones, infraestructuras y tierras de cultivo y de ganado que conformaban los complejos misionales y donde se impartían las “actividades higienizantes o de purificación” para los indígenas.¹³¹

Si bien, el método de reducción variaba según la orden religiosa, este contemplaba la imposición de una forma de gobierno que introdujera a los indígenas en las enseñanzas religiosas, que les inculcase la moral católica y que les adiestrara en actividades agrícolas. El misionero enseñaba, confesaba, predicaba y administraba los sacramentos. A su vez, se apoyaba en indígenas neófitos para que sirvieran de ejemplo de vida cristiana y a toque de campana, símbolo de su autoridad, pretendía controlar y conducir en todo momento la vida de los indígenas que tenía bajo su cargo religioso. Como explicó fray Luis Sales para el caso de los dominicos en la Antigua California:

[El misionero], luego que amanece, los congrega en la iglesia para rezar la doctrina, les dice su misa y reza con ellos el santo rosario. Entre días es necesario una continua vigilancia para que no se junten hombres con mujeres, y que estas, en medio de sus labores, estén siempre

¹²⁷ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 77.

¹²⁸ Rodríguez Tomp, “La cultura indígena en la península de California. Unidad en la diversidad”, 715–16; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 89–90.

¹²⁹ Para el caso de las misiones jesuitas en el sur de la California peninsular, Gabriel Fierro denomina a esta primera incursión misionera como “La entrada”. Gabriel Fierro Nuño, “Apropiación del espacio misional: restauración y memoria en Santa Gertrudis, Baja California” (Tesis para obtener el grado de Maestría en Historia, Tijuana, Baja California, México, Universidad Autónoma de Baja Californias - Instituto de Investigaciones Históricas, 2020), 65.

¹³⁰ Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 34.

¹³¹ Espinoza Meléndez, 34; Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 71–72.

empleadas en rezar o en cantar cantos de la iglesia. Nadie sale a parte alguna, aun a beber agua, que no sea con el permiso del misionero. Al ponerse el sol, congrega otra vez a los indios para rezar el rosario, letanías y otras devociones. Después de su corta cena, se congregan otra vez en la casa del misionero y allí se les explica algún punto de la doctrina cristiana, se reprenden sus defectos y se castigan con azotes. Omito el decir a nuestra merced sobre el negocio de la confesión y comunión, que es de los más críticos y de los más pesados, atendiendo a su inconstancia, a su desidia y a su inclinación natural a ciertos vicios de los que apenas se pueden apartar, con que es preciso estar trabajando incesantemente para que, a lo menos, sean un poco buenos, y aun esto jamás se consigue sino con los azotes tanto a hombres como a mujeres.¹³²

La experiencia de evangelizar supuso colmar y encaminar toda actividad, labor y pensamiento del neófito al cumplimiento de las reglas y las enseñanzas del evangelio. Extender el reino de Jesucristo consistió, pues, en extraer de las “tinieblas gentílicas” a los sujetos a conversión. Colocarlos bajo un gobierno de espiritualidad extenuante, equiparable a lo que algunos historiadores han estudiado como disciplina social y confesionalización para el caso de la Europa medieval, que buscaba la uniformidad católica y se servía, como pudo notarse, de prácticas pedagógicas como los rezos y los cantos, o de medidas coercitivas y disciplinarias como los azotes.¹³³ Estas últimas de un grado tal de violencia que, por ejemplo, en la Antigua California provocaron la huida de cientos de neófitos, motivaron levantamientos armados y en muchas ocasiones terminaron alejando del control misional a buena parte de los indígenas “gentiles”, quienes se rehusaban a ser reducidos y terminaron asociando los complejos misionales a un estado de encierro y suplicio.

La actividad misional, por otro lado, no se limitó a la instrucción religiosa de los indígenas, sino que además consistía en un cúmulo de actividades necesarias para el sostenimiento de las misiones y para lograr desprender a los indígenas del estado de barbarie y miseria en el que las lógicas colonizadoras los encasillaron. En ese sentido, el carácter nómada y seminómada de los pobladores al norte de la Nueva España llevó a que los religiosos adquirieran la noción de que en sus fundaciones debían ser y hacer de todo.¹³⁴ Sobre esa idea, el propio Sales anotó:

Cada una de las misiones debe contemplar, vuestra merced, como una pequeña, pero ordenada, república. El misionero es el padre, la madre, el juez, el abogado, el médico y

¹³² Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:137.

¹³³ Po-Chia Hsia, “Disciplina social y catolicismo en la Europa de los siglos XVI y XVII”, 36–39.

¹³⁴ Del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, 194.

cuantas castas de artesanos hay en el pueblo. Nada se emprende, nada se determina, que no sea según la dirección del misionero.¹³⁵

Así, los cuerpos de los misioneros personificaron los modelos occidentales que debían seguir los neófitos. Lo paradójico, como ha señalado Ivonne del Valle, fue que en el siglo XVIII las múltiples actividades terrenales que debían realizar los religiosos para el sostenimiento de sus misiones y para la transformación de los indígenas en ese algo deseable, parecen haberlos distanciado de sus fines espirituales.¹³⁶

Las órdenes religiosas, en cumplimiento de sus constituciones, pretendieron “dar a todo el mundo una constante prueba de su celo por la conversión de las almas”.¹³⁷ Con la evangelización, intentaron transformar las tierras de “gentilidad”, llamadas también fronteras, en territorios de cristianismo utópico. No obstante, para los pueblos originarios, este proceso significó una fractura profunda a sus costumbres, sus relaciones sociales y sus territorialidades. La evangelización significó para buena parte de ellos desprenderse de su cultura e identidad y, al final, no solo fue la adhesión a otras formas de creencia, sino también a otras esferas de dominio. La luz del evangelio, además de volverlos neófitos, los convirtió en súbditos de la Corona.

2.3. La reducción de los infieles al dominio y gobierno hispánicos

Puesto que el servicio de los misioneros no solo iba en provecho de la Iglesia sino también del rey, no debe perderse de vista que la evangelización, y por ende la misión, eran de interés imperial. En razón de las prerrogativas que la Corona detentaba en materia eclesiástica, los misioneros respondieron al afán y al proceso de expansión social, política, económica y territorial de esta. Por tal motivo, la conversión de los infieles era solo una de las dos vertientes que componían la conquista misional; la otra fue la reducción.¹³⁸ La cual consistió en transformar a los “gentiles” en súbditos, es decir, en sujetos plenamente incorporados al dominio y a las dinámicas del imperio. Inculcarles la vida productiva occidental y emprender

¹³⁵ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:137.

¹³⁶ Del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, 195–96.

¹³⁷ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:126.

¹³⁸ Sorroche, “Las instituciones de frontera: la arquitectura misional en Baja California en los siglos XVIII-XIX”. 23.

su disciplinamiento social de forma paralela a la evangelización, de modo que reconocieran y obedecieran la autoridad del monarca.¹³⁹

Al igual que la actitud redentora de la evangelización, esta otra vertiente de la misión también partió de las construcciones narrativas y discursivas que se elaboraron en torno a la condición de los indígenas. Si bien, a comienzos de la Nueva España, se había elaborado una percepción sobre la realidad de los pueblos de América, aunque con sus distintos matices, esta sufrió un vuelco cuando la conquista misional se extendió hacia el norte del virreinato.¹⁴⁰ En un primer momento, se construyó una imagen de salvajismo en torno a la realidad sociocultural de la pléyade de grupos indígenas de cazadores-recolectores-pescadores. Para colonos, soldados y misioneros, las “naciones” indígenas del norte deambulaban el territorio, mas no lo habitaban puesto que no eran sedentarios; “sus cuerpos desnudos y armados solo con arcos y flechas” no solo eran muestra de su infidelidad respecto al catolicismo, sino también de su miseria, barbarie y poco raciocinio.¹⁴¹ Percepciones que para el siglo XVIII seguían muy presentes y colmaban las obras, informes, noticias y opiniones ilustradas:

Oí decir a un hombre que había caminado por muchas tierras, mares, puertos y provincias, miembro de la Academia Real de las Ciencias, que estos californios parecían racionales de segunda especie. Soy de parecer que en el mundo tal vez no habrá naciones tan pobres, tan infelices y tan faltas de especies intelectuales como estas. Apenas pasan de las primeras aprehensiones y estas, por lo común, son erradísimas. Los movimientos de la voluntad suelen ser a proporción de las cortas luces del entendimiento.¹⁴²

Este estado de salvajismo y gentilidad en el que fueron percibidos colocó a los grupos indígenas, no obstante, en una posición de posible transición hacia una nueva vida, no solo en lo espiritual sino también en lo temporal. Para ello, los misioneros debían regular la vida de los indígenas. Por un lado, fomentarles los modos occidentales de comportamiento y de relaciones sociales, como la monogamia o los roles de género, y, por el otro, “evitarles toda ociosidad, fuente y origen de todos los vicios”,¹⁴³ a través de una serie de labores productivas que los sustrajeran de la pobreza y la barbarie en la que supuestamente estaban sumidos, y que permitieran el sostenimiento de las misiones. En ese entendido, el afán de reducir a los

¹³⁹ Po-Chia Hsia, “Disciplina social y catolicismo en la Europa de los siglos XVI y XVII”, 36–38.

¹⁴⁰ Ricard, *La conquista espiritual de México*.

¹⁴¹ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 38.

¹⁴² Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:79.

¹⁴³ AD IHH-UABC, Miscelánea, *Copia de las ordenaciones que fray Vicente de Mora, presidente de las misiones de la Antigua California, dejó en las misiones a su cargo para el gobierno espiritual y temporal de ellas*, 1.2.

cazadores-recolectores en asentamientos fijos y con ello imponerles una forma distinta de habitar el espacio, buscaba adiestrarlos en la ganadería, la agricultura, la albañilería, la costura, la cocina y demás oficios, de modo que terminaran abrazando su posición como “indios” y mano de obra dentro del orden político y social del imperio hispánico.¹⁴⁴

Si en lo espiritual los misioneros se asumieron como salvadores de los indígenas, en lo temporal se vieron como sus maestros culturales o como agentes civilizatorios. Asimismo, ante la Corona se mostraron como leales soldados que evitarían la influencia de otras religiones ajenas a la católica, ya que la conversión de los indígenas no solo fue una batalla contra la infidelidad religiosa, también se pensó como una guerra contra el protestantismo. En infinidad de noticias, informes y crónicas, los religiosos se atribuían esos roles y funciones, como fue el caso de la convocatoria misional que fray Pedro de Iriarte, procurador de la provincia dominica de Santiago de México, extendió en 1768 a todos los conventos de predicadores en España, con el propósito de reunir a un grupo de frailes que junto con él se embarcaran hacia las misiones en California y donde dijo que:

En la península de California existen innumerables almas sin conocer a Dios y en un caos lastimoso de tinieblas gentílicas, más por falta de operarios evangélicos que las instruyan e iluminen, que por aversión o repugnancia para abrazar los dogmas de nuestra Santa Fe y vivir bajo el suave yugo de la ley evangélica. Considerando, asimismo, el gran peligro en que se hallan de imposibilitar su deseada instrucción si en aquellos países llegan a establecerse otras naciones enemigas de la religión católica, como con obstinado tesón lo han solicitado en estos últimos tiempos. Su Real Majestad, continuando en honra del hábito que vestimos las más apreciables estimaciones, ha venido a conceder a la orden la entrada franca en la precitada provincia con la seguridad de que en ellos atenderemos como siempre al espíritu de nuestro glorioso instituto y con el fin de que, en circunstancias tan considerables, tengamos los religiosos dominicos mucha parte en la conversión de aquellos pobrecitos miserables y mucha gloria en ser sus primeros maestros.¹⁴⁵

De forma reiterada, los frailes justificaban la presencia misional en los márgenes territoriales del virreinato y, frente a las corrientes regalistas que intentaban limitar la acción del clero regular, reivindicaban a la misión como la mejor estrategia que tenía la Corona para lograr la transformación total de los indígenas y para extender sus dominios. De esa forma, los misioneros decían siempre estar velando por los intereses y las prerrogativas del monarca, y sostenían que la misión caminaba en ese mismo sentido, porque extendiéndose la fe católica

¹⁴⁴ Hausberger, *Historia mínima de la globalización temprana*. 100-101

¹⁴⁵ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:129.

se incorporaba a nuevos súbditos a las órbitas de poder de la Corona.¹⁴⁶ Estableciendo pueblos de misión y haciendo a los indígenas útiles para las labores productoras, los misioneros emprendían un poblamiento y un régimen representativo del monarca, que consolidaba una apropiación hispánica sobre los territorios definidos fronteras imperiales, así como sobre las vidas de quienes los poblaban.¹⁴⁷

Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, las autoridades imperiales vieron necesario reforzar las potestades reales en materia eclesiástica, acotar la influencia de las órdenes religiosas y secularizar, en consecuencia, buena parte de las misiones. Aunque los jesuitas fueron los más afectados con esta política, el resto de las órdenes religiosas perdieron también parte de sus privilegios y vieron disminuida la importancia de las misiones, las cuales además se hallaron bajo un régimen de mayor escrutinio. Las autoridades reales exhortaron a los misioneros a que sus “conquistas espirituales” las alcanzaran en el menor tiempo posible y promovieron, con la idea de agilizar la conversión de los “gentiles, que el proceso misional fuese acompañado, no sin inconformidad de los religiosos, de otros elementos como el militar y el civil.¹⁴⁸ Las cortes reales de la Ilustración y buena parte del clero diocesano ya no tenían en estima a la misión, consideraban que como estrategia para atraer “gentiles” al “feliz dominio y suave gobierno de su Majestad” ya resultaba obsoleta y debía superarse.

Este rechazo hacia la labor misional permeó en las Californias y nutrió hasta mediados del siglo XIX una corriente secular que vio en la supresión de las misiones la adquisición de tierras y mano de obra indígena.

3. EL SISTEMA MISIONAL

Con todo lo antes dicho, resulta evidente la composición compleja que la misión entrañaba. Las labores evangelizadoras y de adoctrinamiento que se realizaban sobre los grupos indígenas con el propósito de fundar la Iglesia y consolidar el dominio de la Corona iban en función a determinados procedimientos, elementos y actores que, en su desarrollo conjunto,

¹⁴⁶ Mora Vicente, “Copia de las ordenaciones para el gobierno espiritual y temporal de las misiones de la Península de California”, el 1 de enero de 1774, Miscelánea [1.2], IIH-UABC.

¹⁴⁷ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*. 71-77.

¹⁴⁸ Magaña, “Sobre nuevo método de Gobierno espiritual de misiones de Californias. por fray Rafael Verger, 1772”. 199.

se pretendía que ordenaran y encauzaran de forma sistemática y satisfactoria el establecimiento de ciertas lógicas colonizadoras. De esta forma el desarrollo de la misión puede comprenderse como un sistema misional, que a su vez es posible observar a partir de dos vertientes diferentes, pero estrechamente relacionadas: una que iba dirigida a emprender la reducción y conversión de los infieles, y otra que se dedicaba a definir, configurar y controlar el territorio.

3.1. Contener y transformar a “la gentilidad”

Partiendo de la premisa de “conocer antes de actuar”, los misioneros consideraban de suma importancia la generación de un amplio conocimiento sobre los pueblos y el espacio geográfico donde pretendían efectuar sus labores.¹⁴⁹ En la Nueva España, esta práctica de los órdenes religiosos se remontaba desde el proceso de conversión que emprendieron los frailes mendicantes sobre los pueblos del altiplano central del virreinato, y del cual surgieron elaborados tomos que describían la realidad indígena que había antes de la llegada de los españoles, y continuó en la conquista misional al norte de la Nueva España, destacándose las observaciones geográficas y etnográficas realizadas por los misioneros jesuitas.¹⁵⁰

Sin embargo, antes de que se conformaran algunas de estas obras o relatos de misión, el conocimiento obtenido para emprender la evangelización se limitaba a las observaciones empíricas. Por ejemplo, antes de que aparecieran las renombradas obras sobre la California jesuítica, los misioneros realizaban incursiones exploratorias que, antes de pretender elaborar un conocimiento de divulgación, iban con la intención de formar una idea panorámica de la realidad de aquel territorio que permitiera localizar a quienes lo habitaban y reconocer las posibilidades materiales que había para una ocupación misional. Visto así, explorar y reconocer eran imprescindibles para emprender el sistema de misiones. Recorriendo litorales, valles, cerros y desiertos, los misioneros y los soldados ponían lindes en el espacio e

¹⁴⁹ Ana Ruiz Gutiérrez y Miguel Ángel Sorroche Cuerva, “Jesuitas, franciscanos y dominicos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII”, en *Espacios de tránsito. Procesos culturales entre el Atlántico y el Pacífico*, ed. María Isabel Montoya Ramírez y Miguel Ángel Sorroche Cuerva, Editorial Universitaria (Granada, 2014), 45–66. 56

¹⁵⁰ Ricard, *La conquista espiritual de México*.

identificaban la flora y la fauna existente; ubicaban los recursos que pudieran ser de utilidad y señalaban los sitios adecuados para fundar sus misiones.

Sin embargo, el objetivo principal de estas exploraciones era localizar a los indígenas, así como dilucidar su realidad y sus costumbres. Como se mencionó en apartados anteriores, los misioneros se hicieron de una metodología etnográfica con la cual procuraban descifrar las prácticas culturales y la movilidad estacional de los indígenas. Localizaron agrupaciones de bandas de cazadores-recolectores o asentamientos temporales asociados por parentesco que llamaron “rancherías”. Con sus indagaciones, los misioneros se apropiaban a su vez del conocimiento que los indígenas tenían de la geografía y llegaron a reconocer la importancia de algunos marcos naturales de referencia. Con el fin de planear la eventual evangelización, ubicaron los desplazamientos que configuraban la movilidad estacional practicada por estos grupos y localizaron los puntos de agua que, junto a las tierras adecuadas para el cultivo y la ganadería, eran determinantes para el asentamiento de las misiones.¹⁵¹

Una vez ubicado el paraje apto y proporcionado era necesario formalizar su apropiación. Se daba parte al virrey para que avalara el sitio y aprobara en él la fundación de la nueva misión. Asimismo, al resto de misioneros se les solicitaba un apoyo en especie que, por lo regular, se verificaba en el envío de mulas, vacas, caballos y algunas familias de indígenas cristianizados. En la tierra del sitio elegido se erguía una cruz hecha con maderos, “símbolo que representaba el poder de Dios sobre la tierra a conquistar”, y el misionero celebraba una ceremonia que consagraba el nuevo lugar a la fe católica y al dominio de la Corona.¹⁵² Con ello cobraba efecto la fundación:

Revistióse el V. padre de alba y capa pluvial, bendijo agua, y con ella el sitio y capilla, e inmediatamente la santa cruz, la que, habiendo sido adorada de todos, fue enarbolada y fijada en el frente de la capilla. (...) y habiendo cantado la misa primera, [el padre] hizo una fervorosa plática de la venida del Espíritu Santo y el establecimiento de la misión. Concluido el santo sacrificio (...) cantó el *Veni creator Spiritus*, supliendo la falta de órgano y demás instrumentos músicos los continuos tiros de la tropa, que disparó durante la función, y el humo de la pólvora al del incienso, que no tenían.¹⁵³

¹⁵¹ Sorroche Cuerva y Ruiz Gutiérrez, “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”. 126.

¹⁵² Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 80.

¹⁵³ Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterey*, 56.

Pronto se procedía a la ocupación del lugar: comenzaban a disponerse las tierras que servirían para el cultivo y con empalizadas se levantaban corrales, chozas y una estancia que sirviera de templo provisional.

Aunque se exhortaba que no se iniciase a ninguna fundación mientras los misioneros no tuvieran “granjeada la voluntad de los gentiles, para que reciban nuestra Santa Ley y se sujeten a nuestro Católico Monarca”, la labor misional siempre se vio como una empresa en constante riesgo debido la condición fronteriza que tuvo el territorio en razón de que contenía lo definido salvaje y gentil.¹⁵⁴ Esta circunstancia hizo indispensable el acompañamiento militar en todo proceso de conquista misional. Si bien los soldados representaban un problema para los misioneros, ellos protegían su integridad, defendían el complejo misional ante ataques de indígenas “gentiles” y castigaban a los neófitos en caso de faltas. Con su presencia se pensaba defender y afianzar el dominio que las misiones lograban sobre los indígenas y frente a enemigos extranjeros del imperio. Como parte del sistema misional, las tropas tenían además otras funciones más allá de las defensivas. Llevaban los correos, adiestraban en las labores productivas a los indígenas reducidos o apoyaban en las obras de construcción de los complejos misionales.¹⁵⁵

Logrados los asentamientos, tanto misioneros como soldados recorrían de forma recurrente el territorio en busca de indígenas que pudieran atraer y reducir en misión. Los frailes se acercaban a los grupos de cazadores-recolectores-pescadores, intentaban insertarles las ideas colonizadoras que se habían formado respecto a ellos: “se les habla de su infelicidad, desnudez, pobreza y otras miserias que padecen”, y, de esa forma, procuraban convencerlos de que se adhirieran a los pueblos de misión.¹⁵⁶ En algunas ocasiones los misioneros dialogaban con los jefes indígenas para que aceptaran la conversión de su gente y en otras los indígenas eran llevados a la fuerza por los soldados.

Con la reducción de los indígenas y su eventual congregación en los complejos misionales se buscaba formar los llamados pueblos de misión, que fueron los elementos

¹⁵⁴ Magaña, “Sobre nuevo método de Gobierno espiritual de misiones de Californias. por fray Rafael Verger, 1772”, 214.

¹⁵⁵ Magaña, “Sobre nuevo método de Gobierno espiritual de misiones de Californias. por fray Rafael Verger, 1772”. 215.

¹⁵⁶ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 64: “Más tarde, cuando la población india se hizo más escasa y las misiones se encontraron escasas de personal, los conversos eran llevados allí a la fuerza”.

principales de colonización en los territorios de frontera.¹⁵⁷ Estos pueblos de misión eran dirigidos por los misioneros, contaban con una escolta militar y en algunos casos estaban administrados por un cabildo indígena que era nombrado por los frailes.¹⁵⁸ Aun así, la forma en la que se organizaba a la población que integraba y estaba adscriptas a estos pueblos de misión variaba según la orden religiosa. Para el caso de las Californias, por ejemplo, los pueblos de misión jesuitas estuvieron organizados en visitas, que eran asentamientos indígenas cercanos a las cabeceras, visitados de forma regular por los religiosos y que articulaban un sistema de fidelidades sujeto al control misional. Los pueblos de misión franciscanos, en cambio, estuvieron concentrados y contenidos únicamente en los complejos misionales. De igual forma los pueblos dominicos, a los cuales se les agregaban, además, las granjas o ranchos misionales.¹⁵⁹ No obstante estas formas de organización, el carácter nómada y seminómada de los grupos indígenas, así como la dificultad de consolidar las misiones, hicieron que los frailes de estas tres órdenes religiosas se vieran obligados a despachar hacia los montes a buena parte de sus neófitos, sobre todo cuando la comida escaseaba.

Levantado el complejo misional en el sitio elegido, reducidos los indígenas y formados los pueblos de misión, las labores de conversión se emprendían y una nueva extensión del sistema misional podía planearse para llevar más allá su rango de influencia. Las exploraciones se retomaban para verificar nuevas fundaciones y de esa forma continuar con las “conquistas espirituales”, que se traducían en conquistas territoriales. Pues el avance “redentor” de la misión, así como buscaba contener y transformar la condición “gentílica” de los indígenas, también buscaba definir, controlar y configurar el espacio para reafirmar con ello el dominio de la Corona española.

3.2. Conquistar y configurar el espacio

Junto al propósito de comprender y reducir a los indígenas para su evangelización y adoctrinamiento, el sistema misional fue pieza clave en los procesos de construcción de

¹⁵⁷ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 37.

¹⁵⁸ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*. 82.

¹⁵⁹ Sheridan Prieto. 83.

territorialidades. Su establecimiento y desarrollo permitieron definir y articular los márgenes imperiales con el fin de construir territorios que pudieran ser cubiertos de forma plena por la sombra del dominio del monarca. Cuestión que hizo de esta vertiente territorial del sistema misional el aspecto donde más se centraron los intereses de conquista y colonización y que, a su vez, esclarece con mayor razón por qué la Corona española vio por un tiempo a la misión como la mejor estrategia para expandir sus dominios.¹⁶⁰

La incursión del sistema misional se dio con la apropiación del espacio incluso antes de establecerse de forma plena en él. Las exploraciones que los misioneros realizaban para emprender sus labores, no solo les permitieron ubicar a los grupos indígenas susceptibles de evangelización, sino también descifrar territorios que, si bien eran nominalmente reconocidos como propios por la Corona, en la realidad resultaban ajenos. A través de sus recorridos y observaciones, el norte de la Nueva España fue aprehendido por la mirada colonizadora de los misioneros. Estos dejaron sus impresiones en informes, crónicas, descripciones y narraciones, donde construyeron un imaginario de infidelidad y barbarie en torno a este territorio que, no obstante, al mismo tiempo lo hacían ver como un espacio de posibilidad y promesa.¹⁶¹

Para el caso de las Californias, *Noticias de la península americana de California* del jesuita Juan Jacobo Baegert; *Vida de Fray Junípero Serra y misiones de la California Septentrional* del franciscano Francisco Palou y *Noticias de la Provincia de Californias* del dominico Luis Sales, son algunos ejemplos del discurso construido por los misioneros sobre estas provincias. Partiendo de la percepción colonizadora que conformaban el espíritu de estas obras, las Californias fueron representadas como tierras pobladas por los “indios” más miserables y salvajes del mundo. Seres que se hallaban por completo ajenos del cristianismo y que, en ese sentido, eran infieles o gentiles que solo deambulaban ociosamente el espacio. Asimismo, los territorios indígenas, configurados a partir de una movilidad estacional, resultaron invisibles para una lógica occidental inclinada hacia una vida sedentaria que se sostenía en la agricultura y la cría de animales.¹⁶² Aun así, todas estas representaciones que

¹⁶⁰ Sorroche, “Las instituciones de frontera: la arquitectura misional en Baja California en los siglos XVIII-XIX”. 21.

¹⁶¹ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*. 31-32.

¹⁶² Sheridan Prieto. 38.

mostraron a las Californias como un espacio “inhóspito” y de “numerosa gentilidad”, terminaron por hacerlas susceptibles de apropiación y “conquista espiritual”.

Ahora bien, las impresiones de donde surgían este tipo de construcciones narrativas daban pie a la territorialización del espacio.¹⁶³ Por el hecho de percibirse salvajes y plagados de “indios infieles”, esos espacios se entendieron como posibilidad y se imaginó como algo transformable. En ese sentido, dentro del proceso de territorialización del espacio al norte de la Nueva España, la misión se perfiló como uno más de los dispositivos institucionales de conquista ya que, al ritmo que imponía un sentido de habitabilidad occidental encauzado por la evangelización y la expansión del imperio, reducía las áreas de influencia indígena o al menos eso intentaba.¹⁶⁴ En tanto lugares cerrados, controlados y dedicados a la conversión de los indígenas reducidos, los complejos misionales atribuían un uso al espacio en el que eran establecidos y de ese modo materializaban una forma particular de ocupación. El elemento donde esta ocupación era más que evidente fue la iglesia, que se convirtió en el referente principal del paisaje que se construía. No obstante, la ocupación también pudo verse en el control de los puntos de agua que se hizo a partir del aprovechamiento del conocimiento que los indígenas tenían de la geografía y que se hizo más clara con la construcción de infraestructura de irrigación.¹⁶⁵ Asimismo, la práctica de actividades productoras como la agricultura y la ganadería no solo eran medios para el sostenimiento y adiestramiento de los neófitos, como ya se dijo, sino también suponían un uso y habitabilidad del espacio en oposición a la movilidad de los grupos cazadores-recolectores-pescadores.¹⁶⁶

Por otro lado, al hacer efectiva la apropiación del espacio fundación tras fundación, el sistema misional conformaba una cadena de misiones que articulaban el territorio.¹⁶⁷ La función colonizadora de la misión que se traducía en la formación de pueblos con el propósito de reducir y convertir a los indígenas iba encaminada también hacia evidenciar un control efectivo del territorio estableciendo rutas comerciales e itinerarios que fomentaran un posible

¹⁶³ Sheridan Prieto, 32; Martín Gabaldón, “Espacio, territorio y paisaje cultural en los estudios coloniales: qué, para qué, cómo y hacia dónde”, 166.

¹⁶⁴ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 61.

¹⁶⁵ Sorroche Cuerva y Ruiz Gutiérrez, “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”.

¹⁶⁶ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 38.

¹⁶⁷ Rojas, “Orden de gobierno y organización del territorio: Nueva España hacia una nueva territorialidad, 1786-1825”, 142.

mercado intermisional y que impulsaran una integración territorial.¹⁶⁸ Esta última cuestión fue de gran interés para el imperio español durante la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se planteó una reorganización de la estructura militar y del avance sobre el norte de la Nueva España, que defendiera aquel territorio de las hostilidades indígenas y de las amenazas extranjeras, y que consolidara el dominio de la Corona a través de una articulación del territorio que integrara las áreas periféricas al virreinato. Esta intención motivó el camino de misiones que conectó a la California peninsular con la Alta California y que incluso se pensó extender a través de las confluencias de los ríos Gila y Colorado de modo que las Californias se comunicaran por vía terrestre con Sonora.¹⁶⁹

Esta articulación territorial que el sistema misional desarrolló en el norte de la Nueva España se complementó con el despliegue de los presidios. Estos representaron uno de los principales aspectos del programa de reordenamiento territorial de la Corona. Reforzaron el proceso de territorialización al establecer puntos de control y defensa militar, así como de poblamiento.¹⁷⁰ Ante la latente amenaza extranjera y la insumisión de los grupos indígenas, los presidios -especialmente la línea de presidios planteada por el Márques de Rubí y aquella que delineó el litoral altacaliforniano- marcaron el avance logrado y trazaron un límite. Asimismo, reafirmaban el control de la Corona mostrando una presencia hispánica traducida en nuevas poblaciones de carácter militar que a la fuerza se apropiaran del espacio y lo articularan.¹⁷¹ De alguna forma, los presidios eran la quintaescencia de las escoltas misionales. Se esperaba que, en conjunto, misiones y presidios agilizaran la reducción de “la gentilidad”, acotando los territorios indígenas y limitando la movilidad estacional de estos.

Por otra parte, el proceso de territorialización en el que estuvo involucrado el sistema misional tuvo como fin la delimitación del espacio y su equipamiento jurisdiccional.¹⁷² Puesto que los imaginarios y las representaciones tienen peso en la construcción de los territorios, la apropiación espacial que desplegó la conquista misional le permitió a la Corona expandir sus dominios, circunstancia que se traducía en la extensión de su poder y sus

¹⁶⁸ Baena Reina, “De ‘tierra inhóspita’ a ‘tierra de misiones’: Baja California y la última frontera jesuítica (1683-1767)”. 95.

¹⁶⁹ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*. 166-175.

¹⁷⁰ García Malagón, “Los presidios en el septentrión novohispano en el siglo XVIII”.

¹⁷¹ Ruiz Gutiérrez y Sorroche Cuerva, “Jesuitas, franciscanos y dominicos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII”. 50

¹⁷² Rojas, “Orden de gobierno y organización del territorio: Nueva España hacia una nueva territorialidad, 1786-1825”, 141.

prerrogativas. Estas se ejercieron a través de las representatividades que se sostenían en los lugares creados a partir de esa construcción territorial, entiéndase las misiones, los presidios e incluso los pueblos o las villas. La fundación de una misión, con el levantamiento de la cruz y la misa gratulatoria, suponía la creación de un lugar, es decir la creación de un territorio apropiado con significados, identidades y representaciones, entre estas últimas se incluía la implantación de una autoridad para ser ejercida dentro de una jurisdicción determinada y que recaía en los misioneros. De ahí también el sentido territorial de la misión.¹⁷³ De esta manera, el sistema misional siguió siendo un elemento de colonización y un referente fundamental en la organización del territorio conquistado, incluso después de la expulsión jesuita, en el reformismo borbónico y todavía durante las primeras décadas del México independiente.

Como ha explicado Cecilia Sheridan, la territorialización del espacio al norte del virreinato se prolonga hasta que este es definido frontera por el discurso de fronteridad novohispana que tiene su origen en los propios procesos territoriales, como el desplegado por la conquista misional.

Las características ambientales y la pluralidad sociocultural de los territorios al norte de la Nueva España, compuesto por un entrecruzamiento de distintas movilidades estacionales de grupos indígenas que practicaban una cultura nómada y seminómada, fueron los aspectos que la mirada colonizadora tomó para definirlo salvaje y bárbaro y, en razón de ello, entenderlo como una tierra conquistable. Estas representaciones fronterizaron el norte virreinal, lo construyeron como un territorio sujeto a nociones imperiales que respondían a la definición del poderío de la Corona sobre los territorios de apropiación y dominio.¹⁷⁴

Los territorios definidos como frontera, en ese sentido, fueron construcciones sobre las cuales era situado lo agreste, lo riesgoso, lo inhóspito y lo salvaje, pero que, al mismo tiempo, se avizoraban como conquistables y susceptibles de civilizar y evangelizar. Si bien la presencia de una idea de vaciedad del espacio al norte de la Nueva España ha sido considerada por una parte de la historiografía como un aspecto importante dentro del discurso de fronteridad y en la fronterización del espacio, esta parece no sostenerse ya que, al menos para el caso de las Californias franciscana y dominica, la idea de un espacio vacío no se hace presente en las obras, informes, estados y relaciones de los soldados y los misioneros. En ese

¹⁷³ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*. 36-37; 78.

¹⁷⁴ Sheridan Prieto. 39.

sentido, los espacios definidos frontera no se percibieron como tierras vacías, puesto que se reconoció la presencia de varias “naciones” indígenas circunvecinas. No obstante, sí se entendieron como espacios no ocupados y desaprovechados que debían ser sometidos. Más que límites, la frontera virreinal y de igual forma el llamado septentrión novohispano eran concebidos desde la idea de conquista, creados como objeto de control imperial, y representaron espacios de posibilidades sustentados en las diferencias que los cazadores-recolectores encarnaban.¹⁷⁵

En ese marco, el sistema misional figuró como uno de los elementos decisivos en la fronterización. En el desarrollo de sus labores de reducción y conversión de los infieles, así como en la apropiación del espacio que llevaron a efecto a través del establecimiento de complejos misionales cerrados y controlados, las misiones no solo definieron la noción de frontera virreinal sino también una vida fronteriza, las cuales consistieron, dentro de un estado de constante tensión, en confrontar y convertir las tierras de “gentilidad” en dominios consolidados para la Corona.

4. LA REGIÓN FRONTERA DE LA ANTIGUA CALIFORNIA: “MISIONES FRONTERA”

Para mediados del siglo XVIII, los misioneros de la Compañía de Jesús venían empujando su conquista misional hacia el norte de California. En 1767, después de una serie de exploraciones en la parte noreste de la península, los jesuitas fundaron en el desierto central la misión Santa María de los Ángeles, sin saber que esta sería el último de sus avances.¹⁷⁶ Ese mismo año, el rey Carlos III ordenó la expulsión de los jesuitas de todos sus dominios en América. Con ello, la empresa misionera jesuítica en California llegó a su fin y una extensa tierra que abarcaba todo el extremo norte de la península quedó sin conquistar y vulnerable a incursiones de otras potencias europeas.

Como parte del proyecto colonizador de José de Gálvez, mediante el cual procuraba conquistar y defender la costa occidental, los franciscanos del Colegio de Propaganda Fide

¹⁷⁵ Sheridan Prieto. 47.

¹⁷⁶ Debido a la expulsión jesuita, la misión de Santa María de los Ángeles rápidamente entro en proceso de declive. Los franciscanos la hicieron visita y trasladaron a los indígenas que ahí se encontraban congregados a la misión de San Fernando Velicatá. Vernon, *Las misiones antiguas*. 189-194

de San Fernando de México fueron asignados a las antiguas misiones que los jesuitas habían levantado en California.¹⁷⁷ No obstante, bajo la corriente reformista que buscaba acotar las acciones del clero regular, las asignaciones que en un principio recibieron los misioneros franciscanos solo se limitaron al “gobierno espiritual” de las antiguas misiones, dejándose la organización productiva de estas a la administración militar. Debido a los abusos que los soldados ejercían sobre los neófitos, esta disposición tuvo resultados negativos para los pueblos de misión existentes, circunstancia que obligó al visitador Gálvez a “traspasar o regresar las temporalidades de los soldados comisionados a los franciscanos”.¹⁷⁸ Una vez al frente del “gobierno espiritual y temporal” de las misiones, a los franciscanos se les instruyó alcanzar la bahía de San Diego y de allí llevar sus fundaciones hasta la bahía de Monterrey, de manera que se iniciara la conversión de los indígenas al norte de la península y se estableciera una presencia hispánica que inhibiera las incursiones extranjeras.

En virtud de lograr este cometido, los frailes menores emprendieron un avance sobre el extremo norte de California en 1769. A través de dos exploraciones por mar y dos por tierra, la segunda de estas últimas encabezada por el padre presidente, fray Junípero Serra, dio inicio al reconocimiento del norte de la península y, en ese sentido, a la construcción de su condición fronteriza. Se señalaron algunos sitios favorables para futuras misiones, se localizaron varios grupos de indígenas susceptibles de ser reducidos y se fundaron dos misiones más: una fue San Fernando Velicatá, casi al final del desierto central, y la otra, más de quinientos kilómetros al norte, fue San Diego de Alcalá, en la bahía del mismo nombre. Estas dos fundaciones suponían el arranque de la ocupación total de las provincias, el cual se planteó efectuar a través del establecimiento de cinco misiones entre las dos mencionadas, y cinco más entre San Diego y la bahía de Monterrey. Sin embargo, la urgencia de colonizar lo que sería Alta California hizo que los franciscanos se centraran en cerrar el camino misionero a Monterrey, dejando un área intermedia, pendiente de ocupación, entre San Fernando Velicatá y San Diego de Alcalá.¹⁷⁹

¹⁷⁷ Tras la expulsión jesuita, los franciscanos de la Provincia de Jalisco fueron quienes pasaron a laborar en un inicio en las misiones California; sin embargo, el virrey Carlos Francisco de Croix favoreció la solicitud de los franciscanos del Colegio de San Fernando de México para misionar en aquellas provincias, la cual fue respaldada por José de Gálvez, provocando que los frailes de Jalisco tuvieran que retirarse. Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:111.

¹⁷⁸ Magaña, “Sobre nuevo método de Gobierno espiritual de misiones de Californias. por fray Rafael Verger, 1772”. 207.

¹⁷⁹ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 33–34.

Aun así, sin ser materialmente dominado, este espacio comenzó a adquirir una definición específica dentro de la empresa colonizadora de las Californias. El hecho de que estuviese compuesto por una cultura nómada estacional, desarrollada por distintos grupos de indígenas cochimí, kiliwa, kumiai, pa ipai y cucapá que lo poblaban, fue razón suficiente para que misioneros y soldados comenzaran a percibir a este “país intermedio” entre San Fernando y San Diego como un lugar de gentilismo, es decir de barbarie y no cristianismo, y, en consecuencia, como un territorio de frontera.¹⁸⁰ Puesto que para ellos los indígenas solo vagaban en grupos, dicha área la consideraban inhabitada. Estas percepciones nutrieron la noción de fronteridad que concibió al territorio desde una idea de conquista que proyectaba en él todas las posibilidades habidas. “Al adquirir carta de identidad, el espacio se institucionaliza porque empieza a formar parte de un inventario de posesiones”, algunas en espera de ser ocupadas, pero ya como objetos de control imperial.¹⁸¹ De esa forma, la frontera que se definió en el extremo norte de la península fue un territorio en oposición con lo salvaje, que su conquista los franciscanos dejaron para otro momento y en el cual el sistema misional no comenzó a establecerse sino hasta la incursión de los misioneros de la Orden de Predicadores.

Después de varias gestiones del procurador de la provincia de Santiago de México en España, fray Juan Pedro de Iriarte, los misioneros dominicos se incorporaron al proceso de cristianización de las Californias.¹⁸² Mientras que el virrey y el propio visitador Gálvez se oponían al arribo de los misioneros dominicos porque consideraban que su incorporación solo interrumpiría la labor que los franciscanos estaban llevando a cabo, el arzobispo Francisco de Lorenzana, en cambio, aconsejó al rey que se les autorizara a los frailes predicadores su incursión en las misiones de California, pues con ello, decía, se evitaba que una sola orden llegara a ejercer alguna especie de dominación sobre una provincia tan grande, como había ocurrido con los jesuitas.¹⁸³ El rey terminó adoptando el consejo del arzobispo y el 8 de abril de 1771 autorizó a los predicadores su entrada a las Californias, al mismo tiempo

¹⁸⁰ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*. 55-120

¹⁸¹ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*. 37.

¹⁸² del Río, “La adjudicación de las misiones de la antigua California a los padres dominicos”.

¹⁸³ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 35.

que instó a ambas órdenes religiosas a que acordaran en conjunto la división de dichas provincias, lo cual efectuaron en el ya citado convenio de 1772.¹⁸⁴

En dicho instrumento jurídico quedó estipulado que la California peninsular se dejaba al trabajo apostólico de los dominicos. En razón de ello, los nuevos misioneros debían tomar y consolidar las antiguas misiones jesuitas que hasta entonces ocupaban los franciscanos, y debían continuar el sistema misional siguiendo el litoral noroeste de la península “hasta llegar a los confines de la misión de San Diego en su puerto”, esto último con el fin de reducir la “frontera de indios gentiles” que los franciscanos habían dejado pendiente y establecer una ruta de comunicación entre ambas Californias.

En el convenio se acordó que la conquista de este espacio intermedio, conocido entonces también como “frontera de San Fernando”, debía llevarse a cabo mediante la fundación de cinco misiones dominicas, erigiéndose la última de estas en el arroyo San Juan Bautista. A raíz de una errónea interpretación del convenio franciscano-dominico, muchos han considerado a este arroyo como el límite o la línea divisoria entre las dos jurisdicciones religiosas. Sin embargo, el arroyo San Juan Bautista solo fue señalado en el convenio como el sitio donde los dominicos debían fundar la última de sus cinco misiones con dirección al norte, que al final resultó ser la misión San Miguel Arcángel.¹⁸⁵ En realidad la línea divisoria entre las dos Californias fue situada cinco leguas al norte de dicho arroyo, “en una punta que, saliendo de la Sierra Madre, termina antes de llegar a la playa” y que hoy podríamos ubicar a la altura del km 38 de la carretera libre Tijuana-Rosarito.¹⁸⁶ En el convenio también se estipuló que, una vez cerrado el camino a San Diego, los dominicos debían torcer al noreste y continuar sus fundaciones hacia el delta del río Colorado, de modo que establecieran un itinerario misionero que comunicara a la península con Sonora. Incluso se les autorizó perfilar nuevas conquistas hacia el norte, entre las misiones franciscanas de Alta California y el caudal del Colorado, siempre y cuando no estorbaran al avance de otros religiosos.¹⁸⁷

¹⁸⁴ del Río, “La adjudicación de las misiones de la antigua California a los padres dominicos”. 74.

¹⁸⁵ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 201.

¹⁸⁶ En 1788, el misionero Luis Sales movió el límite de la Frontera más al norte y la estableció en el arroyo Rosarito, esto con el fin de incorporar a la misión dominica de San Miguel Arcángel unas “rancherías” de indígenas que no formaban parte del área de influencia de la misión franciscana de San Diego de Alcalá. Magaña y Aguayo Monay, *La división de las misiones de la California de 1772*, 116; Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 201–5.

¹⁸⁷ Magaña y Aguayo Monay, *La división de las misiones de la California de 1772*, 116; Bernabéu, *Edificar en desiertos. Los informes de fray Vicente de Mora sobre Baja California en 1777*, 12.

En 1773, después de una complicada travesía, los misioneros dominicos arribaron a la Antigua California, recibiendo de los franciscanos las antiguas misiones jesuitas. Al año siguiente fundaron su primera misión, Nuestra Señora del Santísimo Rosario, con la cual comenzaron con la evangelización de la “frontera de gentilidad” que se extendía al norte de San Fernando Velicatá. Entre 1775 y 1791 los frailes dominicos lograron fundar cuatro misiones más que, siguiendo la costa noroeste de la península, cerraron el itinerario misionero hasta Alta California: Santo Domingo de la Frontera, San Vicente Ferrer, San Miguel Arcángel y Santo Tomás de Aquino. Una vez logrado esto, los misioneros torcieron su avance hacia el noreste, donde fundaron San Pedro Mártir de Verona en 1794 y Santa Catalina Virgen y Mártir en 1797, con la intención de emprender la reducción de los indígenas de las serranías y abrir un camino misional hasta el río Colorado. Para el siglo XIX, cuando aquellas fundaciones ya experimentaban un proceso de declive a causa del corto número de misioneros, la falta de recursos y el despoblamiento, se estableció El Descanso como una nueva cabecera para el pueblo de misión de San Miguel Arcángel. En 1834, al norte de la bahía de la Ensenada de Todos Santos, fue fundada Nuestra Señora de Guadalupe, que fue el último de los establecimientos misionales erigido en las Californias.¹⁸⁸

Con excepción de las dos últimas, estas fundaciones fueron definidas “misiones fronteras” en razón a la noción de frontera virreinal que se había hecho de la región noroeste de la península.¹⁸⁹ A diferencia del sur peninsular, que arrancaba desde el sur de San Fernando Velicatá, y a la Alta California, el extremo norte de la Antigua California continuó siendo definido como un lugar de “gentilidad”, es decir como una frontera no reducida. Los indígenas de la región franciscana y de las antiguas misiones jesuitas eran considerados ya reducidos, neófitos de los cuales solo debía procurarse su absoluta conversión. No así los indígenas de la frontera, muchos de los cuales trataban de mantener, pese a la incursión dominica, sus prácticas culturales y su movilidad; otros, en cambio, aun integrados en las misiones, escapaban del complejo misional. Para los dominicos en el norte de la península, estas circunstancias hacían de sus fundaciones “misiones en frontera de gentilismo”, es decir, lugares creados en un espacio concebido desde la idea de conquista, en constante contención

¹⁸⁸ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 207–12.

¹⁸⁹ Tanto en la obra de Sales como en algunos reglamentos se hace una distinción entre las misiones en tierras ya conquistadas o reducidas, y las misiones que se establecían en espacios no controlados y poblados por grupos indígenas que aún desarrollaban una cultura nómada estacional.

y oposición con lo que se percibía infiel y salvaje, pero a su vez, lugares de eventual conversión y posibilidad de dominio.¹⁹⁰

Esta oposición con los indígenas no reducidos arraigaba un estado de inestabilidad que también fue considerado para definir a estas fundaciones como “misiones fronteras” y que, como ya se aludió, va muy de la mano con esta noción de frontera virreinal que ha estudiado Cecilia Sheridan.¹⁹¹ Asimismo, al ser un territorio sobre el cual los misioneros apenas desplegaban una forma de apropiación y estaban configurando un dominio, debía ser, además de reducido y evangelizado, defendido. De ahí que la presencia militar resultara imprescindible para las labores misionales en la región, sobre todo a partir de la Comandancia militar de la Frontera, que en un principio se situó junto al complejo misional del Santísimo Rosario y después, al avanzar la “conquista misional”, fue movida al complejo misional de San Vicente Ferrer.

La noción de frontera no solo definió a estas misiones dominicas, sino que también se verían plasmadas en ellas; influyeron y conformaron sus disposiciones espaciales y arquitectónicas. El ejercicio apostólico de la misión dominica y la articulación de un dominio virreinal sobre un territorio considerado inestable, no controlado, fueron determinantes en la composición del complejo misional, al igual que la presencia de los grupos indígenas que se pensaba evangelizar y la percepción que de ellos se hicieron los propios misioneros. No obstante, todas estas cuestiones respondieron a factores geográficos y naturales del entorno, mismos que también tuvieron su influencia en la conformación de los complejos misionales dominicos. Al final, la fronteridad atribuida a esta parte intermedia de las Californias terminó por arraigar significados y representaciones específicos que devinieron en nombre propio para este territorio, que abarcó las áreas de influencia de las misiones dominicas y que comprendió la parte occidental del norte peninsular: la Frontera de la Antigua California.

¹⁹⁰ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 33–35.

¹⁹¹ Sheridan Prieto, 71–74.

CAPÍTULO II. PAISAJE CULTURAL: CONSTRUCCIÓN Y TRANSFORMACIÓN DEL ESPACIO NORTE DE LA PENÍNSULA DE CALIFORNIA

En este capítulo se explica la composición de la región histórica de La Frontera en tanto paisaje cultural. Puesto que el proceso de evangelización y reducción de los grupos indígenas que promovió la Corona española y ejecutaron los frailes dominicos, se vincula con la apropiación y territorialización del espacio en razón de los complejos misionales levantados, se realizará un análisis espacial del norte de la península de California, de su apropiación y articulación como paisaje cultural por parte de los grupos indígenas y los misioneros en el marco de la “conquista espiritual y temporal”. El propósito con esto es comprender y visualizar al norte de la península de California como un espacio compuesto por la interacción o el entrecruzamiento de distintas regiones, territorios y paisajes que respondían a modos diferentes de apropiarse y experimentar el espacio a finales del siglo XVIII y hasta mediados del XIX.

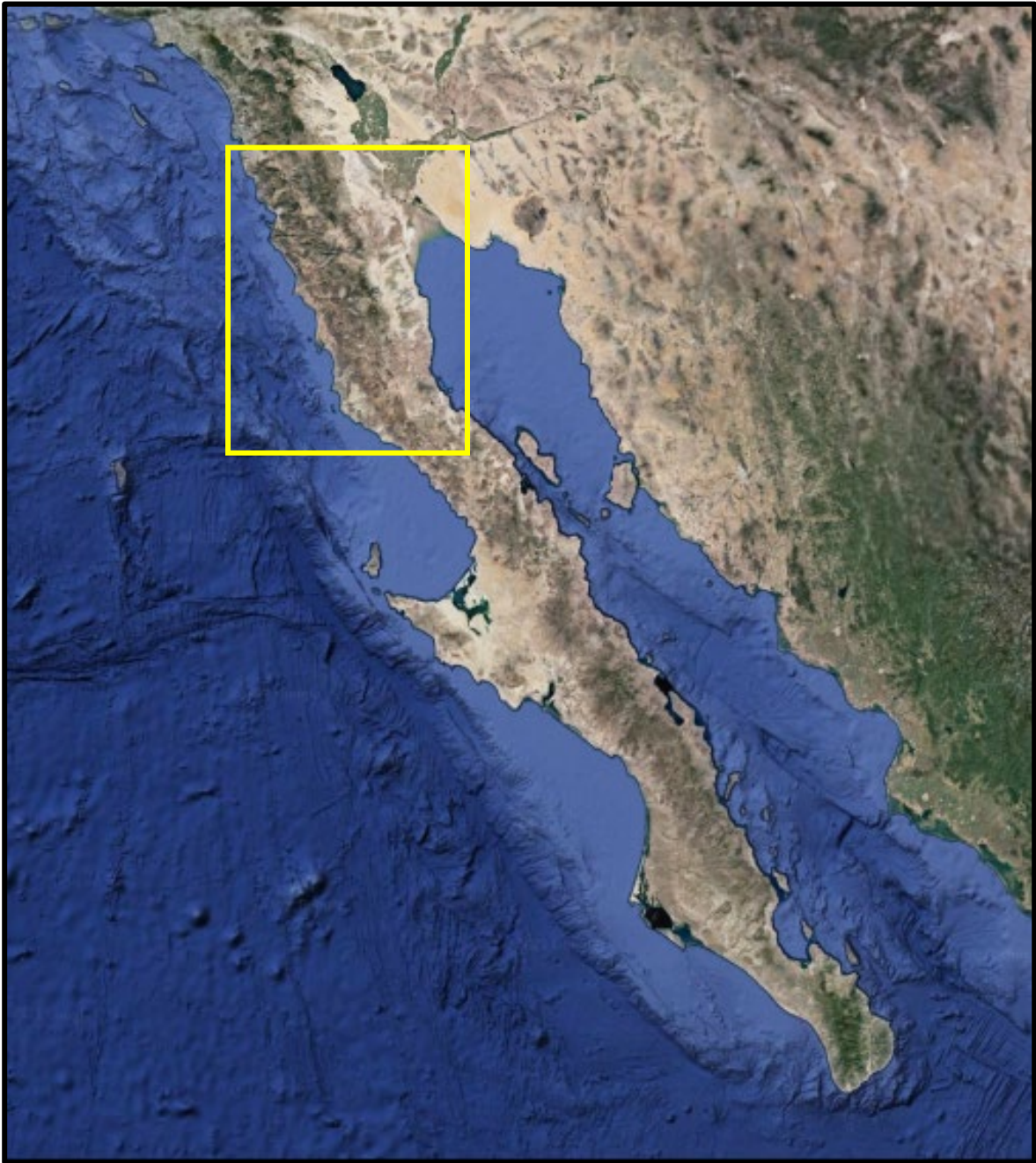


Imagen 1. Península de Baja California con su espacio norte señalado. Fuente: Google Earth, 2021.

1. FISIOGRAFÍA DEL ÁREA DE ESTUDIO

Retomo el ejercicio de Karl Schlögel de mirar el espacio desde las alturas, con la diferencia de que, en vez de hacerlo desde un avión, sea mediante programas informáticos de visualización satelital. Desde arriba el espacio se lee en su totalidad. Comprendidas sus características, es posible, posteriormente, adentrarnos en él para explicar los factores y los elementos naturales y culturales que conforman los paisajes que alberga, descifrarlos y hacerlos legibles.¹⁹²

La vista del espacio norte de la península de California que hoy nos proporciona una imagen satelital, como la Imagen 2, guarda inmensas diferencias respecto a una vista de esta misma superficie, pero de mediados del siglo XVIII. Aunque se trate del mismo espacio, los cambios han sido constantes y profundos. Ríos y arroyos han modificado su curso y se han abierto paso minando las cordilleras. Asimismo, en tanto espacio susceptible de modificaciones, el norte peninsular ha sido y es construido social e históricamente.¹⁹³ Se sabe que siglos antes de la incursión europea, cambios climáticos ocasionados por fuertes sequías en algunas regiones de Norteamérica provocaron flujos migratorios que, a su vez, llevaron a varios grupos humanos hasta las Californias. En los últimos doscientos cincuenta años, el impacto humano en el norte de la península no ha sido menor. Se han trazado senderos y rutas; se han fundado puertos y poblados; se han explotado minerales y animales, y se ha procurado controlar el cauce de los arroyos mediante infraestructura hídrica. Hoy el norte de la península de California alberga la frontera internacional más concurrida del mundo y grandes centros urbanos que no dejan de crecer de manera vertiginosa y preocupante.

No obstante, en el espacio también hay persistencias. Aún con todos los cambios, el norte peninsular conserva, en términos general, una composición fisiográfica de siglos. Esta es posible apreciarla desde arriba. Desde una imagen considerable, una que permita visualizar toda la mitad norte del actual estado de Baja California, es posible distinguir los accidentes y los niveles orográficos, e identificar las áreas fitogeográficas. Esa composición espacial que en términos prácticos no ha de guardar mucha distancia respecto a la imagen que debió

¹⁹² Karl Schlögel, “Paisajes, relieves”, en Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*. 277-286.

¹⁹³ Martín Gabaldón, “Espacio, territorio y paisaje cultural en los estudios coloniales: qué, para qué, cómo y hacia dónde”, 164-65.

tener en el siglo XVIII. Desde esta perspectiva, muchas de las cicatrices que dejaron los cambios que han afectado a este espacio geográfico, principalmente las provocadas por la acción humana desde la incursión occidental, pasan casi desapercibidas o se mimetizan entre las características de la superficie. Tijuana, San Diego, Mexicali o Ensenada, por ejemplo, apenas son manchas grises que se divisan. Las carreteras son indistinguibles y los límites internacionales inexistentes, solo los trazos de las tierras trabajadas del valle de Mexicali son claramente evidentes. Sin embargo, esto no ocurre con las características fisiográficas de esta extensa área. Vistas desde arriba, las regiones geográficas y climáticas de la superficie del área central de las Californias sobresalen y son reconocibles.¹⁹⁴

Esta circunstancia hace factible el intento por realizar una radiografía visual y descriptiva de esta área, que nos permita reconstruir el estado que debió guardar cuando era configurada por los grupos indígenas originarios que la transitaban y usufructuaban previo y durante la incursión hispánica. También cuando misioneros, soldados y neófitos procuraron definir dentro de esta área la región histórica de la Frontera y se intentó, a través de las fundaciones misionales, cristianizar estas tierras a finales del siglo XVIII e inicios del XIX.

Las referencias geográficas y fitogeográficas que son empleadas por muchos de los trabajos historiográficos para explicar e ilustrar las características de la península de California y así poder situar las fundaciones misionales, cobran mayor significado cuando el espacio es observado *desde arriba*, a través de imágenes satelitales.¹⁹⁵ Las rayas, los puntos, las líneas o los sombreados que señalan las serranías, las regiones climáticas, la vegetación existente o las zonas hídricas en los mapas que acompañan a muchos de estos trabajos, adquieren un sentido orgánico. La superficie deja de ser representada y se le mira extendida

¹⁹⁴ La denominación “área central de las Californias” fue acuñada por Mario Alberto Magaña para referirse al espacio septentrional de la península de California, el cual comprende la mitad norte del estado de Baja California y el extremo sur de California, EU. El área central de las Californias “se ha caracterizado por ser un territorio con y de múltiples delimitaciones territoriales en diferentes momentos históricos y demográficos”, y que estuvo conformado por dos regiones históricas, La Frontera y el área de San Diego, y una Zona Oriental, que consistía en todo el desierto que mira al Golfo de California y se extiende hasta el valle de Mexicali. Mario Alberto Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, Segunda (México: Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2017). 24-25

¹⁹⁵ Muchos han sido los trabajos en torno a las misiones de la Antigua California que han empleado mapas para ilustrar las regiones fisiográficas que albergan el objeto de investigación. Entre estos están: Peveril Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 2da. Edición (México: Universidad Autónoma de Baja California, 2005); Mario Alberto Magaña, *Población y misiones de Baja California*, Primera Edición (México: COLEF, 1998); Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*.

en sus más sutiles o agresivas formas. Las fallas y las pendientes, los cerros y los cañones que componen las cordilleras, se les ve corrugando la superficie peninsular, formando pliegues de distintos terrenos que se distinguen por las manchas de diferentes tonalidades de ocre, grises y verdes, se despliegan por ambos lados. Hacia el oeste y hacia el este, hasta formar los litorales, que marcan el límite en donde la tierra termina y arrancan las aguas marítimas; al oeste las del inmenso Pacífico, y al este las del Golfo de California, el cual está rematado al norte por las ramificaciones del delta del río Colorado (Imagen 2).



Imagen 2. Vista actual del norte de la península de California. Fuente: Google Earth, 2021.

El área central de las Californias es el área que Corona a la península de California.¹⁹⁶ En sí misma nunca representó ni estuvo articulada como un territorio constituido. Hoy su extremo norte es parte de la California estadounidense. El resto del espacio que la compone es la mitad norte de un territorio más amplio, el estado de Baja California, que conforma, junto con el estado de Baja California Sur, uno de los cuatro sectores que articulan la vertiente norte de la estructura regional que Bernardo García Martínez propuso para la geografía nacional.¹⁹⁷ Para finales del siglo XVIII y mediados del XIX, sin embargo, el norte de la península de California era parte de un territorio más extenso aún: la Antigua California, que abarcaba toda la península y estaba compuesto por distintas regiones, varias de éstas en su área norte. Pero la composición regional de este espacio no hay que entenderla solo a partir del poblamiento que se dio con la incursión hispánica. En su superficie fueron diversas y de distinta índole las regiones y los territorios que confluyeron e interactuaron, se entrecruzaron y se solaparon, generando un espacio que era apropiado y experimentado simultáneamente en diferentes formas y prácticas.¹⁹⁸ Desde antes y durante el despliegue del paisaje misional, este espacio se encontraba trazado por las territorialidades móviles de los grupos indígenas, mismas que lo conformaron en su totalidad como una región yumana. Sin suplantarse del todo esta presencia territorial indígena, el área central de las Californias -tal y como la postuló Mario Alberto Magaña- comprendió al arribo hispánico la región histórica de la Frontera al noroeste, el extremo sur del distrito presidial de San Diego al norte, y la desértica zona oriental al noreste.¹⁹⁹

Esta área de las Californias contiene contrastes naturales que se vuelven representativos de la península. Las formas que adquieren su superficie y la diversidad de sus características fisiográficas la vinculan fuertemente a la extensión terrestre de la que es parte.

¹⁹⁶ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*.

¹⁹⁷ Se adopta el sentido que Bernardo García Martínez le da a la región, como “un espacio funcional y dinámico que alberga relaciones, intercambios e identidades culturales integradas históricamente y cuya individualidad es percibida por quienes participan de ellas. En virtud de esta definición es que también nos referimos a las regiones como sistemas regionales, pues cada región es un ámbito en el cual opera un sistema en constante movimiento”. Bernardo García Martínez, *Las regiones de México* (El Colegio de México, 2016).

¹⁹⁸ Rodríguez Tomp, “La cultura indígena en la península de California. Unidad en la diversidad”, 715.

¹⁹⁹ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 61.

Guarda distintas realidades climáticas y biogeográficas (véase Imagen 4).²⁰⁰ El mayor de los contrastes lo traza una línea de cumbres que baja de norte a sur y va paralela a los litorales de la península. Su descenso zigzagueante es fácilmente reconocible desde arriba y se le ve partiendo el norte de la península en dos regiones que contrastan por sus características fisiográficas distintas. Este sistema montañoso, compuesto por la Rumorosa, la Sierra Juárez y la Sierra de San Pedro Mártir, deja del lado este una realidad desértica y al oeste una semiárida compuesta de distintos niveles orográficos, como se aprecia en la Imagen 3.

La realidad desértica de la parte este arranca de las sierras hacia el Golfo. En ella, son perceptibles algunos llanos áridos que se prolongan en dirección norte, hasta incorporarse al desierto que abraza los flujos del río Colorado y que albergó una laguna salada hasta finales del siglo XX, de la cual solo quedan sus contornos arenosos. Si desde las alturas se pudiera haber visto esta área desértica a mediados del siglo XVIII, habría destacado por ser una enorme superficie de tonos ocre atravesada solo por las ramificaciones verdosas del río Colorado y tatuada, más al norte, por los márgenes de lo que fue el lago Cahuilla. Este inmenso cuerpo de agua dominó hasta principios del siglo XVI la depresión geológica que se abre en esta zona.²⁰¹ En la actualidad y desde las alturas, una inmensa mancha compuesta de pequeños cuadros verdes y marrón parecen haberse adueñado de esta área desértica. Se trata de la gran región agrícola que se extiende desde el delta del Colorado a Yuma y de Mexicali a Salton Sea.

Por su parte, los llanos áridos que se esparcen hacia el sur se rompen en varios puntos debido a que el terreno se vuelve más accidentado a causa de varias cadenas montañosas aisladas,²⁰² que son más comunes conforme se van integrando al desierto central de la península. Esta zona oriental del norte peninsular pareciera una prolongación del desierto que se extiende desde Arizona y Sonora, y logra adentrarse en la península “como una delgada franja hacia el sur siguiendo la costa norte del Golfo de California” hasta el hoy estado de

²⁰⁰ Para la ecología y la biología las regiones responden por completo al medio físico. Son espacios compuestos según los climas, la composición geográfica y los tipos y distribución de la vegetación. Charlotte E. González–Abraham et al., “Ecorregiones de la península de Baja California: Una síntesis”, *Boletín de la Sociedad Botánica de México*, núm. 87 (diciembre de 2010): 69–82.

²⁰¹ “El Lago Cahuilla se formó hace 9000 años como resultado del antiguo curso del Río Colorado. Este lago se extendía desde la actual ciudad de Indio, California, en los Estados Unidos, hasta el sureste de Mexicali, Baja California. De acuerdo a los geólogos, este lago se desvaneció hace 400 años”. Everardo Garduño, *Yumanos, Pueblos Indígenas de México en el siglo XXI 1* (México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2015). 19

²⁰² Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 54.

Baja California Sur.²⁰³ Pese a estar frente al Golfo y regada por el delta del Colorado, esta gran realidad desértica se destaca visualmente por su extrema aridez. Solo en algunos años es bañada por tormentas que provocan aluviones en las cercanías de sus costas.²⁰⁴ En verano sus temperaturas pueden rebasar los 50°, mismas que se evidencian en la composición de la superficie, colmada de cerros rojizos, colinas y grava, así como amplias extensiones de dunas y médanos blancos que conforman uno de los desiertos más secos.²⁰⁵

Por otra parte, la línea de cumbres que atraviesa a la península de norte a sur, en sí misma, es un contraste con respecto a las dos regiones que se abren al este y al oeste. Sus puntos elevados sobresalen por las ramificaciones que despliegan los cerros y las montañas que la componen. Desde arriba, sus cordilleras se miran conjugando una superficie arrugada, que hacia el oeste se complica en una infinidad de pliegues y niveles, y al este, de cara al Golfo, se desvanece como si el desierto la pulverizara. La Sierra de San Pedro Mártir, el sitio más alto de esta línea de cumbres, se localiza en el extremo sur de la misma y alcanza una altitud de 1500 a 3100 metros sobre el nivel del mar.²⁰⁶ Toda esta geografía montañosa tiene una superficie granítica cubierta por bosques de coníferas compuestos con pinos, cedros y abetos, que se nutren de los arroyos que escurren a lo largo de los accidentes geológicos hasta dar con las aguas del Pacífico.²⁰⁷ En invierno es común que se pinten de blanco debido a las nevadas intensas que se dan. Entre estos accidentes montañosos se abren múltiples llanos y mesas húmedas que desde una vista muy amplia se pierden entre los pliegues de las cordilleras y los bosques que los rodean. En su extremo sur, la Sierra de San Pedro se va reduciendo hasta dar paso al desierto central y, en su extremo norte, se aminora para dar pie a la parte de la línea de cumbres que le corresponde a la Sierra Juárez.

En sus puntos más elevados, la Sierra Juárez no alcanza los 2000 metros sobre el nivel del mar. No obstante, tiene la suficiente altitud para contar con fuertes inviernos y albergar

²⁰³ González–Abraham et al., “Ecorregiones de la península de Baja California: Una síntesis”. 77.

²⁰⁴ Rafael López Guzmán, Ana Ruiz Gutiérrez, y Miguel Ángel Sorroche Cuerva, “Sistemas constructivos en la arquitectura religiosa del siglo XVIII en las misiones de Baja California del Sur (México)”, en *Actas del Quinto Congreso Nacional de Historia de la Construcción, Burgos, 7 - 9 de junio del 2007*, ed. Miguel Arenillas Parra et al., vol. 2 (España: Instituto Juan de Herrera: Ministerio de Fomento; Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas; CEDEX, 2007), 577–86. 578; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*. 62

²⁰⁵ González–Abraham et al., “Ecorregiones de la península de Baja California: Una síntesis”. 77.

²⁰⁶ González–Abraham et al. 75

²⁰⁷ Los bosques de coníferas de esta región se componen principalmente de pinos, cipreses, cedros y abetos. Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 56.

áreas cubiertas de bosques de coníferas que contrastan con las amplias extensiones semiáridas o mediterráneas que albergan vegetación de chaparral y matorral costero.²⁰⁸ De igual forma como ocurre con la Sierra de San Pedro, la Sierra Juárez en su cara oriental pareciera ser pulverizada por el desierto que se riega con dirección al Colorado, mientras que en su parte occidental se despliega en cordilleras arrugadas que fracturan el terreno en todas direcciones. Aun así, estas características no limitan la presencia de algunos llanos y mesas que relucen como pequeñas manchas planas entre una superficie con abundantes rocas de granito.²⁰⁹ Asimismo, los cuerpos de agua, aunque difícilmente reconocibles entre los contrastes del terreno, nacen en cañadas húmedas como manantiales y aguajes que brotan de los acuíferos subterráneos.²¹⁰ Por su parte, la Laguna Hanson es reconocible por verse como una mancha oscura que destaca en el espacio de la sierra. Hoy es un cuerpo de agua que se deseca, pero su extensión debió ser respetable a finales del siglo XVIII, cuando la expedición encabezada por el gobernador de las Californias, José Joaquín de Arrillaga, dio con ella.²¹¹



Imagen 3. Contraste entre la Sierra de San Pedro Mártir y el desierto a la altura del Puerto de San Felipe, en el Golfo de California. Fuente: Google Earth, 2021.

²⁰⁸ Este tipo de vegetación se conforma principalmente de mezquite, álamos dulces, encino, biznaga y jojoba. González–Abraham et al., “Ecorregiones de la península de Baja California: Una síntesis”, 75-76; Everardo Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar: geografía simbólica del pueblo kumiai* (Estados Unidos: Casa Editorial Abismo, 2014). 19

²⁰⁹ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 58

²¹⁰ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*. 19

²¹¹ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 83–88; Rojo, *Apuntes históricos de la Frontera de la Baja California*, 1:96–97.

En el extremo norte de la Sierra Juárez, la línea de cumbres que se desprende de ella adquiere una trayectoria ligeramente curvada. A sus costados, ásperas colinas y montañas con rocas graníticas y volcánicas emanan, especialmente con dirección al oeste. Estas colinas y montañas relucen por sus tonos ocre, rojizo y blanco. En varios puntos se ven corroídas por el paso de algunos arroyos, y poco antes de la actual línea internacional, parecen apretarse para conformar la zona de la Rumorosa, de elevaciones ásperas y pedregosas, y que en invierno también puede verse blanqueada por las nevadas.

Como se dijo, del lado oeste de la línea de cumbres descrita en sus tres principales cuerpos montañosos, el terreno se vuelve semiárido y se despliega en complicados niveles orográficos o terrazas.²¹² En la mayoría de las zonas, éstas van descendiendo hasta verse interrumpidas poco antes de alcanzar el océano Pacífico. Dan paso a los litorales costeros, que desde lo alto relucen por ser superficies planas con tonalidades ocres y rojizas; aunque en algunos puntos se hallan conformadas por barrancas. Las terrazas están compuestas por cerros, cañones, mesetas, barrancas y valles, que se aprietan, se abren o se ensanchan constituyendo una superficie sumamente corrugada. Algunas barrancas anchas y valles se abrieron por el curso de los arroyos.²¹³ A diferencia de la zona oriental, en varios puntos se aprecian las erosiones dibujadas por los arroyos que escurren de las sierras, y que, vistos desde arriba, parecieran hilos o arterias que se abren paso hasta el océano.

Aunque esta área constituye una región semiárida, contrasta visiblemente con el gran desierto. Se vuelve templada, principalmente en los litorales, a causa de los inviernos lluviosos, los vientos provenientes del Pacífico que se acompañan de neblinas, y los arroyos que bajan de las serranías.²¹⁴ Estas circunstancias provocan que la parte noroeste de la península se vea cubierta por una amplia variedad de vegetación. En los puntos más altos o más cercanos a las serranías, la vegetación de tipo chaparral se hace presente, y en aquellas áreas donde el terreno tiene niveles bajos o se aproxima al océano, la vegetación

²¹² Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*.

²¹³ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*. 63.

²¹⁴ González-Abraham et al., “Ecorregiones de la península de Baja California: Una síntesis”, 76-77; Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 59.

predominante es la de tipo matorral costero y desértico.²¹⁵ A pesar de estas particularidades, la región oeste del área septentrional de la península, aunque separada del desierto de la zona oriental, se encuentra vinculada en sus extremos norte y sur a dos condiciones que la repercuten; la del macizo continental y la del desierto central.

Respecto a las características fisiográficas de la superficie que descienden del macizo continental siguiendo el litoral, los contrastes son prácticamente nulos. El extremo noroeste de la región peninsular que ve al Pacífico es una extensión del macizo continental del área que comprende el actual condado de San Diego. Prácticamente comparten las características climáticas y las de la superficie.²¹⁶ Si bien esta área es una de las que más ha sufrido cambios en los últimos doscientos años, sobre todo a partir del paisaje urbano que San Diego, Tijuana y Rosarito desenvuelven, es posible apreciar los despliegues que generan los valles, los cañones, los cerros y las mesetas que se desbordan paralelos al litoral y continúan hasta alcanzar la actual ciudad de Ensenada.

Distinta situación ocurre en el extremo sur de la región. A la altura de la Punta Colnett las laderas más cercanas al océano dan lugar a un área de terrazas costeras compuesta por amplios llanos que llegan hasta los litorales. Hoy estos llanos se les mira tapizados por una gran cantidad de campos agrícolas, pero a mediados del XVIII debieron verse cubiertos por una gran variedad de especies de matorral. Atravesada en ciertos puntos por algunos arroyos, esta área de terrazas costeras se extiende hasta la Bahía de San Quintín, donde resalta un despliegue terrestre compuesto por una serie de volcanes extintos, que son posibles de distinguir desde arriba por sus cráteres cenizos.

Dejando San Quintín, los llanos vuelven a ser interrumpidos por lo abrupto y áspero. La superficie va adquiriendo la fisiografía del desierto central a partir del arroyo Rosario, que nace en las últimas elevaciones de la Sierra de San Pedro.²¹⁷ Este es un espacio de transición entre ecosistemas. Las cordilleras quebradas y bajas se pintan de tonos rojizos u oscuros por las elevaciones de más volcanes extintos. Varias piedras graníticas se miran dispersas y, desde arriba, los llanos áridos, dunas y médanos parecieran enraizarse e intercalarse con

²¹⁵ González–Abraham et al., “Ecorregiones de la península de Baja California: Una síntesis”, 76; Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 56-57.

²¹⁶ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*. 56.

²¹⁷ Magaña. 56.

ásperas áreas. Se acentúan los matorrales desérticos y en ellos reinan los cirios y los cardones, demostrando que el área del noroeste peninsular termina por incorporarse al desierto.²¹⁸

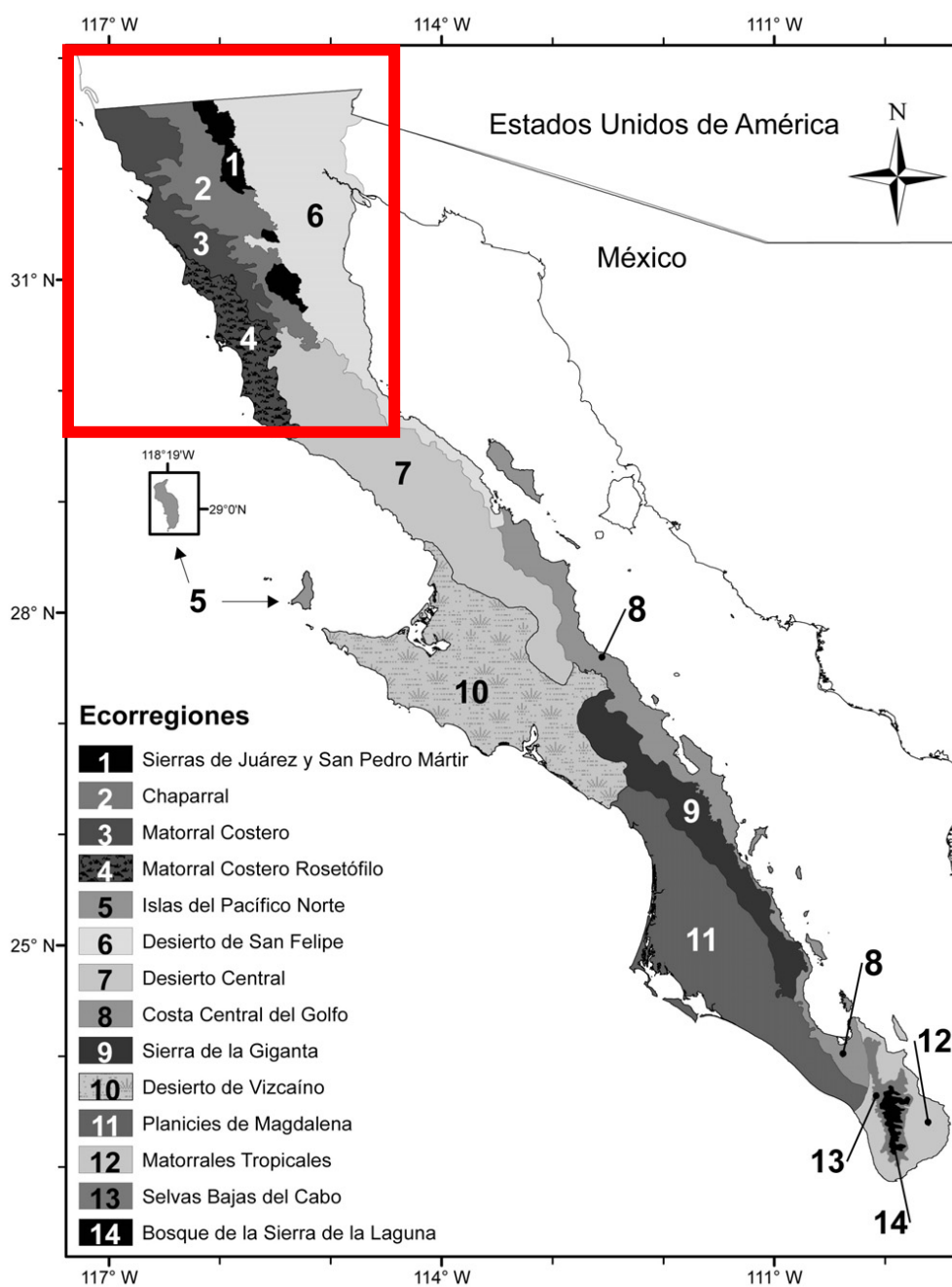


Imagen 4. Propuesta sintética de ecorregiones de la península de Baja California. En el recuadro rojo se señala el área de estudio. Fuente: González–Abraham et al., “Ecorregiones de la península de Baja California: Una síntesis”, 76.

²¹⁸ En su investigación de maestría, Mario Magaña consideró que la región histórica de La Frontera “aparece aislada por las sierras de la Rumorosa, Juárez y San Pedro Mártir, y al sur por el Desierto Central”. Sin embargo, respecto a esta última área, consideramos que las características fisiográficas de La Frontera se van integrando al desierto más que verse aisladas por este. Magaña, *Población y misiones de Baja California*. 25.

Todas las características fisiográficas descritas hasta aquí son evidencias de cambios milenarios. Remanentes y cicatrices de las transformaciones geológicas que el norte de la Baja California ha venido experimentando desde su realidad peninsular. No obstante, su observación y lectura no solo permiten conocer su conformación natural, también posibilitan un vistazo a la manera en cómo han sido percibidas y transformadas por mujeres y hombres. El espacio es construido y modificado socialmente y, en ese sentido, forma parte y contiene procesos que no solo se dirigen a la conformación de lo terrestre y lo marítimo del mismo, sino que van encaminados a integrar territorios donde se aglutinan aspectos y expresiones culturales, donde ocurren los acontecimientos históricos.²¹⁹ El espacio bajacaliforniano no solo queda desplegado en las arrugas de sus cordilleras o en la extensión de su desierto y sus litorales, sino que también es considerado y apropiado por los grupos humanos ahí establecidos a la hora de articular sus modos de convivencia y sobrevivencia. De esa manera, el espacio y sus características fisiográficas son habitados y significados, y en el curso son parte del paisaje. El paisaje es una amalgama constituida por el vínculo entre lo humano y lo natural. Cuando el espacio es apropiado, ocupado, intervenido y significado por lo humano, está siendo territorializado, proceso que lo lleva a sostener necesidades, usos, cosmovisiones, afectividades, relaciones sociales y edificaciones que en conjunto con el entorno configuran el paisaje.²²⁰ De ahí que “toda historia del paisaje lo es de paisajes culturales”.²²¹

En ese sentido, arroyos, manantiales, costas, valles, barrancas, cordilleras, bosques, e incluso el desierto del norte de la península de California, formaron parte de paisajes específicos a finales del siglo XVIII y principios del XIX, que hoy es posible interpretar por los restos que dejaron.²²² Apropriados por los grupos indígenas en el momento en el que estos los transitaban y usufructuaban, el espacio del norte peninsular y sus características

²¹⁹ Martín Gabaldón, “Espacio, territorio y paisaje cultural en los estudios coloniales: qué, para qué, cómo y hacia dónde”, 164; Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*, 13–15.

²²⁰ Martín Gabaldón, “Espacio, territorio y paisaje cultural en los estudios coloniales: qué, para qué, cómo y hacia dónde”, 168; Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”, 119–39; Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*, 277–86.

²²¹ Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*. 280.

²²² Miguel Ángel Sorroche Cuerva, “De agujeros a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”, en *Antología de la Baja California hispánica*, ed. Julia Bendímez Patterson y Lucila León Velazco (Mexicali: Corredor Histórico CAREM A.C., 2016), 256–76. 265.

fisiográficas fueron dotados de connotaciones simbólicas. A partir de ellos se definió una movilidad estacional y la cosmogonía de los distintos grupos originarios.²²³ Posteriormente vino un solapamiento en el paisaje preexistente. A partir de 1774, con las misiones fundadas por los frailes dominicos, se buscó establecer un modo distinto de apropiación y configuración de este espacio, especialmente del área del noroeste peninsular. De esa forma arrancó la integración y el condicionamiento de un territorio con lógicas de vida distintas a las establecidas previamente, que, al servirse del paisaje indígena y transformar el espacio, articuló un nuevo paisaje centrado en la región histórica de la Frontera de la Antigua California, que tuvo como principales enclaves a los complejos misionales.²²⁴

2. MOVILIDAD ESTACIONAL Y OCUPACIÓN SIMBÓLICA DE LOS GRUPOS INDÍGENAS

El norte peninsular no es un espacio inerte. Los arroyos no solo corren rasgando las sierras, las ásperas cumbres no solo se hallan levantadas y desplegadas, y el desierto no solo se desvanece hacia el Golfo y el Colorado. Cada uno de estos entornos han albergado una infinidad de intervenciones humanas que los transforman, representan y los configuran. En ese sentido, el norte de la península de California jamás ha sido un espacio “vacío” como cierta historiografía ha entendido a todo el norte de la Nueva España.²²⁵ Desde hace mucho tiempo atrás ha sido habitado, surcado y valorizado. En la superficie del norte peninsular se ha edificado lo material y lo inmaterial; ha sido sustento y soporte de procesos de ocupación, apropiación, dominio y significación que lo perciben y configuran en razón a dinámicas culturales específicas que a su vez han respondido a dicho espacio geográfico.

²²³ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*; Sorroche Cuerva, “De agujajes a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”.

²²⁴ Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”.

²²⁵ Las Spanish Borderlands, escuela impulsada por Eugene Bolton y deudora de la *Frontier* turneriana, se ha referido al norte de México y suroeste de los Estados Unidos a partir de una noción de vaciedad que termina por justificar el avance colonizador hispánico y estadounidense. Esta noción ha provocado una homogeneización de estos espacios y ha invisibilizado a los grupos indígenas que los habitaron, manteniendo una lógica imperial de dominio. Para una crítica a la noción turneriana y boltoniana véase: Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*; David Benjamín Castillo Murillo, “La persistencia de la tradición: Frederick Jackson Turner, los turnerianos, la expansión americana hacia el Oeste”, *Meyibó* 17 (junio de 2019): 7–45.

La construcción cultural de la naturaleza alcanzada por los distintos grupos indígenas que poblaron el área de estudio fue un proceso de larga duración.²²⁶ Arrancó a partir de una serie de desplazamientos migratorios procedentes de la región oeste de lo que hoy son los Estados Unidos. Siglos antes de la incursión europea en las Californias, los cambios climáticos motivaron que varios grupos migraran en busca de áreas en donde reacomodarse.²²⁷ Los ancestros de los grupos yumanos se desplazaron siguiendo el cauce del río Colorado y dieron con el Golfo de California, punto a partir del cual se fueron diseminando por el norte de la península.²²⁸ Este espacio tuvo los recursos suficientes para que distintos grupos de indígenas kumia, pa ipai, kiliwa, cucapá y cochimí pudieran satisfacer sus necesidades alimenticias y desplegaran un desarrollo cultural complejo y estrechamente vinculado con el mismo espacio.

Los grupos indígenas originarios del norte de la península eran cazadores-recolectores-pescadores que practicaban una cultura seminómada. Configuraron una aguda sensibilidad y un amplio conocimiento sobre los elementos y las variaciones naturales, a tal punto que su organización sociocultural fue resultado de una adaptación simbiótica con el ambiente.²²⁹ A lo largo de varios siglos formularon una lectura de los desiertos, los valles, las cordilleras y las costas que les permitió relacionar de forma directa la obtención de su sustento con el área geográfica. Los cambios estacionales que anualmente incidían en la disponibilidad de alimentos vegetales como la pitahaya, la bellota o el piñón, la presencia de animales para cazar o pescar, así como la existencia de arroyos y aguajes, fueron factores que condicionaron la manera en la cual los grupos yumanos se desplazaban por este espacio.²³⁰

²²⁶ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*.

²²⁷ Se ha estimado que la península de California comenzó a ser poblada desde hace, por lo menos, 10 000 años. Rodríguez Tomp, “La cultura indígena en la península de California. Unidad en la diversidad”, 714.

²²⁸ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*. 84.

²²⁹ La adaptación al ambiente que lograron los grupos indígenas que poblaron el sur de la península de California, ha sido materia de estudio Rosa Elba Rodríguez Tomp, Micheline Cariño y Lorella Castorena. Muchas de las observaciones que han hecho estas autoras a los modos de vida de pericues, guaycuras y cochimí son advertidas en las prácticas de los grupos yumano del área norte de la península. Rodríguez Tomp, “La cultura indígena en la península de California. Unidad en la diversidad”, 709–10; Micheline Cariño Olvera y Lorella Castorena Davis, “Las misiones jesuíticas de Baja California Sur (1697-1768): cambio cultural/ambiental”, en *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California: estado de la cuestión y perspectivas de futuro*, ed. Miguel Ángel Sorroche Cuerva y Lorella Castorena Davis, Atrio patrimonio 3 (Granada: Editorial Atrio, 2011), 125.

²³⁰ Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”; Magaña, *Población y misiones de Baja California*; Garduño, *Yumanos*.

Cada grupo indígena se componía de linajes que se identificaban con un ancestro común y uno mítico.²³¹ Sin embargo, la movilidad la practicaban en pequeñas bandas de modo que pudieran desplazarse con mayor facilidad y mantenerse por estancias cortas a lo largo de distintos sitios identificados por su disponibilidad alimenticia o por las relaciones de parentesco que entablaban con otras bandas.²³²

A esta práctica desarrollada por los grupos indígenas del norte peninsular se le ha denominado movilidad o nomadismo estacional.²³³ Esto debido a que el desplazarse periódicamente les permitió obtener alimentos y agua a lo largo del año, al tiempo que configuraban un área de la cual habían generado un conocimiento acumulado.²³⁴ La movilidad estacional era un modo de apropiarse, ocupar y dominar el espacio. Las bandas se conducían de un punto de agua a otro, desplegaban sus rutas sobre senderos bien establecidos, siguiendo las migraciones de “la fauna silvestre y atendiendo a las temporadas de maduración de los frutos comestibles”.²³⁵ Así, una estancia en los bosques de coníferas de las sierras para recolectar piñones era seguida por un descenso a alguno de los valles para cazar, que a su vez era seguido por una estancia de pesca en las bahías o en los acantilados costeros.

Dentro de esta movilidad estacional, la manera como el espacio fue ocupado y aprovechado tejió una delimitación de las actividades según el género, que se sirvió de la tecnología elaborada para satisfacer necesidades.²³⁶ Las plantas, frutos, semillas y raíces comestibles eran recolectadas por las mujeres. Ellas buscaban estos alimentos sin la presencia de hombres en los montes y lomeríos, y se encargaban de su resguardo y preparación.²³⁷ En

²³¹ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*. 21.

²³² Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*; Garduño, *Yumanos*; Rodríguez Tomp, “La cultura indígena en la península de California. Unidad en la diversidad”, 716.

²³³ Mientras Mario Alberto Magaña se refiere a una cultura nómada estacional, Everardo Garduño emplea el concepto movilidad estacional. Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*; Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*.

²³⁴ José Lameiras: “el habitar, usar y experimentar un espacio lleva a un conocimiento acumulado y a una planificación cotidiana que origina tanto continuidades como cambios”. En Magaña, *Población y misiones de Baja California*. 30.

²³⁵ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*, 22; Rodríguez Tomp, “Memoria y etnicidad. La recreación del pasado entre los pueblos yumanos”, 74.

²³⁶ El campo de actividad femenino entre los grupos indígenas de América y las misiones religiosas cada vez va cobrando mayor importancia historiográfica, consolidándose como un aspecto de obligada consideración dentro de cualquier trabajo de investigación que trate sobre estos procesos históricos. Para el caso de las actividades y el trabajo realizado por las indígenas de la región del Chaco, en Sudamérica, antes y durante la incursión jesuita, véase a Beatriz Vitar, “Hilar, teñir y tejer. El trabajo femenino en las misiones jesuíticas del Chaco (siglo XVIII)”, *Anuario de Estudios Americanos* 72, núm. 2 (diciembre de 2015): 661–92.

²³⁷ Rodríguez Tomp, “Memoria y etnicidad. La recreación del pasado entre los pueblos yumanos”, 79.

el tiempo que se dio la conquista misional, esta actividad femenina atrajo la atención de los misioneros, como fue el caso de fray Luis Sales, quien señaló que:

El cuidado de la comida es peculiar de las mujeres, pues el hombre se debe contemplar como un ocioso vagabundo, y aunque la mujer tenga hijos, este en cinta o que acabe de parir o esté vieja, siempre ha de buscar agua, comida, leña y cuanto es necesario para la subsistencia, aunque sea preciso, como acontece, caminar cuatro, cinco o seis leguas para buscar semillas silvestres, y entonces andan ellas solas sin hombres y vuelven cargadas con todo como si fueran mulas.²³⁸

La realización de estas actividades hizo que las mujeres emplearan algunas piedras como morteros o metates en los parajes de estancias tradicionales, a elaborar cesterías y platos de junco, así como a fabricar ollas y vasijas de barro.²³⁹ La cacería, en cambio, fue una actividad que generalmente realizaban los hombres. Para ello, las principales herramientas empleadas fueron el arco y la flecha. No obstante, esta práctica también se llevó a cabo haciendo uso de otros instrumentos como la honda, los palos y los mazos cazadores, que eran sumamente efectivos.²⁴⁰ La pesca, de la cual se ha demostrado que era una práctica de suma importancia para la alimentación de los pueblos yumanos y que alcanzó una cierta especialización, también era comúnmente realizada solo por hombres, quienes empleaban redes hechas de fibras de yuca o agave; anzuelos elaborados con espinas o huesos, y, en los acantilados de las bahías, construían andamios para colgarse y atrapar moluscos y peces.²⁴¹

Esta manera en que se conducían las mujeres y hombres yumanos, buscando en el espacio frutos, semillas, animales y agua, así como elaborando utensilios y herramientas, desacredita por completo el sentido que la antropología clásica le dio al modo de vida de las culturas seminómadas, cuando la definió como un estado de miseria y de vulnerabilidad frente a un entorno hostil e inhóspito, a mi modo de ver, más cercano a la sobrevivencia que

²³⁸ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:80.

²³⁹ Desde finales del siglo XX, la elaboración de cesterías y cerámicas por parte de las comunidades yumanas, como los kumiai y los pa ipai, constituye “un arma de resistencia cultural” y una revitalización de la memoria. Judith Bravo Contreras, “La elaboración de cestería y cerámica como estrategia de supervivencia cultural en la población nativa de Baja California”, en *Encuentro Binacional Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California Ensenada, Baja California*, Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, Tomo 2, 2001, 116–23.

²⁴⁰ La forma como el dominico Luis Sales se refirió al hombre dentro de los grupos indígenas de la California peninsular, como “ocioso vagabundo”, responde a esta imagen de irracionalidad y barbarie que el dominio colonial construía respecto a los pueblos indígenas de América. Pareciera que el dominico no consideró que esto último estaba relacionado con la cacería. Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*. 80.

²⁴¹ Rodríguez Tomp, “La cultura indígena en la península de California. Unidad en la diversidad”, 717–23; Garduño, *Yumanos*, 20–21.

a la subsistencia.²⁴² En realidad, la ocupación utilitaria del entorno construida por las prácticas seminómadas y la movilidad estacional de los grupos yumanos se aproxima al sentido de la “economía de la abundancia” que desarrolló Marshall Sahlins y siguieron otros autores.²⁴³ Ellos planteaban que los grupos seminómadas de cazadores-recolectores-pescadores eran beneficiarios de un estado de abundancia en contraste con las sociedades modernas, debido a que no requerían de demasiadas horas para satisfacer sus necesidades alimenticias, elaboraban tecnología sirviéndose del entorno y que además encontraban reservas alimenticias en el área que habitaban.²⁴⁴

Territorialmente hablando, este modo de proveerse alimentos les permitió a los grupos indígenas identificar y definir lugares, sitios y parajes. Así como puntos de agua, áreas neutrales, lugares de encuentro e intercambio entre distintas bandas; sitios de asentamiento temporal, donde levantaban algunas chozas, ya sea cavando en la tierra un círculo que era cubierto por una parte con ramas y hojas, o insertando en el suelo varas que eran entrelazadas en su extremo superior para luego cubrirse con ramas y lodo, las cuales podían ser pequeñas o alargadas y que entre los kiliwas se les conoció como *wa'*.²⁴⁵ Movilizándose, los grupos yumanos adoptaron elementos geográficos como marcas naturales de referencia que sirvieron para trazar sus caminos e identificar sus parajes, así como para sostener sus representaciones y construcciones culturales.²⁴⁶ Los agujajes, arroyos y oasis fueron los elementos naturales más significativos para delinear la movilidad estacional. Pero un bosque, las rocas o algunos

²⁴² Varios son los autores que continúan refiriéndose al modo de vida seminómada que practicaron los grupos yumanos en un sentido de sobrevivencia y de constante enfrentamiento con el entorno, noción que además reafirma esta representación construida en torno al desierto que lo ve como un espacio inhóspito, de penuria y de muerte. Si bien el entorno bajacaliforniano no fue carente de dificultades para estos grupos, como cualquier otro espacio lo ha sido para las culturas que alberga, las prácticas socioculturales yumanas hacen que me sea difícil entender su condición en un sentido de sobrevivencia y pensar este espacio en términos de hostilidad. En realidad, pienso que los grupos indígenas de las Californias comenzaron a verse en las penurias de la sobrevivencia solo a partir del arribo de misioneros y colonos hispano-mexicanos.

²⁴³ Marshall Sahlins, *Las sociedades tribales* (Barcelona: Editorial Labor, 1972); Vítar, “Hilar, teñir y tejer. El trabajo femenino en las misiones jesuíticas del Chaco (siglo XVIII)”. En su estudio sobre el trabajo y las actividades de las mujeres indígenas en las misiones jesuitas de la región del Chaco, en Sudamérica, Beatriz Vitar parte de la propuesta de Sahlins.

²⁴⁴ Sahlins, *Las sociedades tribales*.

²⁴⁵ AGI, Guadalajara, 513, *Diario de Fray Vicente de Mora, presidente de las misiones de la Antigua California, sobre la visita que hizo, del 4 de noviembre al 21 de diciembre de 1773, a las misiones del Norte*; Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:81; Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 98; Fierro Nuño, “Apropiación del espacio misional: restauración y memoria en Santa Gertrudis, Baja California”, 58–60.

²⁴⁶ Sorroche Cuerva, “De agujajes a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*.

cerros también sirvieron como marcas referenciales. Al desplegar una ocupación utilitaria del entorno, los grupos indígenas del norte de la península de California desarrollaron una organización socioterritorial que condujo a una identidad geográfica.²⁴⁷ Se creó un arraigo cultural que definió un modo de apropiación del espacio que llevó a los distintos pueblos yumanos a definir sus respectivas áreas de tránsito y usufructo. En el curso de su movilidad, los indígenas se identificaban con parajes específicos, desarrollando con ello un apego afectivo hacia el territorio que era importante en la conformación de identidades. La apropiación espacial que significó la movilidad estacional de estos grupos emparentados culturalmente habría hecho del norte peninsular una región yumana, es decir, un espacio territorializado por los grupos indígenas en distintas áreas tradicionales, las cuales eran soportadas por las construcciones culturales que estos hacían de la naturaleza.²⁴⁸

Cada grupo indígena se desplegó en áreas tradicionales, en territorio distintos. Si bien los pueblos yumanos provienen del mismo complejo cultural Hakataya, del cual se ha estimado que tuvo como lugar de origen el área norte del actual estado de Arizona,²⁴⁹ en el transcurso de los siglos se fueron diferenciando de manera etnolingüística en grupos y fueron habitando en áreas distintas el extremo sur del actual California y el norte de la península de California a raíz de las migraciones referidas.²⁵⁰ Situación similar ocurrió con los indígenas de la familia cochimí, al sur del septentrión peninsular. Conforme estos fueron empujados por las migraciones hacia las regiones intermedias y más secas de la península, se dispersaron y diferenciaron en grupos distintos.²⁵¹ Algunos de los grupos yumanos, a su vez,

²⁴⁷ Rodríguez Tomp, “Memoria y etnicidad. La recreación del pasado entre los pueblos yumanos”, 73; Cariño Olvera y Castorena Davis, “Las misiones jesuíticas de Baja California Sur (1697-1768): cambio cultural/ambiental”, 121.

²⁴⁸ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*, 21; La dinámica y funcionalidad impregnada al norte peninsular por los pueblos yumanos nos permite entender a este espacio como una región en el sentido dado por Bernardo García Martínez. García Martínez, *Las regiones de México*.

²⁴⁹ De este punto en el actual Arizona, se piensa que el complejo cultural Hakataya, del cual provienen los grupos yumanos, se fue movilizando, siguiendo el río Colorado a través de distintos flujos migratorios entre los siglos XIII y XVIII. Magaña, “Sobre nuevo método de Gobierno espiritual de misiones de Californias. por fray Rafael Verger, 1772”, 80–84; Rodríguez Tomp, “La cultura indígena en la península de California. Unidad en la diversidad”, 728.

²⁵⁰ Los grupos yumanos que poblaron el extremo sur del actual California y que durante la presencia misional se encontraron bajo el distrito misionero de los franciscanos son los maricopa, mohave, yavapai, walapai y havasupai. Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*. 86.

²⁵¹ Cochimí es una derivación cultural que terminó por englobar a los distintos grupos que poblaron el desierto central de la península y que provenían de una misma familia etnolingüística, la cual hoy se conoce como conjunto yumano-peninsular o yumano-cochimí. Para finales del periodo misional la población que conformaba a los distintos grupos cochimí estaba sumamente diezmada por la incursión hispánica y para principios del siglo

estaban compuesto por variantes lingüísticas, como el tipai, ipai y el ko'al que son variantes del kumiai,²⁵² o el juigrepa, el ko'juak y el ñakipa que fueron variantes del kiliwa.²⁵³ El sistema de linajes, por su parte, “se expresaba en una serie de unidades dispersas” -las bandas- que establecían una forma de organización social que mediante la movilidad estacional descrita articulaban las referidas áreas tradicionales.²⁵⁴

El territorio donde se concentraron principalmente las bandas kiliwas arrancaba en la parte de la línea de cumbre donde la Sierra de San Pedro Mártir comienza a darle paso a la Sierra Juárez. Los pliegues formados por los cerros y las montañas de San Pedro fueron el punto central del área kiliwa, sin embargo, ésta era de costa a costa.²⁵⁵ De la sierra continuaba hacia el este siguiendo el descenso desértico que daba al Golfo, y al oeste se extendía por los pliegues y los niveles, los valles y los llanos, que conducían al Pacífico. Al sur, sus alcances eran paralelos a los límites de la Sierra de San Pedro, donde las cordilleras se van reduciendo conforme el desierto central se abre. Del lado del Pacífico, su extremo sur habría sido la bahía de San Quintín con sus volcanes extintos.

Los pa ipai también extendieron su área tradicional del Golfo al Pacífico. Al este alcanzaba el delta del río Colorado, donde la desembocadura decolora las aguas del Golfo.²⁵⁶ Hacia el oeste recorrió los llanos desérticos y los cerros ásperos y rojizos. Pasaba por la parte baja e intermedia entre la Sierra Juárez y la Sierra de San Pedro Mártir, para extenderse por los despliegues y las terrazas, los arroyos y los valles, que se dirigen al océano Pacífico.

El área tradicional que configuraron los linajes kumiai fue quizá la más amplia entre los grupos yumanos. Hacia el este comprendió las cordilleras que componen la Sierra Juárez. Abarcó los puntos de coníferas y se extendió por los despliegues semiáridos que se aprietan con dirección al oeste. Más al norte, pasando la Sierra Juárez, continuaba entre las colinas,

XX, por ya no existir persona alguna que hablara la lengua cochimí, se dieron por extintos estos grupos indígenas. Sin embargo, desde la década de los noventa del siglo pasado, varios pobladores del área central de la península se han asumido como indígenas cochimí y han solicitado se les reconozca como tal. Blanca Alejandra Velasco Pegueros, “¡Aquí estamos! Identidad, memoria y territorialidad del pueblo cochimí de Baja California” (Tesis para obtener el grado de Maestría en Desarrollo Rural, Ciudad de México, México, Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Xochimilco, 2017).

²⁵² Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*. 13

²⁵³ Garduño, *Yumanos*. 18.

²⁵⁴ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*. 21.

²⁵⁵ Garduño, *Yumanos*; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*.

²⁵⁶ Garduño, *Yumanos*; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*.

riscos y montañas ásperas de la Rumorosa. En un inicio, los primeros pobladores kumiai de esta zona se vieron atraídos por las ventajas que propiciaban los márgenes oeste del gran lago Cahuilla. Al dejar de existir este lago, hace más de cuatrocientos años, se dio una diseminación de linajes kumiai hacia el extremo noroeste de la península de California. “Aprendieron de los cucapá y los yuma, la práctica de un tipo de agricultura estacional”.²⁵⁷ Hacia el oeste, el área tradicional kumiai abarcó los despliegues y terrazas que se desbordan hacia el océano. Se extendía por los valles y los cañones, las barrancas y los aguajes. Su extremo sur llegó más allá de la bahía de Ensenada, colindando con el área pa ipai, y su extremo norte alcanzó el actual condado de San Diego, en California.²⁵⁸

Los cucapá desplegaron su área tradicional a lo largo de la depresión geológica y desértica del valle de Mexicali y el Desierto del Colorado. Es decir, el extremo noreste de la zona oriental del área septentrional de la península. De igual forma que los kumiai, los cucapá se vieron atraídos en sus inicios por el lago Cahuilla, pero en sus márgenes del sureste, que alcanzaban el área ceniza del Cerro Prieto.²⁵⁹ Sin embargo, al desaparecer este lago, el área tradicional cucapá se extendió siguiendo el cauce del río Colorado hasta su desembocadura en el Golfo de California, donde levantaban asentamientos temporales y practicaban un tipo de agricultura estacional que aprovechaba las avenidas de agua del Colorado.²⁶⁰ Con dirección al oeste de este caudaloso río, abarcó los llanos desérticos, los cerros y las colinas rojizas y ásperas, los humedales y la laguna salada, así como las laderas pulverizadas de las cordilleras que componen la cara este de la Rumorosa y la Sierra Juárez.

De la totalidad de lo que fue el área cochimí, solo su extremo norte es posible ubicarlo dentro del área central de las Californias. Esta área tradicional fue inmensa. Los distintos grupos étnicos cochimí se movilizaron en diversas bandas por todo el desierto central y alcanzaron hacia el sur los riscos colorados de la Sierra San Francisco en Baja California Sur.²⁶¹ La pléyade de oasis dispersos a lo largo de todo este gran desierto fue el factor sobre el cual los cochimí dibujaron sus rutas de movilidad estacional. Los oasis, junto con las cuevas, eran parajes de estancia, encuentro y abastecimiento, aunque la falta de agua también

²⁵⁷ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*. 23.

²⁵⁸ Garduño. 14-16.

²⁵⁹ Garduño, *Yumanos*. 26.

²⁶⁰ Garduño. 26; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*. 85-86.

²⁶¹ Garduño, *Yumanos*. 16-18.

la suplieron con el consumo de algunas plantas desérticas.²⁶² La parte del área cochimí que colindó con los yumanos del norte se desplegó sobre el espacio donde los pliegues del noroeste peninsular y los bajos niveles sureños de la Sierra de San Pedro Mártir forman una zona de transición hacia el desierto. Corrió de los litorales rocosos del Pacífico a los márgenes costeros del Golfo de California. Sus puntos de alcances en el noroeste podrían ubicarse en los lomeríos pedregosos que interrumpen los llanos cenizos de San Quintín y en el noreste en las superficies arenosas al sur de la Bahía de San Felipe.

Ahora bien, estos territorios, que en sí mismos también podrían pasar por regiones debido a que albergaron prácticas, representaciones e identidades que marcaban ciertas distinciones entre cada uno de los grupos yumanos, no eran entidades estáticas.²⁶³ En realidad, fueron sistemas en constante movimiento, no siempre exclusivos y nunca delimitados por linderos definidos de forma precisa. Como explica Rosa Elba Rodríguez Tomp, las áreas indígenas en la península de California no hay que entenderlas en el sentido de territorios cerrados y delimitados por marcadas fronteras lingüísticas. En realidad sus extensiones, que iban de las sierras a los litorales -como se pudo ver-, variaban según la disponibilidad de alimentos, los cambios estacionales del ambiente y las relaciones de parentesco y amistad entabladas entre las diferentes bandas.²⁶⁴ Las áreas tradicionales se abrían, se ensanchaban o se compactaban según los cambios naturales que el espacio geográfico experimentaba y el tipo de relaciones que entre sí entablaban los distintos grupos yumanos, las cuales podían ser de intercambio, encuentro o de conflicto, sin que la diversidad lingüística fuera un obstáculo.

Aun así, la articulación de estos territorios indígenas por la diseminación de diferentes linajes vinculados a parajes, y transitados por una serie de bandas que buscaban satisfacer sus necesidades alimenticias y desenvolver sus relaciones sociales mediante la movilidad de un sitio a otro en el transcurso del año, desplegó una ocupación simbólica del territorio. Al ser habitado y ocupado utilitariamente, el norte peninsular era experimentado y esto hizo que adquiriera una relevancia emocional y afectiva para los grupos indígenas, que se manifestaba

²⁶² Fierro Nuño, "Apropiación del espacio misional: restauración y memoria en Santa Gertrudis, Baja California". 56-62.

²⁶³ García Martínez, *Las regiones de México*.

²⁶⁴ Rodríguez Tomp, "La cultura indígena en la península de California. Unidad en la diversidad", 716; Rodríguez Tomp, "Memoria y etnicidad. La recreación del pasado entre los pueblos yumanos", 74.

en las representaciones, significados e imaginarios que estos plasmaban en los elementos naturales; en las elaboraciones materiales e inmateriales que hacían del y en el espacio.²⁶⁵ La movilidad estacional, la práctica de apropiación del espacio que los distintos grupos yumanos desplegaron en el norte de la California, desarrolló una construcción cultural de la naturaleza que se vio definida en los paisajes conformados.²⁶⁶ En ese sentido, las áreas tradicionales articuladas eran, a su vez, paisajes culturales.

Quizá el factor básico que conformó a estos paisajes indígenas fue la propia articulación territorial que desplegó la movilidad estacional practicada.²⁶⁷ Los caminos tradicionales a través de las cuales las bandas se desplazaban de un sitio a otro, constituían rutas de tránsito definidas por marcas naturales de referencia. Estas marcas, como se ha hecho mención, eran aguajes y arroyos; piedras, cerros y montañas, así como bosques y valles. Elementos naturales que en muchos casos se les atribuía una carga simbólica de gran relevancia, que se les asociaba religiosa y espiritualmente.²⁶⁸ Algunos, incluso, se les relacionó estrechamente con acontecimientos que tenían que ver con la cosmovisión yumana.

La atribución de “una naturaleza sobrenatural a la naturaleza”, como la denomina Everardo Garduño, hizo de muchas de estas marcas naturales de referencia, geosímbolos que señalan y atribuyen a algunos sitios y parajes significados o representaciones cosmogónicas, mitológicos, rituales o históricos.²⁶⁹ Estos geosímbolos, en tanto referentes espaciales que confirman la relación entre los humanos y el entorno, y que además se vuelven elementos imprescindibles en la conformación de las identidades, terminaron por articular una cartografía simbólica que le atribuyó un sentido y significado al territorio de cada pueblo yumano.²⁷⁰ Esta cartografía simbólica se encuentra compuesta por la existencia de los lugares sagrados y los sitios rituales.

²⁶⁵ Sorroche Cuerva, “De aguajes a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”, 264; Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*.

²⁶⁶ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*; Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”. 122.

²⁶⁷ Sorroche Cuerva, “De aguajes a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”. 265-268.

²⁶⁸ De acuerdo con Miguel Ángel Sorroche, cuando se les asocian connotaciones religiosas o espirituales a ciertos elementos del espacio, se está ante un paisaje cultural asociativo. Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”. 124.

²⁶⁹ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*. 25-66.

²⁷⁰ Rodríguez Tomp, “Memoria y etnicidad. La recreación del pasado entre los pueblos yumanos”, 72.

Los primeros de ellos serían “espacios o elementos de la naturaleza cargados de significación religiosa, y que por lo tanto constituyen parte de un sistema que incorpora una cosmogonía, una cosmovisión y un ciclo ritual”.²⁷¹ Estos lugares sagrados sobresalían por sus características naturales, las cuales motivaban que fueran atribuidos con manifestaciones sagradas o espirituales. Una montaña, algunas piedras o los agujeros resultaban soportes físicos de entes inanimados, espíritus o fenómenos cosmogónicos. El agua, en algunos puntos, tiene vida propia. Hay mujeres o animales que ahora son piedra, y montañas que fueron el hogar de espíritus creadores.²⁷² Son algunos ejemplos de la percepción que los grupos indígenas construían de su territorio. Las cargas simbólicas y representativas que antropizaban el espacio.²⁷³ Estos referentes geográficos de los mitos ocurridos perduran gracias al sitio y la memoria.

Los sitios rituales, por su parte, serían aquellos lugares o elementos de la naturaleza que por sus cualidades místicas o religiosas se convierten en soportes para la celebración de ceremonias y ciclos rituales. Los ritos de iniciación, los altares de fertilidad o los sitios de muerte son algunos de estos lugares asociados también a montañas y piedras, en los que lo místico, las energías cósmicas o los entes inanimados, son invocados por hechiceros.²⁷⁴ Cabe mencionar que muchos de los geosímbolos que conforman los sitios rituales fueron marcados o resultan de intervenciones hechas por los propios pobladores yumanos. Desde los mismos morteros y metates raspados en las piedras, hasta petroglifos o pinturas murales trazados en las rocas o en las cuevas, las cuales, aludiendo a lo acuoso, configuran los “itinerarios de agua” junto a algunas toponimias o, en otros casos, señalan la relevancia ritual de un sitio.²⁷⁵ Asimismo, los trozos de cerámica o de barro, así como los restos de fogatas, son rastros del uso del espacio, de su aprovechamiento y de la dimensión cultural plasmada en él.²⁷⁶

En suma, todo este entramado de sitios, lugares, parajes y veredas articularon un paisaje utilitaria y simbólicamente. Esto derivó en que los grupos indígenas desarrollaran una

²⁷¹ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*. 28.

²⁷² Garduño. 28-29.

²⁷³ Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”. 121.

²⁷⁴ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*. 58-61.

²⁷⁵ Sorroche Cuerva y Ruiz Gutiérrez, “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”. 134.

²⁷⁶ Magaña, *Población y misiones de Baja California*; Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*; Sorroche Cuerva, “De agujeros a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”.

apropiación afectiva del espacio norte de la península de California que se caracterizó por la estrecha vinculación entre lo humano y lo natural. Esta apropiación afectiva le atribuye una fuerte dimensión cultural a la naturaleza, que hace del área tradicional -el espacio territorializado- un factor de identidad colectiva. Parte y sostén del proceso cultural e histórico de los distintos grupos indígenas. Y, en ese sentido, un legado y una memoria que se experimenta, transmite y perdura a través de sus elementos materiales e inmateriales.²⁷⁷

El paisaje cultural construido y percibido por los grupos yumanos, como se ha hecho mención, está conformado por la apropiación, articulación y modificación que se hizo del espacio.²⁷⁸ Es el sentido y la estructura cultural dada al norte peninsular y a sus características fisiográficas. Evidencia de la simbiosis con el espacio geográfico que los grupos indígenas lograron a través de la movilidad estacional practicada, así como por las connotaciones simbólicas y valorativas atribuidas.²⁷⁹

De forma contraria a la idea generalizada de que las características áridas de Baja California constituían un entorno hostil e inhóspito, al cual los grupos indígenas tuvieron que enfrentarse para lograr su supervivencia, pareciera que en realidad este espacio contó con las condiciones necesarias para desplegar un modo de apropiación y sustento basado en la satisfacción de necesidades alimenticias y culturales de específicos grupos seminómadas. La movilidad estacional que giró en torno a la recolección, la caza y la pesca, así como las dinámicas socioculturales conformadas por los yumanos, se amoldaron y aprovecharon los procesos, los ciclos y los recursos que constituían y proveía el espacio habitado. Visto así, el norte peninsular no fue hostil ni agreste, sino hasta que comenzó a ser delimitado por otras territorialidades ajenas al proceso cultural yumano.

Para mediados del siglo XVIII, cuando la incursión hispánica se fue haciendo efectiva con el propósito de expandir la conquista misional en este espacio, todos los elementos antes referidos se encontraban conformando un paisaje cultural complejo, compuesto por distintas áreas tradicionales. Articulado por una serie de veredas y una pluralidad de puntos y parajes

²⁷⁷ Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”; Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*; Rodríguez Tomp, “Memoria y etnicidad. La recreación del pasado entre los pueblos yumanos”.

²⁷⁸ Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”; Sorroche Cuerva, “De aguajes a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”.

²⁷⁹ Michelle Cariño y Lorella Castorena se refieren a la relación sociedad/naturaleza lograda por los grupos indígenas del sur de la península de California como “adaptación simbiótica”. Cariño Olvera y Castorena Davis, “Las misiones jesuíticas de Baja California Sur (1697-1768): cambio cultural/ambiental”.

significativos por su aprovechamiento o por sus connotaciones míticas, espirituales o religiosas. No obstante, los paisajes son dinámicos. Experimentan cambios que los transforman a veces de manera radical cuando se vuelven sostén de otros procesos históricos. Después de siglos de construcción, el paisaje indígena del norte de la península de California sería empleado y transformado en el proceso de apropiación territorial que, en virtud de una expansión imperial, desarrollarían misioneros, soldados, colonos e indígenas conversos.

3. LA ESTRUCTURA MISIONAL: APROPIACIÓN, ARTICULACIÓN Y MODIFICACIÓN DEL ESPACIO

“Todo es según el color del cristal con que se mira” es una reflexión que cobra mayor relevancia en determinadas circunstancias. Unas de ellas son la descripción y definición del espacio, ya que las lecturas que se hacen de él son distintas, responden a la variedad de condiciones e intereses culturales de quien las realiza. Por su parte, los paisajes que se construyen van de acuerdo con lógicas específicas de ocupación, apropiación, dominio y significación.²⁸⁰ A partir de 1768, cuando los jesuitas fueron expulsados de la California y el sentido de la línea de avance se redefinió en virtud de predicamentos ilustrados, una territorialidad distinta a la que configuraban los grupos yumanos aceleró su avance hacia el norte de la península. Esto trajo consigo el despliegue de una manera distinta de percibir y habitar el espacio, la cual siguió sosteniéndose en la misión y fue impulsada principalmente por religiosos, soldados e indígenas neófitos quienes, a partir de representaciones, imaginarios, significados, herramientas y usos ajenos a los previamente existentes, modificaron el área central de las Californias y construyeron otro paisaje en ella.

El norte peninsular fue definido por y a partir de los misioneros. Ellos, junto a los soldados, construyeron narrativamente este espacio con el fin de hacerlo susceptible de apropiación imperial y de expansión misional. En un inicio, aunque reconocida como dominio de la Corona, el área norte de la península de California era considerada una parte más de todo el territorio adjudicado al trabajo de la Compañía de Jesús. En ese sentido, se percibía como una tierra donde aún no llegaba la conquista misional. Lo que motivó a los

²⁸⁰ Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”, 120–24.

jesuitas a que, en su última década de labor, enfocaran sus esfuerzos hacia esa área de la California, sobre todo hacia la parte noreste, donde se desborda el delta del río Colorado, pues tenían como propósitos llevar su línea de avance a esta zona y establecer comunicación con las misiones jesuitas de la provincia de Sonora. De todo esto surgieron las primeras impresiones colonizadoras sobre el extremo norte de la península, en las cuales se pensó cimentar la ocupación.

Sin embargo, el sentido y la gestión que habían planteado los jesuitas se vieron redefinidos al presentarse la orden de expulsión en 1768. La urgencia que tenía la Corona por colonizar lo que sería la Alta California y contener la amenaza extranjera en los márgenes del imperio que, como vimos, era personificada sobre todo por ingleses y rusos, llevó a que la línea de avance virara hacia el noroeste de la península, pues el propósito era controlar el litoral del Pacífico. La misión se mantuvo como principal recurso para desplegar el control territorial de la Corona, pero experimentó algunos cambios en su método de gobierno. El arribo del proyecto colonizador del visitador Gálvez, arrancó sin demora la apropiación de la bahía de San Diego y con ello, la marcha franciscana en la nueva provincia. Esto dejó sin control el norte de la península, perdurando así la idea que de él se tenía, como un territorio pendiente de conquista. No obstante, su importancia era reconocida dentro del proyecto de las Californias. De esa forma, mientras los franciscanos avanzaban, el noroeste de la península comenzó a ser pensado según las posibilidades de explotación y aprovechamiento que pudieran ser útiles para una posterior expansión misional y, en consecuencia, para consolidar el dominio de la Corona.²⁸¹ Con ese propósito, el norte peninsular fue clasificado. Sus contrastes geográficos y sus características fisiográficas fueron advertidos por la incursión, y la línea de avance que a partir de ese momento debía seguirse fue trazada.

La zona oriental, aquella compuesta por la realidad desértica que desciende de las serranías hacia el Colorado y el Golfo, se dejó para incursiones posteriores. La extrema aridez, la resistencia de los indígenas y, sobre todo, la necesidad de controlar el litoral del Pacífico y alcanzar la bahía de San Diego, hicieron que la atención se fijara en la parte

²⁸¹ Juan Manuel de Viniegra, “Apuntamiento instructivo de la expedición que el excelentísimo señor Don José de Gálvez, visitador General de Nueva España, hizo a la península de Californias, Provincias de Sonora y Nueva Vizcaya, desde que la residió y emprendió; hasta que volvió a México”, el 10 de octubre de 1771; Salvador Bernabéu, *Edificar en desiertos. Los informes de fray Vicente de Mora sobre Baja California en 1777* (México: Embajada de España, 1992) 7-9.

noroeste y ya no en la noreste, como lo habían planteado los jesuitas. La región semiárida que extiende sus niveles orográficos hacia el Pacífico, con sus valles, mesetas y cañones que se abren entre los pliegues, se buscó dominar a través de las misiones. Su superficie corrugada y sus características, así como la vegetación y la fauna existente, fueron descritas y definidas con la clara intención de establecer sobre ellos un dominio. Describir, definir y demarcar se volvieron, en ese sentido, las primeras formas en las que se intentó someter el norte de la península dentro del proceso histórico que efectuó la incursión hispánica.²⁸²

Como se ha mencionado, esta apropiación narrativa del espacio venía desde los jesuitas, especialmente a partir de las exploraciones realizadas por Wenceslao Linck.²⁸³ Esta siguió con mayor ahínco después de 1768, durante la incursión franciscana y luego en la dominica, cuando la necesidad de comunicar a las dos Californias se volvió urgente. La cuestión era preparar el control de ese territorio. Consolidar ahí, en ese “país intermedio”, el dominio de la Corona española y del catolicismo, en un contexto en el que ambas se veían rivalizadas por potencias extranjeras.²⁸⁴ De esa forma, los valles, los litorales, las montañas y los cañones fueron atravesados por varias expediciones que procuraban identificar los sitios más ventajosos para fundar asentamientos. Surcarlos permitía inventariar sus elementos; identificar los sitios con los recursos necesarios para levantar las misiones.²⁸⁵ La superficie y los terrenos eran definidos de acuerdo con los recursos que se les pudiera extraer. Los litorales adquirirían valor según las bahías que pudieran servir de puertos para surtir los bastimentos; un valle con pastos resultaba excelente para la cría de ganado; se esperaba que los arroyos y agujajes fueran constantes para el riego de los cultivos. El sitio debía responder a las necesidades de producción y sustento que posibilitaran lo que era visto como una vida

²⁸² “Resultaba siempre urgente describir los lugares de la tierra nueva colocando lindes definidos por la distancia en leguas entre puntos (partida y avance) y, a la vez, delimitando las posibilidades del espacio conquistable”, en Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*. 35.

²⁸³ El jesuita Wenceslao Link, en 1766, dirigió una exploración por el espacio norte de la California peninsular con los objetivos de extender el avance jesuita, localizar sitios para nuevas misiones, explorar las costas del Pacífico para ubicar una bahía donde fundar un puerto para el galeón de Manila y explorar el área del Colorado para establecer comunicación con las misiones jesuitas de Sonora, en Francisco Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterey* (México: Porrúa, 2007), 59; Julia Bendímez Patterson y Don Laylander, “Wenceslao Linck y la última frontera jesuita en Baja California”, en *Antología de la Baja California* (Mexicali: Corredor Histórico CAREM A.C., 2016), 88–103.

²⁸⁴ Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterey*.

²⁸⁵ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 37.

cristiana. En razón de ello, la intención de fundar una misión iba acompañada de una serie de observaciones que debían hacerse del paraje elegido para poder calificarlo como favorable para su uso: “un suministro constante de agua, tierra buena para cultivar trigo y maíz, ya sea por lluvia o por riego, leña y pastos cercanos, y numerosos gentiles accesibles”.²⁸⁶

En 1769, dos partidas terrestres compuestas por misioneros franciscanos y soldados atravesaron la región noroeste de la península con el objetivo de alcanzar la bahía de San Diego. En el trayecto, el espacio fue descrito y en el extremo norte del desierto central se fundó la misión de San Fernando Velicatá, la cual sirvió de avanzada y dio pie a la apertura de un camino que surcando llanos y terrazas siguió de forma paralela la costa occidental. Se ubicaron puntos de agua y tierras para los cultivos y los ganados que serían útiles para las misiones que comunicarían a las Californias.²⁸⁷ También se localizaron diferentes “rancherías” indígenas que posteriormente podrían ser reducidas. Sin embargo, al final buena parte esta información terminó siendo empleada por los misioneros dominicos cuando quedaron a cargo de la Antigua California, la cual, además, complementaron con la práctica continua de explorar el territorio antes de efectuar una fundación.

El proceso hispánico de apropiación llevó a que los indígenas, yumanos en este caso, fueran percibidos también como objetos de dominio.²⁸⁸ Aun con todas las características fisiográficas descritas a lo largo de varias exploraciones, el factor que terminó por definir el norte de la península fue el poblamiento de los grupos “gentiles”, denominación dada a los indígenas considerados paganos e idolatras por no reconocer al Dios católico y por no regirse bajo los modos de vida occidentales.²⁸⁹ Estos fueron fin y justificación para la intervención y la apropiación de sus territorios. En ese sentido, misioneros y militares nunca percibieron un espacio vacío; para ellos, a diferencia del extremo sur, que padecía un agudo declive poblacional, o de la Alta California, que empezaba a ser colonizada, el área septentrional de la península de California se encontraba plagada de “gentiles”.²⁹⁰ Para los misioneros,

²⁸⁶ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 81; Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:138.

²⁸⁷ Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterey*, 55–59.

²⁸⁸ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 36.

²⁸⁹ Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, Tomo VI, 1734, Recuperado de: <https://apps2.rae.es/DA.html>; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 104.

²⁹⁰ “En casi todas las misiones de la Antigua California debemos suponer reducidos o medio racionales a sus naturales, bien que esta regla general no carece de excepción, pues se han visto hábiles y diestros para todos.

soldados y colonos, la cultura seminómada de los yumanos era muestra del estado de pobreza y barbarie en el que supuestamente vivían. Esta imagen de la miseria que se hizo sobre y en torno a los indígenas arrastraba, a su vez, las nociones construidas previamente por los jesuitas.²⁹¹ Creían que la forma como los yumanos vinculaban con el espacio apropiado su organización sociocultural, sus prácticas y su cosmovisión eran costumbres producto de la ignorancia y la superstición:

Estos californios parecían racionales de segunda especie. Soy del parecer que en el mundo tal vez no habrá naciones tan pobres, tan infelices y tan faltas de especies intelectuales como estas. Apenas pasan de las primeras aprehensiones y estas, por lo común, son erradísimas. Los movimientos de la voluntad suelen ser a proporción de las cortas luces del entendimiento. Solo en el desahogo de sus pasiones brutales suelen ser activos y eficaces; estas se reducen a ser tenidos por valientes y crueles, aunque por otra parte sean los más cobardes del mundo.²⁹²

Se entendió, de esta forma, que el norte peninsular era habitado por bárbaros. Que era una tierra no reducida, salvaje y hostil. Tierra de gentiles y, por ello, frontera de gentilidad. Como muchas otras áreas al norte de la Nueva España, el norte peninsular fue fronterizado en razón de una idea de conquista; se le envolvió bajo un aura de fronteridad, que se construyó a partir de la representación que las nociones imperiales hicieron de los grupos yumanos.²⁹³ Cruzado y habitado por “indios gentiles”, el septentrión peninsular fue percibido territorio inestable, pero sobre el cual era posible proyectar el dominio de la Corona.²⁹⁴ Las representaciones que se crean de un espacio posibilitan su apropiación. El interés que había por darle un orden a las Californias dentro del proceso de apropiación y dominio desplegado llevó a que ciertos territorios, como el área entre San Diego de Alcalá y San Fernando Velicatá, fueran definidos como fronteras.

Asimismo, las denominaciones dadas a los indígenas por los españoles terminaban siendo recursos de dominio. Los grupos yumanos, al ser homogeneizados bajo la definición

Los más viven por ser ya cristianos (no hablo ahora de los gentiles)...”, en Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:78.

²⁹¹ Del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, 185–234.

²⁹² Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*. 79.

²⁹³ “La frontera de indios, la frontera chichimeca, las fronteras de infieles, las tierras de los enemigos, los indios fronteras fueron figuras necesarias para confrontarlas con las fronteras del Rey y sus vecinos fronteras. Las nominaciones y categorías empleadas en esta confrontación describen, a lo largo del periodo colonial, el apremio de los conquistadores de exponer para sí mismos los límites de lo logrado y lo posible”, en Sheridan Prieto, “Diversidad nativa, territorios y fronteras en el noroeste novohispano”, 29; Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 39.

²⁹⁴ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 39–55.

colonizadora de “indios gentiles”, no solo fueron percibidos como paganos desapegados del catolicismo, sino que también fueron reducidos a una condición de salvajismo. Esta representación contribuía a la invasión y a la consolidación del dominio imperial. Justificaba la creación de distritos misionales que evangelizaran y adoctrinaran a los indígenas; que redujeran, controlaran y acotaran las fronteras. Ubicar a los indígenas significó darle un sentido al espacio. A partir de su presencia, los territorios de acción misional fueron demarcados en la “frontera de gentiles”.²⁹⁵ Para fundar las misiones, los dominicos buscaban también aquellos sitios donde habitaba una mayor cantidad de indígenas. Los puntos de agua, las buenas maderas y las tierras aptas para el cultivo y el ganado, como se ha dicho, eran importantes para efectuar la fundación de una misión, pero un factor fundamental también era la presencia de indígenas “gentiles”.²⁹⁶

De las exploraciones realizadas en valles, montañas, cañones y costas, los misioneros y soldados, con apoyo de guías y traductores indígenas, ubicaron varios de los parajes que articulaban los territorios tradicionales de los pobladores yumanos. Localizaron los lugares de encuentro y de estancias temporales que aglutinaban a distintas bandas que conformaban algunos de los linajes dispersos. Dentro de la organización territorial desplegada en la península por el sistema misional, estos conjuntos de bandas seminómadas fueron entendidas y definidas como “rancherías”. Este término enfatizaba un supuesto estado de miseria que justificaba la dominación de los indígenas bajo la idea de su conversión y reforzaba, asimismo, el sentido de “frontera de gentiles” que se construía en torno al norte peninsular.²⁹⁷ Para el proceso de consolidación del distrito dominico en las Californias, la figura de la “ranchería” se mantuvo y procuró reafirmar un dominio terrenal y espiritual de los frailes sobre los indígenas y asentó, además, un sentido de apropiación del espacio.²⁹⁸ Localizarlas permitió a los frailes configurar el territorio en torno a sus fundaciones y, a partir de estas,

²⁹⁵ Sheridan Prieto, 71–72.

²⁹⁶ Sobre el paraje de Santo Domingo, fray Vicente de Mora dijo que en este “es abundante la gentilidad circunvecina, ya por los vestigios que encontramos, ya porque la han visto los soldados siempre que han transitado por el referido sitio”. AGN, Californias, vol. 36, exp. 13, f. 382-390, 1775-1776, en Magaña, *Población y misiones de Baja California*, 125–29.

²⁹⁷ María del Mar Muñoz González, “El sistema de rancherías: revisión de conceptos en el contexto de las misiones jesuíticas de la península de California (1697-1768)”, *IHS. Antiguos Jesuitas en Iberoamérica* 3, núm. 1 (2015): 75; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 38.

²⁹⁸ Muñoz González, “El sistema de rancherías: revisión de conceptos en el contexto de las misiones jesuíticas de la península de California (1697-1768)”, 75.

construyeron un paisaje distinto. En muchos de los parajes donde se ubicaron las principales “rancherías” se levantaron las cabeceras misionales. El resto fueron adscritas a estas cabeceras establecidas, algunas incluso fueron transformadas en ranchos misionales y, en el proceso de evangelización, demarcaron las áreas de influencia de cada misión.

Lo anterior es muestra de que la incursión hispánica no invisibilizó a los indígenas, pero sí ignoró sus territorialidades. Incluso los parajes donde las bandas se asentaban temporalmente no eran posesiones para el modo occidental de concebir el espacio. Por ejemplo, en su obra, el dominico Luis Sales, hizo la alusión de que los indígenas yumanos “no poseen fincas, casas, bienes raíces, ni tienen forma de pueblo”.²⁹⁹ No obstante estas nociones, los territorios o áreas tradicionales estaban ahí configuradas, y los lugares de encuentro y los sitios rituales eran experimentados. De este modo, la territorialidad que fue configurada por los misioneros y los soldados se desplegó sobre “un espacio sembrado de dominios territoriales” preexistentes.³⁰⁰ Prácticas distintas de apropiación del espacio se vieron entrecruzadas, dando como resultado los territorios que Cecilia Sheridan denomina como híbridos, los cuales se fueron definiendo a partir de los encuentros y desencuentros que se daban entre las prácticas territoriales previas y las colonizadoras.³⁰¹ A mediano plazo, esta circunstancia configuró un solapamiento entre distintas estructuras espaciales, que terminó por conformar un paisaje cultural más complejo.³⁰²

La configuración de algunos paisajes tiende a incorporar a otros. Al momento de levantar sus fundaciones, los misioneros dominicos aprovecharon el paisaje experimentado y construido por los grupos yumanos en la región noroeste de la península. Además de los parajes donde se localizaron las “rancherías”, otras marcas y lugares tradicionales fueron ubicados de voz de los intérpretes indígenas. Las marcas naturales de referencia condujeron a los frailes hacia aguajes, manantiales y arroyos; sitios de cacería, pesca o recolección. Identificaron los caminos de movilidad estacional. Pronto se entendió que algunos valles o parajes resultaban ser lugares importantes dentro de las prácticas cazadoras-recolectoras o guardaban elementos naturales con relevancia simbólica, que resultaron útiles para la implantación misional. Los puntos de agua que articulaban las rutas de movilidad de las

²⁹⁹ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:81.

³⁰⁰ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 34.

³⁰¹ Sheridan Prieto, 30.

³⁰² Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”, 133.

distintas bandas y linajes fueron seguidas, y resultaron cruciales para el abastecimiento de la empresa evangelizadora.³⁰³ La composición del paisaje preexistente fue intervenida y transformada por una serie de estructuras constructivas abrumadoramente contrarias a las indígenas, que asentaron una relectura del territorio y que se sumaron como referentes paisajísticos.

El control territorial desplegado por los dominicos se mantuvo, principalmente, siguiendo los litorales del océano Pacífico.³⁰⁴ Continuó la dirección que los franciscanos delinearon a partir de la fundación de San Fernando Velicatá en 1769, con el objetivo de abrir el camino hasta San Diego de Alcalá. Como apunta Miguel Ángel Sorroche, el proceso de expansión misional “intentó controlar no sólo las entradas al interior de la península, a través de los valles, los ríos y arroyos que descendían a la costa, sino [también] los accesos que eran frecuentados por los grupos indígenas desde las serranías al litoral”.³⁰⁵ La excepción fueron San Pedro Mártir y Santa Catalina Virgen y Mártir, las cuales, ya al cierre del siglo XVIII, fueron fundadas en las sierras como parte de un proyecto de avance al este, que en un inicio contemplaba tres misiones para abrir el camino hacia los márgenes del río Colorado.³⁰⁶

La presencia del agua determinó la localización de los asentamientos misionales. Valles, estrechos o anchos, pero próximos a arroyos fueron los parajes predilectos. Cada fundación se fue levantando en los parajes que dentro de las territorialidades indígenas se encontraron provistos de los recursos necesarios para sostener un modo cultural cimentado en la agricultura y en la cría de animales.³⁰⁷ A su vez, los puntos donde se levantaron los primeros caseríos fueron pequeñas elevaciones de la superficie que permitían mantener un control visual del territorio. La cruz estacada en la tierra marcaba la fundación del lugar, era el rito que materializaba el reclamo del territorio por la Corona y por la fe católica.³⁰⁸ Se delimitaba con una empalizada el sitio que conformaría el complejo misional, el cual, en un

³⁰³ Sorroche Cuerva, “De aguajes a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”.

³⁰⁴ “Con ellas redefinieron las sistemáticas hasta ese momento empleada, ya que se trató de un conjunto de misiones que se volcaron hacia la costa pacífica a diferencia de las jesuitas que iniciaron su expansión en el contexto del golfo aunque acabaran disponiéndose en el extremo sur peninsular”, en Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”, 128.

³⁰⁵ Sorroche, “Las instituciones de frontera: la arquitectura misional en Baja California en los siglos XVIII-XIX”, 26.

³⁰⁶ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 76.

³⁰⁷ Sorroche Cuerva, “De aguajes a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”, 270.

³⁰⁸ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 36–37.

principio, se componía de chozas elaboradas con varas, zacate, ramas y algunas piedras. Estas construcciones provisionales, que en otras regiones de misión se les conoció como “ramadas”, se adecuaban a los materiales que los indígenas utilizaban para levantar sus chozas temporales.³⁰⁹ Las construcciones eran simples, también pocas: una para resguardar a los misioneros residentes, una para los soldados de cuera que los acompañaban, y otra, más grande, era destinada para servir de iglesia. De igual modo, se armaban con varas y maderos algunos corrales para el ganado que se traía.

Como parte de un proceso constructivo de sustitución, estos primeros caseríos provisionales pronto eran remplazados por construcciones de adobe con techos de varas y jacal.³¹⁰ En el transcurso de los años, conforme el trabajo misional dominico se consolidaba, se procuró mejorar los complejos misionales. Se les integraban nuevas dependencias que respondían a las labores de evangelización y adoctrinamiento, así como a las actividades agrícolas, ganaderas y de defensa. Sin embargo, esto no fue un proceso rápido y constante, ya que los trabajos de construcción dependían, principalmente, de la productividad y del desarrollo alcanzados por la misión, de la cantidad de población indígena reducida y de la disponibilidad de materiales para la fábrica.³¹¹

Algunas de las misiones dominicas se vieron limitadas por las reducidas tierras de cultivo. Su producción agrícola era escasa y en varias ocasiones esta fue diezmada por la desecación de los puntos de agua que se empleaban para el riego.³¹² En muchos aspectos, el norte peninsular fue agreste para el modo de producción que procuraban implantar los misioneros. A esto habría que agregar que el fuerte intercambio comercial que se había proyectado entre las misiones de la Antigua California nunca prosperó. Estas circunstancias menguaban los recursos que pudieran emplearse para continuar con las construcciones. No

³⁰⁹ *De tierra, madera y piedra. Sistemas de construcción en las misiones de Baja California en el siglo XVIII*, video (Académico General UACJ, 2016), <https://www.youtube.com/watch?v=1zl3bmmQXRg&t=380s>; *Las misiones jesuíticas de Sonora, México*, video (Sergio Gabriel Raczko, 2018), <https://www.youtube.com/watch?v=ENipPfpvzTM&t=1336s>.

³¹⁰ Miguel Ángel Sorroche Cuerva, “Materiales y técnicas constructivas en Baja California: las misiones jesuíticas en el siglo XVIII”, en *Tradiciones constructivas de tierra y su pertinencia actual*, ed. Yuko Kita (Chihuahua, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2018), 33.

³¹¹ Hernández, “Construcciones misionales en el noroeste del septentrión de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.”

³¹² Nuestra Señora del Santísimo Rosario, Santo Domingo de la Frontera y San Miguel de la Frontera fueron las misiones dominicas de la región de la Frontera que tuvieron que ser movidas de sitio por la falta de agua. Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*.

fueron pocas las ocasiones que las paredes de alguna estancia quedaran inconclusas o que un techo colapsado por un vendaval tardara en repararse.

Por otro lado, la complicada situación poblacional que padecieron las misiones provocó que la mano de obra indígena necesaria para los trabajos de construcción no fuera abundante. En los inicios de cada fundación, los indígenas cristianizados y los soldados de las escoltas levantaron las primeras estancias y se esperaba que, posteriormente, los indígenas reducidos en el nuevo sitio sirvieran en estas labores. Sin embargo, las limitadas capacidades productivas provocaron que las cabeceras misionales no pudieran sostener grandes poblaciones, lo cual complicó la formación de constructores especializados. Para su asistencia, las “rancherías” fueron divididas en conjuntos que practicaban estancias temporales que iban rotando en el transcurso del año.³¹³ En situaciones más críticas, los neófitos eran enviados a los montes por los propios misioneros para que obtuvieran el sustento que las misiones no podían proveerles. Muchos fueron orillados a volver a los modos de vida previos, incluso si las prácticas tradicionales ya no formaban parte de su memoria e identidad: “como la comida es [...] necesaria para vivir, nos vemos precisados a permitirles vayan a los montes a buscar su comida, viniendo a misa y doctrina de quince en quince días, pero esto no basta, no es suficiente para su solidez”.³¹⁴

Esta complicada situación poblacional se agudizaba cuando alguna enfermedad azotaba a la región. En diferentes momentos a lo largo de la presencia dominica, epidemias de viruela sarampión o tifoidea golpearon a los pueblos de misión y afectaron, incluso, a los indígenas no reducidos:

Vino el año de 1781, año memorable para la California por las viruelas furiosísimas que acometieron a los pobres indios. Puedo decir, por lo que yo mismo experimenté, que en los campos se veían muchos hombres muertos. Si entraba en las cuevas los miraba moribundos, y las misiones estaban desiertas por la falta de gente.³¹⁵

Aun así, el declive poblacional en las misiones no solo fue resultado de las epidemias, sino también del desplazamiento que muchas bandas indígenas emprendieron al ver invadidos sus territorios próximos al océano. Estas modificaron sus rutas de movilidad y las

³¹³ Muñoz González, “El sistema de rancherías: revisión de conceptos en el contexto de las misiones jesuíticas de la península de California (1697-1768)”, 75.

³¹⁴ Manríquez, *Historia de las misiones dominicas de la Baja California (1779-1809)*, 121; León Velasco, “Indígenas y misioneros en Baja California”, 122.

³¹⁵ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:140.

limitaron a los valles y cerros pedregosos de las serranías, así como a las colinas y llanos áridos de la zona oriental.³¹⁶ El acoso hispánico y las prácticas autoritarias y disciplinarias de los frailes, así como el encierro que representaba la vida misional, habían vuelto hostil el territorio.³¹⁷ Estas serían las razones que, a partir en la década de 1780, motivaron varios de los alzamientos indígenas que sembraron una atmósfera de “muchos sobresaltos” en el territorio dominico y que en varios aspectos alimentó más la imagen de peligro que los colonizadores se habían elaborado sobre los indígenas.³¹⁸

Por todo lo anterior, la mano de obra de los indígenas que integraban los pueblos de misión no era abundante ni constante. Esto ocasionó que, en muchos aspectos, la fábrica de los edificios o estancias que componían los complejos misionales estuviera a cargo de los neófitos que eran traídos de otras fundaciones. En cambio, la ausencia de maestros constructores en las misiones y la noción de que el misionero debía ser todo para el bienestar temporal y espiritual de sus catecúmenos, hizo que el papel de alarife recayera en los religiosos.³¹⁹ La mayoría de ellos, como había ocurrido en otros distritos misionales desde el siglo XVI, organizaron, planificaron e intervinieron en los trabajos de construcción al tiempo que atendían otras tareas. Cuando la misión era de reciente creación, los misioneros no buscaban replicar algún estilo arquitectónico en especial, sino satisfacer la urgente necesidad de contar con estancias de “regular decencia”. Solo después de que la misión alcanzaba un cierto grado de consolidación, se contemplaba la contratación de algún maestro de obra y se planteaba un nuevo proyecto constructivo de mayores dimensiones. Este fue el caso de las fundaciones franciscanas en la Alta California o de algunas de las antiguas misiones jesuitas del sur de la península.³²⁰ En ocasiones, por otro lado, los soldados de las escoltas misionales

³¹⁶ Magaña, *Población y misiones de Baja California*; Rodríguez Tomp, “La cultura indígena en la península de California. Unidad en la diversidad”, 728.

³¹⁷ Bernd Hausberger, “La violencia en la conquista espiritual. Las misiones jesuitas de Sonora”, en *Miradas a la misión jesuita en la Nueva España* (Colegio de México, 2015), 89–115.

³¹⁸ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:139–40; Rodríguez Tomp, “Memoria y etnicidad. La recreación del pasado entre los pueblos yumanos”, 68.

³¹⁹ Como ha mostrado Ivonne del Valle para el caso de los jesuitas en la península de California, esta noción de que se debía “ser todo” para los neófitos y que llevó a los misioneros a desempeñar múltiples actividades, se volvió de alguna forma un predicamento perjudicial para los religiosos y sus órdenes, ya que las muchas tareas retraían a los misioneros de las cuestiones meramente religiosas, trayéndoles, en no pocas ocasiones, las críticas de las autoridades políticas y militares. Del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, 194–95.

³²⁰ “En la década de 1790, el gobierno español costeó los salarios de algunos artesanos maestros que fueron enviados a las misiones californianas bajo contrato, para enseñar artes industriales europeas a los neófitos. Entre ellos se encontraba a Mariano Tapia, maestro alfarero, quien vivió en la Misión San Antonio de 1791 a 1795 y

apoyaban también en la preparación y conducción de los trabajos de construcción. Por lo regular se dedicaban a elaborar adobes y a veces instruían a los indígenas en los trabajos de albañilería. Aunque hubo ocasiones en las que esta ayuda llegó a verse manchada por los conflictos entre misioneros y militares, que eran comunes en las Californias. Todas estas circunstancias impidieron una cabal formación de neófitos constructores y una suficiente mano de obra indígena.

Asimismo, como era común en el noroeste, los misioneros vieron complicada la disponibilidad de ciertos materiales constructivos.³²¹ Las características semiáridas de los niveles orográficos cercanos al Pacífico empujan los bosques de pinos y encinos a la línea de cumbres, situación que en un inicio hizo prácticamente inaccesibles estas buenas maderas para los trabajos de construcción. La alternativa fueron las maderas de los sauces que abundaban en los cañones y valles cercanos al litoral, y los cuales sirvieron para armar la viguería de la mayoría de los edificios misionales. Las piedras, por otro lado, son abundantes en esta región. Más de uno de los parajes donde se levantaron los complejos misionales dominicos en la Frontera están compuestos por superficies pedregosas donde abundan las enormes rocas de granito. Sin embargo, estas eran poco prácticas para levantar los primeros edificios de una fundación, ya que el trabajo que se requería para tallarlas era arduo y tardado, además de que era necesaria una importante cantidad de mano de obra, misma que, como se ha señalado, era limitada en las cabeceras misionales. Esta circunstancia orilló a que en las construcciones misionales las piedras que más se emplearan fueran las de agua. A estas situaciones habría que añadirles, por último, que en ocasiones tampoco eran suficientes los instrumentos y herramientas para los trabajos de construcción. Hacerse de estas era difícil ya que solían ser traídas del interior del virreinato y los frailes solo las adquirían cuando las posibilidades se los permitían.

En consecuencia, los complejos misionales que se levantaron en el extremo noroeste de la península, se quedaron en las construcciones provisionales de adobe. Como ocurrió en muchos otros distritos misioneros en el norte del virreinato, las condiciones necesarias para

que inició la producción de barro cocido”. Robert L. Hoover, “Excavaciones en la misión San Antonio de Padua, Alta California”, *Estudios Fronterizos*, núm. Núm. 35-36 (diciembre de 1995): 145.

³²¹ Hernández, “Construcciones misionales en el noroeste del septentrión de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.”

levantar templos y caseríos hechos en cantera no se dieron.³²² Los elaborados retablos, fachadas y viguerías tampoco se hicieron presentes. Los acabados artesanos se redujeron a las joyas, vasos, alhajas y demás ornamentos que se habían traído de la Nueva España y que muchos se encontraban en la península desde la época de los jesuitas. Varios de estos objetos eran donados por las misiones antiguas para ser empleados en las ceremonias religiosas de las misiones fundadas en la Frontera.³²³ Así también pasó con las figuras de bulto de algunos santos y con las pinturas religiosas que conformaban los interiores de las sencillas iglesias de los complejos misionales.³²⁴

No obstante, la relevancia de estos edificios de adobe, así como las actividades que se desarrollaron en torno a ellos, estriba en que materializaron una reconfiguración en el uso del territorio al noroeste de la península. Implantaron un modo distinto de apropiarse y aprovecharse del espacio, lo resignificaron y revalorizaron. Conforme eran levantando hasta antes de la independencia, los complejos misionales dominicos se erigieron como los lugares que configuraron y organizaron el “país intermedio” de las Californias, lo territorializaban, apropiándose del espacio tejieron un paisaje distinto, complementado y entrecruzado con el desplegado por los grupos yumanos.

El empleo de adobes hay que entenderlo dentro del intento por asentar y adaptar el modelo misional entre los pliegues semiáridos del noroeste de la península de California. Se buscaba satisfacer urgentes necesidades de sobrevivencia y habitabilidad, así como las actividades religiosas y productivas. La tierra y en algunos casos las conchas marinas que sirvieron para la elaboración de bloques de adobe eran abundantes. Su uso fue una forma como misioneros, soldados y neófitos aprovecharon y se adaptaron a las condiciones naturales que literalmente enfrentaban.³²⁵

³²² López Guzmán, Ruiz Gutiérrez, y Sorroche Cuerva, “Sistemas constructivos en la arquitectura religiosa del siglo XVIII en las misiones de Baja California del Sur (México)”.

³²³ Varios de los ornamentos, joyas, alhajas y vasos religiosos que se encontraban en las misiones de la península desde la época jesuita, fueron extraídos en 1769 para las fundaciones franciscanas de la Alta California. Estos utensilios extraídos por los franciscanos fueron objeto de varias quejas por parte de los frailes dominicos, quienes reclamaban se les devolvieran dichos objetos. AGN, Californias, vol. 16, exp. 12, en Manríquez, *Historia de las misiones dominicas de la Baja California (1779-1809)*, 41–43.

³²⁴ Todos estos objetos eran mencionados en los informes anuales que los misioneros debían enviar a las autoridades militares y virreinales.

³²⁵ Hernández, “Construcciones misionales en el noroeste del septentrion de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.” 110.

Sin embargo, que las misiones de la Frontera fueran levantadas en adobe como en otras regiones de conquista misional, no es sustento para hablar de una arquitectura de frontera, puesto que estas construcciones a base de tierra no fueron exclusivas al norte de la Nueva España. Los proyectos de evangelización desplegados en el centro del virreinato durante el siglo XVI se desarrollaron, en un inicio, en torno a edificios compuesto con muros de adobe y techos de jacal. Estas construcciones siempre fueron pensadas como provisionales y con el tiempo eran sustituidas por edificios de mampostería de mayor duración y acabado.³²⁶ En ese sentido, es posible hablar de una secuencia o proceso constructivo de sustitución estrechamente vinculado con el desarrollo y consolidación de las misiones, el cual, con sus respectivos matices y particularidades, es posible identificar en los distritos misioneros del norte.³²⁷ Si bien las condiciones geográficas, ambientales y culturales del norte fueron diferentes a las del centro virreinal, tal secuencia constructiva en las misiones religiosas no fue ajena en este territorio en construcción. Por ejemplo, en 1773 todavía se utilizaba la iglesia de adobe de la misión San Ignacio en el sur de la península, mientras la otra que ya se había comenzado a fabricar en piedra era terminada.³²⁸ Asimismo, se sabe que antes de la expulsión jesuita, el templo de Nuestra Señora de Loreto se tenía terminado en cal y canto para 1755, y que los misioneros jesuitas se encontraban dirigiendo proyectos constructivos en otras misiones que procuraban sustituir los viejos complejos de adobe. Algunos de estos fueron continuados y concluidos por los dominicos al quedar a cargo de la administración religiosa de la península.³²⁹ Este proceso constructivo de sustitución no se completó en las misiones de la Frontera, donde todas se continuaron elaborando y renovando en adobe hasta mediados del XIX, cuando el trabajo misional de los predicadores la Antigua California quedó suprimido.

Los complejos misionales, en ese sentido, nunca fueron obras terminadas. Eran espacios arquitectónicos en constante restauración, transformación o destrucción. Los informes anuales que los misioneros debían enviar a las autoridades militares y virreinales dan cuenta de las renovaciones constantes a las que eran sometidos los complejos misionales

³²⁶ Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, 100.

³²⁷ Sorroche Cuerva, "Materiales y técnicas constructivas en Baja California: las misiones jesuitas en el siglo XVIII", 33.

³²⁸ Sorroche Cuerva, 33.

³²⁹ López Guzmán, Ruiz Gutiérrez, y Sorroche Cuerva, "Sistemas constructivos en la arquitectura religiosa del siglo XVIII en las misiones de Baja California del Sur (México)", 581.

con el propósito de hacer los espacios “decentes” para los trabajos espirituales y temporales.³³⁰ La iglesia bien podía ser ampliada o era acondicionaba un área para “solteras”; una bodega se elaboraba o se hacían nuevos corrales. Asimismo, los desplomes y deterioros eran habituales y exigían una constante atención. Pero nunca hubo como tal una composición definitiva del complejo. Si bien la cruz marcaba el centro a partir del cual se abría un patio comunal, la iglesia era el edificio de mayor jerarquía dentro del complejo, el elemento de donde partía la construcción del resto de estancias y habitaciones.³³¹ Estos trabajos se vieron condicionados por las necesidades inmediatas y a las características geográficas donde se levantaba el complejo.

La mezcla para formar los bloques de adobe se componía de lodo, arcillas, pastos y, en algunos casos, de conchas. Ya moldeados, los ladrillos eran puestos al sol para que se secaran.³³² Los muros eran gruesos y por lo regular rebasaban los dos metros. Se encontraban soportados por macizos cimientos de piedras y en algunos casos eran reforzados por contrafuertes de piedras acopladas.³³³ En su totalidad, los muros, los edificios y las estancias eran encaladas. Los techos, por su parte, eran a dos aguas partiendo de los hastiales de los edificios de adobe. Estaban estructurados con varas sostenidas en los muros y entrecruzadas en los puntos altos, para ser cubiertos por ramas, lodo y jacal, aunque también hubo casos donde los techos eran compuestos por terrados o estaban protegidos con tejas.³³⁴ Los pisos de estancias y corredores, por otra parte, eran empedrados o estaban revestidos por baldosas.

En un estricto sentido, el concepto constructivo de las misiones terminó respondiendo a la sencillez que exigía la regla de la Orden de Predicadores. Si bien las características constructivas de las misiones estuvieron determinadas, como se ha visto, por los materiales y la mano de obra con los que se podía disponer, también es cierto que estas cumplían con

³³⁰ AGN, Misiones vol.2 exp. 3: 1795; AGN, Misiones vol.2 exp.4: 1796; AGN, Provincias Internas vol.19 exp. 1:1797-1798; AGN, Provincias Internas vol.19 exp. 1:1797-1798.

³³¹ Hernández, “Construcciones misionales en el noroeste del septentrión de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.”, 102.

³³² Sorroche Cuerva, Miguel Ángel. “De tierra, madera y piedra. Sistemas de construcción en las misiones de Baja California en el siglo XVIII”. Académico UACJ, YouTube, 2020. <https://www.youtube.com/>.

³³³ La base del hastial trasero de la iglesia de Santo Domingo conserva el contrafuerte de piedras que lo soportan. Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 136; Miguel Ángel Sorroche Cuerva, “Earthen structures in the missions of Baja California (México)”, en *Rammed earth conservation*, ed. Mileto C., Vegas F., y Cristini V. (Londres: CRC Press, 2012); Hernández, “Construcciones misionales en el noroeste del septentrión de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.”, 113.

³³⁴ Hernández, “Construcciones misionales en el noroeste del septentrión de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.”, 113.

los requerimientos visuales y materiales que perseguía la regla dominica. Los complejos misionales debían proyectar en su programa la sencillez primitiva del cristianismo, así como una vida contemplativa y de austeridad. Su plano debía estar integrado por espacios lisos, cerrados y con pocas ventanas, que por un lado mantuviera controlados y vigilados a los neófitos y, por el otro, los tuviera concentrados en la vida misional, la cual era regida a toque de campana. Se delimitaba un espacio de transición que de algún modo emulaba la austeridad de la vida conventual, sin llegar al extremo del aislamiento que los jesuitas intentaron alcanzar con sus fundaciones.

El plano general de los complejos misionales dominicos era cuadrangular. A diferencia de las misiones franciscanas en Alta California, que se aproximaban más al plano de tipo conventual,³³⁵ los edificios de adobe de las fundaciones dominicas eran dispuestos en forma de escuadra alrededor de un patio comunal. El recinto más destacado era la iglesia y anexos a ella se encontraban una pequeña sacristía y la habitación de los frailes. Los seguían las habitaciones de mayordomos, soldados y sirvientes; las estancias para los indígenas catecúmenos; los graneros y bodegas, así como los obrajes, la cocina, una huerta y algunos corrales.³³⁶ Estas áreas centrales en los complejos misionales eran espacios cerrados, controlados, jerarquizados y además se organizaban en razón del género.³³⁷

Como cualquier otro control misional, el impuesto por los dominicos en la Frontera marcó una fuerte distinción entre mujeres y hombres que procuraba implantar distintos roles de género y evitar la poligamia entre los indígenas. Esta distinción se hizo manifiesta tanto en los trabajos, como en la composición espacial de los complejos misionales.³³⁸ Para ello, se destinaba una estancia para “todas las [neófitas] solteras, viudas, y aquellas cuyos maridos estén ausentes” y otra aparte para todos los [neófitos] solteros, viudos, y aquellos cuyas mujeres estuvieren enfermas”.³³⁹ Asimismo, las labores se asignaban en razón del género y eran desempeñadas en espacios específicos. Los hombres se dedicaban principalmente a las tareas del campo, cuidaban los ganados y servían, como se ha dicho, en los trabajos de

³³⁵ Hoover, “Excavaciones en la misión San Antonio de Padua, Alta California”; Ruiz Gutiérrez y Sorroche Cuerva, “Jesuitas, franciscanos y dominicos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII”, 58.

³³⁶ Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”, 130.

³³⁷ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 83.

³³⁸ Vitar, “Hilar, teñir y tejer. El trabajo femenino en las misiones jesuíticas del Chaco (siglo XVIII)”; Hausberger, *Historia mínima de la globalización temprana*, 100.

³³⁹ AD IHH-UABC, Miscelánea, *Copia de las ordenaciones que fray Vicente de Mora, presidente de las misiones de la Antigua California, dejó en las misiones a su cargo para el gobierno espiritual y temporal de ellas*, 1.2.

construcción. Mientras que las mujeres eran empleadas en aquellos trabajos que se consideraban “propios del sexo”, los cuales se enfocaban a la cocina o a los obrajes, donde trabajaban el algodón y la lana para fabricar frazadas.³⁴⁰

Cada pueblo de misión, por otro lado, contaba con su propio cementerio, los cuales tuvieron que situarse a extramuros y ya no a un costado de las iglesias como se acostumbraba en las antiguas misiones mendicantes. Esto se debió a que dicha costumbre fue considerada por el reformismo borbónico como dañina para la salubridad pública y por real cédula se prohibió el 3 de abril de 1787.³⁴¹ A diferencia de las misiones jesuitas que ubicaron los cementerios junto a las capillas, los cementerios de las misiones dominicas en la Antigua California fueron ubicados afuera del conjunto principal del complejo misional, dando lugar, en palabras de Karl Schlögel, a “una nueva estética de lo póstumo”.³⁴² Sin embargo, este cambio no excluyó a los cementerios de las dinámicas que giraban en torno al cuadrángulo misional, ya que la práctica del entierro de los difuntos y la resignificación de la muerte, así como los espacios dedicados a esta, eran partes torales en el proceso de evangelización y adoctrinamiento de los grupos indígenas.

Las iglesias de adobe levantadas en la Frontera fueron, en algunos aspectos, reminiscencias de los templos de las antiguas misiones del altiplano mexicano.³⁴³ Bien podrían clasificarse dentro de los templos de una nave corrida, pues eran de un solo cuerpo rectangular. Asimismo, la disposición en algunas de estas iglesias misionales replicó al parecer el plano tradicional de las antiguas fundaciones mendicantes, al estar corridas de este a oeste, dejando la parte correspondiente al altar en el extremo este, apuntaban hacia Tierra Santa.³⁴⁴ De la misma forma que pasaba con el plano del complejo misional, la austeridad arquitectónica de las iglesias dominicas no solo respondió a la practicidad y a la disponibilidad de recursos, sino también a la búsqueda de la sencillez primitiva a la que aspiraba la vocación apostólica y que exigía la regla de los frailes predicadores que arribaron a la California desde España. De ese modo, el sentido y el aspecto del espacio propiamente

³⁴⁰ Vicente, “Copia de las ordenaciones para el gobierno espiritual y temporal de las misiones de la Península de California”. 5.

³⁴¹ García Ayluardo, “Re-formar la Iglesia novohispana”, 235; Magaña, *Población y misiones de Baja California*, 50.

³⁴² Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*, 428.

³⁴³ Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, 299–300.

³⁴⁴ A partir de la información con la que se cuenta, es posible saber que la iglesia de San Miguel Arcángel y la de San Pedro Mártir tuvieron esta particularidad.

religioso tenía un rol importante dentro del proceso de conversión: la idea era lograr la congregación de los indígenas neófitos y que su atención se centrara en las imágenes y en el altar.³⁴⁵ Los dominicos, al igual que los jesuitas, consideraban que el interior del templo debía ser más expresivo que el exterior. Por tal motivo, la iconografía empleada en las fundaciones se hallaba principalmente dentro de las iglesias.³⁴⁶ Esta era simple, pues se procuraba para los neófitos una comprensión fácil de la doctrina, y estaba compuesta por crucifijos, unos cuantos cuadros y figuras de bulto de algunos santos, santas y vírgenes fuertemente relacionadas con la orden dominica, como la Virgen del Rosario, Santo Domingo de Guzmán o Santo Tomás de Aquino.

Por otra parte, que un territorio fuera definido “frontera de gentiles” no solo justificaba la fundación de misiones religiosas, sino también el despliegue de fuerzas militares. Con ellas se esperaba combatir los ataques indígenas y reafirmar el control mediante su configuración militar. A su vez, se buscaba resguardar el territorio de amenazas extranjeras y repelerlas marcando un dominio efectivo de la Corona hispánica.³⁴⁷ Para cumplir esos propósitos al norte de la Nueva España, el recurso más efectivo desde finales del siglo XVI era el presidio. Su empleo había sido probado por la administración virreinal y acompañó el avance franciscano en la Alta California, cuando a mediados del siglo XVIII se emprendió la conquista misional de su litoral. Sin embargo, el uso del presidio no se planteó para la Frontera de la Antigua California. En esta región no se desplegó el binomio del dominio que habían compuesto la misión y el presidio en otras partes al norte del virreinato. Allí, su presencia fue indirecta, ya que el presidio de Loreto, la cabecera militar a la que pertenecía la Frontera y en torno a la cual se configuró el control de la península, se hallaba a varios kilómetros de distancia hacia el sur, y el apoyo militar que dicha región recibía del presidio de San Diego de Alcalá en esencia fue de carácter subsidiario.³⁴⁸ Esta situación llevó a que en las fundaciones dominicas se reafirmara la idea de las “misiones de frontera” a las que llegó hacer alusión Bolton. Es decir, aquellas de tipo fortaleza que en su

³⁴⁵ Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, 299.

³⁴⁶ Hernández, “Arquitectura misional en el noroeste del septentrión novohispano”, 69–70.

³⁴⁷ Ruiz Gutiérrez y Sorroche Cuerva, “Jesuitas, franciscanos y dominicos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII”, 54.

³⁴⁸ Si bien la misión de San Miguel Arcángel de la Frontera estaba dentro de la jurisdicción de la región de la Frontera, su protección militar quedó a cargo del presidio de San Diego de Alcalá, en la Alta California, debido a su proximidad respecto a dicho presidio. Lucila León Velazco, “San Vicente en el contexto de la frontera”, *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California*, Tomo 2, 2001, 105–15.

plano y programa arquitectónicos juntaban el carácter misional y el carácter militar, y que hacían de los elementos defensivos sus características principales, aunque estas reflejaban “más una intención de establecer una ‘frontera simbólica entre el espacio controlado y el espacio ajeno’, que el favor de una protección militar”.³⁴⁹

En las iglesias de las fundaciones dominicas de la Frontera no se hizo presente el aspecto general de fortaleza, el cual se ha puntualizado en las iglesias de las antiguas misiones del centro del virreinato y en los templos de las misiones jesuitas del sur de la península.³⁵⁰ En las misiones dominicas, en realidad, dicho aspecto defensivo se desplegó en todo el programa arquitectónico de los complejos y no se limitó al templo. Cada complejo misional fue construido pensando en su propia defensa.³⁵¹ Como se ha dicho, los edificios principales cerraban el patio comunal de la misión por tres de sus lados y con gruesos muros de adobe se tapaban los espacios que no estaban cerrados por edificios.³⁵² Este patio misional interior no iba en el mismo sentido que los atrios de las antiguas misiones mendicantes del centro-sur del virreinato.³⁵³ Al parecer, estaba restringida para los “gentiles”. Solo los misioneros, los soldados de las escoltas y los indígenas neófitos podían ingresar en ella, y el acceso era posible a través de una única entrada, que siempre se hallaba resguardada. En sus visitas a la misión, los indígenas que aún no eran cristianizados construían sus chozas en las inmediaciones de esta área cuadrangular. En algunos casos estos sitios misionales eran protegidos, a su vez, por una muralla exterior de piedra y adobe que en ciertos puntos estratégicos estaba reforzada con torres o fortines, desde donde se establecían las guardias y algunos pedreros.³⁵⁴ Hubo complejos en los cuales, a un costado del área propiamente misional, se construyó una segunda área destinada para los efectivos militares. Eran fuertes de adobe, cuarteles también de plano cuadrangular que, en torno a un patio, tenían levantadas estancias para los soldados de cuera, oficinas, establos, arsenales y bodegas. Este fue el caso

³⁴⁹ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 83.

³⁵⁰ Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, 290–96; López Guzmán, Ruiz Gutiérrez, y Sorroche Cuerva, “Sistemas constructivos en la arquitectura religiosa del siglo XVIII en las misiones de Baja California del Sur (México)”.

³⁵¹ Ruiz Gutiérrez y Sorroche Cuerva, “Jesuitas, franciscanos y dominicos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII”, 59.

³⁵² Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 106.

³⁵³ Hernández, “Arquitectura misional en el noroeste del septentrión novohispano”, 75; Luis Ortiz Macedo, *El arte del México virreinal*, SEP setentas (México: Secretaría de Educación Pública, 1972), 26.

³⁵⁴ Fue el caso del primer complejo de Nuestra Señora del Santísimo Rosario, San Vicente Ferrer y San Pedro Mártir de Verona. Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*.

del primer complejo misional del Santísimo Rosario o el de San Vicente Ferrer, en donde, al fundarse la misión en 1780, se estableció la comandancia militar de la Frontera.³⁵⁵ Todos estos elementos hicieron que el programa arquitectónico de los complejos dominicos en la Frontera se asemejara bastante al plano de los presidios. En muchos sentidos las similitudes fueron notorias.

Afuera de estos espacios, otras estructuras aisladas fueron levantadas en diferentes puntos con el propósito de establecer un control más allá de las fundaciones y resguardar el territorio, principalmente de ataques indígenas. En algunos montes cercanos a las misiones se construyeron torreones que permitieron ampliar la vigilancia y restringir la movilidad de los indígenas.³⁵⁶ Asimismo, bajo la lógica del control que debía mantenerse en el litoral del Pacífico, se establecieron centinelas que guarecían las costas en distintos puntos para evitar las incursiones extranjeras.

Los principales campos agrícolas y los pastos que se ocupaban para el ganado se extendían afuera de los espacios edificados. Asimismo, más allá de los complejos misionales estaban diseminados los ranchos de misión, donde más tierras se disponían para el cultivo y la cría de animales, al tiempo que se configuraba el área de influencia de cada fundación. Los cultivos que se trabajaron en la Frontera durante la permanencia de las misiones dominicas fueron de riego. Principalmente se cosechaban el trigo, la cebada, el frijol y el maíz, pero también hubo misiones donde se cultivaron la lenteja y la aceituna. Los huertos misionales, por su parte, estaban anexos a las tierras de cultivo y eran delimitados por muros bajos construidos en adobe o con piedras encimadas. De ellos se llegaron a obtener diferentes frutos, como el higo o la vid. Por lo regular las tierras de cultivo arrancaban a los pies de las elevaciones donde se encontraban los edificios misionales, a ciertos niveles adecuados. La infraestructura necesaria para su riego, así como el suministro de agua para la población, configuró otra vertiente del modo de apropiación territorial que la incursión hispánica desplegó.³⁵⁷ Los parajes indígenas donde se fundaron las misiones eran significativos por las

³⁵⁵ León Velazco, “San Vicente en el contexto de la frontera”.

³⁵⁶ “Otra ruina se encuentra en El Descanso al otro lado del valle cerca de la cumbre de la ladera de cuarenta y cinco metros del lado sur del valle. Por su posición estratégica, cuya vista abarca todo el valle y que domina las vías de acceso desde el sur, así como por sus lineamientos, esta estructura parece haber sido un fuerte o cuartel”. Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 197; Ruiz Gutiérrez y Sorroche Cuerva, “Jesuitas, franciscanos y dominicos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII”, 59–60.

³⁵⁷ Sorroche Cuerva, “De aguajes a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”.

formas como se hacía presente el agua y se redefinieron a partir del dominio que se hizo de este elemento natural. Los aguajes, los arroyos y las pozas fueron transformados e incorporados a un modelo de producción que rompía con la construcción cultural y territorial que los indígenas habían hecho del agua.

Aunque con sus variaciones, los medios de irrigación empleados en los complejos misionales dominicos eran los mismos que los aplicados en las misiones jesuitas del sur de la península y en las franciscanas de la Alta California.³⁵⁸ Estos eran sobre todo diques, cisternas y acequias que, al interconectarse, articulaban un sistema hídrico que les permitía a las fundaciones contar, en la medida de lo posible, con un suministro perdurable de agua.³⁵⁹ La localización de estos medios de irrigación respecto de los complejos misionales iba en razón de su específica función, así como de la ubicación y el flujo de los puntos de agua de los que se nutrían. Los diques hechos con piedras y barro se presentaron cuando las fuentes de agua eran de un carácter esporádico, haciendo necesario el control de los cauces para su racionalización. Las cisternas, por su parte, permitieron un almacenamiento grande de agua, sobre todo cuando el punto de nacimiento de esta era permanente, y por medio de las acequias se logró conducir el agua desde los diques, las cisternas o directamente desde los manantiales y los arroyos hasta los cultivos misionales, siguiendo los desniveles o los bordes de los cañones.³⁶⁰ Por todo esto, el aprovechamiento del agua por el modelo misional fue uno de los factores esenciales en el paisaje construido a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Es quizá la muestra más contundente del dominio que se intentó efectuar sobre el extremo noroeste de la península.

La construcción de territorios a partir de la apropiación y el dominio del espacio permite cimentar también las representaciones del poder desplegado. Se conforma así otra vertiente del paisaje, la del llamado paisaje político, que en esencia es el territorio jurisdiccionalmente estructurado y organizado para el ejercicio fáctico, legítimo y jurídico

³⁵⁸ Sorroche Cuerva y Ruiz Gutiérrez, “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”.

³⁵⁹ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*; Sorroche Cuerva y Ruiz Gutiérrez, “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”;

Sorroche Cuerva, “De aguajes a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”.

³⁶⁰ Sorroche Cuerva y Ruiz Gutiérrez, “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”.

del poder.³⁶¹ En ese sentido el dominio hispánico sobre el noroeste peninsular fue también un paisaje político, porque se articuló sobre figuras abstractas que al territorializar el espacio instauraron un orden administrativo, jurídico y militar. Estas figuras a veces son difíciles de identificar a ras de suelo, sin embargo, en los mapas se ven delineados, asimismo en las ordenes, instrucciones, cartas y reglamentos se les ve mencionados. La Frontera que se inauguró a finales del siglo XVIII en el extremo noroeste de la península, se constituyó como un territorio que se puso bajo la administración del presidio de Loreto, al sur de la península. Aunque formó parte de la Antigua California como Comandancia de las Fronteras, se ubicó y desarrolló dentro del campo misional dominico en las Californias, el cual comprendía toda la península.³⁶² Esta Comandancia fue sostenida de forma fluctuante por nueve misiones. El paisaje desplegado por estas, así como por los caminos, las “rancherías”, los aguajes y arroyos, los cañones, valles, litorales, los montes y las cordilleras, conformaron la región de la Frontera.

Por último, como se ha señalado, los complejos misionales nunca fueron obras terminadas. A inicios del siglo XIX, varios años antes de la supresión de las misiones, los complejos levantados en la Frontera comenzaron a dejar de ser atendidos gradualmente por los frailes. Dejaron de ser lugares de conversión para ser reutilizados en algunos casos y en otros deshabitados. Los muros de adobe arruinados resguardaron a los puñados de indígenas que retomando la movilidad estacional transitaban por el lugar,³⁶³ mientras que los pocos dominicos que quedaban procuraron sostener las misiones más jóvenes. Consumada la independencia de México, la lógica en torno a las Californias sufrió cambios y las misiones, aunque siguieron, poco a poco fueron perdiendo relevancia o, mejor dicho, fueron resignificadas por otras motivaciones, intereses y procesos. Los complejos de las misiones clausuradas fueron entregados a los viejos soldados. Estos y sus familias, por los años de

³⁶¹ Dentro del análisis que hace del concepto “patrimonio cultural”, Miguel Ángel Sorroche parte de las propuestas de J. B. Jackson para abordar el concepto de “paisaje político”. Miguel Ángel Sorroche Cuerva, “Herencia e identidad. El patrimonio cultural en Baja California”, en *Baja California: memoria, herencia e identidad patrimonial*, ed. Miguel Ángel Sorroche Cuerva (Granada: Universidad de Granada, 2014), 30.

³⁶² “El militar encargado de la comandancia de La Frontera recibía el título de teniente comandante de Las Fronteras. Sabemos que José Francisco de Ortega ocupó este puesto hasta 1787, cuando lo entregó a Diego González; en marzo de 1797, el alférez Ildefonso Bernal depositó el mando en Jacinto Amador, quien en abril del mismo año pasó la comisión a José Manuel Ruiz, el cual la dejó hasta 1822”, en León Velazco, “San Vicente en el contexto de la frontera”. 111.

³⁶³ Peveril Meigs menciona que todavía en los años que realizó sus exploraciones algunos indígenas se encontraban habitando los edificios en ruinas de las misiones. Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*.

servicio, pasaron a ser propietarios y comenzaron a usar los antes complejos misionales como ranchos.³⁶⁴ Sus muros, finalmente, se ampliaron, fraccionaron, renovaron, descuidaron o demolieron.

³⁶⁴ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*.

CAPÍTULO III. EL PAISAJE DE LA REGIÓN FRONTERA A PARTIR DE LOS COMPLEJOS MISIONALES DOMINICOS (1774-1800)

En este tercer capítulo se estudia la construcción espacial y paisajística que los complejos misionales dominicos articularon en el territorio de la Frontera de la Antigua California entre las últimas décadas del siglo XVIII y los comienzos del XIX. Se sigue cronológica y espacialmente las motivaciones y lógicas que impulsaron el avance misional dominico en el extremo norte de la península.

Para ello se habla de dos espacialidades o líneas de avance, de dos lógicas de conducir la apropiación territorial de las misiones y el poblamiento hispánico sobre las territorialidades indígenas, las cuales se desplegaron en distintos momentos de manera sucesiva. La primera de ellas se trató del itinerario misional que los frailes dominicos abrieron siguiendo la costa del Pacífico del noroeste de la península y que tenía como propósito comunicar a las dos Californias. La segunda fue la incursión misional en las sierras, la cual tenía como fines la reducción de los indígenas “gentiles” de esta zona y posibilitar un rumbo hacia el río Colorado (véase la Imagen 5).

Para ilustrar la línea de avance costera y la construcción del paisaje misional que esta representó, se toma como caso de estudio el complejo misional de Santo Domingo de la Frontera. Esto debido a que la información con la que se cuenta de esta fundación es de las más abundantes, sobre todo los detalles constructivos que aparecen en los informes anuales. De igual forma, porque de todas las misiones dominicas en California, los restos que hoy quedan de Santo Domingo de la Frontera son los más completos y más representativos del programa constructivo seguido por los dominicos en la península a finales del siglo XVIII.

Por su parte, para ilustrar la línea de avance serrana y el paisaje misional construido a partir de ella, como caso de estudio se eligió el complejo misional de San Pedro Mártir de Verona. La primera razón de esto se debió a que dicha fundación fue la primera de tres que se tenían proyectadas para llegar al río Colorado y ya no para alcanzar la Alta California. También porque las observaciones realizadas por algunos autores a principios y finales del siglo XX, así como las menciones constructivas que dan los informes de los que se dispone, posibilitan un estudio detallada del plano constructivo de la misma.

De esta forma, se analizan y se describen los elementos constructivos, arquitectónicos y su conformación paisajística de estos dos complejos misionales. Lo anterior con el propósito de construir un relato que proporcione una imagen lo más detallada posible de cada uno de estos complejos misionales, la cual nos permita comprender e identificar la distribución espacial, los elementos y estancias que los componían, las funciones a las que estas servían, las modificaciones hechas a los edificios en distintos momentos históricos, y el espacio geográfico en el que fueron construidos.

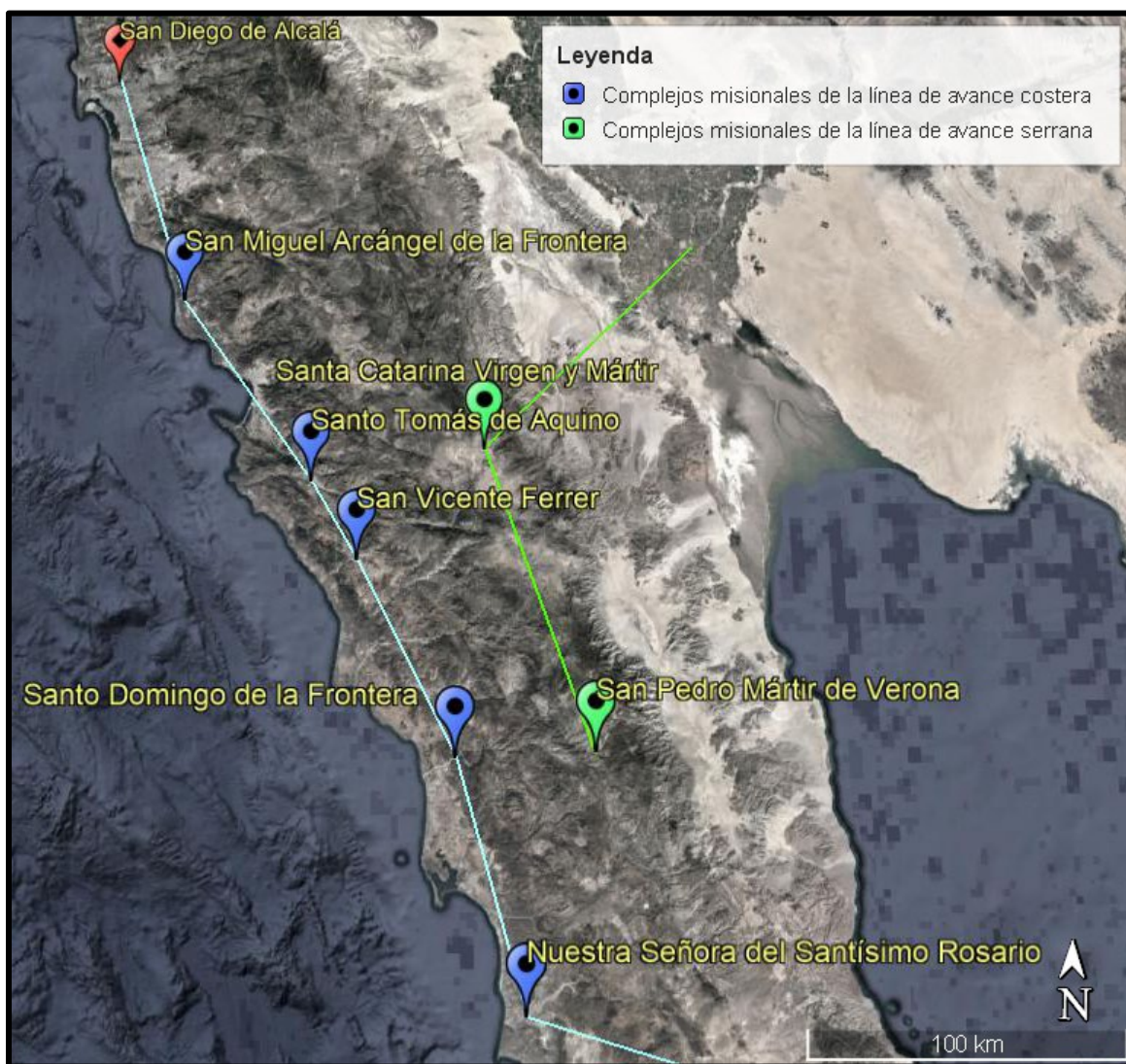


Imagen 5. Líneas de avance misional dominica desplegadas en el norte de la península de California. Fuente: Google Earth Pro (2022).

1. LA CONQUISTA DEL “PAÍS INTERMEDIO”: LOS COMPLEJOS MISIONALES DOMINICOS Y LA UNIÓN DE LAS CALIFORNIAS

La salida de los jesuitas en 1768 tuvo sus repercusiones territoriales. Una de las modificaciones más relevantes que devino de la expulsión, fue el cambio que sufrió el trazo de la línea de avance misional hacia el área norte de la península de California. Hay un antes y un después entre la configuración territorial planteada por la Compañía de Jesús y la proyectada posteriormente por el visitador general José de Gálvez.

Antes de la orden de expulsión, los jesuitas establecidos en la península dirigían su expansión misional hacia el norte, pero no con la intención de llegar a la extensión continental que después sería nombrada como Nueva o Alta California. Su propósito en realidad era alcanzar el río Colorado. Lograrlo significaba afianzar una ruta de comunicación y abastecimiento terrestre con las misiones de sus hermanos de orden en Sonora, así como consolidar un extenso territorio de misión que abarcara todo el noroeste novohispano.³⁶⁵ La realidad del noroeste peninsular, en ese sentido, no cobró mucha importancia dentro del proyecto jesuita. Después de haberse internado en el desierto central, donde levantaron sus últimas fundaciones entre indígenas cochimí, los jesuitas dirigieron sus exploraciones hacia la desértica zona oriental del norte. Intentando seguir la cara este de la sierra nombrada hasta entonces Cieneguilla y el litoral del Golfo de California, el jesuita Wenceslao Linck exploró, describió y definió este espacio y a sus pobladores en 1766. Intentó preparar el extremo noreste de la península para el dominio misional. Inventarió los elementos del espacio geográfico como maderas, tierras y agua, pensando emplearlos en una futura ocupación. Acompañado de un puñado de soldados e indígenas neófitos de San Francisco Borja, Linck identificó algunos sitios propicios para futuras misiones, como *Guiricatá*, donde los franciscanos posteriormente fundaron su primera misión en las Californias.³⁶⁶ También reconoció la superficie granítica y boscosa de la sierra, y se internó, a la altura de San Felipe, en el área tradicional kiliwa, donde al interactuar con los indígenas de ese grupo étnico se topó con otro lenguaje que era desconocido hasta ese momento para los misioneros.³⁶⁷ No

³⁶⁵ Bendímez Patterson y Laylander, “Wenceslao Linck y la última frontera jesuita en Baja California”, 94.

³⁶⁶ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 45; Bendímez Patterson y Laylander, “Wenceslao Linck y la última frontera jesuita en Baja California”, 95.

³⁶⁷ Bendímez Patterson y Laylander, “Wenceslao Linck y la última frontera jesuita en Baja California”, 95.

obstante, el contingente dirigido por Linck no alcanzó su objetivo. Advertidos de lo difícil y arriesgada que pudiera resultar la travesía hacia el río Colorado, decidieron volver a la misión San Francisco Borja a finales de ese año.³⁶⁸ Aunque la exploración no cumplió su cometido, ni modificó la imagen de esterilidad que estos religiosos tenían de la California sí planteó la línea de avance jesuita tirada hacia el extremo noreste de la península.

Cuando los misioneros jesuitas fueron desterrados, el arribo del proyecto colonizador del visitador Gálvez suplantó la línea territorial que estos habían trazado. Dentro de la iniciativa por reorganizar las fronteras virreinales, otra dirección condujo la apropiación del espacio norte de la península de California. A diferencia de los jesuitas, el avance desde la península se delineó hacia el extremo noroeste. El objetivo dejó de ser, al menos en un primer momento, el río Colorado. La nueva meta espacial por alcanzar y dominar, siguiendo la costa del Pacífico, fue el macizo continental que se extendía al norte de la península, en especial el espacio entre la bahía de San Diego y la de Monterrey, lo que después sería la Alta o Nueva California. El temor a incursiones de navíos ingleses y a una intervención rusa desde el norte de ese nuevo territorio, hizo que para los intereses hispánicos el litoral del Pacífico recobrara su importancia estratégica. Gálvez consideró imperativo colonizar la Alta California para contener la amenaza. Establecer lo antes posible en sus bahías y costas el dominio de la Corona. Planteó, en consecuencia, una línea de misiones y presidios hasta la bahía de Monterrey. Un cordón de ocupación que resguardara la costa occidental y que abriera a lo largo de los pliegues y niveles orográficos una ruta de comunicación entre las ahora dos Californias.³⁶⁹ En 1769, para llevar a efecto tal proyecto, dos expediciones compuestas por frailes franciscanos, militares, indígenas neófitos y colonos, partieron de las antiguas misiones jesuitas y tomaron rumbo hacia el norte de la península. Teniendo por destino la escarpada bahía de San Diego.³⁷⁰

³⁶⁸ Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterey*, 59; Bendímez Patterson y Laylander, “Wenceslao Linck y la última frontera jesuita en Baja California”, 96.

³⁶⁹ Weber, *La frontera española en América del Norte*, 338–45; Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 21–33.

³⁷⁰ Para comenzar con la colonización de la Alta California, fueron cuatro las expediciones que se dirigieron a la bahía de San Diego; dos por tierra, y dos más por mar costeano el litoral. Weber, *La frontera española en América del Norte*, 345–48; Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 33–36.

Con todo y el cambio en la línea de avance, la ocupación hispánica del extremo noroeste de la península no fue inmediata. La propia urgencia por colonizar “todo lo descubierto desde el puerto de San Diego, hasta el mar de San Francisco”, lo que más tarde sería la Alta California, hizo que la conquista misional se emprendiera sin demora en ese territorio. El cambio dejó para otro momento la continuación del avance proveniente desde la península. Mas en el curso de las expediciones franciscanas, se reconoció el noroeste de la Antigua California. En su camino a la bahía de San Diego, el contingente dirigido por el capitán de la compañía de Loreto, Fernando de Rivera y Moncada, y por el padre Joan Crespi se sirvió en un inicio de las observaciones dejadas por el jesuita Wenceslao Linck.³⁷¹ Siguiendo su ruta, surcaron la mitad norte del desierto central. Atravesaron sus rojizas y quebradas cordilleras, y reconocieron algunos de los parajes señalados por el jesuita, como el áspero y pedregoso *Guiricatá*, casi al final del desierto.³⁷² Los franciscanos trasladaron a este sitio lo que era el pueblo de misión de Santa María de los Ángeles, última y efímera misión jesuita, y fundaron su única misión en la península, San Fernando Velicatá.

Con esta nueva misión establecida, el contingente franciscano se dispuso a reanudar su camino hacia la bahía de San Diego. Al superar el desierto central, el diario de Linck dejó de serles útil y comenzaron a elaborar sus propias lecturas del territorio. Franciscanos y soldados “dejaron el rumbo del Norte desde la Cieneguilla y tomaron el del Noroeste, declinándose a la costa del mar Grande o Pacífico” para seguirla.³⁷³ Conforme se abría la nueva ruta a lo largo de “la frontera de San Fernando Velicatá”, como también comenzó a nombrársele, el contingente reconoció este territorio poco explorado, que hasta entonces todavía era representado en los mapas como una porción de tierra vacía que se extendía al noroeste de la antigua fundación de Santa María, como puede observarse en la Imagen 6. A su paso, los franciscanos lo observaron en virtud de las lógicas de dominio. Localizaron parajes factibles para futuros establecimientos misionales. Maderas, cuerpos de agua, pastos

³⁷¹ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 47. En la actualidad, esta primera expedición hacia la bahía de San Diego encabezada por fray Joan Crespi y el capitán Fernando de Rivera y Moncada en 1769, es representada anualmente por los vaqueros del poblado de La Misión, Baja California, a través de una cabalgata que forma parte de las fiestas que celebran y conmemoran la fundación de la misión San Miguel Arcángel de la Frontera que el padre Luis Sales hizo en 1787.

³⁷² Bendímez Patterson y Laylander, “Wenceslao Linck y la última frontera jesuita en Baja California”, 95.

³⁷³ Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterey*, 59.

para ganado y tierras para cultivo,³⁷⁴ también indígenas susceptibles de conversión. La presencia de “muchta gentilidad” constató la idea de peligro y la definición de “frontera” dada a este territorio intermedio.³⁷⁵ El avance franciscano atravesó las territorialidades preexistentes de los grupos yumanos y sobre ellas construyó, al menos en el imaginario de posibilidades a futuro, un dominio misional.³⁷⁶ Con ese afán, los frailes procuraron entablar contacto con las bandas que se encontraban en el trayecto. Algunas de estas acudieron al llamado, otras mostraron desde un inicio una férrea resistencia. Este fue el caso de los indígenas kumiai diseminados en las terrazas suaves y próximas a la costa, que en los años siguientes efectuaron sucesivas hostilidades en contra de la ocupación hispánica en la región noroeste del área central de las Californias.³⁷⁷



Imagen 6. José Antonio de Alzate y Romérez, “Nuevo mapa geographico de la América Septentrional, perteneciente al virreinato de México”, París, Académie des Sciences, 1772, (fragmento), Bibliotheque nationale de France, department Cartes et Plans, GE C-10971. [https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b531024980/f1.item#]

³⁷⁴ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 49.

³⁷⁵ Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterey*, 52–55.

³⁷⁶ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 36.

³⁷⁷ Zárata Loperena, “La guerra kumiai en las postrimerías del siglo XVIII y la fundación de San Miguel Arcángel”, 88.

En julio de 1769, las expediciones dispuestas por el visitador Gálvez al fin se reunieron en la bahía de San Diego. De forma inmediata los franciscanos fundaron ahí la misión San Diego de Alcalá, con la cual arrancó el proceso de evangelización y colonización de la Alta California. Inmediatamente también inició hacia el norte la búsqueda de la bahía de Monterrey a cargo del gobernador Gaspar de Portolá.³⁷⁸ Así, la nueva línea de avance que se había trazado a raíz de la expulsión jesuita abrió para los franciscanos dos espacios susceptibles de control misional. Uno que habían dejado en la península, entre la misión San Fernando Velicatá y la recién fundada San Diego de Alcalá, y otro hacia el norte de esta última, que llegaba hasta la bahía de Monterrey, donde después de varios atrasos se fundaron en 1770 un presidio y la misión San Carlos Borromeo. El proyecto colonizador de Gálvez, para lograr el control y la deseada comunicación terrestre entre las Californias, contempló diez misiones a cargo de los frailes menores; cinco en cada uno de estos territorios.³⁷⁹ Sin embargo, solo las fundaciones de la nueva provincia comenzaron a efectuarse paulatinamente. La escasez de recursos, pero sobre todo la urgencia por controlar el nuevo territorio al norte de la península, orillaron a que los franciscanos centraran su conquista misional más allá de San Diego, dejando de lado la tarea de completar el itinerario en la región noroeste de la península.³⁸⁰

A partir de 1772, esta ruta misional pendiente hacia San Diego desde San Fernando dejó de ser responsabilidad de los franciscanos. La tarea de completarla pasó al trabajo apostólico de los predicadores de la provincia de Santiago de México al recibir la península como nuevo distrito misional en virtud del convenio que celebraron con los frailes menores del colegio de San Fernando. El convenio franciscano-dominico de 1772 implicó un reordenamiento de los territorios californicos, ya que señaló una línea imaginaria que en adelante comenzó a ser representada cartográficamente y que marcaba hacia dónde debía enfocarse el trabajo misional de los franciscanos fernandinos y hacia dónde debía conducirse el de los dominicos:

³⁷⁸ Weber, *La frontera española en América del Norte*, 347; Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 36–37.

³⁷⁹ Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterey*, 84; Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:112.

³⁸⁰ Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 38.

Que los religiosos dominicos tomen a su cargo las misiones antiguas de la California, que en la actualidad ocupan los misioneros de Propaganda fide, y la frontera de San Fernando Velicatá, siguiendo por este rumbo sus nuevas conversiones, hasta llegar a los confines de la misión de San Diego en su puerto, poniendo la última en el arroyo de San Juan Bautista, que finalizará cinco leguas más adelante, en una punta, que saliendo de la sierra madre, termina antes de llegar a la playa.³⁸¹

Los dominicos no solo quedaron a cargo de las antiguas misiones jesuitas, también se comprometieron a verificar en el menor tiempo posible las cinco fundaciones faltantes en el “país intermedio” que habían dejado los franciscanos entre ambas Californias.³⁸² Después de una difícil travesía marítima y una vez hecha la formal entrega de las antiguas misiones, los religiosos recién llegados comenzaron a preparar el avance en el norte peninsular y así proyectar la evangelización de la “frontera de gentiles”.

Al momento de la incursión dominica, si bien el extremo noroeste de la península no estaba controlado por misioneros y soldados, ya era, en cambio, un espacio escrutado. Las exploraciones franciscanas, como se dijo, habían identificado entre los niveles y las terrazas semiáridas una serie de sitios que se consideraron óptimos para sostener los modos de vida y de producción misionales. También habían arrojado un registro de las varias “rancherías” indígenas divisadas. Los dominicos aprovecharon estas observaciones previas. Se sirvieron de las descripciones dejadas por los franciscanos y los soldados los acompañaron, y, en el transcurso de los años, las complementaron con las propias observaciones que, al final, les fueron útiles para sus fundaciones. En muchos de estos parajes señalados se levantaron los cinco complejos misionales dominicos que trazaron el camino a San Diego de Alcalá y que le fueron dando forma a la región de la Frontera: Nuestra Señora del Santísimo Rosario de Viñadaco, Santo Domingo de la Frontera, San Vicente Ferrer, San Miguel Arcángel de la Frontera y Santo Tomás de Aquino.

El 19 de diciembre de 1773, un contingente dirigido por el presidente de los dominicos en California, fray Vicente de Mora, se internó en el espacio de “gentilidad” para verificar el paraje que ocuparía la primera de estas “misiones fronteras”. Avanzaron más allá de San Fernando Velicatá y atravesaron bajas y ásperas cordilleras hasta dejar la región cochimí del desierto central. A la distancia, su trayecto fue vigilado por los indígenas. Desde

³⁸¹ Magaña y Aguayo Monay, *La división de las misiones de la California de 1772*, 116.

³⁸² del Río, “La adjudicación de las misiones de la antigua California a los padres dominicos”; Aguayo Monay, “El concordato franciscano-dominico de 1772: negociaciones sobre la división misionera de las Californias”.

los peñascos y los cerros centinelas seguían los pasos de frailes y soldados. Los observaban sin que estos lo notaran y comunicaban a lo largo del territorio la noticia de la llegada de los “padres blancos”.³⁸³ En el diario que Mora escribió sobre la incursión se ventila el control territorial indígena, así como las complejas redes de comunicación tejidas entre distintas bandas y linajes. Los indígenas sabían de los desplazamientos hacia las misiones del sur que habían sufrido varias familias de neófitos de los pueblos de misión de San Borja y Santa Gertrudis, y no querían que les ocurriera lo mismo. Por eso decidieron ponerse en contacto con los misioneros. Prevenidos y al tanto del camino que el dominico presidente estaba tomando hacia Viñadaco, algunos indígenas le salieron al encuentro, y varios más ya esperaban al contingente en el paraje señalado.³⁸⁴ Apoyado por los intérpretes que lo seguían desde San Fernando, fray Vicente de Mora conversó con los indígenas que se reunieron en torno él, llevando a efecto la palabra hablada como principal medio para estimular la fe, según las constituciones dominicas. Les obsequió unos “donecillos”, les comunicó las intenciones de los frailes y comenzó a predicarles:

Les propuse los grandes e incomparables premios que tenía nuestro Dios preparados para aquellos que creyesen sus divinos misterios y al mismo tiempo el castigo tan terrible que les esperaba, si se hacían sordos a las divinas inspiraciones que por medio de los ministros de Jesucristo reciben.³⁸⁵

De forma inmediata también se dio inicio al reconocimiento de Viñadaco. Comenzó a prepararse el espacio para una nueva forma de ocupación. El lugar era un amplio valle poblado de sauces y atravesado por un arroyo que descendía de las serranías y desembocaba en el Pacífico. Desde un principio el número de posibles catecúmenos era considerable, ya que el sitio formaba parte de una ruta de movilidad estacional que los indígenas transitaban “para la mar a hacer sus pesquerías”.³⁸⁶ Se revisó, por otra parte, que las tierras fueran favorables para los cultivos, que los campos estuvieran aptos para la cría de ganados y, sobre todo, que el flujo del agua fuera constante. El padre Mora inspeccionó los flujos que iba encontrando en dirección al mar. Asimismo, pidió que se cavaran pozos en distintos puntos

³⁸³ Archivo General de Indias (en adelante AGI), Guadalajara, 513, “Diario de Fray Vicente de Mora sobre la visita que hizo a las misiones del Norte”, transcrito como Documento 2 en Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*.

³⁸⁴ AGI, Guadalajara, 513, Documento 2 en Nieser.

³⁸⁵ AGI, Guadalajara, 513, Documento 2 en Nieser.

³⁸⁶ AGN, Provincias Internas, vol. 166, exp. 4, fs. 189-200, *Expediente sobre el descubrimiento del paraje nombrado Viñadaco y que en él se funden cinco misiones*.

para verificar la corriente y la cantidad de agua subterránea, la cual brotó de forma abundante, lo que hizo que el paraje se tomara como bueno para una nueva misión, que terminó por fundarse a mediados de 1774.³⁸⁷

De acuerdo con fray Vicente de Mora, al sitio elegido “se le puso Nuestra Señora del Rosario, por ser el lugar donde se ha de establecer la misión y ser la señora acreedora a las primicias de nuestras apostólicas fatigas”.³⁸⁸ Como primer establecimiento dominico en el extremo noroeste de la península, Nuestra Señora del Santísimo Rosario marcó el programa arquitectónico que siguió el resto de complejos misionales dominicos. Acequias y diques dispusieron el control de la “abundante agua”. En una terraza que se eleva varios metros respecto del arroyo en el lado norte del valle se prepararon los cimientos sobre los cuales descansarían las paredes de adobe de los edificios.³⁸⁹ Se levantaron una serie de estancias necesarias para el trabajo de evangelización y aculturación que los misioneros intentaron esparcir en este territorio no controlado de la península. En los meses y años siguientes fueron construidos alrededor de un amplio patio talleres, habitaciones, cocina, enfermerías, sacristía e iglesia conforme las posibilidades de la fundación lo permitían. En conjunto conformaron el espacioso cuadrángulo de conversión, una forma nueva de habitabilidad para los indígenas que se pretendía atraer. Caracterizada, asimismo, por el hermetismo, la vigilancia y la sistematización del día a día.³⁹⁰

Por ser la primera de las misiones dominicas que se fundó en un espacio definido por la noción de conquista como “frontera de gentilidad”, en razón de hallarse poblado por numerosos grupos de indígenas no reducidos, las estancias misionales en El Rosario fueron resguardadas perimetralmente por elementos defensivos como paredes y torres de adobe. A su vez, a un costado del área de conversión, un cuadrángulo más de edificios se fue levantando para que albergara un cuartel. Como se mencionó, en los complejos misionales dominicos levantados en California los elementos defensivos se encontraron dispuestos en todo el plano misional y ya no en las iglesias.³⁹¹

³⁸⁷ AGN, Provincias Internas, vol. 166, exp. 4, fs. 189-200

³⁸⁸ AGI, Guadalajara, 513, Documento 2 en Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*.

³⁸⁹ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 104–9.

³⁹⁰ Catherine R. Ettinger, “Una nueva domesticidad. Los indígenas de la Alta California y la vivienda misional”, *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos [Online]*, 2010, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.58264>.

³⁹¹ Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, 290; Ruiz Gutiérrez y Sorroche Cuerva, “Jesuitas, franciscanos y dominicos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII”, 59–60.

La continuidad de la “conquista espiritual”, como la llamaban las autoridades virreinales, fue casi inmediata. Al año siguiente de fundarse el Santísimo Rosario, se emprendieron los preparativos para una segunda misión entre indígenas no reducidos. Después de un par de exploraciones, el sitio elegido para ésta se localizó al norte de la bahía de San Quintín, en la abertura de un cañón que daba a un amplio llano que se extendía hasta la costa, justo al pie de una áspera peña y a un costado de los márgenes de un arroyo.³⁹² El sitio, de acuerdo con los soldados y los frailes que lo inspeccionaron, cumplía con las proporciones para una misión. Contaba con agua, maderas, buenas tierras y “numerosa gentilidad” por evangelizar.³⁹³ Allí, al parecer sin mayores complicaciones, se fundó en agosto de 1775 Santo Domingo de la Frontera, la segunda misión dominica en el “país intermedio” que se abría entre ambas Californias.

Poco después de haberse extendido el avance misional con dos fundaciones, las relaciones se fueron tensando entre los misioneros dominicos y el gobierno militar de la Antigua California, replicándose algunos conflictos suscitados en otras regiones y etapas del virreinato. Las diferencias en los modos de entender el proceso de colonización de la provincia llevaron a que estos dos grupos se enfrentaran. Por lo regular, la discordia se centró en el ámbito de acción y decisión que a cada grupo debía corresponderle en el proceso de conquista; en si el predominio debía recaer en el modelo misional o en el militar.

Acorde a un secularismo cada vez más imperante en esos momentos de modernidad, el gobernador Felipe de Neve procuró intervenir más en la vida y administración de las misiones. En una carta enviada al virrey Bucareli el 30 de diciembre de 1775, realizó varios señalamientos en contra del trabajo de los frailes.³⁹⁴ Acusó a los dominicos de no atender sus disposiciones, además de no cumplir las instrucciones dejadas por el visitador Gálvez. Se quejó de que los misioneros no repartían las tierras entre los neófitos y que tampoco formaban los pueblos en el sur de la península a los que estaban obligados. Mencionó también que, contrario a su instituto, algunos frailes sostenían "profanos comercios" y "contratos seculares" con los cuales defraudaban las rentas reales. Afirmó que a los indígenas se les

³⁹² Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 134.

³⁹³ AGN, Californias, vol. 36, exp. 13, f. 382-390, “Documentos referentes a la fundación de la misión de Santo Domingo de la Frontera, 1775-1776”, transcrito en Magaña, *Población y misiones de Baja California*, 125–29.

³⁹⁴ AGN, Californias, vol. 35, f. 93-94v, “Carta de Felipe de Neve a Bucareli, Real Presidio de Loreto, 30 de diciembre de 1775”, transcrito en Bernabéu, *Edificar en desiertos. Los informes de fray Vicente de Mora sobre Baja California en 1777*, 16–17.

controlaba sin hacerlos productivos e incluso equiparó el control en las misiones con la esclavitud.³⁹⁵ Por su parte, los misioneros criticaron el entrometimiento del gobernador y proponían una serie de medidas para mejorar las misiones.³⁹⁶ Denunciaron los maltratos que algunos soldados cometían en contra de los indígenas, así como la explotación que en ocasiones ejercían sobre ellos. De los soldados también se quejaron de que muchos de ellos no apoyaban en los trabajos de construcción o se negaban a ir en busca de los indígenas prófugos. Pidieron, además, que al gobernador se le exigiera el apoyo que estaba obligado brindar a las misiones, que proporcionara las escoltas necesarias para las fundaciones y que, por otro lado, no empleara a la tropa establecida como mensajeros.³⁹⁷ Asimismo, suplicaron que no se removieran de las misiones a los sirvientes y ni a los neófitos, ya que, de acuerdo con los misioneros, esto solo ocasionaba retrasos en las conquistas. Los dominicos de la península también solicitaron la entrega de los pueblos que la Corona les había concedido desde 1770 en las provincias de Sinaloa y Ostimuri, en Sonora, para el mejor surtimiento de sus misiones en California.³⁹⁸

Es evidente que en las acusaciones de Neve anidaba el intento por desprestigiar el trabajo misional de los frailes. Con ello muy seguro se buscaba que el virrey o el monarca se convencieran de desprender a los misioneros de los trabajos temporales en las fundaciones y los limitaran a brindar solo los servicios religiosos a los indígenas, para que, de esa forma, los militares y los colonos pudieran explotar sin obstáculos la mano de obra indígena. No debe olvidarse que Felipe de Neve fue uno de los principales impulsores del llamado “nuevo método espiritual de misiones”, el cual contemplaba un mayor seguimiento y control de los militares y los colonos en las fundaciones.³⁹⁹ Sin embargo, como pudo notarse en la actitud

³⁹⁵ AGN, Californias, vol. 35, f. 93-94v, en Bernabéu, 16-17.

³⁹⁶ AGN, Californias, vol. 16, exp. 12, fs. 276-356v, “Propuestas elaboradas por Fr. Nicolás Muñoz para mejorar la administración de las misiones en la Antigua California. Torreón de San Miguel de Horcasitas, 24 de noviembre de 1778”, transcrito como Documento 7 en Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*.

³⁹⁷ AGN, Californias, vol. 16, exp. 12, fs. 276-356v, Documento 7 en Nieser.

³⁹⁸ Estas misiones en la contracosta les fueron concedidas a los dominicos desde el Convenio que dividió a las Californias en dos adscripciones religiosas. Posteriormente, a principio de la década de 1790, el rey les autorizó “las cuatro misiones de los Yaqui, Mayo, Sinaloa y Fuerte”. Sin embargo, los dominicos jamás ocuparon dichas fundaciones, debido a la carencia de recursos y al corto número de misioneros que había en la Provincia de Santiago. AGN, Misiones, vol. 5, exp. 4, fs. 63-80v, “Expediente en torno a la propuesta de Fr. Miguel Hidalgo para mejorar el estado de las misiones de la Antigua California”, transcrito como Documento 20 en Nieser, 416; Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:142.

³⁹⁹ Magaña, “Sobre nuevo método de Gobierno espiritual de misiones de Californias. por fray Rafael Verger, 1772”.

del presidente Mora, los dominicos siempre establecieron una férrea resistencia a esto y a lo largo del periodo virreinal defendieron su permanencia espiritual y temporal en las misiones, aún si algunas de las acusaciones fueran ciertas.

Por otra parte, estas disputas entre los frailes dominicos y el gobierno militar se enmarcaron en un contexto en el que la península perdía relevancia para los intereses imperiales en las Californias. Dado que los progresos eran mayores en la Alta California, la Corona y el virreinato centraron sus esfuerzos y atenciones en esa provincia; una muestra clara de ello fue que la capital de las Californias se moviera en 1777 de Loreto al puerto Monterrey. La Antigua California pasó a un segundo plano. La política adoptada afectó su impulso y la relegó. Muchos de los apoyos que se destinaban a la nueva provincia se daban en perjuicio de la península, lo cual agudizó más la difícil situación de las fundaciones dominicas.⁴⁰⁰

Por todo lo anterior, las misiones se percibieron desprotegidas. Para los dominicos, se encontraban a merced de los neófitos o de los “gentiles” debido a que la reducida tropa establecida en cada una de las fundaciones resultaba incapaz de contener un eventual ataque. Esta vulnerabilidad era mayor en las “misiones fronteras”. El asalto que indígenas kumiai habían hecho en contra de la misión franciscana de San Diego de Alcalá en noviembre de 1775 preocupó a los dominicos establecidos en Nuestra Señora del Santísimo Rosario y Santo Domingo de la Frontera.⁴⁰¹ Temían que la rebelión se extendiera al noroeste de la península y los tomara por sorpresa con una defensa insuficiente, ya que, de acuerdo con los misioneros, acontecimientos bélicos como el mencionado “fomentan en gran manera la hostilidad y osadía de los indios”.⁴⁰² Sin embargo, para su tranquilidad, el asalto se redujo a dicha misión franciscana y fue sofocado.

Por otro lado, la continuidad en la construcción de los complejos misionales ya fundados se retrasó. Con pocos “sirvientes” apoyando, los frailes lamentaban que muchas de las obras necesarias tardaran en realizarse o quedaran inconclusas.⁴⁰³ Las áreas misionales

⁴⁰⁰ AGN, Californias, vol. 16, exp. 12, fs. 276-356v, Documento 7 en Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*.

⁴⁰¹ Zárate Loperena, “La guerra kumiai en las postrimerías del siglo XVIII y la fundación de San Miguel Arcángel”, 89.

⁴⁰² AGN, Californias, vol. 16, exp. 12, fs. 276-356v, Documento 7 en Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*.

⁴⁰³ AGN, Californias, vol. 16, exp. 12, fs. 276-356v, Documento 7 en Nieser.

inconclusos fueron muestra del rezago de la península. Los adobes no se terminaban, algunas estancias quedaban sin techos o las tierras para el cultivo no se preparaban por completo. Los soldados tampoco siempre cooperaban en los quehaceres y en muchas ocasiones, solos con los “gentiles”, los frailes se veían rebasados por las tareas.

Aun así, en medio de todas estas dificultades, la urgencia por cerrar el camino hacia San Diego de Alcalá impulsó a que con los limitados recursos disponibles se diera inicio al tercer establecimiento en la frontera. En 1780 los dominicos lograron fundar la misión San Vicente Ferrer en el paraje de Santa Rosalía, otro de los que ya habían sido inspeccionados previamente por los franciscanos.⁴⁰⁴ Como en las anteriores fundaciones, el sitio elegido fue un valle atravesado por un arroyo. Sobre una terraza que se eleva a un costado de uno de los codos que forma el cauce del arroyo, comenzaron a levantarse los edificios de adobe del complejo.⁴⁰⁵ Después de algunos años de retrasos, la fundación de San Vicente Ferrer fue recibida con gran alegría por parte de los padres predicadores. Sin embargo, estas reacciones pronto se verían eclipsadas, ya que, al año siguiente de la fundación, en 1781, la situación se tornó más compleja para esta nueva misión y para toda el área central de las Californias.⁴⁰⁶

Primero una epidemia de viruela golpeó con fuerza los pueblos de misión dominicos. La propagación de la enfermedad provino de las antiguas misiones del sur y sus repercusiones fueron severas en las “misiones fronteras” que se tenían fundadas hasta esos momentos.⁴⁰⁷ Como evidencian los libros de misión disponibles, los índices de mortandad registrados en 1781 son los más elevados en todo el tiempo que duraron activas estas misiones dominicas.⁴⁰⁸ A causa de las muertes, la población de indígenas neófitos en el Santísimo Rosario y en Santo Domingo de la Frontera sufrió una fuerte reducción, mientras que, a pocos meses de haberse fundado San Vicente Ferrer, su población no tuvo la oportunidad de despuntar. El terror provocó que huyeran muchos indígenas reducidos en misión. Algunos, ya contagiados, se

⁴⁰⁴ AGI, Guadalajara, 281-B, “Aviso de Teodoro de Croix, comandante general de las Provincias Internas, dirigido a José de Gálvez, sobre el establecimiento de la misión de San Vicente Ferrer, en la Antigua California, 30 de noviembre de 1781”, transcrito como Documento 8 en Nieser.

⁴⁰⁵ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 158–60.

⁴⁰⁶ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:139–40.

⁴⁰⁷ Sales, 6:140; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 203.

⁴⁰⁸ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 130–38; Robert H. Jackson, “Una frustrada evangelización: las limitaciones del cambio social, cultural y religioso en los ‘pueblos errantes’ de las misiones del desierto central de la Baja California y la región de la costa del Golfo de Texas”, *Fronteras de historia* 006 (2001): 31.

marchaban de los complejos diseminando entre los grupos no reducidos la enfermedad y encontrando la muerte en los montes. Los frailes temieron ver deshabitados los complejos misionales.⁴⁰⁹

Con el tiempo, la hostilidad indígena comenzó a permear de forma más frecuente en la región. Los pobladores yumas de los áridos márgenes de los ríos Gila y Colorado se alzaron en contra de la incursión hispánica en 1781 y devastaron los asentamientos que franciscanos, soldados y colonos habían fundado un año antes en esa zona. Esta rebelión tuvo su eco en toda el área central de las Californias. Otros grupos indígenas, como los cucapá de los desiertos o los kumiai de la región semiárida del noroeste peninsular, hostigaron de forma recurrente a los soldados y a las recuas de bastimentos que se enviaban a la Alta California, situación que mantuvo a San Vicente Ferrer en un estado de “sobresaltos” constantes.⁴¹⁰ Para los intereses de dominio, el territorio sin control misional que se abría entre este complejo y San Diego de Alcalá se tornó más salvaje y altivo debido a la resistencia que sus pobladores mostraban en contra de la implantación hispánica. Esta impresión motivó a que en San Vicente Ferrer se estableciera la Comandancia de la Frontera, por tratarse de la última “misión frontera”. Dicha Comandancia, dependiente del presidio de Loreto, procuró mantener un control militar en la región y una defensa del avance misional logrado.⁴¹¹ Así, junto al cuadrángulo misional se levantó otro conformado de estancias y habitaciones de adobe para alojar a la tropa de la comandancia, los caballos y las armas.

No obstante, la década de 1780 fue muy difícil para la conquista misional en la Antigua California. Las epidemias y la resistencia indígena parecían poner en jaque la continuidad del avance dominico a lo largo del extremo noroeste de la península. El pesimismo y la frustración se apoderaron de los frailes, quienes “muy pronto tomaron conciencia de que aquellos territorios no satisfacían para nada sus expectativas”.⁴¹² El panorama de la península que fray Luis Sales expone en un informe de aquellos años es deplorable. La producción agrícola en varias fundaciones era insuficiente debido a la erosión de sus tierras de cultivo, la cual muy seguramente era ocasionada por el impacto ambiental

⁴⁰⁹ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:140.

⁴¹⁰ Zárate Loperena, “La guerra kumiai en las postrimerías del siglo XVIII y la fundación de San Miguel Arcángel”, 91.

⁴¹¹ León Velazco, “San Vicente en el contexto de la frontera”.

⁴¹² Esponera Cerdán, “Baja California y sus misiones en la década de 1780”, 387.

que representaba el incremento ganadero, y por el agotamiento de los cuerpos de agua.⁴¹³ Las acequias conducían un reducido flujo y las cisternas no se llenaban. Asimismo, era limitado el envío de bastimentos y herramientas para el fomento y el trabajo en las misiones, lo que hacía más precaria la situación. Las raciones de comida eran pocas y limitadas, viéndose los indígenas en la necesidad de complementarlas con semillas y frutos que recolectaban en los valles y los montes.⁴¹⁴ El hambre parecía gobernar las misiones, volviéndose imposible la manutención de los reducidos:

Así como las hambres y miseria sin pasar la línea de miserias, suelen ser menores en algunas misiones antiguas, así también son mayores en las fronteras. Viéndose obligado el misionero, por la suma hambre y desdicha, no solo a no admitir gentiles para instruirlos, sino también a despedir a los ya instruidos y cristianos.⁴¹⁵

La amenaza de sublevación o ataque indígena seguía latente. En varios de sus escritos, los misioneros decían sentirse rodeados, vulnerables e indefensos ante los neófitos y más aún frente a los “gentiles”. “La poca tropa que de ordinario [solía] haber y ésta mal montada” daba la impresión de ser limitada, lo que reducía la esperanza de socorro ante una eventualidad.⁴¹⁶ A su vez, las defensas en los complejos misionales parecían ser insuficientes o muchas seguían sin terminarse.

La serie de hostigamientos que los kumiai de la costa acometían en contra de la presencia hispánica a partir de la Ensenada de Todos Santos y hasta los confines de la misión franciscana de San Diego de Alcalá, así como la constante urgencia de cerrar el camino misionero hacia la Alta California, motivaron los preparativos para una cuarta misión en la región de la Frontera. Su fundación representó un salto espacial que momentáneamente cortó la secuencia que iba teniendo el avance misional dominico hacia la Nueva California. Ya que el sitio elegido no fue inmediato a San Vicente Ferrer; sino más próximo a San Diego de Alcalá, esto con el propósito de contener y dominar a los indígenas “altivos” de la zona, y para comunicar -de una buena vez- ambas Californias.

⁴¹³ Esponera Cerdán, 389.

⁴¹⁴ AGN, Provincias Internas, vol. 1, exp. 11, f. 353-353v, “Informe del estado en que se encuentra la misión de Santo Domingo”, transcrito como Documento 3 en Manríquez, *Historia de las misiones dominicas de la Baja California (1779-1809)*, 133.

⁴¹⁵ AGN, Provincias Internas, vol. 1, exp. 11, f. 345-346, “Informe sobre el estado de la misión de San Vicente Ferrer”, transcrito como Documento 12 en Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 402.

⁴¹⁶ AGN, Provincias Internas, vol. 1, exp. 11, f. 340-354v, Documento 12 en Nieser, 403.

El 17 de abril de 1785, el gobernador de la Antigua California Pedro Fages y el alférez José Velázquez, acompañados de algunos soldados e intérpretes indígenas, salieron de San Vicente Ferrer para iniciar una intensa expedición a lo largo de todo el extremo norte de la península, que tenía como propósito encontrar un paraje para la nueva fundación.⁴¹⁷ El grupo atravesó las terrazas y niveles orográficos que se extienden al norte de San Vicente Ferrer y que se despliegan rumbo al Pacífico, reconocieron llanos y valles, e inspeccionaron los cuerpos de agua que hallaban. Los exploradores también interactuaron con algunos grupos indígenas que en el trayecto encontraban. Intentaron indagar sus intenciones, si resultaban enemigos a la presencia de los misioneros y los soldados. El contingente dobló hacia el noreste y subió los pliegues, los cerros y los cañones hasta dar con la hoy Sierra Juárez. Se internaron en territorio cucapá e incluso llegaron hasta el Cerro Prieto en la desértica zona oriental.⁴¹⁸ Como resultado de la expedición, Fages registró otras rutas a San Diego de Alcalá para esquivar a los grupos kumiai que les causaban daños y, finalmente, agregó que el mejor paraje para la nueva misión era El Encino. También fray Luis Sales, el dominico residente en San Vicente Ferrer, realizó algunas exploraciones para hallar un buen sitio para la nueva misión. Solo que, a diferencia del contingente del gobernador Fages, la fuerza que acompañaron al religioso eran pocas y sus exploraciones se vieron repelidas por los kumiai. Con todo, el misionero sobrevivió a los ataques y celebró en 1787 la misa gratulatoria de lo que sería la misión San Miguel Arcángel de la Frontera en el paraje señalado por Fages, El Encino, el cual sería su primer sitio.⁴¹⁹

La fundación de esta misión se vio envuelta en lo que David Zárate Loperena denominó “guerra kumiai”. La frecuente resistencia indígena buscó frustrar el nuevo establecimiento dominico. Al tanto de las intenciones misionales, los grupos kumiai de la zona, especialmente los de Ensenada de Todos Santos, intentaron forjar una serie de alianzas con otros grupos indígenas de las serranías e incluso con los de la zona próxima al río

⁴¹⁷ Zárate Loperena, “La guerra kumiai en las postrimerías del siglo XVIII y la fundación de San Miguel Arcángel”, 91.

⁴¹⁸ Zárate Loperena, 92; Michael Mathes, “Nuestra Señora de Guadalupe: última misión de la California y teatro de conflictos, 1795-1840”, en *Arqueología de nuestra región, Tecate, Baja California*, Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, Tomo 4, 2003, 127.

⁴¹⁹ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:142; Zárate Loperena, “La guerra kumiai en las postrimerías del siglo XVIII y la fundación de San Miguel Arcángel”, 92.

Colorado, para atacar San Miguel Arcángel.⁴²⁰ Por días vigilaron y estudiaron los movimientos de los soldados y los frailes, preparando el momento del asalto. Por su parte, las fuerzas de la comandancia establecidas en San Vicente Ferrer prevenían cualquier sorpresa. Se enteraron del ataque que los indígenas planeaban, y aunque en un primer momento pensaron que el asalto se dirigiría en contra de la comandancia militar que formaba parte de ese complejo misional, pronto supieron que el asalto en realidad tenía como objetivo la nueva fundación. Las escoltas misionales tomaron varias precauciones. Como había ocurrido en los complejos previos, el esquema adoptado en San Miguel Arcángel de la Frontera fue defensivo: "se mandó hacer un cuadro de 60 varas por 50 varas con dos opuestos baluartes de adobe ...".⁴²¹ El gobernador Fages, a su vez, ordenó un reconocimiento del territorio e intentó conformar un control férreo del mismo. Después de amedrentar e interrogar a los indígenas de algunos parajes cercanos a la costa, las tropas supieron que el ataque indígena lo organizaban los kumiai que surcaban la Ensenada de Todos Santos. El 26 de mayo de 1788 se lanzaron contra ellos. Al parecer el combate fue feroz, ya que los indígenas de igual forma los estaban esperando. Sin embargo, al final las tropas de la Comandancia militar de la Frontera y las que se les unieron del presidio de San Diego de Alcalá, Alta California, vencieron y capturaron a los "capitanes" indígenas que lideraban o se aliaron a la resistencia.⁴²²

Concluida la "guerra kumiai", los trabajos para consolidar la nueva misión dominica de San Miguel Arcángel de la Frontera se emprendieron en una relativa calma, cuando de pronto el agua dejó de fluir en el paraje donde se fundó. Fray Luis Sales, ya encargado de esta fundación, comentó que "empezamos la siembra, fábricas de casas, etcétera, cuando a lo mejor se secó el agua que servía para las oficinas de casa".⁴²³ El paraje El Encino, en muy corto tiempo, dejó de ser apto y el pueblo de misión tuvo que moverse a otro sitio. No sería el único. En el transcurso de la última década del siglo XVIII, con la excepción de San

⁴²⁰ Zárate Loperena, "La guerra kumiai en las postrimerías del siglo XVIII y la fundación de San Miguel Arcángel", 93-94.

⁴²¹ Bancroft Library, California Archives, vol. 4, p. 83-84, "Carta de Francisco Ortega a Pedro Fages, San Diego, 19 de mayo de 1787", Citado en David Zárate Loperena, "La guerra kumiai en las postrimerías del siglo XVIII y la fundación de San Miguel Arcángel", *Estudios Fronterizos* 14 (diciembre de 1987): 93.

⁴²² Zárate Loperena, 94-95.

⁴²³ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:143.

Vicente Ferrer, el resto de los pueblos de misión de la línea de avance costero tuvieron que cambiarse de sitio por problemas con el suministro o calidad del agua.

San Miguel Arcángel de la Frontera se pasó al valle atravesado por el arroyo San Juan Bautista. Justo en el paraje que se había estipulado en el convenio franciscano-dominico para establecer la última misión que los predicadores debían levantar con rumbo a la Alta California.⁴²⁴ De acuerdo con Meigs, “el valle de San Miguel es una profunda hendidura de este a oeste a través de la zona de las mesillas”.⁴²⁵ Hacia el este se va estrechando y termina en una angosta barranca, y hacia el oeste se abre de frente al océano para termina en una amplia playa. El arroyo que lo atraviesa corre de este a oeste y termina en una laguna a un costado de la costa (véase Imagen 7). Casi a la mitad del valle, sobre el margen sur del arroyo, se levantó el complejo misional.⁴²⁶ En torno a un patio cuadrangular se fueron construyendo las estancias y habitaciones de adobe que dominaron visualmente el valle. Configuraron un nuevo paisaje que se yuxtapuso al previamente tejido por los pobladores indígenas, pues el paraje elegido era de suma importancia dentro de la movilidad estacional, pues era muy frecuentado por distintas bandas indígenas. Un lugar de encuentro, donde los asentamientos temporales eran comunes a lo largo y ancho del valle, y en las cumbres que lo rodean. Ahí las bandas indígenas encontraban frutos y semillas que trituraban en molcajetes tallados sobre las piedras. También tenían un acceso favorable hacia la costa, de donde obtenían una gran variedad mariscos.⁴²⁷ Todo esto se vio modificado con la fundación de la misión de San Miguel, las tierras de cultivo, los campos para el ganado.

⁴²⁴ Como sugiere Peveril Meigs, es muy probable que tanto fray Luis Sales, como los militares que lo acompañaron en la fundación de San Miguel Arcángel, desconocieran el contenido del convenio que dividió a las Californias en dos jurisdicciones religiosas, y por ese motivo no hayan considerado desde un inicio el arroyo San Juan Bautista para la fundación de esta misión, como venía estipulado en dicho instrumento jurídico. Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 72; Magaña y Aguayo Monay, *La división de las misiones de la California de 1772*, 98.

⁴²⁵ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 185.

⁴²⁶ Meigs III, 185–86.

⁴²⁷ Meigs III, 186–88.



Imagen 7. Valle San Miguel, orientado al oeste, 1927. Fuente: Peveril Meigs. Baja California Research Materials. MSS 530. Special Collections & Archives, UC San Diego.

Establecida la misión San Miguel Arcángel, los dominicos y los soldados de la Frontera lograron finalmente comunicar y abrir un camino entre ambas Californias. Aunque eso significó que el itinerario a lo largo del extremo noroeste estuviera terminado, aún faltaba fundar una misión de la cinco solicitadas y, entre San Vicente Ferrer y San Miguel Arcángel, quedaba un amplio territorio pendiente de ocupación misional. Partiendo de este último complejo, un contingente dirigido de nuevo por el padre Luis Sales se encargó de los trabajos de exploración para determinar el nuevo sitio:

Llevando por delante el honor de la religión, entré por los montes de San Solano y sierra de La Grulla, y hallé un territorio muy bueno para la fundación de un pueblo con el nombre de Santo Tomás de Aquino. Y, teniendo muy presente lo sucedido en el anterior, quise en diferentes tiempos y ocasiones volver al registro y, aunque todo lo vimos bueno, solo experimentamos contrario un acometimiento de los bárbaros.⁴²⁸

La resistencia kumiai en contra de la presencia hispánica no cesó del todo. El acometimiento al cual se refirió Sales casi le cuesta la vida, situación que obligó a los militares de la comandancia de la Frontera a reforzar y acompañar con todas las precauciones posibles la fundación de la quinta misión dominica, la cual se dio el 14 de abril de 1791 con el título de Santo Tomás de Aquino.

⁴²⁸ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:143.

Al igual que las otras misiones, el paraje elegido fue un amplio valle resguardado por altas montañas al sur de la Ensenada de Todos Santos. En su parte más baja, el valle de San Solano es atravesado por un arroyo que va marcando su cauce de este a oeste. En varios puntos del mismo, estaban diseminados varios grupos de sauces, álamos, saucos y encinos. Los elementos que determinaron la ubicación del primero complejo misional de esta fundación fueron el curso del agua y una ciénaga en el lado oeste del valle.⁴²⁹ A un costado de estos cuerpos de agua, los cimientos de piedra se acoplaron y sobre ellos se construyeron paredes de adobe para las habitaciones y la iglesia. Las tierras también empezaron a prepararse para el cultivo y el dominico José Lorient dio principio a las reducciones de algunos “gentiles” de la zona.⁴³⁰

En el transcurso de los años que le quedaban al siglo XVIII, las misiones dominicas volcadas al oeste comenzaron a experimentar un proceso de consolidación que aproximadamente duró veinte años en cada misión. Si bien este en nada se acercó al auge que vivían las misiones franciscanas en la Alta California, al menos se mantuvo constante durante ese tiempo.⁴³¹ La población en cada una de las cinco tuvo un ligero crecimiento, al igual que la producción agrícola y la cría de ganados. Y aunque se mantuvieron los temores a un levantamiento armado por parte de los neófitos o a un ataque de los “gentiles”, sobre todo procedente del este, las hostilidades no fueron más allá de algunas escaramuzas. Aun así, los tropiezos continuaron. Tres años después de su fundación, en junio de 1794, la cabecera de la misión Santo Tomás de Aquino tuvo que desplazarse de su sitio original, debido a las condiciones insalubres del agua de la ciénaga cercana. El sitio para levantarla de nuevo se localizó hacia el este del valle, en una parte mucho más despejada, a un costado del arroyo y a un kilómetro de distancia de algunos manantiales.⁴³² En 1798, Santo Domingo de la Frontera fue trasladada de lugar debido a que el arroyo del cual se servía terminó por secarse a la altura de donde se encontraba el complejo. El nuevo lugar se levantó dentro del cañón donde se hallaba, en una terraza que se eleva sobre el margen norte del arroyo.⁴³³ Por

⁴²⁹ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 172.

⁴³⁰ California Archives, State Papers, Sacramento, V, pp. 89-90, “Carta del padre Crisóstomo Gómez, 29 de abril, 1791”, citado en Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 203.

⁴³¹ Ortega Soto, “Crecimiento y consolidación de los centros de colonización 1777-1790”, en Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 81-121.

⁴³² Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 204-5.

⁴³³ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 135.

esas fechas, la falta del agua también afectó los cultivos de la fundación del Santísimo Rosario, la cual, al poco tiempo, igualmente se tuvo que “trasladar al paraje llamado San José, más cuartos de legua rumbo al oeste, por haberle faltado enteramente el aguaje en el sitio de su primitiva fundación” en el año de 1800.⁴³⁴

Aún con todo esto, la línea de avance misional que se había trazado desde la expulsión jesuita estaba terminada una vez fundada Santo Tomás de Aquino. El itinerario dominico hacia la Alta California se dio por cerrado y un nuevo paisaje se fue construyendo a lo largo del extremo noroeste de la península. Con ello, una forma distinta de apropiación se impuso y en el proceso se sirvió de las territorialidades indígenas. Se ocuparon parajes que figuraban dentro de la movilidad estacional con el fin de atraer a los pobladores cazadores-recolectores-pescadores, y se explotaron los recursos para sostener el modo de vida misional. El agua de arroyos, aguajes y manantiales comenzó a ser conducida por acequias y canales. Varias hectáreas de tierras fueron acondicionadas para el cultivo, y cientos de campos alojaron gran variedad de ganados que, hasta ese momento, eran especies ajenas a esas ecorregiones.⁴³⁵ A través de estos cinco complejos misionales se procuró conducir la evangelización de los indígenas e implantar el dominio de la Corona española. Se buscó, asimismo, imponer un modo distinto de habitar el espacio a través de estancias cerradas, vigiladas y destinadas a actividades específicas.⁴³⁶ Construidos a lo largo de la costa del Pacífico, los cinco complejos configuraron para las lógicas hispánicas un territorio comunicado y transitable hacia la Nueva California, así como controlado militarmente. En cambio, para cientos de yumanos que poblaban el extremo noroeste de la península, las misiones significaron explotación, desplazamiento y enfermedad.

Para cuando arrancó el siglo XIX, la situación en la región Frontera era de relativa calma y la continuación del avance se había torcido hacia el este. Ya se tenían dos de las ansiadas fundaciones en las serranías, las mismas que apuntaban los intereses de conquista misional hacia el río Colorado.

⁴³⁴ AGN, Provincias Internas, vol. 19, exp. 3, f. 92-119. 111-113; y AGN, Californias, vol. 29, exp. 6, f. 398-440, *Noticia de las misiones que ocupan los religiosos de Santo Domingo en dicha provincia, sus progresos en los años de 1799 y 1800, número de ministros que las sirven, sínodos que gozan, y total de almas con distinción de clases y sexos*, 387-392; 431-432; 433.

⁴³⁵ Sorroche Cuerva, “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”, 125-31.

⁴³⁶ Ettinger, “Una nueva domesticidad. Los indígenas de la Alta California y la vivienda misional”.

1.1. Santo Domingo de la Frontera

La misión Santo Domingo de la Frontera nació en una caverna, o al menos eso sugiere el hecho de que en 1775 se haya elegido como su primera localización una superficie al pie de una punta rocosa, la peña Colorada, la cual en su lado norte contiene una cueva.⁴³⁷ Si bien es evidente que el elemento que más influyó para fundar la misión en ese sitio fue la disponibilidad de agua, como explícitamente lo manifiestan los informes de la época, no deja de tener relevancia la forma en la que destaca la peña en la abertura de un cañón que forma parte de los niveles orográficos que se desbordan de las sierras y la caverna que resguarda.⁴³⁸ En ella, los frailes dominicos, gracias a sus informantes indígenas, pudieron haber encontrado elementos suficientes que evidenciaran a este sitio como un lugar sagrado o ceremonial dentro del paisaje indígena. De ser cierto, la misión Santo Domingo habría procurado apropiarse de la significación o representatividad que este sitio tenía para las bandas indígenas que se movilizaban en los alrededores y así erigirse para estos como un nuevo geosímbolo o referente paisajístico.⁴³⁹

Rojiza, agrietada y árida, la peña Colorada se levanta mirando los amplios llanos que se extienden sobre la terraza costera. Marca la apertura de un cañón que en ciertos puntos se estrecha o se ensancha. A través del él, corre un arroyo que fue nombrado Santo Domingo, mismo que después de desbordarse en múltiples curvas a lo largo de los niveles terrestres que se van desprendiendo de las sierras, se desvanece casi de forma recta hasta el Pacífico. En su curso, el arroyo pasa a un costado del promontorio que es la peña Colorada. Esta circunstancia, sobre todo en temporada de tormentas, hizo que al sitio se le reconociera una “buena corriente” de agua para sostener una misión y lograr el riego de algunas tierras de cultivo adyacentes.⁴⁴⁰

⁴³⁷ “Al principio, según la tradición local, se utilizó una gran caverna en el lado norte de la Peña Colorada en lugar de construir un edificio para los servicios eclesiásticos”; en Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 134.

⁴³⁸ AGN, Californias, vol. 36, exp. 13, f. 382-390, “Documentos referentes a la fundación de la misión de Santo Domingo de la Frontera, 1775-1776”, transcrito en Magaña, *Población y misiones de Baja California*, 125–29.

⁴³⁹ Esa es la razón por la cual, Mario Alberto Magaña insiste en la necesidad de que se realicen investigaciones arqueológicas en dicha caverna. Mario Alberto Magaña, “La importancia de la arqueología en la reconstrucción histórica de Santo Domingo”, en *Encuentro Binacional Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California*, Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, Tomo 2, 2001, 99–104.

⁴⁴⁰ AGN, Californias, vol. 36, exp. 13, f. 382-390, transcrito en Magaña, *Población y misiones de Baja California*, 125–29.

Los servicios religiosos parece que pronto dejaron de realizarse en la caverna. Para noviembre de 1775 ya se tenían las primeras piezas de un complejo misional. A los pies de la ladera suroeste de la peña se despliega una superficie de tierra rojiza; ahí se levantaron “la casita, iglesia, oficinas y algún trigo sembrado”.⁴⁴¹ Seguramente se comenzó a configurar una composición cuadrangular con los primeros edificios de gruesas paredes de adobe con techos de ramas y zacate, buscando seguir así un plano defensivo. A un costado de estos edificios se debieron abrir algunos campos de cultivo como los que hoy dominan la zona. De igual forma, en la abertura del cañón y junto a la rivera norte del arroyo, había otras tierras de cultivo. Situado en este lugar, resulta evidente que con el complejo misional de Santo Domingo de la Frontera se pretendió dominar y configurar el paisaje de sus alrededores. A un lado de la abertura del cañón, se procuró controlar un acceso a la sierra y un cuerpo de agua que parecía prominente. Por otra parte, la misión se erigía como la única estructura dominante sobre las amplias llanuras que se extienden hasta las costas y el camino que, procedente del Santísimo Rosario, se pensaba continuar hacia el norte.

El abasto de agua que había hecho aceptable ese punto para una misión fue insuficiente más de veinte años después de su fundación, pues resultó que, a esta altura del arroyo el flujo del agua no era constante como sí lo era en algunos puntos arroyo arriba. Esta situación motivó que la misión fuera desplazada en 1798 “cuatro kilómetros más arriba en el cañón de Santo Domingo a un lugar donde dos cañones confluentes habían formado un llano bastante ancho”.⁴⁴² No obstante, antes de ser abandonado el primer sitio, es seguro que el sitio donde después se ubicó la segunda misión ya era cultivado y en él se estaba fabricando el nuevo complejo misional.⁴⁴³

Hoy las estructuras de la primera localización de Santo Domingo de la Frontera son inexistentes, se han desvanecido en el transcurrir del tiempo y en las modificaciones del paisaje. Todavía en 1853 existían “las ruinas en un terreno espacioso pero falto de agua”.⁴⁴⁴

⁴⁴¹ “Carta de fray Vicente de Mora al padre provincial, San José de Comondú, 22 de noviembre de 1775”, en NLB, WBS, exp. 111, citado en Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 205.

⁴⁴² Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 67.

⁴⁴³ Si bien, 1798 se ha señalado como el año del traslado de Santo Domingo de la Frontera a su segundo sitio, existen menciones sobre las estructuras de este segundo complejo misional en años previos, como 1793.

⁴⁴⁴ “Rafael Espinosa remite un estudio de Francisco Castillo Negrete que describe la situación de las misiones en Baja California, 1853”, Documento 5 en León-Portilla y Muriá, *Documentos para la historia de Baja California*, 79.

Pero ya en la década de los veinte del siglo pasado, cuando Meigs recorrió el lugar, solo alcanzó a percibir “un fragmento de cimientado de adobe” de aquellos primeros edificios.⁴⁴⁵

En uno de los ensanchamientos que el cauce del arroyo ha provocado en el cañón, no lejos de la abertura de este, se levantó lo que fue el segundo sitio para Santo Domingo de la Frontera, en un “llano bastante ancho”, delineado por el curso del arroyo y pegado a las laderas norte del cañón, como puede notarse en la Imagen 8.⁴⁴⁶ A diferencia del sitio anterior, en este punto el abastecimiento de agua fue más constante. Dentro de la lógica misional, el espacio tenía tierras para el cultivo y era suficiente para el levantamiento del complejo. Las bandas indígenas podían seguir siendo captadas por los frailes, debido que el sitio se hallaba justo en una brecha que llevaba de las sierras a la playa, y el control de los caminos se mantenía.

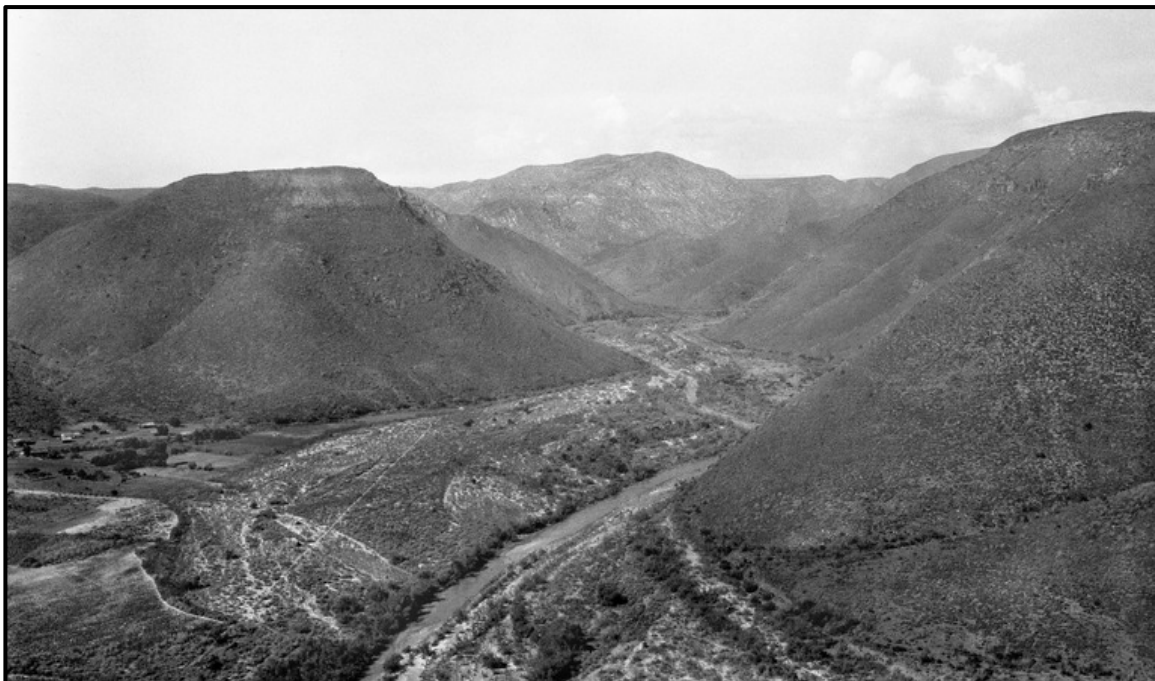


Imagen 8. *Mirando hacia el noreste del valle de Santo Domingo, desde la mesa hacia el sur, 1926.* Peveril Meigs Baja California Research Materials. MSS 530. Special Collections & Archives, UC San Diego.

Así, el complejo misional de Santo Domingo, como el del resto de las fundaciones del itinerario costero, se fue construyendo a lo largo de la última década del siglo XVIII, cuando las misiones dominicas de la Frontera atravesaban una breve etapa de consolidación.

⁴⁴⁵ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 134.

⁴⁴⁶ Meigs III. 67.

Aun así, la obra constructiva que entonces se emprendió no era la de una estructura definitiva, sino que respondía más bien a la necesidad de contar con un recinto y estancias que sirvieran pronto a las actividades misionales.⁴⁴⁷ Tampoco se trató de una obra terminada. Cada año, si lo permitían la disponibilidad de recursos, se le agregaron nuevos elementos o habitaciones que complementaban más el complejo misional y que transformaban aún más el paisaje. Por otro lado, la elaboración de los adobes para los muros y las vigas para los techos, así como el tallado de piedras para cimientos y contrafuertes, eran trabajos que respondían a la capacidad productiva de la misión y en especial a la disponibilidad de mano de obra indígena.⁴⁴⁸

La iglesia fue el primer elemento en construirse, como era común en una fundación misional desde el siglo XVI. En 1793, antes incluso de abandonarse el primer sitio en Peña Colorada, la iglesia en el nuevo lugar de Santo Domingo de la Frontera estaba levantada. Acorde a los preceptos dominicos de sencillez y austeridad, la iglesia era de una nave corrida y pequeña en sus dimensiones: 15 metros de largo y 8 de ancho. Sus gruesos muros de adobe eran soportados por cimientos de piedras angulares que se tomaron de colinas cercanas y se encontraba techada con vigas cubiertas de jacal.⁴⁴⁹ Tenía dos entradas, una del lado sur y la principal del lado este. En sintonía con la simplicidad apostólica, el interior de la iglesia era sencillo, incluso se podría decir que sombrío. Se procuró que la atención de los neófitos se centrara en un rudimentario altar, que seguramente consistía en una mesa de madera. No había retablos. La imaginería religiosa se limitaba a algunos santos dominicos de bulto, sobre todo un Santo Domingo de Guzmán, unas pinturas y un crucifijo. Para la fundación de cada misión se proporcionaban “algunos vasos sagrados, alhajas y ornamentos” suficientes para la celebración del culto católico.⁴⁵⁰ Junto a la iglesia se encontraban las habitaciones de los frailes, también hechas de adobe, las cuales eran soportadas por “un contrafuerte de piedra

⁴⁴⁷ Sorroche Cuerva, “Earthen structures in the missions of Baja California (México)”; Sorroche Cuerva, “Materiales y técnicas constructivas en Baja California: las misiones jesuitas en el siglo XVIII”, 32.

⁴⁴⁸ Hernández, “Construcciones misionales en el noroeste del septentrión de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.”; Hernández, “Arquitectura misional en el noroeste del septentrión novohispano”.

⁴⁴⁹ Sorroche Cuerva, “Earthen structures in the missions of Baja California (México)”; Hernández, “Construcciones misionales en el noroeste del septentrión de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.”, 107.

⁴⁵⁰ “Inventario de las misiones de la Baja California”, 1793, en BL, CA, vol. 50, p. 111, citado en Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 207.

groseramente acopladas para apuntalar la buhardilla del oeste” que aún es posible apreciar.⁴⁵¹ Mientras tanto, los campos de cultivo se fueron labrando hacia el lado sur de la iglesia, con dirección al arroyo.

Al año siguiente, en 1794, se le agregaron nuevos elementos al complejo misional. La composición de los edificios fue adquiriendo una forma de escuadra. A un costado de la pared norte de la iglesia, en su extremo noroeste, se construyó “una pieza de adobe y techo de jacal”, que posiblemente fue habitada por los auxiliares de la misión, como eran indígenas cristianizados que servían en las labores o la escolta misional; también se levantó “un corral de adobe con su cubierto para [las] solteras” neófitas del pueblo de misión.⁴⁵² El temor a posibles alzamientos indígenas era constante y se fundaba en el hecho de que la misión se hallaba establecida en una “frontera de gentilidad”. Esto hizo que el carácter adoptado en todo el plano del complejo misional de Santo Domingo, como vimos en otros casos de la región, fuera defensivo, Esto es más que evidente en los gruesos y altos muros que protegieron los edificios y que terminaron por darle una forma cuadrada a toda la unidad arquitectónica. Estos macizos muros eran corridos, sin almenas rematándolos, y tenían una altura de 2 metros y medio. En conjunto con los edificios de adobe delimitaron un área comunal o patio, el cual tenía en el centro una cruz formada con maderos. Este patio misional era destinado a diversas labores comunitarias y estaba reservado para los misioneros, los soldados y los indígenas ya reducidos. Por su parte, de acuerdo a lo referido, el cementerio del pueblo de misión quedó a extramuros y fue delimitado de forma cuadrangular a unos cien metros afuera del área antes descrita.⁴⁵³ Así, los frailes, los soldados y los indígenas neófitos en Santo Domingo podrían recibir “cristiana sepultura” en espacios reservados para ello.

Afuera de los muros del complejo misional, en el espacio abierto entre este y el cementerio, se asentaban los indígenas procedentes de las distintas “rancherías” adscriptas a la misión. Allí cavaban las fosas sobre las cuales levantaban con ramas, maleza, piedras y lodo las estructuras de sus chozas, las cuales debieron ser muy similares a las que fray Vicente

⁴⁵¹ Sorroche Cuerva, “Earthen structures in the missions of Baja California (México)”; Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 136.

⁴⁵² “Informes anuales sobre las misiones”, 1794, en BL, CA, vol. 50, p. 172, citado en Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 207; Magaña, *Población y misiones de Baja California*, 50.

⁴⁵³ En la actualidad, este cementerio sigue en uso y su tamaño rebasa ya los muros perimetrales de adobe de la época misional, como se aprecia en la Imagen 9. García Ayluardo, “Re-formar la Iglesia novohispana”, 235; Magaña, *Población y misiones de Baja California*, 50.

de Mora describió en 1774, cuando visitó el paraje del Santísimo Rosario. Las visitas de los llamados “gentiles” al complejo misional se alternaban entre las distintas “rancherías”. Por ciertas temporadas, las familias indígenas que integraban cada una de estas llegaban y se establecían extramuros, eran empleadas en las labores misionales y recibían la doctrina de parte de los misioneros dominicos. Después se retiraban y el espacio quedaba libre para la “ranchería” que siguiera.

Las ampliaciones al complejo misional de Santo Domingo continuaron hasta finales del siglo. En un informe de 1795 aparece escrito: “se ha agrandado la iglesia 20 varas (15.76 m), se ha subido esta y toda la demás fábrica de la misión dos varas, se ha techado toda ella de nuevo”.⁴⁵⁴ En lo general, los edificios fueron renovados, ampliados y blanqueados con estuco o cal. Los muros alcanzaron una altura de casi tres metros. Frente a la entrada principal de la iglesia, se levantó un granero y, adyacente a este un corral, todo de adobe y techos de jacal. Posicionados así, iglesia y granero, custodiaban el acceso principal al complejo. La otra hilera de estancias, la del lado oeste del cuadrante, también se amplió, se le acondicionó “una casa muy capaz para mayordomos y sirvientes”, y se renovó la cocina.⁴⁵⁵ Muy seguramente a este edificio fue al que se le fabricó “un corredor de 60 varas (50.28 m) al frontis de toda la fábrica con 12 pilares que la sostienen”⁴⁵⁶ y que debió mirar hacia el área comunal del complejo, en la cual se había construido una espadaña con dos arcos para las campanas, parecida quizá a la de Santa Gertrudis la Magna. Por último, se construyó “una bodega subterránea para la mejor conservación de los vinos”, que probablemente se encontraba pegada al muro norte del cuadrante misional.⁴⁵⁷

⁴⁵⁴ AGN, Misiones, vol.2, exp. 3, f. 48-71, *Informe de la misión de Nuestro Padre Santo Domingo según el estado en que se halla en el día último de diciembre de 1795*, 63.

⁴⁵⁵ AGN, Misiones, vol.2 exp. 3, f. 48-71, 63.

⁴⁵⁶ AGN, Misiones, vol.2 exp. 3, f. 48-71, 63.

⁴⁵⁷ AGN, Misiones, vol.2 exp. 3, f. 48-71, 63.

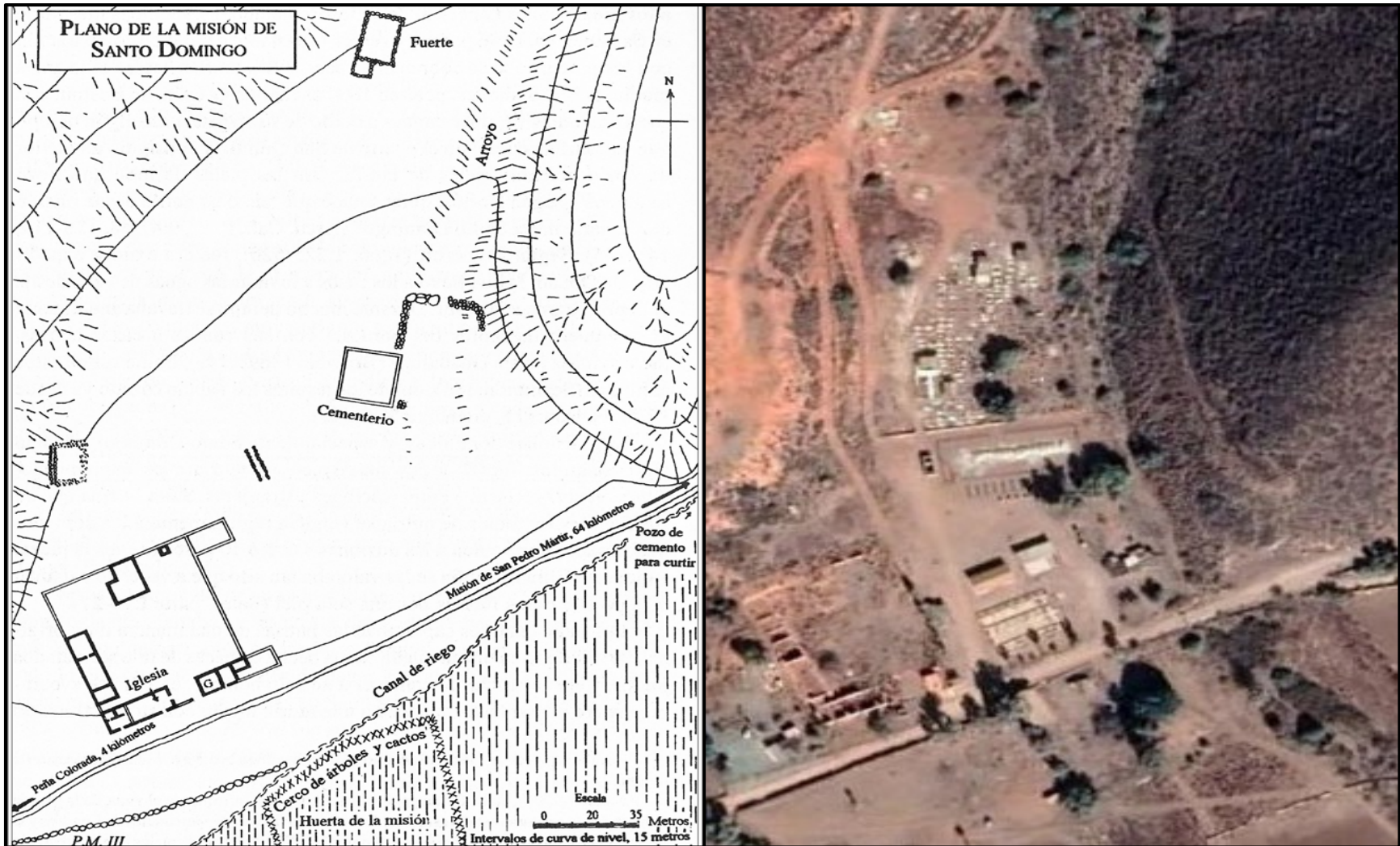


Imagen 9. Izquierda: plano de las ruinas del complejo misional de Santo Domingo de la Frontera elaborado por Peveril Meigs en 1926 (Fuente: Meigs, 2005, p. 132). Derecha: imagen satelital de los vestigios del complejo misional de Santo Domingo de la Frontera (fuente: Google Earth Pro, 2021).

Frente a la pared sur del cuadrante misional, de cara al llano que se extiende entre las laderas del cañón y el arroyo Santo Domingo, se labraron las tierras de cultivo de la fundación. Ahí se cosechaba principalmente trigo, frijol, maíz y garbanzo, de los cuales se obtuvieron grandes cantidades a finales del siglo XVIII y principios del XIX. También se cultivó una viña y en una parte de estos campos, casi enfrente de los edificios misionales, se delimitó una huerta conformada por árboles frutales, como algunas higueras, que todavía Peveril Meigs vio de pie en la década de 1920.⁴⁵⁸ No obstante, la producción agrícola de Santo Domingo de la Frontera no se limitó a los llanos que se extendían enfrente del complejo misional. De igual modo como ocurrió con el resto de las misiones dominicas, esta fundación contó con distintos ranchos en los cuales se distribuían las actividades agrícolas y ganaderas, y que servían, además, de enclaves para configurar el área de influencia misional.

De entre todos los ranchos adscriptos a Santo Domingo, el más importante de estos fue el de San Telmo, por la sobresaliente producción agrícola que logró y el destacado aumento de sus ganados. Este rancho misional estaba localizado al norte de la cabecera de Santo Domingo, en un fértil valle regado por un arroyo y en donde había una poza profunda que hoy ya no existe. Probablemente sus tierras comenzaron a ser explotadas para beneficio de la misión desde 1794, pero dos años después, fue necesario levantar en el sitio una serie de estancias y recintos que albergasen las actividades productivas. Así fue como, en 1796, se construyó “una casa en el rancho de San Telmo de 50 varas (42 m) con pieza o sala competente, recamara, troje, dispensa y capilla para celebrar; [toda la] fábrica de adobe y techo de jacal. Más un corral de 4 varas (3.3 m) con casa de mayordomo, cocina, lugar común y campanario”.⁴⁵⁹ Resulta muy difícil saber la distribución que estas estancias tuvieron, pero es plausible imaginar que en conjunto articularon un plano en forma de escuadra, que se fue ampliando con más estancias en los años que le quedaron al siglo XVIII. El grado de actividad constructiva que se emprendió en San Telmo fue equiparable al requerido para levantar un complejo misional. Esta circunstancia hizo creer erróneamente a varios vecinos de la Frontera, durante la segunda mitad del siglo XIX, que las ruinas de San Telmo eran las de una vieja misión dominica. Esta creencia, posteriormente, tuvo sus repercusiones en la historiografía regional ya que, al hablar del rancho misional de San Telmo, varios autores lo

⁴⁵⁸ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 137–38.

⁴⁵⁹ AGN, Misiones, vol.2, exp.4, f. 72-98, *Informe de la misión de Nuestro Padre Santo Domingo según el estado en que se halla en 31 de diciembre de 1796*, 92.

hacen como si se tratara de una visita dependiente de Santo Domingo de la Frontera. En ningún sentido San Telmo fue una visita misional. En primer lugar, porque no hay evidencia que demuestre que los misioneros dominicos le atribuyeran ese rango y,⁴⁶⁰ en segundo, porque la visita era una unidad territorial dentro de la organización misional de los jesuitas, la cual quedó de luto al momento de la expulsión.⁴⁶¹

La conformación del paisaje de Santo Domingo de la Frontera iba más allá de los principales edificios misionales. También se materializaba en la infraestructura hidráulica que permitió un control sobre el agua y el desarrollo de las actividades agrícolas y ganaderas. Más de tres kilómetros cañón arriba del complejo misional se construyeron canales y acequias de riego que bordeaban las laderas casi de forma paralela al arroyo, hasta llegar a las tierras de cultivo de la misión, donde el agua era suministrada.⁴⁶² En 1797, frente al complejo misional, entre el llano cultivado y el cauce del arroyo, parece que se cavó “una zanja a todo costo de dos leguas de largo (8.38 km) para remar la agua del arroyo, que por el arenal inmenso que había en el intermedio no podía llegar a la misión, si era poca, y si era mucha, hacía tales estragos en las tierras de siembra, que parte de ellas se llevaba la avenida y parte las llenaba de arena inutilizándolas enteramente”.⁴⁶³ Ese mismo año, se elaboró a un costado del lado este del cementerio “un corral de piedra con pretil de lo mismo, obra muy precisa y necesaria, para que las avenidas [que descenden de las laderas] no inunden la misión, como se ha experimentado otros años”.⁴⁶⁴ Esta última obra, con seguridad, fue la que Peveril Meigs identificó como “un dique de diversión para las aguas de tormenta”.⁴⁶⁵

También en 1797 continuaron las obras constructivas en San Telmo, revelando la importancia que este rancho tuvo en el sostenimiento de la misión Santo Domingo, mostrando así que el número de indígenas neófitos de los que disponían los frailes tanto para fomentarles el trabajo agrícola y ganadero, como el de la albañilería, era suficiente en esos

⁴⁶⁰ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 208.

⁴⁶¹ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 83; Baena Reina, “De ‘tierra inhóspita’ a ‘tierra de misiones’: Baja California y la última frontera jesuítica (1683-1767)”, 95.

⁴⁶² Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 136; Miguel Ángel Sorroche Cuerva, “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”, *Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época*, núm. 32 (2014). 145.

⁴⁶³ AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 1-30, *Informe de la misión de Nuestro Padre Santo Domingo según el estado en que se halla en 31 de diciembre de 1797*, 21-22.

⁴⁶⁴ AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 1-30, 21-22.

⁴⁶⁵ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 136.

momentos, viniendo de una población misional que por cinco años se había mantenido en un promedio de 300 personas. La capilla se trabajó de nuevo y, a decir de los misioneros, quedó “bastante decente”. También se cubrieron “tres oficinas que quedaron sin techo el año pasado por falta de tiempo. Se ha blanqueado toda la fábrica, a saber, casa de padres, recamaras, trojes, y oficinas de otra granja...”.⁴⁶⁶ Esta atención dada al rancho misional de San Telmo se replicó al siguiente año, 1798. Así, mientras la cabecera misional de Santo Domingo era trasladada al complejo que se había acondicionado dentro del pedregoso cañón del mismo nombre, a una legua (4.19 km) del viejo paraje de San Telmo se construían “una casa magnífica para los padres con sus recamaras, trojes, dispensas, capilla para decir misa, y todas las oficinas necesarias en una misión”.⁴⁶⁷ A su vez, en el sitio se abrieron nuevas “tierras para sembrar hasta ocho fanegas de maíz con agua abundantísima” que se tomaba de un dique elaborado con adobes.⁴⁶⁸ Estas tierras de cultivo, el dique y los nuevos edificios mencionados también eran parte del rancho misional, pero formaron el complejo de lo que se llamó San Telmo de Abajo, distinto y distante del primero que había comenzado a edificarse al este en 1796, o sea, el paraje viejo, que para entonces se empezó a conocer como San Telmo de Arriba. Otros ranchos de menor importancia fueron Camalú y San Ramón (Imagen 10).

Mientras que el rancho misional era sujeto a mejoras, la forma arquitectónica del complejo misional de Santo Domingo de la Frontera parecía estar ya perfilada a finales del siglo XVIII, ya que al parecer muy poco se le añadió y en el corto plazo no fue objeto de modificaciones significativas.⁴⁶⁹ Se erigía a la sombra de los cerros del cañón y sus edificios enalados, trabajados en adobe y piedras, troncos y jacal, parecían dominar el paisaje. Hacia el este, subiendo los pliegues serranos, marcaban el arranque del camino que conducía a la misión de San Pedro Mártir, fundada en 1794. Mientras tanto, hacia el oeste, su cercanía al océano les permitió a los misioneros residentes establecer un control sobre la explotación de las salinas de San Quintín, o sobre la cacería de nutrias y la comercialización de sus pieles. De estas actividades se obtenían ingresos extras para el sostenimiento de la misión, sobre

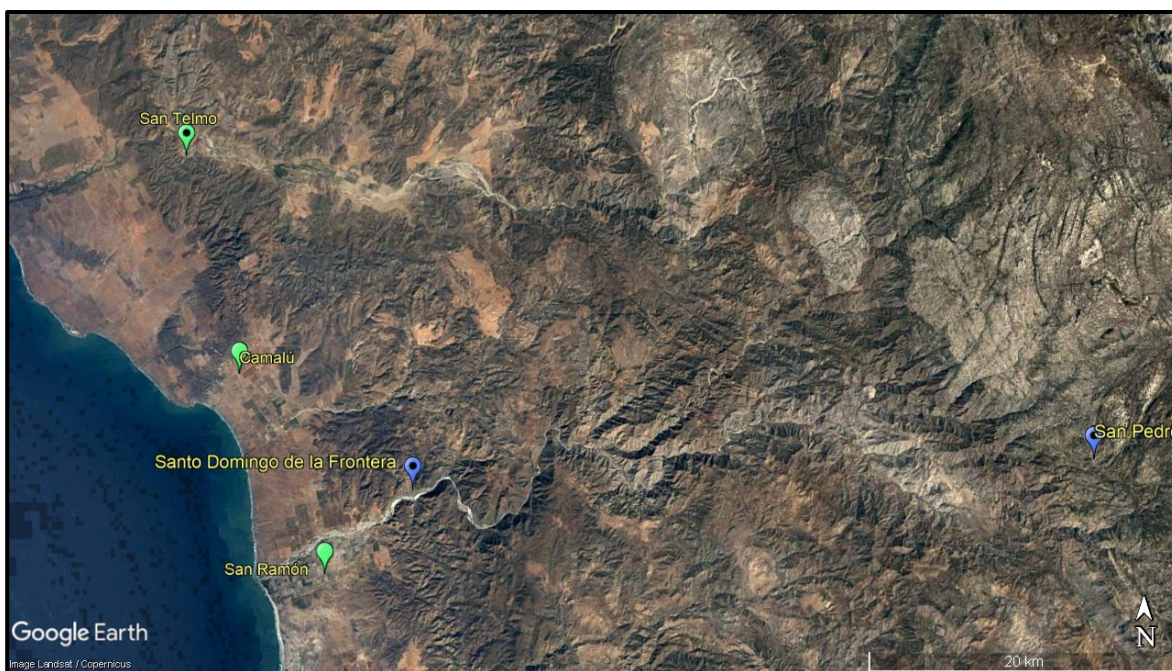
⁴⁶⁶ AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 1-30, 21-22.

⁴⁶⁷ AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 31-62, *Informe de la misión de Nuestro Padre Santo Domingo según el estado en que se halla en 31 de diciembre de 1798*, 54.

⁴⁶⁸ AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 31-62, 54; Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 148-49.

⁴⁶⁹ Magaña, “La importancia de la arqueología en la reconstrucción histórica de Santo Domingo”, 100.

todo por los tratos clandestinos que los frailes lograban con embarcaciones extranjeras, ya que en esos momentos el comercio de las pieles de nutrias impulsaba una gran red de intercambios comerciales de alcances transoceánicos, que violentaba las prohibiciones establecidas por la Corona española en las Californias y en la cual, no obstante, la misión de Santo Domingo, como otras, se había erigido en un nodo más del comercio. Esta actitud se vio expresada espacialmente, gracias a un par de pequeñas fosas para el curtido de las pieles



que fueron adaptadas entre la infraestructura hidráulica del complejo misional.⁴⁷⁰

Pero aún con todo esto, el inicio del siglo XIX, que se vio acompañado por los estragos de una temporada de sequias, pareció haber marcado el comienzo del largo decaimiento de la presencia misional en la región de la Frontera. En el curso de la primera década del nuevo decenio, el desgaste se fue haciendo evidente en las primeras “misiones fronteras” de los dominicos, es decir, en el Santísimo Rosario y en Santo Domingo. La producción agrícola disminuyó cada año, tanto que el hambre afectó a los indígenas neófitos, quienes además se vieron golpeados por los efectos nocivos de las epidemias. A partir de

⁴⁷⁰ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 137; Sorroche Cuerva y Ruiz Gutiérrez, “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”, 142.

1808, Santo Domingo de la Frontera se encontraba en franco declive. Su población indígena fue decayendo de forma constante a causa del hambre y la enfermedad. Muchos neófitos morían y otros más abandonaban la misión para reinsertarse en la movilidad estacional, se desplazaban a otras áreas y en el camino se incorporaron culturalmente a otros grupos yumanos no reducidos.

Aunque no faltaron nuevos indígenas que se incorporaran a la misión, en general la tendencia de declive se mantuvo en Santo Domingo a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. La obtención de poca agua para el riego propició que varias tierras en torno al complejo dejaran de trabajarse. Con ello, San Telmo se posicionó como la principal área de producción agrícola que sostenía a la misión. Las estancias, por otro lado, se vieron descuidadas, no se erigieron nuevas construcciones y cada vez era más difícil atender las existentes. Entre agosto y octubre de 1822, cuando México ya se había conformado en una nación independiente, Santo Domingo de la Frontera finalmente se quedó sin misionero residente, ya que por esas fechas fray Domingo Luna se retiró sin que hubiera otro misionero para remplazarlo. Aun así, la misión se mantuvo activa y en adelante quedó a cargo, primero, del misionero residente en San Vicente Ferrer, y luego, al abandonarse ésta, fue atendida hasta su clausura por el misionero de Santo Tomás de Aquino. En ese tiempo, el sostenimiento de Santo Domingo fue precario. Fuera del incremento de población que experimentó en 1824, cuando a su población indígena se le agregó el pueblo de misión de la ya para entonces extinta San Pedro Mártir, su situación cada año se complicaba más, reflejo del debilitamiento misional y del proceso de deslinde de tierras que autoridades y viejos soldados de misión impulsaban.

En 1839, finalmente fue clausurada la misión que había sido erigida en la Frontera en honor al padre fundador de los frailes predicadores, aunque esto no significó el abandono del sitio. Pronto las desgastadas estancias y habitaciones misionales fueron reapropiadas, albergaron otros propósitos y otros sentidos distintos a los misionales, algunas hasta sirvieron a funciones para las que no fueron pensadas en un inicio. Al año siguiente de la clausura, las tierras misionales de Santo Domingo fueron deslindadas en favor de José Luciano Espinosa, quien habitó junto a su familia el complejo ex misional y lo ocupó para establecer su rancho. Este último siguió formando parte de patrimonio de la descendencia directa de Espinosa durante el resto del siglo XIX, como puede apreciarse en una fotografía de 1891 (Imagen 11), donde aparece probablemente con su familia Barbara Espinosa Rosas, hija del viejo rancharo,

quien carga a un niño y observa hacia la cámara, como si reafirmara con la mirada su posesión. La imagen no solo muestra a quienes habitaban este espacio, en ella también son reconocibles algunos rastros del complejo misional que aún perduraban, tales como unas campanas sostenidas por troncos y la esquina suroeste de la iglesia reforzada por el



contrafuerte de piedras acopladas.⁴⁷¹

2. REDUCIR A LOS “GENTILES” DE LAS SIERRAS Y ALCANZAR EL RÍO COLORADO

Ese remanente desértico que era el área en torno al delta y los márgenes del río Colorado era estratégico para las lógicas de dominio hispánicas. Sus áridos llanos y ásperas elevaciones aisladas representaban la única forma terrestre para comunicar a las Californias con Sonora, y así con el resto del virreinato. Era el paso natural para asegurar el control de aquel territorio, como lo habían entendido los jesuitas en California, cuando la meta territorial por alcanzar dentro de su línea de avance misional era el río Colorado. Así también lo consideró la

⁴⁷¹ Magaña, “La importancia de la arqueología en la reconstrucción histórica de Santo Domingo”, 103.

iniciativa por reorganizar los territorios al norte de la Nueva España que vino después de la expulsión de los jesuitas y que procuraba prevenir cualquier peligro extranjero.⁴⁷²

Los intentos por ocupar el espacio que separaba a la Pimería Alta y a las Californias fueron una extensión de la campaña de reordenamiento de las fronteras, un frente de acción más para los proyectos territoriales de José de Gálvez. Este frente, visto desde la óptica de los intereses imperiales, hizo que la apertura de una ruta terrestre a las Californias se volviera imperativa para el sustento y defensa de estas provincias, sobre todo a partir de que el acceso marítimo a la Alta California se tornara demasiado costoso y arriesgado.⁴⁷³ No obstante, el propósito se entrevió extremo. Si bien la región del Colorado ya era objeto de escrutinio español, delineado y demarcado en los mapas, así como apropiado discursivamente, aún resultaba desconocido.

Las propias características fisiográficas de esta región desértica parecían hacer de este espacio algo infranqueable, una frontera inaccesible. Considerar una travesía por aquellos desiertos era un guiño a la muerte. Incluso el río Colorado era percibido como un obstáculo peligroso, pese a que su cauce delineaba los puntos más hidratados y verdosos de la región, cruzarlo resultaba una proeza riesgosa en algunas temporadas. Las elevadas temperaturas, los arenosos médanos y los suelos agrietados presentes en algunas áreas de esta región reafirmaron la interpretación histórica que Occidente había formulado sobre los desiertos, como esas tierras infértiles, abruptas, inhóspitas y hostiles.⁴⁷⁴ Esta concepción se vio reforzada además con la definición que se hizo de los pobladores de la región del Colorado. Los grupos indígenas que ahí habitaban, como los cucapá, fueron percibidos salvajes y violentos, seminómadas que guerreaban de manera constante. Esta percepción reafirmó, en estos linderos, la construcción retórica del norte como espacio de constante violencia, y, en

⁴⁷² Consumada la expulsión jesuita, el espacio al norte de la Nueva España fue objeto de inspección por una iniciativa imperial de reordenamiento territorial. A instancias del visitador Gálvez, se llevó a cabo la inspección y reorganización de la estructura militar en las fronteras virreinales con el propósito de establecer un dominio y un control más efectivos. De estas iniciativas los resultados más destacados fueron la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas y una línea de presidios trazada de este a oeste. Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 65–66; García Malagón, “Los presidios en el septentrion novohispano en el siglo XVIII”.

⁴⁷³ Weber, *La frontera española en América del Norte*, 352–54.

⁴⁷⁴ Cecilia Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, Primera edición (México, D.F: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social: Instituto Mora, 2015). 44.

ese sentido, también de susceptible dominio. Es decir, un espacio necesitado de ordenamiento y control.⁴⁷⁵

El interés por aproximar y aproximarse aquel territorio motivó a que se consideraran distintos puntos de arranque. Los franciscanos y los militares en Alta California sí tenían el objetivo y el interés de abrirse camino hacia Sonora, pero era prioritario consolidar el dominio español en los litorales de esa provincia a través de la fundación de misiones, presidios y puertos.⁴⁷⁶ Por su parte, al recibir el control de la península de California en 1772, los dominicos tenían la tarea de tomar rumbo hacia el Golfo de California y el delta del río Colorado, pero solo después de haber concluido el itinerario misionero hacia la fundación franciscana y presidio de San Diego de Alcalá.⁴⁷⁷ Estas circunstancias hicieron que el camino para cruzar el desierto partiendo de las Californias quedara en espera. Su apertura, no obstante, vino de la Pimería Alta en Sonora.

En 1774 el desierto, el Colorado y las montañas que los separan del océano Pacífico fueron atravesados. La expedición a cargo de Juan Bautista de Anza, capitán del presidio de Tubac, llegó a la misión de San Gabriel en la Alta California, y con ello parecía haberse cumplido el objetivo virreinal de abrir una ruta de comunicación entre las Californias y la provincia de Sonora.⁴⁷⁸ Al año siguiente Anza replicó la expedición y condujo hacia la Alta California a un contingente de colonos provenientes de San Felipe de Sinaloa y de San Miguel de Horcasitas.⁴⁷⁹ Estas incursiones dieron la impresión de proyectar sobre el desierto del Colorado el dominio imperial. El territorio se había demarcado y se volvió, en apariencia, transitable. Incluso los indígenas que surcaban los desiertos o levantaban cultivos y asentamientos en los márgenes de los ríos parecían accesibles a las necesidades hispánicas. Algunos de los grupos ayudaron a que el contingente de Anza cruzara con todo y ganados los ríos Gila y Colorado. Asimismo, Sebastián Tarabal, un indígena cochimí prófugo, fue un personaje clave para que Anza consiguiera la travesía.⁴⁸⁰ Este aparente control sobre la región desértica no solo les permitió definir un itinerario para conducir bastimentos, sino también

⁴⁷⁵ Sheridan Prieto, 42–43.

⁴⁷⁶ Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*.

⁴⁷⁷ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 81.

⁴⁷⁸ Weber, *La frontera española en América del Norte*, 354–55.

⁴⁷⁹ Weber, 353–59; Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 48.

⁴⁸⁰ Ortega Soto, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 69; Weber, *La frontera española en América del Norte*, 357.

hizo a los pobladores indígenas susceptibles de conversión. Aunque serviciales y afectuosos, a los ojos de religiosos, soldados y colonos, los indígenas no dejaban de ser salvajes, idólatras, miserables y propensos a la violencia.

Al objetivo de abrir una ruta de comunicación entre las Californias y la provincia de Sonora, le siguió la fundación de establecimientos permanentes que no solo dominaran ese territorio y facilitaran el tránsito, sino que también posibilitaran la evangelización de los indígenas “infieles” y la implantación de la vida “civil” en la zona. En 1780, después de muchos ruegos, a los franciscanos del Convento de Santa Cruz de Querétaro encargados de evangelizar la región de la Pimería Alta a la salida de los jesuitas, se les autorizó extender su distrito misionero hasta los márgenes de los ríos Gila y Colorado, donde lograron fundar dos misiones: San Pedro y San Pablo de Bicuñer y Purísima Concepción del río Colorado. Dichas fundaciones se lograron, en buena medida, por las incursiones que fray Francisco Garcés había realizado desde 1768 en ese espacio que se extiende entre la misión de San Xavier del Bac, en la Pimería Alta, y el río Gila.⁴⁸¹



Imagen 12. José Antonio de Alzate y Romero, “Nuevo mapa geographico de la América Septentrional, perteneciente al virreinato de México”, París, Académie des Sciences, 1772, (fragmento), Bibliothèque nationale de France, département Cartes et Plans, GE C-10971. [\[https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b531024980/f1.item#\]](https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b531024980/f1.item#)

⁴⁸¹ José Refugio De la Torre Curiel, “Evocando paisajes distantes: exploraciones y narrativas franciscanas sobre Arizona en el siglo XVIII”, en *Jesuitas y franciscanos en las fronteras de Nueva España, siglos XVI-XIX*, de José Refugio De la Torre Curiel y Gilberto López Castillo (México: Siglo XXI/El Colegio de Jalisco, 2020), 176–220.

Como había ocurrido con otras regiones susceptibles de observación occidental, Garcés hizo de esta amplia área desértica un territorio de posibilidades. Se apropió de ella discursivamente y la adscribió de forma narrativa al trabajo misional de su colegio. En sus reportes describió los llanos áridos y lo extremo que es el clima de esta región. De acuerdo con José Refugio de la Torre Curiel, “presentó los grupos indígenas locales como potenciales catecúmenos deseosos de recibir a los misioneros franciscanos, y describió parajes específicos en las riberas de los ríos Gila y Colorado como sitios propicios para la agricultura y el sostenimiento de comunidades permanentes”.⁴⁸² Garcés idealizó y observó el espacio geográfico y a sus pobladores en razón de un nuevo distrito misional, y sus incursiones destacaron dentro de las lógicas de dominio (Imagen 12). Fue parte total también en las expediciones de Juan Bautista de Anza, donde sus observaciones y la cercanía que había logrado con algunos grupos indígenas fueron sumamente útiles para abrir el camino a la Alta California.⁴⁸³ Al lograrse esta ruta, el propio Garcés, junto con otros misioneros franciscanos, militares y colonos, pusieron en marcha estos nuevos pueblos en los márgenes del Gila y el Colorado. Así, configuraron un nuevo paisaje que se yuxtapuso al construido previamente por los indígenas, el cual estaba cimentado en una forma distinta de apropiación de las riberas.⁴⁸⁴

Hay lugares que en medio de la incertidumbre generan en sus residentes la sensación de control, y que propician -aunque no sea del todo efectivo- la noción de dominio sobre un espacio determinado. Las misiones San Pedro y San Pablo de Bicuñer y Purísima Concepción del Río Colorado son el caso. Estas fundaciones hicieron que en las ópticas virreinales surgiera una impresión de orden territorial y, en ese sentido, un abanico de posibilidades. Para los franciscanos y los colonos de la Alta California, accesibilidad por el desierto significó la obtención de víveres y ganados por tierra, y ya no solo depender de los envíos marítimos.⁴⁸⁵ Por su parte, para los dominicos en la Antigua California, quienes ese mismo

⁴⁸² De la Torre Curiel. 198.

⁴⁸³ De la Torre Curiel, 196.

⁴⁸⁴ Las fundaciones de San Pedro y San Pablo de Bicuñer y Purísima Concepción del Río Colorado se rigieron bajo el “nuevo método de gobierno espiritual”, que en esos años era impulsado por varias autoridades virreinales. Dicho método consistía, a grandes rasgos, en que cada fundación debía contar para su defensa “con diez soldados, diez colonos y cinco artesanos, todos ellos con sus respectivas familias”, y dejar a los misioneros encargados solo del gobierno espiritual. Magaña, “Sobre nuevo método de Gobierno espiritual de misiones de Californias. por fray Rafael Verger, 1772”; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 177–79.

⁴⁸⁵ Weber, *La frontera española en América del Norte*.

año de 1780 fundaban su misión San Vicente Ferrer, la incursión de los frailes queretanos en la región desértica era trascendente, pero es probable que no haya sido de su total agrado, ya que los dominicos consideraban los parajes adyacentes al río Colorado como adscriptos a su conquista misional, en virtud del convenio que dividía a las Californias en dos jurisdicciones religiosas.⁴⁸⁶ Sin embargo, al final no habría parajes por reclamarles a los padres franciscos.

La conquista misional de los frailes queretanos entre los yuma fue efímera. Las fundaciones que habían levantado junto con soldados y familias de colonos en los márgenes del Gila y el Colorado desequilibraron las relaciones de poder que existían entre los grupos indígenas de la zona.⁴⁸⁷ Al final también exigieron y tomaron más de lo que los indígenas estaban dispuestos a tolerar. En junio de 1781, al año siguiente de haberse fundado, las dos misiones fueron arrasadas por los pobladores “gentiles” de los alrededores. El ataque fue traumático y aterrorizó las sensibilidades de religiosos, colonos y soldados de las Californias.

Para frau Luis Sales:

Fue tal la furia de los indios gentiles, que acometieron en número de más de veinte mil, que, sin embargo, de haber muchísima tropa escogida, veterana y atrincherada, mataron al comandante de la tropa, a todos los soldados, a los cristianos que existían, a las familias que entraban y a los padres misioneros franciscanos que gobernaban las misiones. A las mujeres de los soldados y oficiales las cautivaron, las desnudaron y usaban de ellas con la mayor brutalidad. Quemaron todas la iglesias y ornamentos, y se quedaron con los ganados, mulas, víveres, etcétera.⁴⁸⁸

El acontecimiento también marcó a los territorios franciscano y dominico. En adelante, un ambiente de constantes hostilidades permeó en el área central de las Californias. Al perderse para los fines hispánicos el camino entre Sonora y la Alta California, el área desértica alrededor del río Colorado se tornó de nuevo inaccesible. Oficialmente se prohibió usar la ruta, debido a que el riesgo de provocar nuevos enfrentamientos con los indígenas de la zona era latente.⁴⁸⁹ Por otra parte, nunca se abandonó la idea de alcanzar el Colorado. En adelante todo proyecto de aproximación se planeó con cautela y mayores precauciones, empleando medidas militares y defensivas. Muchas de estas comenzaban aplicándose en los

⁴⁸⁶ Al narrar los acontecimientos que dieron fin a las misiones franciscanas en los ríos Gila y Colorado, el dominico Luis Sales aclara que aquellos sitios habían sido señalados originalmente para los misioneros de su orden. Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:139.

⁴⁸⁷ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 179–80.

⁴⁸⁸ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:139.

⁴⁸⁹ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, 168.

propios programas constructivos de los complejos misionales, como era el caso de las misiones fundadas por los dominicos en la región Frontera de la península.⁴⁹⁰ A diferencia de las misiones franciscanas en la Nueva California, apoyadas por una red de presidios que se integraba a la línea de presidios que de este a oeste delineaba el norte del virreinato, las misiones dominicas al norte de la península eran resguardadas por una comandancia militar y las reducidas escoltas que se apostaban en cada una de ellas.

Antes de siquiera comenzar con los preparativos para una incursión hacia las serranías con la intención de enfilarse hacia el río Colorado, los frailes dominicos ya venían dotando de un carácter defensivo a cada uno de los complejos misionales que en dirección norte iban fundando. Puesto que, como se ha dicho, el “país intermedio” entre San Fernando Velicatá y San Diego de Alcalá, había sido definido por las ópticas de domino como “frontera de gentiles”, debido a que era un territorio no controlado y densamente poblado por indígenas no reducidos, los elementos militares y defensivos como torres, fuertes o muros resultaban imprescindibles y eran desplegados en todo el programa arquitectónico del complejo misional.⁴⁹¹ La idea de prevenir posibles alzamientos o ataques indígenas, así como el hecho de que el apoyo de los presidios en la región de la Frontera era indirecto, obligó a que el carácter militar complementara el paisaje construido por cada complejo misional dominico.

San Vicente Ferrer, en ese sentido, fue la misión de la Frontera más paradigmática en un primer momento. En 1781, al año siguiente de haber sido fundada, ocurrieron los acontecimientos bélicos ya mencionados que acabaron con las misiones establecidas a orillas del Gila y el Colorado por los franciscanos del colegio de Querétaro.⁴⁹² Debido a la atmósfera de sobresaltos que vino a raíz de este episodio y a que San Vicente era en ese momento la última de las “misiones fronteras” en la península, se reafirmó de forma inmediata su carácter defensivo. En ese sentido, el dominico residente fray Luis Sales logró “fabricar una muralla de tres varas de alto (2.5 m) con sus torres” para resguardar el complejo y contener a los indígenas levantados.⁴⁹³ Asimismo, en San Vicente Ferrer también se estableció la Comandancia militar de la Frontera con el fin de responder a la urgencia de mantener un

⁴⁹⁰ Ruiz Gutiérrez y Sorroche Cuerva, “Jesuitas, franciscanos y dominicos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII”, 60.

⁴⁹¹ Ruiz Gutiérrez y Sorroche Cuerva, 54.

⁴⁹² Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:139.

⁴⁹³ Sales, 6:140.

destacamento de soldados fijo que mantuviera la defensa de las misiones y el territorio,⁴⁹⁴ que consolidara un espacio rígido y controlado militarmente. Buscaba fijar, además, un frente y un punto de acción ante cualquier amenaza proveniente de la línea de cumbres o de la zona oriental del norte peninsular. Desde su localización había un paso accesible que, entre los pliegues orográficos, seguía el cauce del arroyo San Vicente hasta dar con el desnivel que se extiende entre las sierras de la Cieneguilla (San Pedro Mártir) y Jacumé (Sierra Juárez). El paso llega a El Portezuelo, un camino que comunica con el desierto que va en dirección al Golfo y al delta del Colorado, y que hacía posible cualquier ataque de indígenas kiliwa, paipai o cucapá.⁴⁹⁵ En ese sentido, al resguardar este acceso natural, el complejo misional de San Vicente Ferrer marcó una posición militar que se pensó hacer extensiva en las misiones que posteriormente fueron fundadas en las serranías hacia la última década del siglo XVIII.⁴⁹⁶

Si bien a raíz del ordenamiento territorial todo el norte de la península había sido definido como “frontera de gentiles”, las serranías y la zona desértica hacia el este se percibieron como aquellos espacios que resguardaban la mayor resistencia indígena en contra de la conquista misional de los frailes. A partir de 1768, conforme el avance militar y misionero se fue desplegando hacia el norte de la península, el paisaje construido por los grupos yumanos se fue alterando. En el transcurso de los años, indígenas prófugos de sistema misional y algunas bandas decidieron replegar su movilidad hacia las sierras con el fin de no caer bajo el control de los misioneros y los soldados. Circunstancia que hizo de la línea de cumbre y de los desiertos un territorio de “gentilidad” y apostasía. El hecho de que las sierras fueran espacios no controlados representó serias preocupaciones para la estabilidad del proyecto misional dominico. En primer lugar, porque se trataba de un espacio donde lo definido como salvaje no estaba dominado, planteando así una amenaza latente, ya que se esperaba que todo connato de violencia por parte de los indígenas proviniera del este. De esta

⁴⁹⁴ León Velazco, “San Vicente en el contexto de la frontera”, 110.

⁴⁹⁵ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 156–57.

⁴⁹⁶ La urgencia que algunos dominicos tenían en 1779 para que la evangelización se extendiera a las sierras, llevó a que un grupo de ellos, incluido al parecer el presidente de las misiones, fray Vicente de Mora, sugiriera para la nueva fundación de San Vicente Ferrer el paraje de La Cieneguilla, en los niveles bajos de la Sierra de San Pedro Mártir. Sin embargo, el gobernador Felipe de Neve consideró que el camino costero hacia la Alta California debía terminarse antes de considerar cualquier proyecto en las serranías. De ahí que al final se haya optado por el paraje de Santa Rosalía, donde fue fundada San Vicente Ferrer en agosto de 1780. AGI, Guadalajara, 281-B, “Aviso de Teodoro de Croix, comandante general de las Provincias Internas, dirigido a José de Gálvez, sobre el establecimiento de la misión de San Vicente Ferrer, en la Antigua California, 30 de noviembre de 1781”, transcrito como Documento 8 en Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 394–95.

preocupación se desprendía la imperiosa necesidad que algunos dominicos tenían por extender el dominio militar y religioso hacia aquellos rumbos. En segundo lugar, porque los bosques, los cerros y las montañas terminaban siendo “abrigo de abundante gentilidad”.⁴⁹⁷ Hacia allá se iban los llamados “cimarrones”, aquellos indígenas neófitos que después de estar bajo el control misional huían de este para refugiarse en los montes y, en muchos casos, integrarse a los grupos no reducidos. En 1778, con la intención de mitigar esta situación y capturar a los “cimarrones”, los misioneros residentes en San Fernando Velicatá, fray Pedro Gandiaga y fray José Díez Bustamante, sugerían conveniente que se dieran:

Las correspondientes providencias para la fundación de una misión en la referida sierra, la que (según dicen algunos que le han visto) es paraje muy proporcionado para una buena misión, pues, como más próximo a las tierras de dichos cimarrones, es regular que, con la comunicación de sus parientes gentiles, se aquieten y vivan con más sosiego reducidos a la supraescrita nueva misión, en la que podrán trabajar en su principio y aumento.⁴⁹⁸

La fundación de dicha misión en la sierra no tuvo lugar sino hasta 1794, cuando el camino misionero hacia San Diego de Alcalá ya estaba terminado y los dominicos pudieron dirigir sus fundaciones hacia el este. En esos años el temor a una irrupción indígena todavía era muy latente en las misiones. Toda el área central de las Californias se encontraba permeada aún por la atmósfera de tensión que venía arrastrándose desde el levantamiento ocurrido en los ríos Gila y Colorado en 1781.

Por tales razones, el paisaje defensivo en la Frontera se intensificó cuando las motivaciones por reducir a los indígenas no captados y alcanzar el río Colorado llevaron a los dominicos a hacer efectivas sus incursiones en las sierras. El carácter militar y el sentido defensivo tuvieron más peso y rigieron la unidad arquitectónica de los complejos misionales ahí levantados.⁴⁹⁹ La apropiación de las sierras exigía una configuración espacial que denotara un territorio consolidado bajo el dominio hispánico, que acotara, contuviese y limitara la movilidad de los indígenas “infieles”. Esto con el propósito de proteger una línea de comunicación y avance que más adelante posibilitara un asentamiento en los márgenes

⁴⁹⁷ AGN, Californias, vol. 36, exp. 13, f. 382-390, “Documentos referentes a la fundación de la misión de Santo Domingo de la Frontera”, transcrito en Magaña, *Población y misiones de Baja California*, 128.

⁴⁹⁸ AGN, Provincias Internas, vol. 1, exp. 11, f. 340, “Informe sobre la situación de la misión de San Fernando Velicatá elaborado por fray Pedro Gandiaga y fray José Díez Bustamante, 7 de junio de 1778”, transcrito como Documento 10 en Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 395-96.

⁴⁹⁹ Ruiz Gutiérrez y Sorroche Cuerva, “Jesuitas, franciscanos y dominicos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII”; Sorroche, “Las instituciones de frontera: la arquitectura misional en Baja California en los siglos XVIII-XIX”.

del río Colorado,⁵⁰⁰ y que sirviera, a su vez, como punto de contacto hacia Sonora. Esta comunicación se había vuelto necesaria para los frailes dominicos, sobre todo, a partir de que comprendieron que las fundaciones en la contracosta sonoreense que se les habían prometido para solventar el abastecimiento de sus misiones en la península jamás se harían realidad.⁵⁰¹

De acuerdo con Nieser, tres eran las misiones que se habían proyectado originalmente para el área escabrosa que compone la línea de cumbres: “la primera en algún lugar entre El Rosario y Santo Domingo; la segunda, en uno de los valles cercanos a la de Santo Domingo y San Vicente, y la tercera, en otro valle ubicado al este y noreste de las de San Miguel y Santo Tomás”.⁵⁰² Sin embargo, los misioneros dominicos al final solo lograron fundar dos: San Pedro Mártir de Verona en 1794 y Santa Catalina Virgen y Mártir en 1797.

La primera, San Pedro Mártir, fue enclavada en los bosques de la sierra y se erigió como el complejo misional más elevado en todas las Californias.⁵⁰³ En un inicio, esto le acarreó el defecto del traslado que también habían padecido las misiones replegadas hacia el Pacífico, a excepción de San Vicente Ferrer. Solo que, a diferencia de éstas, el traslado de San Pedro Mártir no se debió a la escasez o insalubridad del agua, sino a las intensas nevadas. La severidad de los inviernos en las montañas y cerros interiores del norte peninsular, junto a los asaltos y el hurto de ganados, habían sitiado la vida misional en los primeros meses de San Pedro Mártir.⁵⁰⁴ El paraje a donde finalmente se trasladó la misión era menos elevado y se trataba de una abierta pradera pedregosa, atravesada por un arroyo e igualmente rodeada de bosques y colinas.

Distinto es la geografía serrana donde se levantó la misión de Santa Catalina. Las grandes piedras de granito dominan la superficie y solo en ciertos puntos elevados se aprecian algunos árboles de coníferas. Los inviernos aquí también eran muy fríos, pero no azotaban como en San Pedro Mártir. Mientras se mantuvo en servicio, esta misión nunca tuvo que

⁵⁰⁰ En 1789, con el fin de facilitar una ruta hacia Sonora, el Consejo de Indias proyectó el establecimiento de un presidio en el río Colorado, pero la costosa y difícil realización del proyecto a causa de las hostilidades indígenas hicieron que fuera descartado. Aun así, la idea siguió figurando en los años siguientes y en 1796 el presidente de las misiones dominicas, fray Cayetano Pallas, sugirió de nuevo la construcción de dicho presidio. AGN, Californias, vol. 29, exp. 4, f. 274-325, *Noticias de las misiones dominicas en la Antigua California en los años de 1795-1796*, 308-312.

⁵⁰¹ Como se mencionó antes, desde el convenio que dividió a las Californias en dos adscripciones religiosas, se les autorizaron a los dominicos algunas misiones en la contracosta sonoreense para su avituallamiento, mismas que en reiteradas ocasiones los frailes solicitaron sin éxito.

⁵⁰² Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 214.

⁵⁰³ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 223.

⁵⁰⁴ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 217.

trasladarse, ya que las exploraciones que se hicieron para determinar el lugar de fundación para Santa Catalina fueron quizá las más minuciosas durante el tiempo que estuvo de pie el sistema misional dominico en la Antigua California, lo que dio como resultado la localización de un paraje adecuado.⁵⁰⁵ El complejo misional se construyó sobre una loma suave desde la cual se procuró tener un control visual de todo el valle rodeado de colinas bajas y peñascos blancos.⁵⁰⁶ El paraje, entendido solo a partir de las necesidades productivas de un asentamiento occidental, contaba con campos para el cultivo, pastizales para el ganado, disponibilidad de madera y, sobre todo, un flujo constante de agua, que fue aprovechado a través de una serie de acequias.⁵⁰⁷

Debido a que los dominicos se internaban en territorios densamente poblados por indígenas hostiles a ellos, los preparativos para fundar ambas misiones se realizaron bajo varias precauciones. Se extendieron las solicitudes respectivas de auxilios, en especial de suficientes escoltas para que los frailes efectuaran protegidos el avance. En noviembre de 1797, por ejemplo, el gobernador Diego de Borica solicitó al comandante del presidio de Loreto, en razón de una autorización del virrey Branciforte, un aumento de tropa concerniente a “un cabo y cinco soldados” para sostener la recién fundación de Santa Catalina.⁵⁰⁸ Para emprender en las serranías la llamada “conquista espiritual”, los dominicos y los soldados se sirvieron del paisaje indígena desplegado, ya que para erigir sus fundaciones identificaron los puntos de agua más importantes, así como los principales lugares de encuentro y estancias temporales de los pobladores. Esta apropiación del espacio trastocó el paisaje indígena, pues alteró las maneras y prácticas en las que el espacio era habitado, e incitó a que las hostilidades fueran constantes. Ambas fundaciones serranas fueron yuxtapuestas sobre parajes relevantes dentro de la movilidad estacional de los grupos yumano. El sitio de San Pedro Mártir era atravesado por las rutas de movilidad que conducían a los pobladores kiliwa de las serranías a los desiertos rumbo al Golfo de California. Por su parte, Jatkbjol (“agua que cae con ruido”), donde se situó Santa Catalina, era un paraje con un flujo de agua constante, trascendente en

⁵⁰⁵ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 83–87.

⁵⁰⁶ Meigs III, 219; Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 227.

⁵⁰⁷ Sorroche Cuerva y Ruiz Gutiérrez, “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”, 134.

⁵⁰⁸ IHH-UABC, Colección Documentos sobre la frontera, *Copia certificada de la orden que pasó el virrey Branciforte al comandante de Loreto para que aumente la compañía de la nueva fundación de Santa Catalina, 8 de noviembre de 1797*, 2.34.

la cosmogonía indígena e importante como lugar de encuentro otoñal dentro de la territorialidad de varios grupos kumiai, pa ipai y cucapá, quienes ahí recolectaban piñones en esa temporada.⁵⁰⁹

De la construcción de estos complejos misionales el paisaje desplegado fue de asedio. Celebradas las misas fundacionales, se prepararon los cimientos y se elaboraron los bloques de adobe para levantar los nuevos edificios. Asimismo, se articularon las defensas. Al momento de su construcción, las dos misiones fueron fortificadas por amplios muros que resguardaban los espacios religiosos y de labor. A la par, la iglesia y las estancias, los corrales y las habitaciones fueron construidas. Las nevadas obligaron que, a diferencia de las misiones cercanas a la costa, en los techos de San Pedro Mártir y Santa Catalina se empleara la técnica del terrado, la cual consistía en colocar sobre una estructura de viguería una serie de recubrimientos intercalados de varas, paja y lodo.⁵¹⁰ Se erigieron torreones, fortines o baluartes rudimentarios para una mayor protección de los recintos.⁵¹¹ Como pasó con las otras misiones de la Frontera, las fundaciones serranas nunca fueron obras concluidas. A lo largo de los años que se mantuvieron, los dos complejos misionales en las sierras experimentaron modificaciones o restauraciones que buscaban mantener sus reducidas poblaciones, reforzar sus defensas o remediar sus daños.

Al arrancar la primera década del siglo XIX, la idea de una nueva misión era impensable si no se hacía en el río Colorado. A esas alturas, lograr una ruta terrestre a través de esta zona significaba para los dominicos, como lo había sido para los jesuitas en su momento o para la colonización desde la Nueva California, una forma de afianzar el abastecimiento y de evitar el colapso de sus misiones. Aunque esa posibilidad, como se vio, parecía nula sobre todo a raíz de los sucesos de 1781, en el transcurso de esos primeros años del nuevo siglo, los informes bienales hasta 1809 lo mostraban como algo factible. La idea se cimentaba en el hecho de que en la zona serrana parecía haberse logrado un ambiente de relativa calma. Si bien San Pedro Mártir sufría un declive poblacional principalmente a causa

⁵⁰⁹ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*, 51; Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 217.

⁵¹⁰ AGN, Misiones, vol. 2, exp. 3, fs. 69-70, *Informe de esta misión de San Pedro Mártir según el estado en el que se halla el día último de diciembre del año 1795*; AGN, Provincias Internas, vol. 19, exp. 1, fs. 29-30, *Informe de esta misión de Santa Catalina según el estado en el que se halla el día último de diciembre del año 1797*; Rocío López de Juambelz y R. Brooks Jeffery, *Sistemas tradicionales constructivos. Terrados y otras techumbres*. (México: Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Arquitectura, 2015), 10-11.

⁵¹¹ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 228.

de la huida de los “cimarrones”; Santa Catalina, en cambio, aumentaba sus “conquistas espirituales”, con todo y que su producción agrícola no destacaba.⁵¹²

El temor no se había ido del todo. La “escolta respetable” en Santa Catarina se mantenía en suspenso.⁵¹³ Los misioneros y los soldados aún tenían sus reservas respecto a los recién convertidos y especialmente respecto a los “gentiles” de la zona oriental. No obstante, consiguieron que el pueblo de neófitos “manifestara docilidad”. La actitud adoptada por los dominicos a lo largo de la primera década del siglo XIX fue de cautela. Con buenos tratos y obsequios intentaron atraer hacia Santa Catalina a algunos grupos cucapá y así ganarse su confianza. La línea de acción que se había planteado determinaba que antes de cualquier incursión en el Colorado era conveniente aumentar el conocimiento que se tenía sobre los indígenas. Los misioneros dominicos eran conscientes de las relaciones de parentesco que existían entre los distintos grupos indígenas y sabían también de las exitosas redes de comunicaciones que tenían bandas indígenas de distintos parajes. Es así que, sirviéndose de estas redes de comunicaciones, los religiosos procuraron que a los pobladores del delta del río Colorado solo llegaran buenas noticias del sistema misional, para que después se adhirieran a él. La actitud amistosa que algunos indígenas “gentiles” tuvieron con ellos, les hizo pensar a los misioneros que su plan resultaba, y se persuadieron de que en poco tiempo la barrera que detenía sus conquistas y fundaciones se abriría.⁵¹⁴

Pero esta barrera nunca se abrió, o al menos no para una nueva misión. Algo ocurrió a lo largo de la segunda década del siglo XIX que desgastó el *modus vivendi* que habían logrado los frailes. Los informes bienales terminan en 1809, lo que impide saber, al menos a grandes rasgos, el rumbo que tomaron en la década siguiente las relaciones y comunicaciones entre los dominicos de Santa Catarina y los indígenas del Colorado. Todo parece indicar que los abusos y maltratos propinados a los indígenas por los soldados fueron minando las relaciones.⁵¹⁵ Para los años veinte, cuando la misión San Pedro Mártir llevaba tiempo de haber sido clausurada a causa de la ausencia de un misionero residente, al declive poblacional

⁵¹² AGN, Misiones, vol. 2, exp. 16, fs. 189-195, *Noticias de las misiones dominicas en la Antigua California en los años de 1801-1802*.

⁵¹³ AGN, Misiones, vol. 2, exp. 16, fs. 189-195.

⁵¹⁴ Este estado de cosas fue planteado en todos los informes bienales que van de 1800 a 1809;

⁵¹⁵ “Miguel Martínez, comandante político y jefe superior de Baja California, informa sobre hábitat y recursos de cada partido del territorio”, Documento 1, 1836, en León-Portilla y Muriá, *Documentos para la historia de Baja California*, 49-58.

y al acoso de los “gentiles”, la atmósfera hostil en contra de los intereses colonizadores en las sierras se había reanudado e intensificado. Los asaltos y hostigamientos indígenas en contra del complejo misional de Santa Catarina se volvieron recurrentes. Y aunque estos eran repelidos por la escolta “con dos pedreros en un mal trazado fortín”, los medios eran limitados y al final no hubo un avance.⁵¹⁶

Como había ocurrido en muchos otros lugares en las “fronteras de gentiles”, el propio espacio geográfico y el modo cultural de los grupos indígenas habían planteado dificultades insuperables para el modelo de vida y de creencias que dominicos y soldados habían tratado de implantar. Con la destrucción del complejo misional de Santa Catarina, ocasionado por un ataque indígena en 1840, el proyecto dominico para alcanzar el río Colorado desde la región Frontera de la Antigua California terminó por desvanecerse sin haberse materializado del todo.

1.2. San Pedro Mártir de Verona

Según los pobladores kiliwa con los que Péveril Meigs conversó en 1926, los boscosos y graníticos pliegues de la sierra de San Pedro Mártir, hasta antes de la incursión dominica, jamás fueron habitados mediante asentamientos permanentes.⁵¹⁷ Si bien las montañas y los cerros, los prados y arroyos elevados de esta zona conformaban el punto central del área tradicional kiliwa, los crudos inviernos obligaban a las bandas de este grupo indígena a que sus estancias fueran en temporadas muy específicas, sobre todo a lo largo del verano. Esto no significó, por otro lado, que las cordilleras de la sierra fueran un espacio desolado culturalmente.

Los prados, los valles, los montículos de piedras o las rocas enormes de granito, los bosques poblados por pinos, abetos y cedros desperdigados a lo largo de las cordilleras, y los muchos arroyos que atraviesan las elevaciones, fueron los elementos sobre los cuales se articuló un complejo paisaje cultural. Las actividades centrales dentro de esta configuración espacial fueron la recolección de piñones, la cacería y el desplazamiento hacia los llanos

⁵¹⁶ AD IIIH-UABC, Baja California en el AGN, Gobernación, *Copia que contiene noticias importantes del territorio de la Baja California, 1828, 1848, exp. 2.5.*

⁵¹⁷ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California.* 225.

desérticos que corren al Golfo o hacia los pliegues que conducen al Pacífico. Muchas son las huellas que evidencian las incursiones indígenas en la sierra de San Pedro, los geosímbolos kiliwa del bosque y las montañas. Entre ellos se cuentan metates tallados en algunas rocas, donde las mujeres kiliwa trituraban los piñones recolectados, pero también están las enormes piedras que sirvieron de refugio, los trozos de barro de algunas vasijas e incluso sitios con pinturas rupestres.⁵¹⁸ También los lugares sagrados, como algunos cuerpos de agua inmersos en un aura mística dentro de la cosmogonía kiliwa.⁵¹⁹ La sierra de San Pedro Mártir era un paisaje con una construcción cultural muy densa, lo cual la volvía, desde la óptica hispánica del siglo XVIII, un área “inundada de gentiles”. De ahí que, una vez cubierto el itinerario costero hacia la Alta California, los frailes dominicos y el gobierno de la Antigua California dieran inicio al proyecto que buscaba reducir en misión a los indígenas en las sierras y abrir una ruta hacia el delta del río Colorado que permitiera establecer contacto con la provincia de Sonora.

Para este itinerario serrano se tenían en un inicio contempladas tres misiones. De estas, la que le dio comienzo a la ruta fue San Pedro Mártir de Verona. Su fundación, además de cambiarle el nombre a la sierra, antes conocida como la Cieneguilla, marcaría el cauteloso intento de los dominicos por acercarse al Colorado, todavía distante a varios kilómetros. Después del proyecto franciscano por comunicar Sonora y Alta California, el cual fue violentamente frustrado en 1781 cuando los indígenas de la zona devastaron las dos misiones situadas en los márgenes de los ríos Gila y Colorado, San Pedro Mártir aglutinó en sus primeros años, aunque sin mucha notoriedad, las aspiraciones de los dominicos y del gobierno militar de la Antigua California por dominar el extremo noreste de la península y cristianizar a los indígenas de esta área. En su estudio sobre los itinerarios desplegados en el área central de las Californias, Mario Alberto Magaña hace mención del interés que había en la Alta California por alcanzar el río Colorado, pero no contempla la inclinación que en la Antigua California también había por abrir un camino hacia dicho río.⁵²⁰ Esta era palpable

⁵¹⁸ Bendímez Patterson y Foster, “Las ruinas posibles de Casilepe en la Sierra San Pedro Mártir, Baja California”.

⁵¹⁹ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*, 45–52; Bendímez Patterson y Foster, “Las ruinas posibles de Casilepe en la Sierra San Pedro Mártir, Baja California”, 54.

⁵²⁰ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*. 168.

en los ánimos que tenía los dominicos por llevar sus conquistas a las sierras y comenzó a hacer efectivo una vez que San Pedro Mártir se fundó.⁵²¹

De entre toda la extensión de las boscosas cordilleras de la sierra, la misión San Pedro Mártir de Verona se fundó el 27 de abril de 1794 en un sitio “llamado por sus naturales Casilepé”.⁵²² La localización exacta de este lugar todavía continúa siendo tema por demostrar. En su momento Meigs especuló sobre la ubicación de Casilepé y señaló como sitios probables La Grulla o Santa Rosa, inclinándose más por este último debido a que se encuentra “en un viejo camino misionero que lleva a través de un paso por la sierra y es además mucho más fácilmente accesible desde Ajantequedo (segundo sitio de la misión) que La Grulla”.⁵²³

Sin embargo, los resultados arrojados por unos trabajos de reconocimiento arqueológico realizados en 1991 han hecho aceptable la hipótesis de que el primer sitio de la misión San Pedro Mártir se ubicó en el paraje de La Grulla, una amplia pradera elevada a más de 2000 metros sobre el nivel del mar. Las muestras que han hecho suponer esta hipótesis fueron algunas piezas de cerámica a las que se les atribuyó un origen misional, así como ciertas alineaciones de piedras que parecieran trazar dos rectángulos adyacentes que de forma conjunta habrían conformado la típica área cuadrangular que se acostumbraba en los complejos misionales dominicos:

El sitio mide 84 por 56 m. Está anclado por dos piedras enormes de granito alineadas con los rincones de fundación. El plano parece prever construcción de dos rectángulos adyacentes. Uno es casi cuadrado (58.5 por 56 m) y el otro de 20 por 26 m, esto formaría un perímetro adecuado para ser defendido con espacios para el almacenaje e industrias diversas.⁵²⁴

Pero no solo las evidencias arqueológicas parecen sugerir a La Grulla como el primer sitio para la misión San Pedro Mártir. Las características del lugar, que en apariencia resultaban idóneas para una fundación misional, podrían darle mayor peso a esta hipótesis.

⁵²¹ AGN, Provincias Internas, vol. 5, exp. 13, fs. 316-382, *Noticia de todas las misiones establecidas en el norte de Nueva España*; AGN, Californias, vol. 16, exp. 12, ff. 276-356v, *Propuestas elaboradas por Fr. Nicolás Muñoz para mejorar la administración de las misiones en la Antigua California. Torreón de San Miguel de Horcasitas, 24 de noviembre de 1778*, Documento 1 en Manríquez, *Historia de las misiones dominicas de la Baja California (1779-1809)*.

⁵²² BL, California Archive, vol. 7, p.108 (1794), Documento 56 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 77.

⁵²³ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 79.

⁵²⁴ Bendímez Patterson y Foster, “Las ruinas posibles de Casilepe en la Sierra San Pedro Mártir, Baja California”. 55.

La tierra para establecer el cultivo con el cual los misioneros pretendían suplantar la recolección de semillas y frutos imperante en la sierra, parecían adecuadas. Era buena la disposición de maderas y agua. La amplia pradera que es La Grulla está rodeada por un extenso bosque de coníferas que se compone predominantemente de pinos y cedros, los cuales parecieran verse rivalizados en el paisaje por las enormes rocas de granito dispersas. El agua, por otro lado, corre en varias direcciones en distintos arroyos que en su mayoría se deslizan hacia el oeste, descendiendo a través de los pliegues y cañones serranos.⁵²⁵

Sin embargo, todas estas ventajas se vieron limitadas por las crudas heladas que golpean esta zona. Sumamente difícil fue llevar a cabo los trabajos de acondicionamiento para la misión y aún más obtener algunas siembras. En ese sentido, a los indígenas debió parecerles extraño ver que los misioneros y los soldados asentaran San Pedro Mártir en una zona donde suelen presentarse fuertes nevadas cada año. Los indígenas kiliwa, por otro lado, también limitaron este primer intento misionero por enclavarse en la sierra. A los dominicos les resultó complicado congregarse “gentiles” y el hurto de ganado era cotidiano. El estado de alerta fue la constante para los soldados que custodiaban el contingente.⁵²⁶ Dos meses y medio después de su fundación, la misión San Pedro Mártir resultaba insostenible en Casilepé y el 18 de julio de 1794 el presidente de las misiones dominicas, fray Cayetano Pallas, le informó al gobernador Borica que “la nueva fundación no ha seguido con la felicidad que principió, las siembras se han elado y he determinado pasase a trabajar a otro parage, situado en la caída occidental de la Sierra, distante del otro como tres leguas”.⁵²⁷

Así, antes de concluir el año, la misión San Pedro Mártir fue movida y establecida en Ajantequedo, su sitio definitivo.⁵²⁸ Este es un valle pequeño a una menor elevación, a 1700 metros sobre el nivel del mar. Aún con el traslado, San Pedro Mártir se mantuvo como la fundación misional más elevada en las Californias. Vista desde arriba su nueva localización se aprecia como un terreno áspero; el valle “está estrechamente circunscrito por colinas

⁵²⁵ Bendímez Patterson y Foster. 52-54.

⁵²⁶ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*. 217.

⁵²⁷ *Carta del padre Cayetano Pallas a gobernador de California*, 18 de julio, 1794, California Archives, *State Papers*, Sacramento, IX, p. 312-317, citado en Nieser. 216.

⁵²⁸ Nieser sugiere que antes de ubicarse en el sitio definitivo de la misión, el contingente que conformaba el pueblo de San Pedro Mártir se estableció antes de terminar el año de 1794 en el paraje de Santa Rosa (el sitio por el cual se inclinaba Meigs para localizar Casilepé); sin embargo, esto no coincidiría con los informes anuales enviados por los frailes, quienes para el caso de San Pedro Mártir mencionan ya tener levantadas algunas estancias para finales de 1794, mismas que se mantendrían en los años siguientes.

graníticas rocosas, altas en el norte y el este (hasta 300 metros más allá que el fondo del valle) y más bajas al sur y al oeste”.⁵²⁹ Los tonos térreos reinan. Los ocres, grises y rojos pintan el terreno, lo que en su conjunto podría hacer creer que el bosque de la sierra comienza a ceder en este punto, pero no es así. La vegetación de coníferas se entrecruza continuamente con la superficie rocosa. A ras de suelo, el chaparral se arraiga a las piedras, varios grupos de pinos y cedros están dispersos en distintas direcciones, y muchos más se encuentran diseminados en todo el paraje, como si reclamasen su propio espacio. Un arroyo con sus riberas pobladas de árboles corre de este a oeste y “divide el fondo del valle en dos mesetas, de las que la más grande está en el lado norte”, donde se levantó el complejo misional.⁵³⁰

Una vez elegido el nuevo sitio para la misión, los soldados de cuera y los neófitos traídos por los misioneros comenzaron a preparar el lugar para levantar estancias rudimentarias. La obtención de buenas maderas a estas elevaciones era mejor que en cualquier otra misión, lo que brindó la posibilidad de preparar algunas vigas para sostener los techos y armar algunas defensas. A su paso por el sitio de la nueva misión, al sargento José Manuel Ruíz le pareció “no haber tiempo para estacada y por lo pronto hice dos baluartes atroncados [sic] que dominarán la misión para su mayor resguardo; los gentiles han hecho daño en el ganado mayor, pero hasta ahora no se ha podido saber quiénes son los malos”.⁵³¹ Asimismo, pronto se cavó la tierra para abrir zanjas donde se acoplaron las piedras que sirvieron de cimientos a los edificios de conversión. Así, a finales de 1794 la misión San Pedro Mártir ya contaba con algunos edificios construidos, entre estos una capilla.⁵³² En los dos años siguientes nuevas habitaciones y estancias se le fueron agregando a la fundación, en apariencia las suficientes para haber conformado un complejo misional consolidado y defendible.

Al parecer, el costado oeste del cuadrángulo del complejo se levantó a lo largo de 1795. Una serie de estancias fueron delineando una composición en forma de escuadra. En su extremo suroeste se fabricó “una casa de dos cuerpos, toda de adobe y terrado, con una

⁵²⁹ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 228.

⁵³⁰ Meigs III. 229.

⁵³¹ BL, California Archives, vol. 7, p. 118 (1794), Documento 62 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 79–80.

⁵³² AGN, Misiones, vol.2, exp. 3, fs. 69-70, *Informe de esta misión de San Pedro Mártir según el estado en el que se halla el día último de diciembre del año 1795*.

sala”.⁵³³ Si bien ambos espacios eran reducidos, la “sala” era de mayor dimensión y muy probable es que haya servido temporalmente como capilla. El otro “cuerpo”, más estrecho aún, fue la habitación de los misioneros. A un costado de esta “casa” se abría un pequeño espacio abierto y en seguida se formaron unos cimientos de piedra que se extendían 30 metros en dirección norte. Sobre ellos se levantó un edificio rectangular con paredes de adobe. Su interior se dividió en “cuatro recámaras” de iguales dimensiones y en su extremo norte dos estancias pequeñas fueron destinadas para una cocina y una despensa.⁵³⁴ “Dos de las recámaras sirven de atropjes” y las dos restantes fueron las habitaciones de los neófitos que se empleaban en las labores productivas y constructivas de la misión.⁵³⁵ Estas habitaciones eran reducidas y oscuras. Cuatro puertas, una para cada una, comunicaban e integraban el edificio al espacio que comenzaba a conformarse como patio del complejo⁵³⁶. La escasez de ventanas solo denotaba más la austeridad arquitectónica de la fábrica, una característica que iba acorde con el imperativo de sencillez dominico.⁵³⁷ La posición de este edificio de recámaras, por otro lado, jugaba un importante papel dentro de la configuración espacial pretendida por los misioneros. Su localización respecto de la “casa de dos cuerpos” que servía de capilla y estancia para los frailes, es una evidencia más de la vigilancia y el control que los dominicos procuraban tener sobre la vida doméstica de los indígenas reducidos a misión.⁵³⁸ Los cuartos eran observados desde los aposentos de los frailes, quienes vigilaban y cuidaban a los que entraban o salían, así como el comportamiento de sus moradores.

Como se mencionó, una particularidad de los complejos misionales levantados en las serranías fueron sus techos. Mientras en sus primeros años el resto de las misiones de la Frontera se mantuvieron con una estructura de vigas recubierta con zacate y jacal, la misión San Pedro Mártir fue techada desde sus inicios empleando terrados.⁵³⁹ Esto debido a las condiciones de la sierra. Una techumbre de jacal como las empleadas en las otras misiones hubieran sido fácilmente vencida por las nevadas, aún en Ajantequedo, en donde éstas eran

⁵³³ AGN, Misiones, vol.2, exp. 3, fs. 69-70.

⁵³⁴ AGN, Misiones, vol.2, exp. 3, f. 69-70.

⁵³⁵ AGN, Misiones, vol.2, exp. 3, f. 69-70.

⁵³⁶ AGN, Misiones, vol.2, exp. 3, f. 69-70.

⁵³⁷ Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, 289–348.

⁵³⁸ Ettinger, “Una nueva domesticidad. Los indígenas de la Alta California y la vivienda misional”.

⁵³⁹ Por su ligereza, menor laboriosidad y costo, las cubiertas elaboradas con una estructura de madera, zacate y jacal eran las comúnmente empleadas en las primeras construcciones de las fundaciones misionales. Hernández, “Construcciones misionales en el noroeste del septentrión de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.” 109.

de menor intensidad que en el primer sitio de la misión. Los terrados, en contraste, eran más resistentes y podrían durar más tiempo. De los bosques de la sierra se extrajeron maderas de pino para armar una estructura de vigas que se colocó sobre las paredes de adobe. Sobre ella se tendió un entramado de varas que era cubierto después con una capa de lodo, y en seguida, se ponía un tendido de paja que era cubierto al último con un nivel más de lodo aplanado. Se acostumbraba a terminar la técnica de terrado con una pendiente para el desagüe y un pretil de adobe que bordeara el techo plano y coronara las paredes.⁵⁴⁰

Al año siguiente, 1796, una nueva iglesia se empezó a levantar en el complejo misional de San Pedro Mártir. Para su cubierta, como en las construcciones anteriores, también se emplearon los terrados.⁵⁴¹ En ella sobresalía el recibidor que al parecer se abría frente a su entrada principal y al hecho de que su fachada estaba adornada. La iglesia era una de las partes que componían un edificio rectangular de mayores dimensiones que aglutinaba todas las estancias religiosas de la misión. Este edificio corría de oeste a este y terminaba por conformar la parte sur del cuadrángulo misional. En su extremo oeste arrancaba con un espacio abierto y no muy amplio, delineado por bajas paredes de adobe que eran soportadas por cimientos de piedra que sobresalían del suelo. Este espacio era el recibidor, que custodiaba el acceso al área común de la misión y daba pie a la entrada principal de la nueva iglesia.⁵⁴² Esta estaba construida a partir de una nave corrida con gruesos muros de adobe y fachada llana; sus dimensiones, de poco más de 16 metros de largo, eran el doble de la “sala” que sirvió de capilla provisional.⁵⁴³ Su austeridad constructiva, así como en las demás misiones, no solo respondía a la practicidad que brindaban las maderas, las rocas y la tierra, sino también a la sencillez que buscaban los dominicos, acorde a su regla apostólica.⁵⁴⁴ La iglesia de San Pedro Mártir fue una de las que estaba dispuesta de de este a oeste, respondiendo quizá a la antigua tradición, ya referida, de colocar el altar en dirección a Tierra Santa. Asimismo, la disposición de sus accesos pareció cumplir también con un tratamiento

⁵⁴⁰ López de Juambelz y Jeffery, *Sistemas tradicionales constructivos. Terrados y otras techumbres*. 10-11

⁵⁴¹ AGN, Misiones, vol.2, exp.4, fs. 97-98, *Informe de esta misión de San Pedro Mártir según el estado en el que se halla el día último de diciembre del año 1796*.

⁵⁴² Este recibidor no aparece mencionado en los informes que se conocen, fue identificado así por el plano que Meigs desarrolló de San Pedro Mártir con base en las observaciones que realizó del sitio en 1926. Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 226.

⁵⁴³ AGN, Misiones, vol.2, exp.4, fs. 97-98.

⁵⁴⁴ Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, 298-99; Hernández, “Arquitectura misional en el noroeste del septentrion novohispano”, 70-71.

tradicional de larga duración, puesto que su puerta principal, en la fachada oeste, estaba complementada por tres accesos más, dos que se abrían en su pared sur, y otro en el centro de la iglesia que miraba al norte, donde se encontraban los indígenas sujetos a conversión. Es de llamar la atención el hecho de que este último acceso de la iglesia condujera a dicha área, puesto que, de acuerdo con antiguas interpretaciones simbólicas, el norte era asociado a los pueblos gentiles,⁵⁴⁵ un significado que, posiblemente, los dominicos en San Pedro Mártir quisieron atribuirle a la puerta norte de la iglesia con la distribución dada. Al interior se apreciaba la estructura de viguería y ramas que sostenían el techo de terrado y un altar muy sencillo al fondo de la nave debió guardar un aura sombría a causa de los adornos y ornamentos religiosos. Una puerta contigua conducía a la sacristía, estancia que, a su vez, estaba comunicada con la nueva habitación de los frailes, ya en el extremo este del edificio.

El informe anual de 1796 menciona además un “bautisterio [de] cinco varas de largo y cinco de ancho” que muy probablemente formaba parte del área del recibidor o se encontraba al interior de la iglesia, justo a un costado de su entrada principal.⁵⁴⁶ Asimismo, se hace referencia a la construcción de un cuarto más para troje, a “una pozolera de piedra y lodo, [con techo] de jacal”, así como al hecho de que las puertas del edificio de “recámaras” expresado en el informe anterior ya estaban terminadas.⁵⁴⁷

⁵⁴⁵ Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, 305–7.

⁵⁴⁶ AGN, Misiones, vol.2, exp.4, f. 97-98.

⁵⁴⁷ AGN, Misiones, vol.2, exp.4, f. 97-98.



Imagen 13. Izquierda: plano de las ruinas del complejo misional de San Pedro Mártir de Verona elaborado por Peveril Meigs en 1926 (Fuente: Meigs, 2005, p. 226). Derecha: imagen satelital de los vestigios del complejo misional de San Pedro Mártir de Verona (fuente: Google Earth Pro, 2021).

Resulta difícil seguir la línea constructiva en San Pedro Mártir después de 1796. Si bien es posible intuir que la nueva iglesia se terminó en los primeros meses de 1797, en los informes anuales de ese año y del siguiente, 1798, prácticamente nada se dice sobre nuevas construcciones para el complejo misional.⁵⁴⁸ Eso sí, la iglesia se benefició con nuevos ornamentos y utensilios: cálices, capas, cruces de bronce, candeleros, platos, atriles, campanas chicas y alfombrados se integran al mobiliario del templo y la sacristía para servir en la ceremonia religiosa.⁵⁴⁹ A todo esto, se agregaron “cuatro imágenes de talla de una vara de alto, a saber, de Nuestra Señora del Rosario, Nuestro Padre Santo Domingo, de San Rafael y de San Antonio”.⁵⁵⁰ Fuera de la mención para 1797 de dos campanas grandes “que están en la torre”, la cual parece ser la única referencia constructiva para esos años, la cuestión espacial y arquitectónica del complejo misional de San Pedro Mártir en el bienio 1797-1798 se reduce a la leyenda “existen las mismas mencionadas en los informes anteriores”.⁵⁵¹

Es posible atribuir esta situación a una carencia de mano de obra indígena, ya que para esos años esta fundación aún contaba con una pequeña población. La reducción en misión de los indígenas se había tornado más complicada por las propias características de la movilidad estacional practicada en la sierra por los grupos kiliwa. Además, dos constantes problemas en San Pedro Mártir eran las frecuentes huidas de varios neófitos y las hostilidades de algunos grupos de indígenas no reducidos.⁵⁵² Otro aspecto que pudo haber afectado el avance constructivo es la fundación, en 1797, de la misión San Catalina Virgen y Mártir. Puesto que esta era la segunda dentro del itinerario serrano que pretendía más adelante aproximarse al delta del Colorado, muy seguro es que para su fundación haya sido apoyada en buena medida por los misioneros, soldados e indígenas neófitos de San Pedro Mártir. Muchos de los indígenas que sirvieron para levantar los edificios de esta misión, pudieron haber sido enviados a Santa Catalina para ahora servir en su construcción.

No obstante, los adobes y los cimientos de piedras, las vigas y los terrados de San Pedro Mártir no se reducen a los edificios mencionados en los escasos informes anuales que

⁵⁴⁸ AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 27-28, *Informe de esta misión de San Pedro Mártir según el estado en el que se halla el día último de diciembre del año 1797*; AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 61, *Informe de la misión de San Pedro Mártir según el estado en que se halla el último de diciembre de 1798*.

⁵⁴⁹ AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 27-28.

⁵⁵⁰ AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 61.

⁵⁵¹ AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 27-28 y f. 61.

⁵⁵² Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*. 217.

se conocen. El paisaje construido en y en torno a esta misión fue mucho más complejo. Los rastros y las ruinas evidenciaron una configuración espacial amplia y en constante transformación durante el tiempo que la misión mantuvo su servicio a la Corona española.

Al momento de explorar San Pedro Mártir en 1926, Peveril Meigs contempló “extensas ruinas de adobe”. Destacó que quedaba “lo suficiente de las paredes como para hacer posible una reconstrucción bastante completa del plano” de la misión.⁵⁵³ Distintas líneas que representan muros de adobe o cimientos de piedras trazan el contorno de la superficie de estancias, habitaciones, o áreas. Se evidencia el cuadrángulo central del complejo misional terminado, así como un amplio espacio delineado y protegido por una pared de defensa, como se aprecia en la Imagen 13. Setenta y un años después, en 1997, sus descripciones serían confirmadas en buena parte por Max R. Kurillo cuando realizó una exploración en el sitio.⁵⁵⁴ Sin embargo, en una primera impresión, resulta difícil hacer coincidir las observaciones que Meigs detalló sobre las ruinas de San Pedro Mártir, con la fábrica referida en los informes anuales redactados por los frailes dominicos en 1795 y 1796. Meigs elaboró un plano del complejo mucho más completo, pero solo identificó el uso de tres de las estancias; una bodega, el recibidor y la iglesia, de las cuales solo la última es la única pieza que coincide con lo descrito en los informes. El resto de los espacios no son señalados.

Pero la falta de coincidencias no siempre significa contraposición. Quizá solo se trate de dos modos, posiciones o tiempos distintos de observar el mismo espacio. Todo apunta, si se presta más atención, a que el plano de Meigs y los mencionados informes anuales pueden complementarse. Así, uno muestra aquello que no aparece mencionado en el otro, y viceversa. Siguiendo el plano de Meigs y teniendo presente el partido arquitectónico seguido por las misiones dominicas, es posible elaborar una propuesta que señale la función y el fin del resto de las estancias.

Como se ha visto, parece que hasta 1798 los lados sur y oeste del cuadrángulo misional estaban concluidos. Pero la obra no quedó ahí, continuó. A la altura de la habitación de los frailes, contiguo a la pared norte, un espacio abierto se extendía y en seguida se levantó otro edificio rectangular en dirección norte, paralelo y de las mismas dimensiones al del lado

⁵⁵³ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 230.

⁵⁵⁴ Kurillo, “A Visual Survey of a Dominican Mission Site: Misión San Pedro Mártir de Verona”.

oeste del cuadrante. Las piedras, al igual que en las construcciones previas, formaron los cimientos sobre los cuales se soportaron gruesas paredes de adobe y los terrados de nuevo se emplearon para sus cubiertas.⁵⁵⁵ Su interior se dividió en tres estancias, quedando la más grande en medio. Un cerco hecho con piedras, como si fuera una continuación exterior del muro que separaba a la iglesia y la sacristía, fue construido en dirección norte. Atravesó el patio misional, separando del resto de las estancias un área abierta y el nuevo edificio. Juntos integraban el dormitorio y el taller para las indígenas solteras o viudas reducidas a misión. Allí, separadas de los hombres, las mujeres dormían, cantaban letanías y trabajaban hilando juntas, al control y vigilancia de los misioneros.⁵⁵⁶

La estructura cuadrangular del complejo misional de San Pedro Mártir la cerró un cerco de piedras acopladas al norte. Aquel lado ya no fue rematado con algún conjunto de habitaciones o estancias. Otros cortos cercos de piedras o adobes cerraron los huecos entre los edificios del complejo. El área común de la misión, por su parte, quedó dividida en dos patios; uno pequeño que pertenecía a la casa de “las solteras, viudas, y aquellas cuios maridos estén ausentes”, y otro patio amplio al centro, donde se encontraba una cruz elaborada con maderos, reservado para los frailes, los soldados y los neófitos. Adyacente al cerco norte que cerraba el área comunal de la misión, se delinearon con piedras acopladas un corral para animales de granja y un huerto donde terminaba una acequia que acarreaba agua desde un manantial cercano. Asimismo, a unos noventa metros más hacia el norte, afuera del cuadrante misional, se demarcaron los muros del cementerio que dominaba una colina baja.

El paisaje en San Pedro Mártir era un paisaje de la hostilidad constante. El esquema arquitectónico del complejo misional resulta sumamente defensivo, procura el resguardo, la vigilancia ante la amenaza externa y el apaciguamiento del ataque.⁵⁵⁷ Desde su fundación, los grupos kiliwa que concurrían los pliegues serranos habían causado muchos sobresaltos en los soldados y misioneros. En 1794, después de su traslado a Ajantequedo, “dos baluartes con troneras para cañones” fueron levantados al sur del cuadrángulo de San Pedro Mártir,

⁵⁵⁵ Hernández, “Construcciones misionales en el noroeste del septentrión de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.” 113.

⁵⁵⁶ Vitar, “Hilar, teñir y tejer. El trabajo femenino en las misiones jesuíticas del Chaco (siglo XVIII);” Ettinger, “Una nueva domesticidad. Los indígenas de la Alta California y la vivienda misional”.

⁵⁵⁷ Ruiz Gutiérrez y Sorroche Cuerva, “Jesuitas, franciscanos y dominicos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII”; Sorroche, “Las instituciones de frontera: la arquitectura misional en Baja California en los siglos XVIII-XIX”.

que estaba en construcción para esos momentos.⁵⁵⁸ Estos baluartes custodiaban el acceso al complejo misional y muy probable es que sus fuertes muros marcaran el punto de arranque de la línea defensiva pensada para la misión. Desde ahí, una gruesa, fuerte y extensa pared se construyó rodeando las caras sur y este de los edificios domésticos y religiosos. Con todos sus tramos sumaba en total 437 metros de longitud y finalizaba en el cerco este del huerto.⁵⁵⁹ Entre esta pared y los edificios misionales quedó abierto un amplio espacio donde al parecer no se hizo construcción alguna. En cambio, el acceso al complejo misional comenzó a ser ocupado por algunos caseríos de adobe, probablemente las habitaciones y casas de la tropa que protegía a la misión.

El pueblo de misión de San Pedro Mártir centró sus esfuerzos en la ganadería. Los prados y los valles que se abrían a lo largo de los pliegues y elevaciones de la sierra resultaron benéficos para esta actividad. En estos sitios pastaba el ganado que sobresalió en la fundación y que además fue distribuido entre los distintos ranchos que se levantaron. Los parajes de San Isidoro, San Antonio, San Rosa y Santo Tomás son los nombres de algunos de estos ranchos o sitios para ganado que estuvieron diseminados dentro del territorio configurado en



Imagen 14. Localización de los ranchos misionales de San Pedro Mártir de Verona a finales del siglo XVIII. Hacia el oeste la misión Santo Domingo de la Frontera. Fuente: Google Earth Pro (2021).

⁵⁵⁸ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 228.

⁵⁵⁹ Meigs III. 226.

torno a la misión (véase Imagen 14).⁵⁶⁰ A estos es probable que se agregara La Grulla, donde se cree que estuvo Casilepé, el primer sitio de la misión.⁵⁶¹

Fuera de los muros de defensa de San Pedro Mártir, el resto de la mesa norte del valle fue la tierra de cultivos más próxima a la misión. Al otro lado del arroyo que atraviesa el fondo del valle, otra área para el cultivo ocupó toda la mesa sur, corría desde el oeste, a la altura de la misión, al este, donde un pedregoso cañón comenzaba a apretarse. De acuerdo con Meigs:

Las disponibilidades para el riego eran de un tipo único entre las misiones: cerca del extremo más alto del valle, a ambos lados, unos manantiales de agua brotan de las colinas a unos cuantos metros por encima del fondo del valle, y de esos manantiales situados de manera casi ideal, unas acequias bien hechas van a cada lado del valle durante un kilómetro, colocadas de tal manera que hacen posible el riego de cualquier parte de las mesas.⁵⁶²

Estas acequias que conducían el agua hacia las tierras de cultivo parecen haber sido la única infraestructura hidráulica de este complejo. La presencia de éstas en San Pedro Mártir, la misión que no padeció los recurrentes problemas de abastecimiento de agua en la Frontera, reafirma la idea de que este sistema de irrigación fue el más completo en las misiones bajacalifornianas “por sus dimensiones y por la implicación directa en la localización, distribución y explotación de las tierras”.⁵⁶³ Hoy estas acequias ya no son localizables, se han perdido entre el terreno pedregoso.

El camino principal que comunicaba a San Pedro Mártir con el resto de las fundaciones fue el que se abrió desde el complejo de Santo Domingo de la Frontera subiendo las escarpaduras y los pliegues que se elevan. Con esta misión, San Pedro Mártir tuvo su mayor vínculo y su ruta de abastecimiento. Para llegar desde Santo Domingo al complejo misional serrano, el sendero seguía a través de colinas, cerros y cañones el cauce del arroyo Santo Domingo hasta el paraje de San Antonio, punto desde el cual el rumbo se tornaba siguiendo las escarpaduras de la sierra hasta dar con la misión. San Pedro Mártir, por otra parte, no se encontraba enclavado en el itinerario serrano, pero uno de sus ranchos sí, San

⁵⁶⁰ Meigs III, 225–27; Vernon, *Las misiones antiguas*, 267.

⁵⁶¹ Bendímez Patterson y Foster, “Las ruinas posibles de Casilepe en la Sierra San Pedro Mártir, Baja California”. 56.

⁵⁶² Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 229-230.

⁵⁶³ Sorroche Cuerva, “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”, 143; Max R. Kurillo, “A Visual Survey of a Dominican Mission Site: Misión San Pedro Mártir de Verona”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 33, núm. 3 (summer de 1997): 37–53. 47

Isidoro. Desde este punto se podía tomar un camino pedregoso y difícil que hacia el norte conducía hasta el paraje de Santa Catalina, y hacia el sur daba con la misión de San Fernando Velicatá. Sin embargo, por lo complicado del sendero, este itinerario se usó poco.⁵⁶⁴

Casi al finalizar el siglo XVIII, el pueblo de misión “de San Pedro Mártir [tuvo que redificar] la yglesia que se le arruinó por el peso de las nieves”⁵⁶⁵. Los terrados aplanados no soportaron más y se vencieron. Es probable que este accidente haya motivado que en la reconstrucción del templo se comenzaran a emplear tejas en las cubiertas de los edificios. Así fue como, con el nuevo siglo, todo el complejo misional se compuso en adelante de techos tejados a dos aguas y los pisos de algunas estancias se cubrieran con baldosas, como lo muestran también las evidencias físicas en el sitio. Tanto las observaciones realizadas por Meigs en 1926 y como las hechas por Max R. Kurillo en 1997 destacan que alrededor de las ruinas del complejo misional de San Pedro Mártir los trozos de tejas y baldosas son abundantes.⁵⁶⁶ Lo que no hay, por otra parte, es evidencia del origen de estas tejas y baldosas. Se ignora si entre las estancias del complejo existía un horno para su elaboración. Tampoco hay evidencia documental que haga pensar que estas tejas se trajeron de alguna de las otras misiones dominicas o incluso de la Alta California, donde la fabricación y usos de tejas era común en varias de las misiones franciscanas.

A lo largo de la primera década del siglo XIX, mientras el resto de las misiones dominicas de la Frontera entraban en el proceso de declive misional, San Pedro Mártir de Verona ya lo padecía por completo. Las renovaciones hechas en su fábrica y la redificación de su iglesia sirvieron para una población que no aumentaba. Mantener en la misión a los indígenas recién reducidos nunca dejó de ser una tarea ardua. Muchos eran los que huían y regresaban a sus grupos para retomar la movilidad estacional y recorrer los montes, los valles, los arroyos y las pendientes en busca de alimentos. Asimismo, las incursiones violentas por parte de grupos pa ipai y kiliwa jamás cedieron. Los ataques eran constantes y el hurto de ganado se mantenía cotidiano.

⁵⁶⁴ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 227.

⁵⁶⁵ AGN, Provincias Internas, vol. 19, exp. 3, f. 92-119, *Noticias de las misiones que ocupan los religiosos de Santo Domingo en esta provincia, sus progresos en los años de 1799 y 1800, número de ministros que las sirven, sínodos que gozan y total de almas, con distinción de clases y sexos*, 111-113.

⁵⁶⁶ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*; Kurillo, “A Visual Survey of a Dominican Mission Site: Misión San Pedro Mártir de Verona”.

Estas circunstancias, aunadas al debilitamiento propio del sistema misional, provocaron que San Pedro Mártir fuera la primera de las misiones dominicas de la Frontera en ser clausurada. Esto ocurrió en 1811, cuando la escasez de frailes ocasionó que ya no hubiera uno que se hiciera cargo de ella. No obstante, el sitio de la misión se mantuvo habitado por varios indígenas neófitos hasta 1824, cuando finalmente fueron agregados al pueblo de misión de Santo Domingo de la Frontera⁵⁶⁷. Después de ese año, su abandono fue total. Sus paredes y sus estancias nunca más volvieron a ser habitadas de manera permanente en las siguientes décadas. Solo sus inmediaciones eran surcadas por las bandas kiliwa que cruzaban la sierra. Por un breve periodo, ésta volvió a ser un área configurada de forma exclusiva por la movilidad indígena. Los edificios, los muros y los cercos de la misión se fueron degradando paulatinamente en el transcurso de las próximas décadas.

En 1852, después de la intervención estadounidense y cuando el sistema misional dominico en la Antigua California agonizaba, dando paso a la proliferación de los ranchos privados, la para entonces ex misión de San Pedro Mártir pertenecía a José Luciano Espinosa, dueño también de Santo Domingo.⁵⁶⁸ Un informe de aquel año describió el paraje como un “sitio defendible por naturaleza y la sierra más alta de esta frontera, con abundancia de agua, pasto y maderas, con buenos valles”.⁵⁶⁹ El complejo parecía perdido entre las colinas y los bosques. El espacio ya solo valía por el número de sitios de ganado mayor que lo componían. Esto hace pensar que el complejo misional nunca sufrió alteraciones más allá de las exclusivamente atribuidas al abandono. El hecho de que a principios del siglo XX permanecieran en pie buena parte de las paredes del complejo, como Meigs lo registró, es prueba de que los tejados resistieron las nevadas por varios años más después de la clausura. Esto evitó que la humedad fuera más agresiva en los adobes. Pero una vez que los techos colapsaron, dispersando los trozos de tejas en todo el terreno, la erosión hizo mella de forma más profunda. Una brecha generada por el ensanchamiento del arroyo derribó el tramo sur

⁵⁶⁷ En el “Índice de misiones y religiosos de la Baja California”, probablemente elaborado en 1825, aparecen dieciocho misiones enumeradas, siendo San Pedro Mártir la misión número diecisiete. Sin embargo, una nota al final del listado aclara que “la de San Pedro Mártir está agregada a la de Ntro. Padre Santo Domingo”. Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas (en adelante IDIH), Fondo Oaxaca, vol. 21, exp. 518, *Índice de misiones y religiosos de la Baja California*.

⁵⁶⁸ Magaña, “De pueblo de misión a pueblo fronterero: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”.

⁵⁶⁹ “Situación de las misiones”, Documento 5, 1852, en León-Portilla y Muriá, *Documentos para la historia de Baja California*. 66-89.

de la pared de defensa.⁵⁷⁰ Los recubrimientos de las paredes se desprendieron y la humedad se introdujo en lo profundo de los muros de tierra, su cristalización en los inviernos y su descongelamiento en los veranos dio como resultado el desmoronamiento.⁵⁷¹ “Los muros de adobe se han derretido hace mucho tiempo, dejando rastros apenas visibles de cimientos de piedra en algunos lugares”.⁵⁷² Donde hubo paredes hoy solo hay montículos de tierra.

⁵⁷⁰ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*. 230

⁵⁷¹ López de Juambelz y Jeffery, *Sistemas tradicionales constructivos. Terrados y otras techumbres*. 13.

⁵⁷² Kurillo, “A Visual Survey of a Dominican Mission Site: Misión San Pedro Mártir de Verona”. 41.

CAPÍTULO IV: DECLIVE MISIONAL, RUPTURA DEL PAISAJE (1798-1854)

En este último capítulo se analiza el proceso histórico que derivó en la clausura de las misiones dominicas de Baja California a mediados del siglo XIX. De forma cronológica, se siguen los acontecimientos que se desarrollaron o tuvieron una fuerte repercusión en la región Frontera, sobre todo en aquellos concernientes a la presencia misional, y en repetidas partes del texto me detengo en los complejos misionales dominicos, de modo que el proceso de declive misional se evidencie espacialmente en el abandono, resignificación o reconfiguración de estos.

Sobre esa lógica, en el capítulo se estudia la reducción del número de frailes, el despoblamiento indígena de las fundaciones, las repercusiones que la guerra de independencia y la inestabilidad nacional ocasionaron en las Californias, la colonización de la llamada “gente de razón”, el avance de los ánimos secularizadores, sobre todo provenientes de la Alta California, e incluso algunas personalidades, como la del último misionero dominico en la Frontera, fray Tomás Mancilla.

Finalmente, se toma como caso de estudio el complejo misional de Santo Tomás de Aquino, por ser la última de las fundaciones dominicas en ser clausurada en la Frontera. Para ello, el subapartado primero vuelve a los últimos años del siglo XVIII para analizar el territorio y los inicios del complejo misional de Santo Tomás de Aquino, y después procede a realizar el balance histórico que significó el declive de esta fundación durante la primera mitad del siglo XIX. Se describen y explican las estancias y habitaciones, así como la arquitectura y las técnicas constructivas. De manera que a través del espacio se pueda ilustrar el proceso histórico que llevó del modelo misional a la propiedad ranchera y colonias militares en la región Frontera de la península de Baja California.

1. LARGA RUPTURA DEL PAISAJE MISIONAL DOMINICO

La última década del siglo XVIII significó una breve etapa de consolidación para las misiones dominicas en la región histórica de la Frontera. La población en cada misión aumentaba ligeramente pese a las periódicas epidemias. Esto debido a que, para esos años, la captación de indígenas “gentiles” se mantenía activa y engrosaba los registros de nuevos neófitos,

contrarrestando así, los altos índices de mortandad que se padecían.⁵⁷³ También estaban trazadas las líneas de avance misional en el norte de la península. Se había concluido el cierre del camino costero hacia la Nueva California y se había comenzado, asimismo, una incursión misionera-militar en las sierras con el claro objetivo de alcanzar el río Colorado. La producción agrícola en las misiones, por otro lado, si bien no era basta como en las franciscanas, al menos era suficiente, mientras que las cabezas de ganado se multiplicaban pastando en distintos ranchos circundantes a los complejos misionales. Sin embargo, poco antes de que terminara el siglo, las marcas del desgaste comenzaron a hacerse evidentes en las misiones, especialmente en las que los dominicos habían fundado escasos años después de su arribo a la península.

Una reducción en las lluvias, así como la erosión a causa de los cultivos y la cría de ganados, ocasionaron que muchos cuerpos de agua del territorio se vieran disminuidos. La situación de sequía llevó a que los alimentos en las misiones menguaran, volviendo insuficiente no solo el sustento de los neófitos reducidos, sino también de la tropa que las guarecía y de los “gentiles” que pudieran cooptarse. Los estragos de la falta de agua fueron tan graves en algunas de las fundaciones dominicas que obligaron a que la cabecera misional de Santo Domingo de la Frontera tuviera que ser trasladada en 1798. Dos años después ocurrió lo mismo con la del Santísimo Rosario de Viñadaco. Las afectaciones resultaron mayores debido a que los cambios de sitio de estas dos misiones coincidieron con el impacto de una epidemia de tifus o tifoidea. De esto dan cuenta los registros misionales. Para 1797, poco tiempo antes de los traslados, la población indígena tanto en Santo Domingo como en el Santísimo Rosario pasaban de las 300 almas. Una vez iniciado el siglo XIX, cuando la epidemia golpeó, las cifras ya experimentaban una disminución paulatina.⁵⁷⁴ El hambre, el traslado y la enfermedad detuvieron el crecimiento poblacional y la productividad de estas dos fundaciones. Con ello dio inicio, en ambas, un rezago que se agudizó con el tiempo y que bien hoy podría ser visto como uno de los primeros síntomas del largo proceso de declinación de la presencia misional.

⁵⁷³ Mario Alberto Magaña, “El poblamiento colonial en el área central de las California (1769-1870)”, en *Población y nomadismo en el área central de las Californias* (Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California-Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, 2015), 29.

⁵⁷⁴ Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 134.

Hay que tener presente, por otro lado, que este declive no solo se tradujo en la caída en el número de indígenas que conformaban los pueblos de misión, sino también en la disminución en el número de religiosos activos en la península. Comenzada la nueva centuria, la respuesta de los frailes dominicos al llamado de las convocatorias misionales decayó de manera notoria en los conventos españoles. En 1803, por ejemplo, el procurador de la provincia de Santiago de México, fray Rafael Caballero, tenía destinados 19 frailes para la península de California. Sin embargo, 15 de ellos se arrepintieron antes de embarcarse y al final solo 4 llegaron a las misiones en 1804.⁵⁷⁵ Las colectaciones sucesivas pasaron por circunstancias parecidas o fueron suspendidas debido a conflictos internacionales, haciendo más y más penoso el sostenimiento de las misiones.⁵⁷⁶ En la Frontera, no obstante, los efectos de la escasez de padres resultado del desgaste de la vocación apostólica no se resintieron sino hasta principios de la siguiente década, cuando los conflictos europeos y los del centro del virreinato cimbraron a todo el imperio.

Algunos años antes, por primera vez surtieron efecto en la Frontera las instrucciones que décadas atrás José de Gálvez había expedido con relación a las mercedes de tierras. En 1804, el alférez José Manuel Ruiz solicitó la adjudicación de dos sitios de ganado mayor, los cuales le fueron concedidos al año siguiente en la Ensenada de Todos Santos. El paraje, que hasta ese momento formaba parte del territorio misional de Santo Tomás de Aquino, le fue adjudicado por el gobernador con el consentimiento de los misioneros y aunque al parecer los desarrolló poco, visto desde una larga duración, el acto representa el comienzo de la configuración de una nueva circunstancia social, económica y política, un síntoma más del desgaste.⁵⁷⁷ Al cambiar el sentido de la ocupación, el territorio fronterero fue dejando de ser exclusivamente misional. Eso incluso se hizo evidente en algunos de los pobladores que llegaron a morar las inmediaciones de los complejos misionales o los cuarteles. Esposas, hijas e hijos de varios de los soldados que integraban las escoltas de las fundaciones, fueron arribando durante la primera década del siglo XIX a la Frontera, integrándose a la vida agrícola y ganadera alrededor de las misiones. Sobre esta llamada “gente de razón” -como ha

⁵⁷⁵ Chávez Moreno, “Escasez, conflicto y naufragios: reclutamiento de dominicos españoles para las misiones de California a fines del siglo XVIII”, 59.

⁵⁷⁶ A raíz de la guerra anglo-española (1804-1809), el 6 de enero de 1805 fueron suspendidas las colectaciones de frailes destinados a América. Estas no se reanudaron sino hasta 1811. Chávez Moreno, 67.

⁵⁷⁷ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 176; Magaña, “De pueblo de misión a pueblo fronterero: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”, 123.

puntualizado Mario Alberto Magaña- solo se dispone con un subregistro, debido a que dicho conglomerado no era contabilizado de forma constante en los informes.⁵⁷⁸ Sin embargo, los números disponibles, aunque reducidos, confirman el incremento de pobladores no indígenas, quienes, “con la sumatoria simple de los datos disponibles”, ascendían a 239 personas para el año de 1806.⁵⁷⁹

Mientras tanto, en los complejos misionales dominicos los adobes aún eran la técnica constructiva predominante. No se había dado la oportunidad de que fueran sustituidos por la cantera en el marco de un proyecto de renovación arquitectónica, como era costumbre en un distrito misional consolidado.⁵⁸⁰ Ese no era el caso de la Frontera. “La escasez de arbitrios y [el] corto número de naturales” hacía imposible la planeación de mejoras constructivas en las fundaciones.⁵⁸¹ Los pueblos de misión, aunque adscriptos a alguna de las cabeceras, no se hallaban por completo concentrados en estas. Diversos eran los grupos de indígenas reducidos que, con el pesar de los misioneros, aún practicaban una movilidad estacional, y que obtenían buena parte de su sustento de la caza y la recolección de frutos y raíces. Esto debido a que, en buena medida, sus prácticas culturales no estaban del todo disueltas y a que las porciones de alimentos que recibían de los frailes eran reducidas, sin mencionar los trabajos, castigos y enfermedades a los que se veían expuestos si se mantenían en los complejos.

Por otra parte, los indígenas no controlados por las misiones, la llamada “gentilidad”, todavía conformaba el grueso de la población que habitaba el norte de la península. Numerosas eran las bandas y linajes kumiai, pa ipai, kiliwa y cucapá que se resistían al dominio misional y militar. Más de treinta años de presencia dominica y siete complejos misionales levantados no habían impedido la movilidad indígena y, en ese sentido, no se había logrado por completo el adiestramiento de los neófitos en diferentes labores. Eran pocos los herreros, los carpinteros, los artesanos y los albañiles para emplearse en nuevas obras que no fueran las exclusivamente necesarias, de las cuales su fabricación podía

⁵⁷⁸ Magaña, “El poblamiento colonial en el área central de las California (1769-1870)”, 33–34.

⁵⁷⁹ Magaña, 33; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 621–51.

⁵⁸⁰ Sorroche Cuerva, “Materiales y técnicas constructivas en Baja California: las misiones jesuitas en el siglo XVIII”.

⁵⁸¹ AGN, Provincias Internas, vol. 19, exp. 3, fs. 92-119, *Noticia de las misiones que ocupan los religiosos de Santo Domingo de esta Provincia, sus progresos en los años de 1807 y 1808, número de ministros que las sirven, sínodos que gozan, y total de almas con distinción de claves y sexos.*

dilatarse por bastante tiempo. En esencia, las iglesias, estancias y habitaciones que se levantaron durante los últimos años del XVIII, fueron las que permanecieron en las décadas siguientes. Incluso los informes con los que hoy se dispone dan cuenta de ello. Conforme progresaban las líneas de avance de la conquista misional, se menciona la construcción de casas, despensas, muros y corrales en los complejos misionales fundados, pero, una vez que el avance se suspendió, la continuidad constructiva parece haberse detenido.

Durante la primera década del siglo XIX, el objetivo de alcanzar la zona desértica que se extendía al oriente de la Frontera parecía estancado. La posición que los indígenas tenían hacia los religiosos, aunque pacífica en un inicio, fue firme y detuvo el paso de la conquista misional. Los frailes, por su parte, si bien lograron establecer contactos con algunas bandas indígenas del este a partir de sus misiones serranas, consideraron mejor ser prudentes y aguardaron una actitud de cautela respecto al avance que pudieran extender hacia las “rancherías” que tenían ubicadas.⁵⁸² Les resultó insensato adoptar una actitud arbitraria, y mejor procuraron conseguir la “amistad” de los indígenas a través de la negociación, buenos tratos y paciencia. Sin embargo, el tiempo pasaba y el estatus era el mismo. La estrategia adoptada no daba resultados, y la tranquilidad alcanzada con los indígenas no era absoluta. Los más reacios a la presencia misional llegaron a herir o asesinar a algunos neófitos y soldados, y la escolta no logró contener el hurto de ganado que padecían las misiones y los ranchos.⁵⁸³ Para inicios de 1809, once años habían pasado desde la fundación de la última “misión frontera”, Santa Catalina Virgen y Mártir, y los frailes dominicos todavía no hallaban ocasión oportuna para avanzar y fundar una nueva misión entre los pobladores del río Colorado. Más bien, parecía que un retraso se sumaba a los demás.

Ese mismo año, un incremento en el cauce del arroyo San Miguel hizo que las tierras de riego se perdieran en la misión San Miguel Arcángel, quedando esta, al parecer, completamente inutilizada. Esta situación obligó al misionero residente en ese momento, fray Tomás Ahumada, a trasladar la cabecera misional de San Miguel 8 leguas más al norte, en un sitio llamado El Descanso. A este lugar se le ha considerado por años como la misión

⁵⁸² AGN, Provincias Internas, vol. 19, exp. 3, fs. 92-119, *Noticia de las misiones que ocupan los religiosos de Santo Domingo de esta Provincia, sus progresos en los años de 1807 y 1808, número de ministros que las sirven, sínodos que gozan, y total de almas con distinción de claves y sexos*, 92-97.

⁵⁸³ BL, California Archives, vol. 11, p. 392 (1804), Documento 147; BL, California Archives, vol. 11, p. 395-396 (1804), Documento 148 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 161.

número ocho fundada por los dominicos en la Frontera, cuando en realidad se trató solo de una nueva ubicación para una misión que ya existía.⁵⁸⁴ Si bien el nombre con el que se le conoció por lo general a este complejo fue, justo, por El Descanso, en estricto sentido se estaba haciendo referencia al nuevo sitio de San Miguel Arcángel, no a otra misión distinta. Muestras de ello son los demás nombres que también se le daban: San Miguel la Nueva o misión nueva de San Miguel, o al hecho de que, posteriormente, las tierras en la “misión vieja” se rehabilitaron y el viejo complejo misional se restableció, presentándose periodos en los que ambos espacios, tanto el antiguo sitio de San Miguel Arcángel como el de El Descanso, estuvieron activos simultáneamente y operaban como una sola misión. Aun así, esto no significa, por otro lado, que dicho lugar careciera de relevancia; al contrario. A pesar del difícil panorama que se iba gestando para las misiones dominicas en la década de 1810, los cultivos y la cría de ganados destacaron en El Descanso y la conquista misional se mantuvieron. En el sitio se levantaron, alrededor de un patio, la iglesia con otros edificios más que albergaban las habitaciones y talleres, siguiendo así el plano de los complejos misionales. A diferencia de las misiones de la Frontera, los cimientos en El Descanso se realizaron acoplado piedras de río y la tierra de los adobes fue mezclada con trozos de conchas marinas.⁵⁸⁵

Mientras tanto, en el centro del virreinato, la provincia dominica de México parecía querer desprenderse de la labor apostólica en la península de California. Era poca la atención que le dedicaba a las misiones, que le resultaban un lastre tedioso de atender. En una carta enviada al rey en 1809, el maestro prior provincial, fray Domingo Barreda, procuró librar a su provincia de toda posible culpabilidad o señalamiento que pudiera surgir en relación con el decaimiento que experimentaban las misiones de la península. Llegó a incitar al rey, incluso, a que suprimiera el distrito misional en la Antigua California, asegurándole que de hacerlo “los religiosos lo verán a bien y acatarán la orden”.⁵⁸⁶ Citando al presidente de las misiones fray Ramón López, Barreda le aseguraba al rey también que la disminución en el

⁵⁸⁴ Desde 1960, cuando presentó su tesis doctoral, Albert B. Nieser ya sostenía el argumento de que a El Descanso no se le podía considerar en estricto sentido como la octava misión dominica en la región Frontera de la península de California. Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 245.

⁵⁸⁵ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 197-98; Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 236.

⁵⁸⁶ AGN, Misiones, vol. 11, exp. 16, ff. 42-44v, “Informe de Fr. Domingo Barreda sobre el estado de las misiones dominicas de la Antigua California, 1809”, Documento 27 en Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 447-51.

número de indígenas era tal que las misiones prácticamente estaban pérdidas.⁵⁸⁷ En esos momentos, en cambio, la situación en España era severa como para poder decidir sobre el destino de las fundaciones dominicas. La metrópoli se hallaba tomada por las tropas napoleónicas desde el año anterior y, en consecuencia, el orden político del imperio se vio desestabilizado. La invasión complicó más las colectaciones de frailes y su conducción hacia América, puesto que varios conventos ibéricos se vieron obligados a cerrar.⁵⁸⁸ Finalmente la escasez de dominicos comenzó a hacer mella en la Frontera, cuando en 1811 parece haberse cerrado la misión serrana de San Pedro Mártir a causa de las fuertes lluvias, las pesadas nevadas y la ausencia de un misionero residente. Al año siguiente, seis eran los dominicos asignados en la región norte de la península, número que en adelante fue disminuyendo.

Si bien las repercusiones de la guerra de independencia se dieron de forma indirecta en la Antigua California, el impacto que surtieron fue intenso. Las líneas de transporte marítimo que comunicaban a la provincia con el centro del virreinato sufrieron dificultades a raíz de la inestabilidad que se vivía. Esto ocasionó que los bastimentos que sostenían buena parte de la presencia misional y militar en las Californias no llegaran, generando en la región una situación de desabasto. Muchos indígenas neófitos se inclinaron por abandonar los complejos misionales. La vida bajo la instrucción de los frailes no solo les resultaba precaria e intolerable, sino hasta insostenible para sobrevivir. Cientos retornaban a los montes, valles y campos, hurtaban ganado de las misiones e intentaban sortear a los soldados que los perseguían. Si tenían la oportunidad, se integraban a grupos de indígenas no reducidos, retomando la movilidad estacional.

Las tropas misionales, por otra parte, vieron cesados sus salarios y el abasto de víveres que los sostenían. Los soldados y sus familias pronto empezaron a padecer mayores carencias. No eran suficientes los alimentos, el armamento era limitado, así como el jabón para el aseo personal, y el abrigo era tan corto que “la furia de los fríos” era brutal en lugares como Santa Catarina.⁵⁸⁹ La situación de escasez solo pudieron librarla gracias a los suministros de maíz, frijol, reses y otros productos que las misiones pudieron dotarles a

⁵⁸⁷ AGN, Misiones, vol. 11, exp. 16, ff. 42-44v, Documento 27 en Nieser, 447-51.

⁵⁸⁸ Chávez Moreno, “Escasez, conflicto y naufragios: reclutamiento de dominicos españoles para las misiones de California a fines del siglo XVIII”, 68.

⁵⁸⁹ AHPLM, Colonia, leg. 6, doc. 572 (1812), Documento 178 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 198-99.

cuenta del gobierno de la península. Ante la falta de personal, incluso se dio el caso de que indígenas sirvientes de algunas misiones, como fueron la de Santo Domingo de la Frontera y Santo Tomás de Aquino, llegaron a ser empleados como cocineros en los cuarteles, servicios que debían ser pagados a los misioneros.⁵⁹⁰

El limitado aprovisionamiento y la falta de sínodos también contribuyó a que el número de misioneros disminuyera y, con ello, el estado de los complejos misionales.⁵⁹¹ Buena parte de los espacios en todas las misiones dominicas de la Frontera comenzaron a ser desatendidos. Los encalados en las paredes se desprendían, ocasionando que los adobes se erosionaran por la humedad, y el jacal que llegaba a caerse de los techos por las lluvias o el viento no se reponía. El desgaste en buen número de los edificios que conformaban los espacios misionales marcó más la decadencia, la cual, se hizo más evidente en 1818, cuando se clausuraron dos de las fundaciones que se hallaban en el desierto central: San Francisco Borja y San Fernando Velicatá. Su cierre fue una señal de lo que en adelante ocurriría en las misiones de la Frontera.⁵⁹²

En septiembre de 1821, lo que había sido la Nueva España se constituyó en una nueva nación independiente de la Corona hispánica. De esto, a la península de la Antigua California llegaron noticias en el transcurso del siguiente año. En un principio se temió que los misioneros dominicos se negaran a prestar juramento por ser la mayoría de origen español. Sin embargo, todos lo hicieron sin mayor conflicto, aunque eso no les evitó que en adelante fueran objeto de sospecha.⁵⁹³ A mediados de 1822, con disparos de artillería, repique de campanas y una misa al aire libre a cargo de fray Tomás Ahumada, se juró la independencia del Imperio Mexicano en la vieja misión de Loreto.⁵⁹⁴ El acto se replicó en la región de la Frontera hasta mayo del año entrante, cuando en la misión San Vicente Ferrer, sede de la comandancia, tanto:

⁵⁹⁰ AHPLM, Colonia, leg. 7, doc. 611 (1814), Documento 194; AHPLM, Colonia, leg. 1bis, doc. 328 (1814), Documento 195 en Magaña, 214–15.

⁵⁹¹ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 235.

⁵⁹² Magaña, “La transferencia misional en el contexto de la secularización liberal en el área central de las Californias, 1808-1834”, 77.

⁵⁹³ “El 17 de mayo de 1822, José Manuel Ruiz, teniente a cargo del gobierno de Loreto, informó al gobernador Argüello que los misioneros de la Frontera estaban a la espera de las órdenes de su provincial para prestar juramento, aunque agregaba, ‘quién sabe si después alguno se negará’”. Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 240; Ruiz de Gordejuela Urquijo, “La independencia de México y las misiones de las Californias: españoles versus mexicanos, 1821-1833”, 221.

⁵⁹⁴ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 240.

Militares, como los vecinos reconocieron y juraron obedecer a nuestro augusto emperador Agustín I, que Dios guarde, siendo dicha jura con la solemnidad posible, con descargue de fusilería y repique de campanas, contribuyendo a este auto tan solemne el reverendo padre ministro de esta misión [fray Antonio Menéndez] con una misa cantada que celebró al día siguiente, con una plática que nos hizo saber con toda claridad la fidelidad y obediencia que en todo tiempo debemos tener al que Dios tiene escogido para que sea él, y ha de guardar y conservar el imperio mexicano en la fe católica que profesa, formalizando este auto solemne con el cántico del *te deum*.⁵⁹⁵

Proclamada la independencia en las Californias, el canónigo Agustín Fernández de San Vicente, comisionado imperial, expidió el *Reglamento provisional que debe regir por ahora en las misiones de la Baja California*, el cual mantenía a los dominicos como responsables de las fundaciones hasta que no se dispusiera cosa distinta, pero que a su vez emancipaba a los indígenas de la tutela misional. Si bien este instrumento jurídico tuvo una corta vigencia y no buscaba la secularización de las misiones, si planteó un impulso colonizador distinto, uno que procuraba la liberalización de buena parte de las tierras misionales y la fuerza de trabajo de los indígenas neófitos.⁵⁹⁶ A partir de 1824, una vez que el imperio devino en república, el interés privado por varios de los terrenos misionales adquirió mayor fuerza, y rápidamente sus efectos se hicieron sentir en el sur de la península y sobre todo en la Alta California.

⁵⁹⁵ AHPLM, República Centralista, leg. 15, doc. 141 (1823), Documento 237 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 254.

⁵⁹⁶ Magaña, “De pueblo de misión a pueblo fronterero: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”, 126; Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 240–41.



Imagen 15. José M. Narváez, "Carta esférica de los territorios de la alta y baja Californias y estado de Sonora", 1823, (fragmento), Library of Congress Geography and Map Division Washington, D.C. [<http://hdl.loc.gov/loc.gmd/g4300.mf000071>] Tomada el 28 de febrero de 2022.

En contraste, el sistema de misiones parecía perder relevancia al ritmo que disminuía el número de religiosos. Al problema de las colectaciones en España, se le añadieron las restricciones establecidas en contra del ingreso de españoles a México. Esto impidió que hubiera un relevo para los religiosos que dejaban el trabajo apostólico en Baja California. En el curso de 1822, el número de misioneros en la Frontera se redujo a tres y, aunque eso no se tradujo en el cierre de las misiones que habían quedado sin fraile residente, sí ocasionó un mayor desamparo y desgaste en ellas. A raíz de esta fuerte reducción en el número de religiosos, la actividad misional a cargo de los dominicos que quedaron se condujo en la forma descrita por el ministro de Santo Tomás, fray José Miguel de Pineda:

En todo el distrito de La Frontera no somos más de tres padres. Fray Félix Caballero administra San Miguel y Santa Catarina. Yo atiendo mi Santo Tomás, y el padre de San Vicente [fray Antonio Menéndez] administra lo que es imposible: San Vicente, Santo Domingo, El Rosario y San Fernando.⁵⁹⁷

⁵⁹⁷ Citado en Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 242.

Que estos tres dominicos no solo atendieran sus respectivas misiones, sino que además se hicieran cargo de las que se hallaban huérfanas de ministro, se debía a que la región de la Frontera era considerada todavía un espacio de “conquista viva”. El número de los indígenas llamados “gentiles” que surcaban el territorio y de neófitos que habitaban los complejos misionales, aún era considerable comparado con otros lugares de la península, donde la presencia de “naciones de indios” se daba por extinta. El trabajo de los misioneros, en ese sentido, no se desmereció por completo, todavía guardaba cierta relevancia incluso dentro de un régimen republicano como el que se intentaba conformar en la primera mitad del siglo XIX. Si bien la conversión de los indígenas había dejado de ser para extender el dominio de la Corona española, las misiones resultaban importantes en cierto grado, de acuerdo con Sheridan, como “instrumentos o agentes de transformación de lo primitivo, del paisaje bárbaro, en un espacio civilizado”.⁵⁹⁸ Lo anterior explica también, por qué buena parte de las tierras misionales de la Frontera fueron exceptuadas dentro de las normatividades que reglamentaban la concesión de tierras en la década de 1820. Mientras varias tierras de misión eran adjudicadas en la parte sur de la península y en la Alta California, las fundaciones dominicas de la Frontera conservaron los complejos misionales y gran extensión de sus terrenos, esto con el fin de que la evangelización y el adoctrinamiento de los indígenas continuaran en el territorio, con la excepción de El Rosario, que para 1828 fue clausurada y pronto sus terrenos fueron entregados en propiedad.

Sin embargo, las poblaciones en los complejos misionales que permanecieron activos no dejaron de disminuir en el transcurso del decenio. La inestabilidad, el evidente declive del sistema misional y las enfermedades, obligaron a que más indígenas neófitos buscaran un modo de desprenderse del control de los frailes y muchos retomaron la vida nómada estacional. Un considerable número de documentos de la época muestran lo recurrentes que eran los casos de indígenas que huían de la vida en misión. Esos mismos textos evidencian, por otro lado, la impresión que varios de estos indígenas tenían sobre las misiones; la animadversión que habían desarrollado hacia los frailes, las escoltas y los espacios misionales, y el rechazo a la prisión, a los grilletes y a los azotes.⁵⁹⁹ Si huían de las fundaciones no era por una supuesta incapacidad o barbarie que religiosos y soldados les

⁵⁹⁸ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 71.

⁵⁹⁹ Hausberger, “La violencia en la conquista espiritual. Las misiones jesuitas de Sonora”, 101–3.

habían atribuido, sino al hecho de que allí sus vidas soportaban carencias y maltratos. Fuera de la tutela misional, varios de los llamados “cimarrones” hurtaban ganados de los ranchos de misión y participaban en los levantamientos armados de los “gentiles”. Como los ocurridos en 1824, cuando en múltiples ocasiones acometieron a la misión de San Miguel Arcángel, propinando muchos daños a los soldados que la guarecían y sobre todo llevándose buena cantidad de “caballos, yeguas y mulas que existían en el campo”.⁶⁰⁰

Como se había intentado en la época virreinal, las escoltas de la comandancia militar, por su parte, tenían como uno de sus principales objetivos limitar esta movilidad de los indígenas, aprovechando la estructura misional existente.⁶⁰¹ Los soldados mantenían guardias en los cuarteles y en las misiones, daban rondines en los campos y en los ranchos, vigilaban las costas, y, sobre todo, perseguían a los indígenas que huían. Pero al mismo tiempo, la situación imperante hacía que estas actividades resultaran francamente difíciles de llevar a cabo. La precariedad que padecían las escoltas misionales y la comandancia militar de la Frontera no cesaba. En varias de las cartas que enviaba al gobernador de las Californias el comandante en San Vicente Ferrer, José Ignacio Arce, se reiteraba que los soldados de las escoltas padecían hambre, traían las ropas desgastadas, se desplazaban sobre caballos o mulas desnutridas y su armamento era obsoleto.⁶⁰² Los suministros y pagos que debían percibir de las autoridades militares y políticas eran extremadamente escasos. Los víveres que lograban hacerse provenían de los pueblos de misión que los pocos frailes que quedaban mantenían activos. En algunas ocasiones también, el misionero Félix Caballero se dirigió con mulas a la Alta California y traía de las misiones franciscanas variados suministros, muchos de los cuales entregaba a los soldados y a sus familias a cuenta del gobierno.⁶⁰³ Inclusive el puerto de San Diego se volvió una opción más para hacerse de víveres, dinero y ropas.⁶⁰⁴ Pero hubo periodos, sin embargo, en los que ni estos suministros eran suficientes. En esos casos la

⁶⁰⁰ AD-IIIH, Gobernación, 1824.34 (1824), Documento 251; AHPLM, República Centralista, leg.15, doc. 276 (1824), Documento 247 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*.

⁶⁰¹ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 54–55.

⁶⁰² Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*.

⁶⁰³ AHPLM, República Centralista, leg.15, doc. 276 (1824), Documento 247; AHPLM, República Centralista, leg.15, doc. 388 (1824), Documento 248 en Magaña; Lucila León Velazco, “Los soldados de La Frontera en la primera mitad del siglo XIX”, *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California*, Tomo 14, 2013, 72.

⁶⁰⁴ AHPLM, República Centralista, leg.22, doc. 2460 (1829), Documento 247 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 331–32.

alternativa que les quedó a los soldados era adoptar las prácticas recolectoras de los indígenas, adaptarse al entorno del norte peninsular. Fue entonces que la “tropa se [hallaba] toda por los montes buscando raíces silvestres para poderse mantener” o se dirigía a la costa a pescar mariscos.⁶⁰⁵

A principios de 1825, en la Frontera se había jurado el Acta Constitutiva de la Federación Mexicana. A raíz del nuevo régimen que traía consigo su promulgación, las Californias se constituyeron en una sola entidad, y en la península fueron conformadas dos compañías militares: la de Loreto al sur y la de Frontera al norte.⁶⁰⁶ Se conservó el estatus de las fundaciones fronterizas a pesar de los instrumentos expedidos por el gobernador José María Echeandía, que buscaba la secularización de varias de las misiones y el reparto de sus tierras. Sin embargo, ese mismo año fray Antonio Menéndez dejó el trabajo apostólico en San Vicente Ferrer, lo cual derivó además en la desatención de Santo Domingo de la Frontera y el Santísimo Rosario. Al año siguiente, fray José Miguel de Pineda murió, y como consecuencia de eso Santo Tomás de Aquino también se quedó sin ministro residente. Estos hechos ocasionaron que el dominico Félix Caballero, quien atendía San Miguel Arcángel y Santa Catarina, fuera por un tiempo el único religioso en la región Frontera.⁶⁰⁷

A pocos años de concluir la década, la continuidad de la presencia dominica en Baja California estuvo en duda. Esto debido a la promulgación de las leyes de expulsión de 1827 y 1829, las cuales emanaban de una política que veía en la población española residente una potencial amenaza para la independencia y la soberanía del país.⁶⁰⁸ Si bien las excepciones que contemplaba la primera de estas normas permitieron la permanencia de la mayoría de los religiosos españoles, la segunda fue contundente respecto a su expulsión. Un buen número de propietarios y algunas autoridades de las Californias, interesados en las tierras de misión y en la mano de obra de los indígenas neófitos, buscaron que estas leyes se cumplieran de forma íntegra en el territorio y que a los frailes españoles se les obligara a dejar las

⁶⁰⁵ José Manuel Ruiz, Loreto, 30 de octubre de 1823. IHH: AGN, Col. Pablo Herrera Carrillo, exp. 1.37, f.5 citado en León Velazco, “Los soldados de La Frontera en la primera mitad del siglo XIX”, 71.

⁶⁰⁶ AHPLM, República Centralista, leg. 15, doc. 582 (1825), Documento 252 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 279; León Velazco, “Los soldados de La Frontera en la primera mitad del siglo XIX”, 70.

⁶⁰⁷ Ulloa, *Los predicadores divididos. Los dominicos en Nueva España, siglo XVI*, 242–43.

⁶⁰⁸ Estas leyes de expulsión, como señala Lucila León, también repercutieron en el ejército mexicano, que perdió a varios de sus altos rangos por ser españoles. León Velazco, “Los soldados de La Frontera en la primera mitad del siglo XIX”.

misiones.⁶⁰⁹ El supremo gobierno, por su parte, intentó sustituir con frailes mexicanos a los misioneros que fueran desterrados. Para ello hizo un llamado “patriótico” a los padres predicadores de la provincia de México, exhortándolos a hacerse cargo de las fundaciones en Baja California. Sin embargo, escasos fueron los voluntarios que atendieron el llamado, ya que en la provincia dominica de México parecía que la vocación apostólica había menguado y se hallaba elevada la apatía. Sin religiosos dispuesto a sustituir a los frailes españoles, la aplicación de las leyes de expulsión resultaba contraproducente, ya que la situación en las misiones, en los presidios y en los pueblos se hubiera vuelto más grave, al verse desprendidos del trabajo que dirigían los religiosos, el cual proporcionaba la mayor parte de los recursos que se consumían en las Californias. Para inicios de los años 1830, pocos efectos habían surtido las leyes de expulsión. De acuerdo con Jesús Ruiz de Gordejuela, “de los 68 españoles residentes en las Californias, tan solo cinco recibieron la orden de expulsión”. En 1831, finalmente, fray Tomás Ahumada consiguió la autorización para que los siete dominicos que había en la península siguieran al frente de las misiones que quedaban.⁶¹⁰

Mientras se daban las discusiones en torno a las leyes de expulsión, el misionero Félix Caballero se mantuvo por dos años como el único religioso en la Frontera. Hasta 1829, cuando arribó al territorio fray Tomás Mancilla, quien se estableció en Santo Tomás de Aquino y atendió, a su vez, el pueblo de misión de Santo Domingo. Poco fue lo que se pudo remediar con su llegada. Para esas fechas las misiones se hallaban muy desmerecidas por la falta de agua para levantar las cosechas y, sobre todo, por la carencia de ministros religiosos.⁶¹¹ En 1830, la sequía obligó al fraile Caballero a llevar de nuevo la cabecera de San Miguel Arcángel al sitio de El Descanso⁶¹². Para entonces, El Rosario llevaba un año de haber sido clausurada y muchos de sus terrenos estaban deslindados entre varios particulares,

⁶⁰⁹ Ruiz de Gordejuela Urquijo, “La independencia de México y las misiones de las Californias: españoles versus mexicanos, 1821-1833”, 224.

⁶¹⁰ Ruiz de Gordejuela Urquijo, 225.

⁶¹¹ AHPLM, República Centralista, leg.25, doc. 3377 (1832), Documento 284 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 352–57; León Velazco, “Los soldados de La Frontera en la primera mitad del siglo XIX”, 71.

⁶¹² Tanto Peveril Meigs como Albert Nieser coinciden en que San Miguel Arcángel fue trasladada a El Descanso por fray Félix Caballero en 1830. Sin embargo, la residencia del misionero en cualquiera de estos dos complejos parece no haber sido fija, ya que existe una contestación hecha por Caballero a un oficio de la comisaría general de Baja California, que es firmada y fechada en “la misión vieja de San Miguel” en 1832. AHPLM, República Centralista, leg. 28, doc. 3545 (1832), Documento 287 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 360; Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 193; Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 237.

algunos de ellos familias de indígenas emancipadas del control misional. Mientras tanto, más indígenas neófitos le daban fin a su permanencia en los complejos; y los sobresaltos causados por los alzamientos armados de algunos grupos “gentiles” no cesaban, así como el hurto de cabezas de ganado. Solo las dos misiones que contaban con misionero residente, San Miguel Arcángel y Santo Tomás, desarrollaban una cierta producción agrícola y ganadera constante, apenas suficiente para continuar surtiendo con “unas cortas cantidades de víveres, maíz, trigo, frijol y otros efectos” a las desprovistas escoltas militares de la Frontera.⁶¹³ Para esos momentos, los soldados habían empezado a recurrir a los limitados auxilios que pudieran proveerles los vecinos rancheros ya establecidos en el territorio.

Eran notorios en el paisaje de la Frontera los rasgos del desgaste y el descuido, también los de la transición. Cada vez eran más los ranchos privados deslindados alrededor de las decadentes fundaciones. El corto número de misioneros y el abandono de los complejos misionales por buena parte de los neófitos, habían quitado varias de las barreras que impedían las adjudicaciones de un número mayor de tierras misionales o la ocupación irregular de estas por los soldados y sus familias.⁶¹⁴ De esta manera, un control territorial distinto se fue configurando en la Frontera, que estaba vinculado, como cualquier otro, a una reinterpretación del espacio y sus significados para los actores partícipes en su construcción.⁶¹⁵ La impresión que entonces comenzaba a predominar era que las tierras misionales resultaban ser pocas, en razón de que la labor apostólica estaba limitada a dos o tres complejos. Lo que había eran parajes baldíos donde afianzar una posesión. Por ello, muchos fueron los que, a lo largo de la década de 1830, buscaron con mayor empeño la forma de ocupar los sitios de labor dejados por frailes e indígenas. Sobre todo, a raíz de los decretos y reglamentos locales que extinguían varias de las misiones en la Nueva California y en el sur de la península, y del decreto de secularización que promulgó el presidente Valentín Gómez Farías, el 17 de agosto de 1833. Todo esto pese a que, en dichos ordenamientos, se

⁶¹³ AHPLM, República Centralista, leg.25, doc. 3377 (1832), Documento 284 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 352–57.

⁶¹⁴ Magaña, “La transferencia misional en el contexto de la secularización liberal en el área central de las Californias, 1808-1834”, 77; Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 98.

⁶¹⁵ Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, 49.

les respetaba el carácter de misiones a “todas las [fundaciones dominicas] de Fronteras por tener aún conquista viva y número considerable de neófitos”.⁶¹⁶

A inicios de septiembre de 1834, el sargento José Ignacio de Jesús Arce informó que “al ciudadano Nepomuceno Espinosa se le dio posesión del sitio Santo Ramón; al ciudadano Estanislao Armenta se le dio el sitio de San Jacinto; y a mí se me dio el sitio San Telmo”, viejo rancho de la misión Santo Domingo.⁶¹⁷ De igual forma, el soldado Perfecto Duarte solicitó la merced del sitio de San Rafael que pertenecía a San Vicente Ferrer, argumentando que dicho terreno se hallaba completamente desatendido por la misión, debido a que ésta carecía de recursos y medios suficientes.⁶¹⁸ Por esos días, también, el neófito de Santo Tomás de Aquino, José Roque Lucero, solicitó su desafiliación de dicha misión y pidió que fuera a él, y no al vecino Hilario Morillo, la entrega del paraje San José, el cual se localizaba al suroeste de esta misión, pegado al océano.⁶¹⁹ Si bien, para este caso en concreto, el padre Tomás Mancilla comentó que el terreno de San José aún le servía a su fundación como sitio de pastura para sus caballos, al final le concedió la última palabra al juez del territorio de la Frontera. La presencia de la vida ranchera ya era una realidad imperante.

No obstante, este proceso de transición no le impidió al dominico Félix Caballero fundar una nueva misión en el valle de San Marcos, paraje densamente frecuentado por bandas kumiai no evangelizadas y que desde la fundación de San Miguel Arcángel había servido como rancho. El paraje era “una cuenca rodeada de montañas de granito”, que en su parte más baja la surcan “viejos canales del arroyo de Guadalupe, que serpentea libremente sobre la suave llanura”.⁶²⁰ Dentro de la movilidad estacional indígena, el valle de San Marcos era un lugar de estancia temporal importante para practicar la recolección de frutos y la cacería. A su vez, tenía un papel relevante dentro de la geografía simbólica kumiai, cosa que se intuye por la roca de granito que estaba pintada con jeroglíficos y a la que el valle le debió

⁶¹⁶ Citado en Magaña, “De pueblo de misión a pueblo frontereño: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”, 130.

⁶¹⁷ AHPLM, República Centralista, leg. 30, doc. 5004 (1834), Documento 305 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 375.

⁶¹⁸ AHPLM, República Centralista, leg. 30, doc. 5010 (1834), Documento 306 en Magaña, 376.

⁶¹⁹ Un tema que requiere mayor investigación es justo el proceso histórico de estos indígenas neófitos que solicitaron su desafiliación de control misional dominico y que además pidieron mercedes de tierras para trabajarlas y convertirse en propietarios. AHPLM, República Centralista, leg. 30, doc. 4947 (1834), Documento 303; AHPLM, República Centralista, leg. 30, doc. 5126 (1834), Documento 308 en Magaña, 373–74.

⁶²⁰ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 2007.

el nombre de Ojá cuñurr (cueva pintada), de acuerdo con los pobladores indígenas con los que conversó Peveril Meigs en 1926.⁶²¹

Sin embargo, esta fuerte presencia de indígenas “gentiles” no fue la única razón para que el dominico presidente decidiera levantar allí una nueva misión. El desarrollo del valle de San Marcos como rancho ganadero había atraído a varios colonos a lo largo de los años treinta del siglo XIX. El padre Caballero mostró interés respecto a su vida espiritual y a las posibles contribuciones que pudieran aportar para el sostenimiento del culto. Por otra parte, el fraile también necesitaba un nuevo centro desde donde dirigir la débil, pero todavía presente, conquista misional del norte de la Frontera, así como un complejo capaz para administrar sus numerosos ganados.⁶²² De esta forma, en junio de 1834, mientras fray Tomás Mancilla se encargaba de la actividad misional en Santo Tomás y atendía el culto en Santo Domingo y San Vicente Ferrer, el ministro Félix Caballero fundaba Nuestra Señora de Guadalupe como misión e incipiente parroquia, desde donde también comenzó a administrar San Miguel la Nueva (El Descanso) y Santa Catarina.

A pesar de la decadencia de las misiones, el sentido de la configuración del espacio religioso aún debía responder a una funcionalidad misional. La construcción de la nueva fundación se apejó al programa arquitectónico que los dominicos habían establecido en la península desde su arribó. La información con la que se cuenta respecto a los espacios de Nuestra Señora de Guadalupe es poca, pero se sabe que la técnica empleada fue la misma que en los complejos anteriores: adobes colocados sobre cimientos de piedras acopladas. El acostumbrado cuadrángulo misional lo conformaban “una iglesia con dos altares, un coro, un balcón y escaleras de acceso; un taller donde los hombres y mujeres desempeñaban algunos oficios, una casa, un comedor con una ventana que daba hacia el patio, un corral contiguo a la misión, una cárcel, un establo y caballerizas”.⁶²³ Al parecer, los techos estaban cubiertos con tejas y los pisos con baldosas. “Desde el borde sur de la misión, según dicen,

⁶²¹ Meigs III, 208; Mathes, “Nuestra Señora de Guadalupe: última misión de la Californias y teatro de conflictos, 1795-1840”, 128.

⁶²² Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 246; Magaña, “La transferencia misional en el contexto de la secularización liberal en el área central de las Californias, 1808-1834”, 76; Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 105.

⁶²³ Descripción tomada del Sitio Arqueológico de la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe-INAH, la cual se basa en la obra de Manuel Clemente Rojo. *Apuntes históricos de Manuel Clemente Rojo sobre Baja California*.

unos anchos escalones bajaban por el terraplén hasta dos tinajas en las que se vaciaba el agua de un manantial”.⁶²⁴

En los trabajos de construcción de este nuevo complejo misional, el padre Félix Caballero recibió la ayuda de la tribu que comandaba Jatñil, líder kumiai del cañón de Nejí y quien era considerado “un verdadero amigo de la gente de razón”. A cambio de algunas porciones de maíz, cebada y trigo, Jatñil y su pueblo ayudaron también en las labores agrícolas de la misión. Su cooperación para el sostenimiento de los frontereros fue amplia y en varias campañas militares su apoyo fue constante. Sin embargo, Jatñil nunca fue partidario de la evangelización. Muchas veces rechazó las reiteradas pretensiones de bautizo que tenía para él y su gente el padre Félix Caballero ya que, para el jefe indígena, el bautizo no representaba otra cosa, más que el inicio de una vida de encierro y esclavitud en la misión; un estado que no deseaba para su tribu y al cual se negaría de manera rotunda en todo momento.⁶²⁵

Mientras esta posición contraria a la evangelización no fue ignorada, las huestes de este jefe kumiai siguieron apoyando a las escoltas militares contra los grupos indígenas hostiles a la presencia de colonos, militares y misioneros.⁶²⁶ En 1836, poco antes de que Jatñil y su gente comenzaran a trabajar en la fábrica de la nueva misión, un alzamiento de indígenas yuma y kumiai de jacume atacaron la ex misión y el presidio de San Diego de Alcalá, ocasionando muertes y destrozos. Desde San Vicente Ferrer, el alférez de la comandancia militar de Frontera, Macedonio González, partió con 25 soldados para repeler el ataque en Alta California. Jatñil y sus hombres salieron al auxilio de González en la sierra de Jacume, donde después de un férreo enfrentamiento lograron sofocar la revuelta.⁶²⁷ Poco tiempo después, de la misión San Miguel Arcángel escaparon dos indígenas presos “que les decían los Colorados”. Tomaron rumbo para la zona desértica del área central de las Californias y de acuerdo con las crónicas recabadas años después por Clemente Rojo, alzaron a casi 400 indígenas “gentiles” dispuestos a atacar la nueva misión de Nuestra Señora de Guadalupe.⁶²⁸

⁶²⁴ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 211.

⁶²⁵ *Apuntes históricos de Manuel Clemente Rojo sobre Baja California*, 29.

⁶²⁶ Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 277–79.

⁶²⁷ Rojo, *Apuntes históricos de la Frontera de la Baja California*, 1:25; Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 210.

⁶²⁸ *Apuntes históricos de Manuel Clemente Rojo sobre Baja California*, 26.

La acción fue un total desastre para los alzados, pues los soldados de la misión y sus aliados indígenas ya los esperaban, repeliéndolos al momento del asalto con fuertes descargas de fuego, que los obligaron a huir hacia las serranías. Poco después de estos sucesos, la comandancia militar de la Frontera parece haber sido trasladada a Guadalupe, esto con el propósito de resguardar el frente expuesto en este extremo del territorio.

En un informe elaborado ese año de sobresaltos para los frontereros, era manifiesta la inestabilidad que las hostilidades de los “gentiles” propiciaban en la región, así como el estado deplorable que guardaba lo que quedaba de las misiones. De todas, solo Santo Tomás de Aquino parecía mantener una cierta actividad misional a cargo de fray Tomás Mancilla. Mientras que los rancheros asentados en los terrenos de la para entonces ya ex misión El Rosario, seguían padeciendo la falta de agua; así como los de Santo Domingo, que si bien aún conservaba el estatus de misión, no contaba con misionero residente, solo “el padre ministro de Santo Tomás, que de cuando en cuando viene a decir misa y a administrar los sacramentos a estos habitantes”.⁶²⁹ Se reconoció que en San Vicente Ferrer todo estaba arruinado a pesar de que también era responsabilidad del padre Mancilla. San Miguel Arcángel, por su parte, estaba “rodeada de numerosa y bárbara gentilidad”, que en ocasiones hostilizaba los ganados de la misión; problema que parecía ser más grave en Santa Catarina, la cual se hallaba:

Circundada de mucha gentilidad, cuyo número puede llegar a dos mil gentiles bárbaros y salvajes. Hace trece años que carece de padre ministro propietario, por cuyo motivo están aquellos cristianos tan bárbaros y salvajes como antes de bautizarse, pero con más malicia y vicios adquiridos con el trato y comunicación con la tropa y demás gente de razón.⁶³⁰

Se desconoce por qué en el citado informe no se menciona el estado que guardaba Nuestra Señora de Guadalupe, pero el objetivo que perseguía la comandancia militar con el traslado de su cuartel general no se vio materializado. Al igual que durante el periodo virreinal, el territorio controlado en el norte de la península siguió siendo de confrontación, expresada en el abuso de los soldados, en la resistencia de los indígenas neófitos y “gentiles”,

⁶²⁹ Miguel Martínez, comandante político y jefe superior de Baja California, informa sobre hábitat y recursos de cada partido del territorio, Documento 1 en León-Portilla y Muriá, *Documentos para la historia de Baja California*, 49–58.

⁶³⁰ Miguel Martínez, comandante político y jefe superior de Baja California, informa sobre hábitat y recursos de cada partido del territorio, Documento 1 en León-Portilla y Muriá, 49–58.

y en la debilidad del poder militar.⁶³¹ A estas alturas del siglo XIX, las áreas que estaban quedando deshabitadas a raíz de la caída de la población indígena de la región Frontera y del declive del modelo misional dominico, no solo eran ambicionadas por los viejos soldados misionales y sus familias, sino también por otros grupos indígenas de la zona desértica del este que intentaron repoblarlas.⁶³² Esto generó una situación de tensión y conflicto entre estos incipientes pobladores, que iniciaron una violenta disputa por las tierras, la cual, en muchos sentidos, explicaría los brotes de resistencia indígenas que se dieron por esos años de la década de 1830. Muchos rancheros, reclamando la usurpación de su propiedad, violentaban a los indígenas o los apresaban para obligarlos a trabajar en sus ranchos. En un informe dirigido a la Comandancia militar a finales de la década se señalan algunos de estos abusos:

[Hacían] algunas inequidades con los indios gentiles, les quitan a sus mujeres, hijos y parientes para venderlos como esclavos a sus enemigos.

El alférez Armenta, más humano que el alférez Macedonio, tiene en su poder un indio niño pequeño, y no sé por qué, le manda atar las manitas poniéndole entre las palmas una braza ardiendo hasta que se le apaga, quedando el niño para siempre inútil de las manos.⁶³³

“¿Cómo no se han de levantar los indios contra los de razón?”, preguntó alguien que presenció la brutalidad de estos abusos. A mediados de 1839, las tensiones que venían dándose en Santa Catarina Virgen y Mártir alcanzaron niveles álgidos. Un nuevo levantamiento armado de indígenas kiliwa y cucapá por poco consigue destruir la misión, si no es por la intervención de Jatñil quien, al mando un numeroso contingente de hombres combatió a los sublevados y los forzó a retirarse.⁶³⁴

Después de estas acciones, Jatñil se vio obligado a moverse de la sierra a la costa para que su tribu no estuviera expuesta a posibles ataques. Pues su triunfo en la defensa del sitio de Santa Catarina hizo que ganara las enemistades de otros grupos indígenas de la zona:

Vine a hacerme fuerte a un agujaje que hay en la mesa del Descanso muy a propósito para defendernos, porque hace una fortaleza el lugar donde está; el padre Félix pensó seguramente que yo no podría volver a la sierra, y que me hallaba muy débil para hacer de mí y de mi gente lo que él quisiera. Y entonces, sin acordarse de mis servicios y de que todos nuestros trabajos provenían de haber querido ayudar a la gente de razón, contra la voluntad de todos

⁶³¹ Sheridan Prieto, “Diversidad nativa, territorios y fronteras en el noroeste novohispano”, 70.

⁶³² Magaña, “El poblamiento colonial en el área central de las California (1769-1870)”, 36.

⁶³³ AHPLM, República Centralista, leg. 36bis, doc. 7857 (1838), Documento 323 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 395–97.

⁶³⁴ *Apuntes históricos de Manuel Clemente Rojo sobre Baja California*, 30; Mathes, “Nuestra Señora de Guadalupe: última misión de la Californias y teatro de conflictos, 1795-1840”, 129.

nosotros, comenzó a bautizar por fuerza a la gente de mi tribu que iba a visitarlo como acostumbrábamos hacerlo.⁶³⁵

Sin importarle el rechazo que en repetidas ocasiones Jatñil había externado hacia el bautizo, el misionero presidente en Nuestra Señora de Guadalupe, fray Félix Caballero, aprovechó la ausencia del jefe kumiai y se dispuso a forzar el bautizo de su gente. La acción provocó la ira de Jatñil, quien rápidamente tomó las armas, alzó a sus huestes en contra del dominico y se lanzó a la misión de Guadalupe para buscarlo y asesinarlo. Años después, el acontecimiento le sería narrado a Clemente Rojo por la neófita María Gracia, cocinera de la misión al momento del ataque. La versión de los hechos de esta mujer indígena no solo resulta valiosa para reconstruir este episodio, sino también por las menciones espaciales que hace de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe:

Oímos los gritos de los indios que mataban al cabo Orantes, y los de otros que llamaban al padre Caballero para matarlo; el padre había dicho misa e iba a almorzar cuando esto sucedía; yo estaba tendiendo la mesa en que iba a comer el padre y me asomé por la ventana del comedor que daba al patio y vi todo ensangrentado y muerto al cabo Orantes, y ya los jatñiles estaban matando a Francisco y José Antonio, indios catecúmenos de la misión de San Miguel que se habían venido a Guadalupe para sembrar trigo y cebada en las mesas del Tigre; en esto se entretuvieron los jatñiles, mientras que el padre y yo, viendo lo que pasaba, nos llenamos de miedo y nos fuimos a refugiar a la iglesia; pero considerando que los gentiles no respetarían el altar mayor donde pensábamos resguardarnos, nos subimos al coro, porque allí estábamos menos a la vista de los que entrasen a la iglesia. El padre, como oía que lo llamaban a gritos para matarlo, y que todo el enojo era contra él, me rogaba por Dios que no lo descubriera, prometiéndome que, si la Virgen María lo sacaba con bien de aquel conflicto en que se hallaba, me daría todo cuanto necesitara en adelante para vivir con descanso y sin necesidad de servir a nadie mientras que Dios se acordase de mí. Así me dijo y me obligó a que me sentara encima de él, ocultándolo con mi ropa, hasta que aquellos me viesan. Yo, muerta de miedo como estaba, y sin tener segura mi propia vida, me compadecí del padre Félix e hice todo lo que me mandó, sabiendo que si los indios llegaban a descubrir que yo lo ocultaba me matarían sin remedio, aunque no tuvieran la intención de hacerme daño, porque así son todos ellos que nunca perdonan al que les oculta un enemigo o una persona contra la cual desean vengarse por alguna cosa que les hayan hecho. Me acuerdo de todo eso como si ahora mismo acabara de pasar. Estaba sentada sobre el padre, habiéndolo ocultado bien entre mi túnica, cuando sentí los pasos que subían la escalera del coro donde yo me hallaba en tal posición, y me quedé fría cuando fue llegando Jatñil con el arco en la mano y me dijo así: “Cómo te va, pariente”. Yo ni supe lo que le contesté, y me puse a llorar suplicándole que no me hiciera daño. “No temas nada”, me dijo: “Yo no he mandado matar a nadie, pero la gente que vino conmigo mató al cabo Orantes y también a Francisco y José Antonio; a quien yo busco es al padre, porque está bautizando a la gente de mi tribu para esclavizarla en la Misión, así como tú estás sin libertad y viviendo como los caballos ¿Dónde está el padre?” Para qué me preguntas, le contesté, cuando no sé ni cómo me hallo, según es el miedo en que me has puesto de verte tan enfadado. “Pues yo me voy”, me dijo y se bajó sin decirme otra palabra. Al poco ratito quedó todo muy el silencio, y cobrando ánimo bajé hasta el patio, y ya se

⁶³⁵ *Apuntes históricos de Manuel Clemente Rojo sobre Baja California*, 30–31.

habían ido todos los indios. Solo distinguí la polvadera que hacían por la cañada norte frente a la Misión, tomando la dirección de la Sierra.⁶³⁶

Temiendo por su vida, el padre Félix Caballero se alistó para salir lo más rápido posible de la Frontera. Dejó encargados al cuidado del sargento Francisco Gastélum el complejo misional de Guadalupe y sus bienes; se desprendió también del trabajo apostólico en San Miguel y Santa Catarina, y se marchó a la misión de San Ignacio, donde murió a los pocos meses luego de beber chocolate en la mañana.⁶³⁷ En su lugar como presidente de los misioneros dominicos en Baja California, quedó fray Gabriel González, quien estaba a cargo de la misión de Todos Santos, al sur de la península.

Al huir de la Frontera el presidente de los dominicos, las misiones que tenía a su cargo quedaron desatendidas y fueron decayendo. Tanto el sitio que ocupó originalmente la misión San Miguel Arcángel, como el complejo de El Descanso se arruinaron, ante el total descuido al que se vieron expuestos y sus muros desgastados solo sirvieron de hogar para unas pocas familias indígenas. Mientras tanto, en septiembre de 1840, indígenas cucapá, kiliwa y pa ipai atacaron de nueva cuenta el complejo misional de Santa Catarina, devastándolo todo a su paso. En su momento, al alférez Macedonio González se le ordenó sofocar el asalto e ir tras las “indiadas que quemaron la misión de Santa Catarina que se hallaba abandonada, y que mataron a veinte indios entre cristianos y gentiles”. En el curso de la expedición, González ya no contó con la ayuda de Jatñil, pero tuvo el apoyo de Nicuarr, otro jefe kumiai, más algunos vecinos tiradores y “setenta indios valientes del río Colorado”, todos dispuestos a castigar a los atacantes. Sin embargo, después de una larga búsqueda sin resultado alguno, el contingente retomó la marcha hacia la Frontera, dando por concluida la campaña militar y con ello, la presencia misional en las áreas serranas.

Contrario a lo que buena parte de la historiografía local ha sostenido, Nuestra Señora de Guadalupe no fue saqueada o destruida por los hombres de Jatñil en 1840.⁶³⁸ A pesar de la huida de Félix Caballero, este asentamiento conservó el estatus de misión al menos un año más. En ella de vez en cuando asistía para decir misa el misionero de Santo Tomás, fray

⁶³⁶ *Apuntes históricos de Manuel Clemente Rojo sobre Baja California*, 28–29.

⁶³⁷ Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 107–8.

⁶³⁸ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 207–12; Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 257; Mathes, “Nuestra Señora de Guadalupe: última misión de la Californias y teatro de conflictos, 1795-1840”, 129–30.

Tomás Mancilla, pero eran frecuentes las agresiones de los neófitos sublevados y tan corta la escolta militar, que obligaron a que la fundación fuera abandonada poco tiempo después. El padre Mancilla se fue olvidando de Guadalupe.

Para entonces, hacía un año desde la clausura de Santo Domingo de la Frontera, cuyo complejo misional ya era propiedad de José Luciano Espinoza, quien comenzó a acondicionarlo para explotarlo como rancho. La misión de San Vicente Ferrer también llevaba un año de haber sido cerrada, pero en las estancias que por décadas habían servido de cuartel militar de nueva cuenta estaba alojada la comandancia de la Frontera. Era ruinoso el estado de los muros y los techos del complejo. En 1840, el teniente Antonio Garraleta llegó a decir que:

En San Vicente no existen más que paredes arruinadas, he tenido que componer una casa para el cuartel y almacén de la tropa; pues en este punto solo una casa habitada hay que es del señor Juan Osio y en la que me hallo alojado con todo y tropa en inter se concluya aquella y Osio regresa de los Ángeles.⁶³⁹

De todas las misiones que los dominicos fundaron en la Frontera, Santo Tomás de Aquino era la única que permanecía activa a inicios de la década de 1840. Al frente de ella seguía fray Tomás Mancilla, quien para esos momentos único misionero que quedaba en el territorio y sostenía una raquítica labor apostólica, que se reducía al bautizo de algunos cuantos “gentiles” y a las esporádicas visitas que el fraile realizaba en los recintos de Guadalupe, San Vicente y Santo Domingo para decir misa y celebrar algunos sacramentos. La población indígena en el complejo misional de Santo Tomás era muy baja. Las enfermedades habían tenido un fuerte impacto en los neófitos y pocos eran los que, por otro lado, se adherían a la vida misional o se empleaban en las tareas misionales, la mayoría se dispersaba en los montes, los valles y los ranchos. Como consecuencia de esto, la producción agrícola y ganadera era corta, limitada en lo general al autoconsumo del pueblo de misión, aunque todavía se le llegaron a surtir a la escolta misional unas cantidades de carne y algunas fanegas de trigo, frijol y maíz.

Aun así, el inminente declive de las misiones y los cortos suministros de víveres hicieron que en los años siguientes se precarizara aún más la situación de los soldados de la comandancia. En ocasiones la falta de pagos obligó a que se les licenciara de sus deberes.

⁶³⁹ AHPLM, República Centralista, leg. 38, doc. 8399 (1840), Documento 329 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 408.

Comenzó a perderse en la tropa de la Frontera el equilibrio de la disciplina; muchos se ausentaban de sus puestos a la menor oportunidad y desobedecían las ordenes de reunión que se extendían. La avanzada edad y las enfermedades les impidieron a otros continuar en las escoltas militares. En poco tiempo el territorio se halló más desprotegido. A merced de revueltas y de las hostilidades que pudieran ocasionar los grupos indígenas que se negaban al control total de los propietarios rancheros.

Aun con la actividad misional prevaleciente en San Tomás, la ruptura era más que evidente en el espacio. Las misiones no configuraban más el territorio, sino los ranchos privados que se deslindaban. La tierra se solicitaba, se repartía o se disputaba entre los vecinos fronterizos, ya no era de las fundaciones dominicas. En abril de 1840, el alférez Macedonio González, quien se había ausentado de la Frontera por una pugna política en Alta California, solicitó como propiedad “once sitios de ganado mayor [en] el terreno conocido con el nombre de ‘Santa Catarina’, situado en la referida Frontera, cuya exmisión fue incendiada y totalmente desolada por los indios”.⁶⁴⁰ Por su parte, en 1841, José Luciano Espinosa y Antonio Osio reprocharon la posesión que tenía Ignacio de Jesús Arce sobre los sitios de San Telmo, Las Cabras y San José, y lo acusaron además de haber conformado un acuerdo con su primo Santiago Arce y con el padre Mancilla para establecer un control sobre los terrenos que le resultara benéfico.

Desde la muerte del padre Caballero y la destrucción de Santa Catarina, la situación en torno a los deslindes de tierras parecía estar degenerando en un cúmulo de intrigas y odios, en el que hasta el padre Tomás Mancilla terminó involucrado y su salud mermada. En algún momento entre septiembre y octubre de 1840, el misionero tuvo que retirarse a San Diego de Alcalá para recuperarse de un “accidente de demencia”, sobre el cual se ha sugerido que pudo haberlo provocado un problema de alcoholismo. Sin embargo, es posible que esta “demencia” de Mancilla haya tenido que ver más con el juego de intrigas que se había desbordado en torno al control de las tierras misionales, que a un mero padecimiento relacionado con el alcohol. Como al parecer lo dejó ver el comandante Antonio Garraleta, en un informe donde expuso el desorden que imperaba en la región: “al juez de paz Don Juan de Jesús Ocio lo acusan algunos vecinos de que ha intentado robar las misiones y que en

⁶⁴⁰ BL, CB, vol. 88, p. 12 (1840), Documento 332 en Magaña, 411.

unión de un tal Ríos dio una bebida al padre Mancilla para que se le trastornara el juicio, como en efecto así se halla dicho padre. Él acusa a otro de lo mismo”.⁶⁴¹

Hay una posibilidad de que fray Tomás Mancilla haya sido víctima de un intento de envenenamiento -como el que al parecer mató de forma repentina al padre Félix Caballero- que solo le trastornó la razón y el cual fue perpetrado por alguien que consideraba al dominico un obstáculo para sus intereses. Como quiera que haya sido, a finales de 1840 el misionero estaba de vuelta en Santo Tomás de Aquino.

A pocos años de estallar la guerra contra los Estados Unidos, la Frontera se sumía más en un total desastre, al igual que toda la Baja California. En 1843, fray Ignacio Ramírez, nombrado vicario foráneo, visitó el territorio para intentar establecer un orden en el deslinde de las tierras y “vigilar los procesos de colonización y emancipación”. Sin embargo, al final tuvo que retirarse al pueblo de Los Ángeles por causas de salud, sin haber conseguido grandes cambios.⁶⁴² Al momento de la partida de Ramírez, el orden público se encontraba trastocado por completo en la Frontera. Había robos, fraudes, abusos en los caminos y en los ranchos. Las revueltas sacudían la vida de los vecinos frontereros, y las riñas de estos con algunos grupos indígenas alimentaban más los miedos a grandes hostilidades. En 1845 se dictó en Santo Tomás, que, en ese momento ya capital del territorio, un bando de gobierno con el que se buscaba frenar “los grandes abusos que se cometen y arreglar en lo posible las buenas costumbres y la tranquilidad de estos pueblos”.⁶⁴³ Pero los resultados que surtió dicho ordenamiento fueron pocos, en parte porque en ese año el territorio de la Frontera se vio imbuido en las disputas de poder que venían dándose en la Alta California. Sobre todo, cuando el gobernador Pío Pico, bajo la influencia del decreto de la Asamblea Departamental del 28 de mayo de 1845, emitido en Los Ángeles y que le señalaba su jurisdicción hasta San Fernando Velicatá, cedió en propiedad varios terrenos de la región Frontera mediante subasta pública. Posteriormente se quiso hacer pasar este acto como una medida para contrarrestar la invasión estadounidense, pero que en realidad se trató de una estrategia que formaba parte de

⁶⁴¹ AHPLM, República Centralista, leg. 38, doc. 8405 (1840), Documento 333 en Magaña, 411–13.

⁶⁴² Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 102; Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 250.

⁶⁴³ AHPLM, República Centralista, leg. 43, doc. 232 (1845), Documento 351; AHPLM, República Centralista, leg. 43, doc. 9545 (1845), Documento 352; AHPLM, República Centralista, leg. 43, doc. 9590 (1845), Documento 353 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 429–35.

las intenciones expansionistas del grupo de poder del sur de la Alta California hasta antes de la guerra, como lo ha explicado Mario Alberto Magaña.⁶⁴⁴

Para cuando se desencadenó la invasión estadounidense sobre México, la atmósfera que se vivía en la Frontera de la Baja California era abrumadora. Varios vecinos fronterizos temían lo peor, verse anexados por un país extranjero, perder sus bienes y mancillado su catolicismo. Finalmente, el 2 de febrero de 1848 la guerra llegó a su fin con la firma del tratado Guadalupe-Hidalgo, mediante el cual México perdía gran parte de su territorio, incluida la Alta California. Mientras tanto, la presencia misional en la Frontera era más difusa. La imagen misional dominica se limitaba al complejo de Santo Tomás, sumamente descuidado para entonces. En los restos de las diferentes misiones que habían fundado los dominicos, los muros que antes habían conformado talleres, trojes, casas e iglesias, servían ya de comedores, cuartos, graneros y corrales de animales en los ranchos.

Al naufragar en octubre de 1848 en la playa El Socorro y después quedarse en la Baja California, el comerciante de origen peruano Manuel Clemente Rojo tuvo la oportunidad de ser testigo del final de la presencia dominica en la Frontera. Conoció a varios de los viejos soldados de la comandancia, quienes lo alojaron y lo condujeron hasta Santo Tomás. Ya no presencié un territorio configurado a partir de adscripciones misionales, sino repartido en propiedades particulares. Rojo vio El Rosario ya como ex misión, con sus terrenos ocupados por las casas habitadas y las tierras de cultivo de algunos ranchos. El viejo complejo misional de Santo Domingo, quizá con varias modificaciones, era habitado por José Luciano Espinosa y su familia. La mayoría de las paredes de adobe se mantenían en pie y el cementerio misional todavía estaba activo, donde:

Los fronterizos conmemoran a sus muertos, rezando algunas oraciones al pie de sus tumbas, adornando sus cruces con ramas verdes y algunas florecillas muy escasas en este tiempo, y encendiendo en la noche una bujía en cada sepulcro, y permanecen velándola para reencender la candela cuando la apaga el aire.⁶⁴⁵

En San Telmo estaban levantadas algunas casas construidas a partir de las desgastadas paredes de adobe de lo que alguna vez fue un sobresaliente rancho misional que dependía de

⁶⁴⁴ Magaña, “De pueblo de misión a pueblo fronterizo: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”, 133–41.

⁶⁴⁵ Rojo, *Apuntes históricos de la Frontera de la Baja California*, 1:41.

Santo Domingo. Encontró en San Vicente Ferrer un cuartel que se había abandonado desde la guerra con los Estados Unidos.

Ya no existían las puertas y ventanas de la iglesia ni de ninguna de las fábricas de la misión, habían arrancado hasta las vigas de los techos y todo aquello era una ruina completa.

El cuartel y las casitas de adobe con techo de tierra que habían servido a los soldados de la Compañía Presidial y a las familias de los casados, se hallaban como las fábricas de la ex-misión; solo existían en pie y de muy mala manera el cuartito de la comandancia.

Entramos a lo que había sido la iglesia [y] vimos en el altar mayor un sauco de más de tres varas de alto y bien desarrollado, nació de un pozo como de dos varas de largo, dos de ancho, y como vara y media de profundidad.⁶⁴⁶

Clemente Rojo llegó finalmente a Santo Tomás de Aquino. Ante sus ojos se daba el desvanecimiento del modelo misional, la ruptura de un modo de apropiación y de vivencia, así como la desaparición de la injerencia de los dominicos. Todos estos procesos eran palpables: en la erosión en las paredes, en la instrumentaría maltratada, en los campos de cultivo descuidados. La figura del dominico Tomás Mancilla era un signo más de la ruptura. Su actividad religiosa se había limitado al complejo misional, que apenas era sostenido por los indígenas neófitos que tenía a su servicio. A pesar de mantenerse entonces como misionero en la Frontera, el padre Mancilla era el último remanente en la región de lo que había sido la conquista misional, aquello que parecía ya no tener lugar en los tiempos revueltos de mediados del siglo XIX. En palabras del religioso:

Todas nuestras misiones guardan ese estado [lastimoso] porque hemos seguido una marcha retrospectiva, y cada día vamos de mal en peor; pero no toda la culpa es de los padres dominicos a quienes no salvaré nunca, aunque sean mis hermanos. Aquí entra la obra del tiempo en que hizo la independencia del gobierno colonial, la inexperiencia de los nuevos gobernantes. Todas esas vicisitudes por las cuales hemos pasado antes de constituirnos bajo un sistema de gobierno distinto al que nos habíamos acostumbrado por trescientos años; esas contrariedades, los trastornos de las guerras fratricidas por las cuales han pasado todas las naciones del mundo para constituirse antes que nosotros, todavía no [son] nada en comparación de lo que pasaron en Europa esas colosales potencias que nos critican mirando lo que somos sin acordarse de lo que fueron ellas.⁶⁴⁷

Al año siguiente de haberle expuesto estos pensamientos a Clemente Rojo, el padre Tomás Mancilla se desprendió finalmente del trabajo apostólico en la Frontera. Después de una corta estancia en San Diego por causas de salud, partió hacia el sur de la península, donde por un tiempo atendió la iglesia del viejo real de minas de San Antonio. Mientras tanto, el

⁶⁴⁶ Rojo, 1:44.

⁶⁴⁷ Fray Tomás Mancilla en Rojo, 1:49.

complejo misional de Santo Tomás de Aquino era reapropiado al establecerse en él una colonia militar, con la cual se buscaba guarecer y colonizar el área cercana a la línea binacional.⁶⁴⁸ Por su parte, en 1854 las misiones quedaron oficialmente clausuradas al nombrarse vicario general de la Baja California al cura Francisco Escalante. Esto hizo que los últimos dominicos que permanecían en la península, fray Tomás Mancilla y fray Gabriel González, salieran juntos hacia el convento de Santiago de México en 1855, poniendo fin a la presencia dominica.⁶⁴⁹ Para entonces, los vecinos de la colonia militar de Santo Tomás resistían los abusos y amenazas de la invasión de William Walker, quien había arribado a la región Frontera en 1853 encabezando fuerzas filibusteras.

Una vez clausuradas las misiones dominicas en Baja California, la administración religiosa en la Frontera estuvo en manos de otros religiosos. A la salida de fray Tomás Mancilla, el franciscano José María Suárez del Real se desempeñó por un corto tiempo como capellán de la ya para entonces colonia militar de Santo Tomás. Retirado del cargo, en 1856 su lugar lo ocupó el misionero francés Henry J. A. Alric, quien dejó un relato sobre las revueltas e intrigas políticas que en la década de 1850 sacudieron a la región Frontera.⁶⁵⁰ Para entonces, en estricto sentido el carácter misional se había perdido. Ya no se concentraba a los indígenas en los edificios misionales. No se hacían ya corridas para ir tras de los neófitos “cimarrones”, ni había una jornada de trabajo marcada a toque de campana, y los espacios misionales tenía ya otras funciones o estaban en ruinas. Sin embargo, mediante visitas itinerantes a los sitios que fungían como estancias temporales dentro de las territorialidades tradicionales en las serranías, sobre todo las realizadas por el padre Alric, quien las narra en su relato, se repartían los sacramentos entre varios de los indígenas no cristianizados.⁶⁵¹ Con esto destacan dos cuestiones: primero, que, pese a la clausura de las misiones, aún había un tenue proceso de cristianización en el norte de la península Baja California a mediados del siglo XIX, y, segundo, que en esa región aún existía una fuerte presencia indígena.

⁶⁴⁸ Ángela Moyano Pahissa, “Prólogo a la edición en español”, en Alric, *Apuntes de un viaje por los dos océanos, el interior de América y de una guerra civil en el norte de la Baja California*, 13; Magaña, “De pueblo de misión a pueblo fronterero: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”, 141.

⁶⁴⁹ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 251; Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 107.

⁶⁵⁰ Alric, *Apuntes de un viaje por los dos océanos, el interior de América y de una guerra civil en el norte de la Baja California*.

⁶⁵¹ Alric, 75-82.

Jamás hubo una extinción de los indígenas yumanos. A pesar de las epidemias, de las décadas de presencia misional y del desplazamiento, bandas y familias indígenas siguieron habitando el área central de las Californias. Sí, los misioneros dominicos se habían marchado, los complejos misionales se hallaban arruinados y un cúmulo de nuevos sucesos que tenían a los rancheros como protagonistas se desarrollaban, pero a mediados del siglo XIX los indígenas seguían siendo el grueso de la población que habitaba el norte de la península de Baja California. Sobre todo, en las sierras y en la zona este, en dirección al Golfo y al río Colorado, donde cientos de indígenas persistían y resistían. Aún se movilizaban estacionalmente y conservaban buena parte de sus costumbres y prácticas culturales.

La descentralización del ámbito religioso no fue mera metáfora, sucedió en el espacio. Hasta antes de que la guerra de independencia se desatara, la presencia de los frailes dominicos mantuvo a flote los pueblos de misión en la Frontera a pesar de las complicaciones productivas y poblacionales. Pero una vez que el número de religiosos se fue acortando a partir de la década de 1810, el resto de las problemáticas que aquejaban a las fundaciones se fueron intensificando hasta dar con su eventual clausura o adjudicación por parte de los viejos soldados de las escoltas. Como espacios religiosos pensados para lograr la conversión de los infieles, los complejos misionales perdieron relevancia y fueron albergando distintas dinámicas que eran representativas de que otra época ya estaba en curso.

1.1. Santo Tomás de Aquino: territorio y complejo misional

Después de tres años de preparar tierras para el cultivo y de haber construido las primeras habitaciones y una iglesia en el extremo oeste del valle de San Solano, la continuidad de la misión Santo Tomás de Aquino se tornó insostenible en este lugar. Los mosquitos y la insalubridad asociados a la ciénaga cercana afectaron a los indígenas neófitos y a los misioneros, y además provocó que los indígenas “gentiles” no permanecieran en el complejo misional. Esta situación obligó a que en 1794 la cabecera de Santo Tomás de Aquino tuviera que ser trasladada valle adentro, unos seis kilómetros y medio al este, en la parte baja de la ladera sur y muy cerca del arroyo.⁶⁵²

⁶⁵² Michael Mathes y Edward W. Vernon sostienen que la misión Santo Tomás de Aquino fue trasladada en dos ocasiones después de su fundación; una primera vez a mediados de 1794 y una segunda en 1799. Sin embargo,

Desde el nuevo punto a donde fue reubicada la misión, la gran extensión del valle se aprecia por completo. De este a oeste alcanza los casi diecisiete kilómetros, y su anchura promedio es de kilómetro y medio.⁶⁵³ Visto desde las alturas, el valle de San Solano, que a partir de la fundación dominica pasó a llamarse de Santo Tomás, adquiere la forma de un abanico que se abre en dirección noreste. Se encuentra delineado por laderas montañosas que, del lado sur, se erigen como una alta y continua barrera. Amplios llanos conforman la parte más baja del valle, los mismos que son atravesados de este a oeste por el arroyo que descende de las sierras. En el extremo oeste del valle, donde las laderas comienzan a apretarse para formar un cañón, el arroyo continúa abriéndose paso y termina en una laguna junto a la playa. Algunos árboles crecían en las tierras humedecidas por el arroyo, seguían las orillas del cauce y se diseminaban en grupos a lo largo del valle. Cerca del nuevo sitio de la misión, unos manantiales brotaban de los niveles bajos de la ladera sur y escurrían hacia el arroyo.⁶⁵⁴ Estos cuerpos de agua, que ya habían sido señalados por fray Joan Crespí en 1769, cuando dirigía junto a Fernando de Rivera y Moncada el primer contingente hacia la bahía de San Diego, fueron los elementos decisivos para la nueva ubicación de la misión, el factor determinante para emprender la ocupación occidental de este lugar. Debido esto a que el caudal que emanaba de ahí era constante y suficiente para emplearse en el riego de una huerta y de algunas tierras de cultivo próximas al complejo.

en la documentación revisada para la presente investigación solo se da cuenta de un traslado, el ocurrido en 1794. Del único traslado del que se encontró referencia para el año de 1799, fue el de la misión del Santísimo Rosario, la cual, por falta de agua, tuvo que moverse al paraje de San José. Mathes, *Misiones en el Camino Real Misionero del Estado de Baja California*; Vernon, *Las misiones antiguas*.

⁶⁵³ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 170–71.

⁶⁵⁴ Meigs III, 170–73.

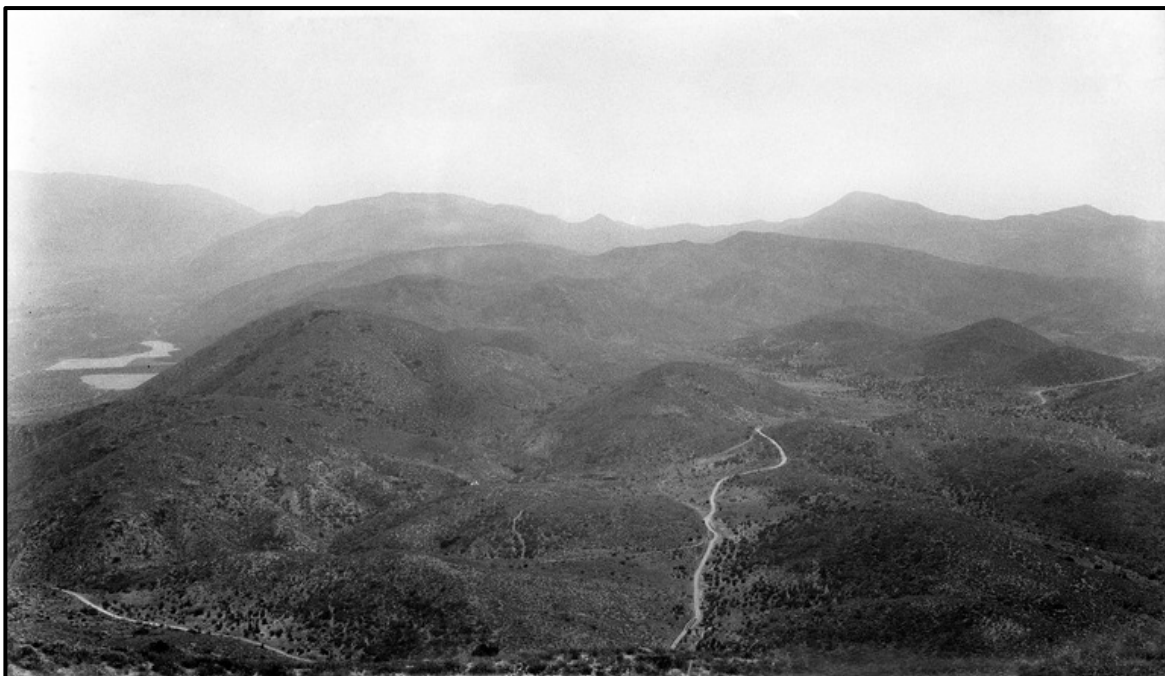


Imagen 16. *Montañas al sur del Valle de Santo Tomás, a la izquierda, mirando al sureste, 1927.* Peveril Meigs Baja California Research Materials. MSS 530. Special Collections & Archives, UC San Diego.

Hasta antes de la fundación de la misión, el valle de Santo Tomás era un espacio territorializado simbólicamente y utilitariamente por distintas bandas indígenas. La variedad de alimentos que allí se conseguían y sobre todo los puntos de agua que había, propiciaron que este valle fuera contemplado en las rutas que trazaban la movilidad estacional indígena, siendo un paraje de estancia temporal importante. Asimismo, su proximidad con el océano atraía a varias bandas kumiai y kiliwa que pescaban mariscos para comerlos en la playa o llevárselos al valle. También llegaban a cazar nutrias para elaborarse prendas. No resulta difícil de imaginar a una pléyade de asentamientos temporales repartidos en diferentes puntos del valle de Santo Tomás o asentados en otros sitios inmediatos al mismo. Por otro lado, la relevancia de este paraje se debió además a que al parecer era una frontera étno-territorial indígena, un lugar de encuentro, intercambio o disputa entre grupos distintos, que se vio alterado cuando los dominicos decidieron fundar ahí una misión.⁶⁵⁵ El establecimiento de Santo Tomás de Aquino restringió la movilidad que los indígenas desplegaban en su territorio. Sus estancias en el valle y en las playas fueron interceptadas por los misioneros y los soldados que pretendían incorporarlos al pueblo de misión. Esto ocasionó,

⁶⁵⁵ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*, 31–32; Garduño, *Yumanos*, 25.

inevitablemente, que una parte de los indígenas mostraran una continua resistencia en contra de la presencia misional hasta bien entrado el siglo XIX, mientras que otra decidió cambiar sus rutas de movilidad hacia lugares más alejados.⁶⁵⁶

El traslado de la cabecera de Santo Tomás trajo consigo varios retrasos para la conquista espiritual de esta fundación. Los edificios que ya se tenían construidos se abandonaron y todo tuvo que empezarse de nuevo. De ahí que, para inicios de 1795, cuatro años después de su fundación y a seis meses de haberse cambiado de sitio, apenas se estaban preparando “setenta varas de cimientó de piedra para la fábrica de la misión”.⁶⁵⁷ Como se había llevado a cabo en las demás fundaciones, en la tierra se cavaron las zanjas donde fueron acopladas piedras sobre las cuales después se colocaron los adobes de edificios y muros. Algunos de estos son mencionados ya en el informe del año siguiente y se encontraban configurando el acostumbrado cuadrángulo misional.

Flanqueando el ala oeste, se construyó un edificio rectangular que corría de norte a sur. Estaba dividido en dos habitaciones que no se comunicaban entre sí, una para vivienda de las mujeres solteras y la otra para los hombres, donde dormían sobre petates de junco.⁶⁵⁸ Al parecer, para las fechas en que el segundo sitio de la misión se acondicionaba, la mayoría de los indígenas reducidos en Santo Tomás de Aquino no habían contraído el sacramento del matrimonio, lo que llevó a los misioneros residentes a imponer antes que otra cosa la separación reglamentada entre hombres y mujeres solteras. Por otra parte, la vida doméstica de estas viviendas, o al menos la de las mujeres, se complementó con una estancia con telares donde eran congregadas, bajo una estricta vigilancia, para la labor y el canto de letanías, otros recursos del proceso de adoctrinamiento.⁶⁵⁹ Junto a este edificio y cerrando el ala sur del espacio misional, se levantó de adobe también “una casa con sala, dos recamaras, [y] un cuarto”, la cual muy seguramente sirvió de celda para los misioneros y que, a través de una puerta interior, se comunicaba con la vivienda de las solteras. Al otro lado del área común o patio, cerrando la cara norte del cuadrángulo, se construyeron un granero y una despensa con

⁶⁵⁶ Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*, 16.

⁶⁵⁷ AGN, Misiones, vol.2, exp. 3, fs. 67-68, *Informe de esta misión de Santo Tomás según el estado en el que se halla el día último de diciembre del año 1795*.

⁶⁵⁸ AGN, Misiones, vol.2, exp.4, fs. 95-96, *Informe de esta misión de Santo Tomás según el estado en el que se halla el día último de diciembre del año 1796*.

⁶⁵⁹ AGN, Misiones, vol.2, exp.4, fs. 95-96; Vitar, “Hilar, teñir y tejer. El trabajo femenino en las misiones jesuíticas del Chaco (siglo XVIII)”.

sus entradas mirando al sur, hacia el interior del complejo.⁶⁶⁰ Todas las estancias estaban techadas con vigas de pino, que probablemente se hayan traído de la sierra cerca de Santa Catarina, y fueron cubiertas con tule o jacal, como era costumbre en las misiones dominicas del itinerario costero.⁶⁶¹

A principios de 1797 poco era lo que se había levantado en Santo Tomás. Una gran extensión de terreno se preparó como cimiento. Sin embargo, después de haber sido cubierto y llenado, no se dejó noticia del uso que se le dio. Solo pudo concluirse un corral grande hecho con adobes. Este fue empleado para el resguardo del ganado menor, que lo conformaban específicamente ovejas y borregos.⁶⁶² La lana y el pelo de estos animales era aprovechada en los telares misionales, donde las indígenas neófitas lo empleaban para la elaboración de frazadas. Al año siguiente, en 1798, cuando la atención de los frailes y de la Comandancia militar estaban enfocadas en la misión que recientemente se había fundado en el Portezuelo, no se registraron construcciones nuevas en Santo Tomás de Aquino.⁶⁶³ El desmonte de tierras de humedad absorbió por completo el tiempo que se pudo haber empleado en la fábrica de nuevas estancias y habitaciones para el complejo misional.⁶⁶⁴ No obstante, tomando de referencia las demás misiones fundadas por los dominicos, es posible suponer que el cuadrángulo misional de Santo Tomás fue cerrado por muros de defensa hechos de adobe, que permitieron establecer un espacio hermético en una zona considerada de alto riesgo por la numerosa “gentilidad” circundante.

A unos metros de allí y complementando las defensas se hallaba otro edificio construido con adobes; era el cuartel donde residía la escolta misional.⁶⁶⁵ Esta, al momento de fundarse Santo Tomás de Aquino, estuvo compuesta de cinco soldados dependientes de

⁶⁶⁰ AGN, Misiones, vol.2, exp.4, fs. 95-96.

⁶⁶¹ AGN, Misiones, vol.2, exp.4, fs. 95-96; Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 173.

⁶⁶² AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 25-26, *Informe de esta misión de Santo Tomás según el estado en el que se halla el día último de diciembre del año 1797*.

⁶⁶³ AGN, Provincias Internas, vol. 19, exp. 3, fs. 92-119, *Noticias de las misiones que ocupan los religiosos de Santo Domingo en esta provincia, sus progresos en los años de 1797 y 1798, número de ministros que las sirven, sínodos que gozan y total de almas, con distinción de clases y sexos*. 114-119; Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*.

⁶⁶⁴ AGN, Provincias Internas, vol.19, exp. 1, f. 59-60, *Informe de la misión de Santo Tomás según el estado en el que se halla el día último de diciembre de 1798*.

⁶⁶⁵ Vernon, *Las misiones antiguas*, 257.

la Comandancia militar de San Vicente Ferrer y encargados de guarecer la misión.⁶⁶⁶ Algunos eran enviados como centinelas a las costas o a los valles, como el que hubo en San Rafael.⁶⁶⁷ Otros con frecuencia salían de la misión para inspeccionar el territorio y establecer un control efectivo. Recorrían el valle, las playas y los montes. Era recurrente también que acompañaran a los padres en la búsqueda de nuevos “gentiles” por incorporar, o que persiguieran a los indígenas llamados “cimarrones” que huían de la vida misional.

Afuera de los muros se encontraba la huerta, la cual, de acuerdo con Meigs, estaba compuesta “por lo menos de 100 olivos, 100 granados, más de 2000 cepas de viña y 3 o 4 durazneros”.⁶⁶⁸ Asimismo, junto a la huerta y rodeando al complejo misional, existía un terreno de cultivo que iba de oeste a este, pegado a las laderas sur del valle y siguiendo de forma paralela el arroyo. Para el riego de estas tierras, así como de la huerta, fue necesario controlar el flujo de los manantiales que habían justificado el establecimiento de Santo Tomás a esta altura del valle. Se tendió un paisaje hídrico que determinaba el aprovechamiento del agua, cuyo sistema estuvo compuesto en esta parte de la fundación por una línea de acequias forradas de piedra que conducían el agua por kilómetro y medio, desde el nacimiento de los manantiales hasta los cultivos y la huerta.⁶⁶⁹ Por otro lado, como sugirió Meigs, es probable que los terrenos adyacentes al primer sitio donde se fundó en un inicio la cabecera misional, en el extremo oeste del valle, se siguieron trabajando en los años siguientes. Si bien los mosquitos habían hecho imposible la estancia ahí, la corriente del arroyo era permanente y posibilitaba la obtención de buenas siembras. Incluso es posible suponer que los primeros edificios misionales se hayan destinado al final para los trabajos agrícolas de esta área.⁶⁷⁰

El resto de las llanuras que conformaban la parte baja del valle de Santo Tomás se destinaron para el ganado de la misión. Una buena porción de las vacas se encontraba pastando en estas áreas, no lejos del complejo misional. Desde ahí, era posible para los soldados de la escolta vigilarlas y evitar el hurto de ganado por parte de los indígenas no

⁶⁶⁶ BL, California Archives, vol. 8, p. 401, (1796), Documento 86 y BL, California Archives, vol. 8, p. 399, (1797), Documento 88, en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 113–14.

⁶⁶⁷ IHH-UABC, Documentos sobre la Frontera, 2.36, *Diario de visita a las escoltas de Santo Tomas y San Vicente*.

⁶⁶⁸ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 173.

⁶⁶⁹ Meigs III, 173; Sorroche Cuerva y Ruiz Gutiérrez, “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”, 145.

⁶⁷⁰ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 174.

reducidos. Las vacas andaban por los campos verdes y a ratos se acercaban a las orillas del arroyo. Sin embargo, estas tierras del valle no eran las únicas disponibles para el ganado misional de Santo Tomás de Aquino. El territorio adscrito a su jurisdicción era vasto y esto les permitió a los misioneros residentes establecer una influencia sobre algunos parajes habitados o frecuentados por bandas kumiai, que adquirieron la categoría de “rancherías” indígenas y que poco a poco fueron ocupados como ranchos ganaderos por la misión. Este fue el caso de La Grulla, que estaba a ocho kilómetros al norte de Santo Tomás; de la Ensenada de Todos Santos; del paraje contiguo a esta conocido como Maneadero; y del amplio valle de San Rafael, localizado entre las estribaciones de granito de lo que era la sierra de Jacume y las ásperas montañas del este de Ensenada, sobre uno de los caminos que conducían a Santa Catalina Virgen y Mártir (véase Imagen 17.⁶⁷¹ Como satélites en órbita, estos ranchos configuraron el territorio misional de Santo Tomás de Aquino. También representaron una resignificación y modificación de los territorios que eran habitados mediante prácticas y expresiones culturales distintas. Terminaron por implantar una nueva ocupación al mantener buena parte de los rebaños de la fundación, que para 1801 ya eran considerables.⁶⁷²

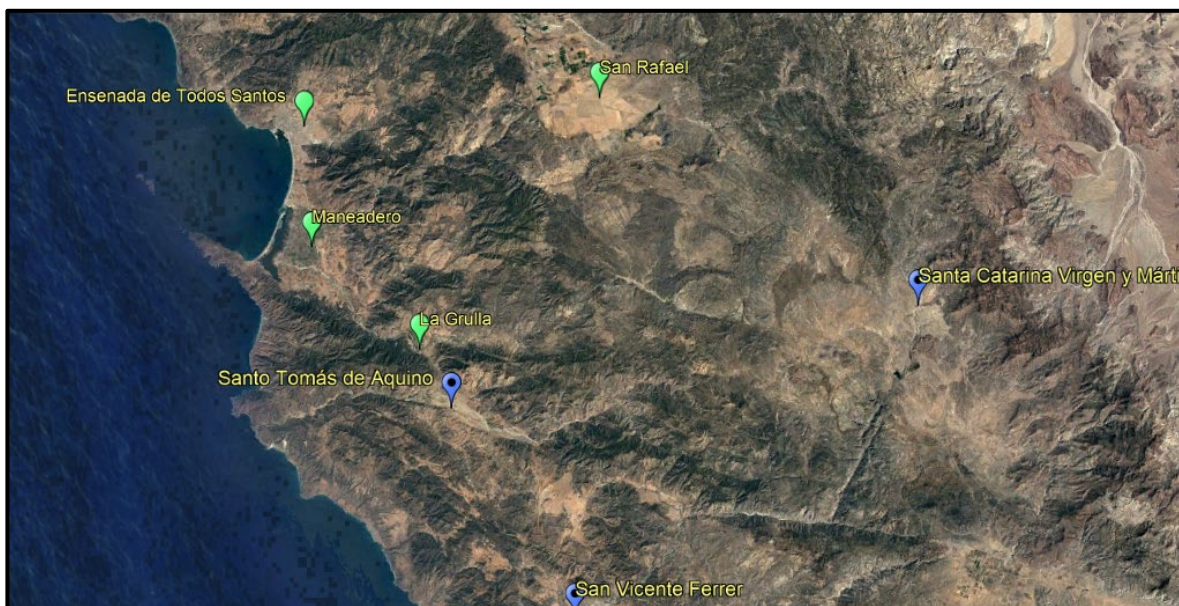


Imagen 17. Localización de los ranchos misionales de Santo Tomás de Aquino a finales del siglo XVIII. Hacia el este la misión Santa Catarina y al sur la misión y comandancia de fronteras de San Vicente Ferrer. Fuente: Google Earth Pro (2021).

⁶⁷¹ Meigs III, 176.

⁶⁷² Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 207.

Por otra parte, la cercanía que tenía la misión con el océano resultó ser una importante ventaja. No solo significó el contacto con indígenas no reducidos que acudían a las playas a pescar, sino también la posibilidad de hacerse de recursos marítimos y, sobre todo, de incluirse en la coyuntura comercial que experimentaba el Pacífico. Pese a las restricciones impuestas por la Corona española y a los centinelas postrados en las costas para resguardarlas, las incursiones de navíos extranjeros en las playas de la Antigua California fueron recurrentes a lo largo de las últimas décadas del XVIII y aumentaron en el curso del siglo siguiente. Varias fueron las naves que anclaron con el propósito de hacerse de provisiones o comerciar clandestinamente. En 1795, por ejemplo, un ballenero inglés, el *Resolution*, ancló escaso de víveres en la Ensenada de Todos Santos, donde gracias a los aportes de las misiones de Santo Tomás y San Miguel Arcángel logró reabastecerse para luego partir.⁶⁷³ Años después, el bergantín estadounidense *Betsy* ancló también en esta bahía y tuvo una segunda incursión en el año de 1800, burlando las restricciones que el presidio de San Diego le había puesto.⁶⁷⁴ La playa de la Bocana, donde desembocaba el arroyo de Santo Tomás, pero especialmente la Ensenada de Todos Santos, fueron los puntos donde los frailes dominicos de la misión Santo Tomás tenían oportunidad de intercambiar productos con los barcos que se aproximaban. Saliendo a caballo desde el complejo misional, se dirigían hasta allí con los cargamentos llevados por algunos neófitos que los acompañaban. El pago era en especie y a cambio de algunas fanegas, arrobas y reses, los misioneros recibían ropas o manufacturas que podían emplear en las labores. Por su parte, la mercancía que más ambicionaban los navíos extranjeros eran las pieles de nutria, las cuales podían obtenerlas de los intercambios acordados con los misioneros o directamente de los indígenas, quienes sabían cazarlas y ofrecían mayores cargas a un costo más bajo.⁶⁷⁵

Si bien, aún con lo anterior, la situación en Santo Tomás de Aquino no era para nada holgada y su población indígena tampoco era abundante, su desarrollo se pensaba que podía ser continuo y que en unos años del nuevo siglo estaría consolidado. Sin embargo, la realidad

⁶⁷³ BL, California Archives, vol. 7, pp. 473-478 (1795), Documento 69 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 87-92.

⁶⁷⁴ BL, California Archives, vol. 14, pp. 51-52 (1800), Documento 140 en Magaña, 158.

⁶⁷⁵ Sales, *Noticias de la Provincia de Californias*, 6:76; Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 181-82.

fue otra y el declive que las primeras misiones comenzaron a padecer en poco tiempo surtió efectos en esta misión, hasta desembocar en su eventual clausura.

1.2. Santo Tomás: de complejo misional a colonia militar

Cuando el siglo XIX ya estaba en curso, Santo Tomás de Aquino era una de las fundaciones dominicas que despuntaba. Su producción agrícola de cebada, maíz, frijol, trigo y aceitunas era sostenible, de igual forma la fabricación de vinos.⁶⁷⁶ Las cabezas de ganado en los ranchos y en la misión aumentaban, y era posible abastecer de carne a las escoltas misionales.⁶⁷⁷ Por su parte, los intercambios comerciales celebrados con navíos extranjeros continuaron siendo una fuente importante de productos que de otra forma resultaban difíciles de conseguir. También creció la población de indígenas neófitos, que para 1805 ascendía a 275 habitantes.⁶⁷⁸ La cercanía a diferentes parajes que servían de estancias temporales dentro de la movilidad estacional indígena, como las costas donde pescaban mariscos, les permitió a los frailes tener acceso a varios indígenas “gentiles” que procuraron atraerlos a la vida misional. No obstante, la resistencia al control de los dominicos se mantuvo y en varias ocasiones puso en estado de alerta a los soldados. En enero de 1803 fray Miguel López fue hallado muerto y, aunque en un principio se dijo que se había debido a causas naturales, la sospecha de homicidio surgió y creció cuatro meses después, al ocurrir el asesinato de otro religioso en Santo Tomás, fray Eudaldo Surroca.⁶⁷⁹ Por esos meses, también, varios soldados y neófitos fueron muertos por indígenas kumiai y pa ipai en parajes cercanos a Santo Tomás y, sobre todo, a Santa Catalina.⁶⁸⁰ El control misional y militar, al final de cuentas, no estaba del todo implantado en la región.

⁶⁷⁶ Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 173.

⁶⁷⁷ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 293; Vernon, *Las misiones antiguas*, 258.

⁶⁷⁸ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 206.

⁶⁷⁹ Barbara O. Reyes, *Private women, public lives. Gender and the Missions of the Californias* (Estados Unidos: University of Chicago Press Chicago Distribution Center, 2009); Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 209–11; Salvador Bernabéu, “‘la religión ofendida’. Resistencia y rebeliones indígenas en la Baja California colonial”, *Revista Complutense de Historia de América*, núm. Núm. 20 (1994): 176–80.

⁶⁸⁰ BL, California Archives, vol. 11, p. 393 (1804), Documento 146; BL, California Archives, vol. 11, p. 392 (1804), Documento 147; BL, California Archives, vol. 11, pp. 395-396 (1804), Documento 148 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 161.

Sobre los muros y los edificios del complejo misional no se tienen noticias en los primeros años del siglo XIX. Los informes y los avisos no dan cuenta del estado que guardaba el espacio de conversión, aunque era necesario tener a disposición el material de construcción. Por lo tanto, a los indígenas detenidos por algún delito, ya sea en la misión o en alguno de los ranchos, como en San Rafael, se les tenía elaborando adobes que posteriormente eran usados en las obras que se presentasen.⁶⁸¹ Estas podían ser las casas o estancias donde se fueron alojando las familias de los soldados que, con el estatus de “gente de razón” y en calidad de nuevos colonos, comenzaron a habitar por esos años la región de la Frontera. Las familias se situaron en las inmediaciones de los edificios misionales. Algunas casas se fueron erigiendo en torno a Santo Tomás de Aquino, las mismas que décadas después conformarían un pueblo. El arribo de estos nuevos colonos tuvo sus repercusiones en la propiedad de la tierra. En 1805, dos sitios de ganado mayor en la Ensenada de Todos Santos, que hasta ese momento -como se dijo- formaba parte del territorio de Santo Tomás, le fueron asignados al alférez José Manuel Ruiz por sus años de servicio en la Comandancia militar.⁶⁸²

Mientras el imperio español combatía los levantamientos insurgentes que se habían desatado a partir de 1810 en el centro del virreinato, la capacidad productiva de Santo Tomás de Aquino le permitió abastecer a la escolta que guarecía la misión, incluso a pesar del notorio declive que padecía el sistema misional dominico. A la tropa de la Comandancia, que comenzó a resentir los efectos de los conflictos al no ver cubiertos sus salarios y el abasto de víveres que debían llegar en barco desde el San Blas, se les despachaba frijol, maíz, manteca y carne, y un “indio cocinero” perteneciente a la misión les servía.⁶⁸³ En los años siguientes la misión Santo Tomás ya no solo llegó a abastecer de recursos a su escolta, sino también a la tropa de la Comandancia militar en San Vicente Ferrer, como ocurrió en 1817, cuando les distribuyó 15 reses “a razón de 5 pesos”.⁶⁸⁴ El conflicto tuvo sus efectos, de igual manera, sobre la presencia de religiosos. El número de dominicos que arribaban a la península para atender las misiones disminuyó de manera considerable, algo que como vimos, se debió

⁶⁸¹ IHH-UABC, Documentos sobre la Frontera, 2.36.

⁶⁸² Magaña, “De pueblo de misión a pueblo fronterero: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”, 123.

⁶⁸³ AHPLM, Colonia, leg. 7, doc. 611, (1814), Documento 194 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 214.

⁶⁸⁴ AHPLM, Colonia, Leg. 7, Doc. 665, (1817), Documento 205 en Magaña, 224–25.

principalmente a la prohibición de las colectaciones en España.⁶⁸⁵ Sin embargo, Santo Tomás no se vio afectado al menos hasta ese momento por esta situación, ya que las labores misionales continuaron atendidas por fray José Miguel de Pineda.

En mayo de 1823 en la región de la Frontera se juró la independencia del Imperio Mexicano.⁶⁸⁶ No obstante, la situación era precaria. La tropa en Santo Tomás estaba disminuida a solo tres soldados, a los cuales habría que agregar a sus familias. El sustento que obtenían, en su mayor parte, seguía corriendo a cuenta de la misión y habían empezado, como los indígenas y los misioneros, a comerciar con los barcos ingleses, estadounidense y rusos que anclaban de forma más recurrente en la Ensenada de Todos Santos.⁶⁸⁷ En contraste con otras misiones que ya habían sido abandonadas o que se encontraban sufriendo un marcado declive, el pueblo de misión de Santo Tomás de Aquino continuó creciendo hasta superar las cuatrocientas almas en 1824. La idea de reducir, evangelizar y adoctrinar a los indígenas se mantenía y nuevos “gentiles” se incorporaban, ya sea por imposición de los frailes y los soldados que los traían al complejo, o como estrategia de los indígenas para hacerse de alimentos.

Todo este nivel de producción y crecimiento poblacional que Santo Tomás venía experimentando pese a la crisis padecida en toda la provincia por la guerra de independencia, cesó en 1826. La muerte de fray José Miguel de Pineda en ese año dejó a la fundación sin misionero residente y a la región de la Frontera con un solo dominico, fray Félix Caballero, quien para entonces residía en San Miguel Arcángel, última “misión frontera” del itinerario costero, y se hacía cargo además de Santa Catarina.⁶⁸⁸ La muerte de Pineda dejó a la misión Santo Tomás sin atención por unos años. Si bien algunos colonos e indígenas neófitos continuaron viviendo dentro y en las inmediaciones del complejo misional, su producción decayó. La huerta y las viñas menguaron, y sus ganados se vieron mermados por el constante hurto que practicaban los “gentiles” de la zona.

⁶⁸⁵ Chávez Moreno, “Escasez, conflicto y naufragios: reclutamiento de dominicos españoles para las misiones de California a fines del siglo XVIII”, 67.

⁶⁸⁶ AHPLM, Republica Centralista, leg.15, doc. 141, (1823), Documento 237 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 254–55.

⁶⁸⁷ Magaña, *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, 180.

⁶⁸⁸ Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 242–43.

A partir de 1829, con el arribo de fray Tomás Mancilla como misionero residente en Santo Tomás, se intentaron revertir los retrasos de la misión.⁶⁸⁹ Se procuró restablecer la vida misional que por un par de años se había visto debilitada por la falta de ministro. Las oraciones y el desayuno en la mañana, después los hombres a las labores del campo y las mujeres a sus telares, y en la tarde la misa. Retomar la producción agrícola y velar por el auge del ganado. De nuevo, en el centro del complejo, los azotes se propinaban a los “gentiles” que se resistían a la evangelización. Algunas paredes arruinadas se repararon y los techos que se habían perdido se cubrieron con jacal. Se bautizaba, se casaba y se enterraba a los difuntos, no solo en Santo Tomás, sino también en San Vicente Ferrer, Santo Domingo de la Frontera, El Santísimo Rosario y San Fernando Velicatá, las otras misiones dominicas que, por falta de padres, fray Tomás Mancilla tuvo que empezar a hacerse cargo de sus asuntos religiosos.⁶⁹⁰

Para la década de los treinta del siglo XIX, mientras el proceso de secularización procuraba deslindar las tierras misionales y entregarlas a propietarios privados, sobre todo en la Alta California,⁶⁹¹ la misión Santo Tomás de Aquino todavía sostenía un trabajo propiamente evangelizador y una población indígena que, si bien era reducida, se mantenía. En un informe de 1836 que procuraba ilustrar el estado de la Baja California, la situación de San Tomás descrita por Miguel Martínez, comandante político y jefe superior del territorio en ese momento, da muestra de la actividad misional que se mantenía en el complejo:

En sus inmediaciones hay algunas rancherías de bárbaros gentiles, que no excederá su número de doscientos poco más o menos. Su administración espiritual y temporal corre al cargo de su padre ministro Fray Tomás Mancilla. Se bautizan algunos gentiles de los que están más inmediatos.⁶⁹²

La producción agrícola y ganadera, así como el comercio establecido con las embarcaciones extranjeras que se aproximaban a las costas cercanas, continuaron sosteniendo a la población de la misión: neófitos, “gentiles”, así como los soldados de la escolta y sus familias. Sin embargo, de acuerdo con los documentos consultados, estos

⁶⁸⁹ El dominico Tomás Mancilla llegó a la península de California en 1825 junto a fray Gabriel González. Antes de pasar a la Frontera para hacerse cargo de Santo Tomás de Aquino, estuvo en la misión San José de Comodú. Nieser, 244.

⁶⁹⁰ Nieser, 247.

⁶⁹¹ Ortega Soto, “La secularización de las misiones en Alta California”.

⁶⁹² “Miguel Martínez, comandante político y jefe superior de Baja California, informa sobre hábitat y recursos de cada partido del territorio”, Documento 1 en León-Portilla y Muriá, *Documentos para la historia de Baja California*, 49–58.

recursos de sustento eran suministrados en tan cortas cantidades que orillaron a los soldados y sus familias a que adoptaran algunas prácticas de los indígenas, tales como la recolección de semillas, frutos y raíces.⁶⁹³

Diez años después de su arribo a la Frontera, fray Tomás Mancilla quedó como único misionero dominico residente en la región. Esto debió, como vimos, a que un grupo de indígenas kumiai liderados por Jatñil, asaltaron la misión de Nuestra Señora de Guadalupe, provocando que su ministro, el dominico presidente Félix Caballero, la abandonara y huyera hacia el sur de la península.⁶⁹⁴ A raíz de este acontecimiento, el padre Mancilla tuvo jurisdicción en toda la Frontera misional de la California y su fundación, Santo Tomás de Aquino, se convirtió en el centro administrativo de la región.

Sin embargo, pronto la misión quedó desatendida de nuevo. Al poco tiempo de encontrarse como único dominico en la Frontera, la dedicación del padre Mancilla hacia las labores misionales decayó y su conducta empezó a ser criticada. En especial el vicio que lo afligía, el cual se ha sugerido que se trató de bebidas alcohólicas,⁶⁹⁵ de una condición tan dañina al parecer, que a finales de 1840 le ocasionaron un “accidente de demencia”, el cual lo obligó a retirarse por un par de meses a San Diego de Alcalá.⁶⁹⁶ A su regreso, si bien un poco aliviado, el fraile aún se encontraba incapacitado para atender la misión (Imagen 18).⁶⁹⁷

⁶⁹³ León Velazco, “Los soldados de La Frontera en la primera mitad del siglo XIX”, 71.

⁶⁹⁴ Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 105–7.

⁶⁹⁵ Espinoza Meléndez, 101; Magaña, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, 450.

⁶⁹⁶ AHPLM, República Centralista, leg.38, doc. 325bis, (1840), Documento 330 en Magaña, *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*, 409.

⁶⁹⁷ AHPLM, República Centralista, leg.38, doc. 8405, (1840), Documento 333 en Magaña, 412.



Imagen 18. Retrato de fray Tomás Mancilla realizado en 1848 por Manuel Clemente Rojo. Fuente: Rojo, *Apuntes históricos de la Frontera de la Baja California*, 1: 119.

En los años siguientes, el hurto, el descuido y los robos afectaron a Santo Tomás en todos los aspectos. Para entonces más que misión, su semblante era de un pueblo arruinado. Buena parte de los ranchos y los campos de cultivo de la fundación eran ocupados de manera informal por las familias de los soldados.⁶⁹⁸ La invasión al país por las fuerzas estadounidenses solo vino a agudizar más la situación. Varios de los indígenas se dispersaron a causa de las enfermedades y a la inestabilidad ocasionada por el conflicto bélico. La misión se fue desolando, quedando con unos pocos pobladores.

En 1848, después de recorrer los terrenos y contemplar los muros arruinados de las ex misiones de Santo Domingo y San Vicente, José Clemente Rojo llegó a Santo Tomás donde fue testigo de su decadencia: “la huerta estaba muy deteriorada, y por el mismo tenor se miraban la iglesia y otras fábricas de la misión. Al punto mismo en que llegábamos a ella estaban dos jovencitas repicando las campanas para llamar a misa”.⁶⁹⁹ En su narración se trasluce que en esos momentos la labor “misionera” del dominico estaba limitada al viejo

⁶⁹⁸ Magaña, “De pueblo de misión a pueblo fronterero: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”, 144.

⁶⁹⁹ Rojo, *Apuntes históricos de la Frontera de la Baja California*, 1:48.

espacio misional, donde otorgaba algunos sacramentos y celebraba misa. Al parecer las visitas itinerantes a las ex misiones habían quedado de lado. Asimismo, se deja ver como la población en la misión se hallaba verdaderamente disminuida:

No había más indios varones que los siguientes: Hilarión Quiñones, cristiano; Lechuguilla, gentil; Cualis, gentil. [Las] indias, las dos cocineras del padre que les decían las Gracianas, cristianas; la Charepinta, gentil, y otras dos indias viejas, gentiles. Los dos indios gentiles Cualis y Lechuguilla trabajaban con el padre Tomás Mancilla por alguna que otra cosa que les daba, a más de la comida, la mayor parte en vino y aguardiente que se hacía con parte de la viña en pie que quedaba.⁷⁰⁰

El complejo misional era un lastre en absoluto. Una muestra palpable de la finalización del tiempo de las misiones. Varias paredes se descarapelaban y algunas puertas eran tablones desgastados. Los techos en algunas estancias estaban por caerse. Pero con todo, el programa arquitectónico de finales del siglo XVIII se conservaba en su mayor parte y la acequia que corría desde los manantiales seguía conduciendo agua:

Las fábricas de la ex-misión de Santo Tomás de Aquino se veían en un perímetro de ochenta varas de frente por ochenta de fondo. En el costado del norte estaba la iglesia con su entrada al Este y después de la iglesia seguían dos galerones con sus puertas al sur. Todo el frente del este estaba sin fabricar. Al Oeste, cerrando el cuadro de norte a sur, había tres galerones adonde se guardaban granos y otros productos de la misión. El costado del sur se componía de un galerón pegado al último de los del Oeste cuyas puertas miraban al Este; este galerón era el convento de monjas que tenía dos puertas, una exterior que miraba al norte, y otra interior que iba a la celda del misionero, cuya celda tenía tres puertas, la que se comunicaba con el convento, una exterior con vista al norte y otra interior que pasaba a la despensa más al Oeste de la celda. La despensa se comunicaba con la cocina y esta tenía otra puerta que daba al sur para tomar agua de la zanja que por allí corría en la dirección de Este a Oeste. Cuarenta metros al sureste de la cocina, estaba el cuartel de la escolta.⁷⁰¹

En 1849, al año siguiente de la visita de Manuel Clemente Rojo, fray Tomás Mancilla se hallaba nuevamente en San Diego, donde recibió una carta de su hermano Agustín. En ella, éste le informó que la fiebre del oro en California había despertado un gran interés y que mucha gente que iba de paso con rumbo a las minas, perpetraba una gran cantidad de robos en los poblados y los ranchos de la Frontera. Le contó además que se habían extraído buena parte de los utensilios y ornamentos religiosos de la iglesia de Santo Tomás.⁷⁰² La impresión que se tenía, a estas alturas del siglo, era que la vida misional ya no tenía relevancia en la península, que la evangelización ya carecía de sentido. Buena parte de las tierras de misión

⁷⁰⁰ Rojo, 1:54.

⁷⁰¹ Rojo, 1:85.

⁷⁰² Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, 268.

ya estaban empleadas como ranchos privados. Y pocos meses después, al parecer ya sin una población neófita por atender, el padre Tomás Mancilla se separó de las labores misionales en Santo Tomás de Aquino y dejó la Frontera al año siguiente, dando por concluida definitivamente la actividad misional dominica en este territorio.⁷⁰³

Sin embargo, esto no significó el abandono del complejo misional. Los espacios y las estancias fueron reocupadas, albergaron una nueva domesticidad. El uso del cual fueron objeto fue distinto del sentido misional. La apropiación del espacio que en esos momentos se implantó procuraba dar una respuesta a las vicisitudes que se desbordaron a partir de la invasión estadounidense y a la pérdida de buena parte del territorio nacional. En ese sentido, a principios del año de 1850, en la para entonces ya ex-misión de Santo Tomás, se estableció una colonia militar que intentó implantar una posición defensiva cerca de la nueva línea internacional entre México y los Estados Unidos.⁷⁰⁴ El misionero se había ido, pero al lugar arribaron nuevos oficiales, soldados y las familias de estos para habitarlo, como se expuso en un informe presentado por Rafael Espinosa, entonces jefe político del territorio de la Baja California, en 1853:

Vivía solo en esta misión un indio, y se techaron unas paredes viejas que sirvieron para cuartel y otras habitaciones. Consiste esta habitación en cuatro casas nuevas y otras cuatro formadas sobre las paredes viejas, con otros cuatro jacalones más que sirven de habitación a treinta y cinco personas de razón entre grandes y pequeños, además de los oficiales y tropa.⁷⁰⁵

Mientras tanto, al otro extremo de la península, fray Gabriel González, presidente de los misioneros dominicos, quien aún seguía en funciones, planeaba la construcción o restauración de algunos de los templos de las viejas misiones de la península de Baja California. Había estado solicitando apoyos para emprender el proyecto. Entre los templos contemplados para las mejoras en su fábrica estaba el localizado en la colonia militar de Fronteras, es decir, la iglesia de la ex-misión de Santo Tomás, para la cual, parece que los

⁷⁰³ La última evidencia de las actividades del padre Tomás Mancilla en La Frontera, son del 16 de agosto de 1850, cuando ofició tres matrimonios en la ex-misión de Santo Domingo. Poco después ya se encontraba atendiendo el templo del real de minas de San Antonio, al sur de la península. Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, 251; Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 114.

⁷⁰⁴ Magaña, “De pueblo de misión a pueblo fronterero: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”, 141.

⁷⁰⁵ “Situación de las misiones”, Documento 5 en León-Portilla y Muriá, *Documentos para la historia de Baja California*, 82.

recursos se lograron, los adobes y demás materiales se elaboraron, y se emprendió una restauración austera.⁷⁰⁶

Las paredes viejas se han techado para habitarlas. El techo de la iglesia se ha hecho de terrado porque el último ministro que ha habido excitó a los habitantes y contribuyeron para que el techo se hiciera de vigas de pino y tierra encima. Se le pusieron tres vidrieras y por dentro se le dio otra forma peor al colateral, pues, aunque antes era del gusto de Churriguera y vi en el altar mayor una estampa del hijo prodigo, perdió por dentro lo que ganó por fuera. No está embaldosado y las campanas están sostenidas por dos pilarcitos sobre la puerta que no tiene llave. Las tres o cuatro pinturas que les han dejado son de tan poco mérito como la iglesia.⁷⁰⁷

Pero con todo y esta restauración, la iglesia de Santo Tomás estuvo desatendida, en muchos sentidos debido a la situación que cundió en el territorio. Desde que el último dominico salió, las disputas e intrigas en torno a las tierras se habían recrudecido en la Frontera, generando una atmósfera colmada de revueltas e inestabilidad política, donde lo religioso parecía quedar en segundo plano. Esto era evidente en el estado material que tenía el viejo recinto misional. Las muestras de deterioro y desgaste reaparecieron en los muros y en los techos. Y estas, al parecer, tampoco fueron atendidas por fray José María Suárez del Real, un franciscano que por un corto tiempo se desempeñó como capellán en la colonia militar de Frontera en Santo Tomás, cuando el sentido misional dominico ya había prescrito.

En 1853 la aventura filibustera de William Walker pasó por lo que era entonces el partido norte de la península. Este hecho trastocó aún más la vida de los rancheros frontereros, quienes se vieron rehenes en los pueblos y en los ranchos, y fueron presionados para reconocer una “república” que no tenía sustento alguno. Sus campos fueron dañados y los ganados se hurtaron. A su paso por la colonia militar de Fronteras, la revuelta de Walker saqueó la colonia ahí establecida y “la iglesia de Santo Tomás [fue] desacatada”.⁷⁰⁸ Esta invasión filibustera vino a recrudecer la inestabilidad política en la Frontera y justificó los temores a sucesivas intervenciones estadounidenses. Para cuando este episodio fue superado,

⁷⁰⁶ Los otros templos de la Baja California que están contemplados para ser restaurados eran el de La Paz, el del antiguo real de minas de San Antonio, el de Nuestra Señora de Loreto, el de San José de Comondú y el de Santa Rosalía de Mulegé. “Rafael Espinosa remite carta del presidente de los misioneros dominicos que solicitan ayuda para reparar templos destruidos”, Documento 15 en León-Portilla y Muriá, 114–15; Espinoza Meléndez, “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”, 104.

⁷⁰⁷ “Situación de las misiones”, Documento 5 en León-Portilla y Muriá, *Documentos para la historia de Baja California*, 66–89.

⁷⁰⁸ “Se informa al cónsul de México en San Francisco sobre actitudes de Walker en San Vicente”, Documento 150 en León-Portilla y Muriá, 243–45.

en mayo de 1854, el viejo complejo misional de Santo Tomás había quedado sumamente dañado: “existe en esta misión un templo amenazado de ruinas igualmente que algunas casas”.⁷⁰⁹ De inmediato las fuerzas militares de la colonia tomaron de nuevo los edificios. En las antes estancias misionales se recompusieron oficinas, establos y casas; “la iglesia estaba ocupada por la artillería y la casa del misionero por la tropa”.⁷¹⁰ En general, el complejo fue desprendido de todo sentido o utilidad religiosa, como el padre Henry J. A. Alric pudo comprobarlo en marzo de 1856, cuando arribó a Santo Tomás para remplazar a Suárez del Real como capellán de la colonia militar, a solicitud del obispo de Alta California.

A la llegada de este religioso de origen francés, el carácter misional que había tenido Santo Tomás se hallaba muy difuminado. Si bien todavía permanecía el plano cuadrangular y la mayoría de los muros aún eran los antiguos adobes de la misión, los cambios habían afectado todo el paisaje. Este ya no se configuraba en iglesia, cuartos para neófitos, corrales para solteras, almacenes y talleres. El carácter del lugar era ya la de un pueblo habitado por soldados y rancheros, muestra del curso de un proceso histórico distinto. Al momento de querer desempeñar el cargo de capellán, el padre Alric se encontró con varios obstáculos: “durante los primeros domingos, tuve que celebrar la misa en la plaza pública: todos los militares y los habitantes asistieron a ella, y solo para el tercero pusieron la iglesia a mi disposición. La casa [del misionero] no me fue entregada nunca”.⁷¹¹ Como espacio misional, era claro que Santo Tomás ya no existía. Lo que había entonces, siguiendo el relato dejado por el padre Alric, era un pequeño poblado militar que había conservado parte del nombre de una antigua misión, y en donde:

Había almacenes, cafés y cantinas, así como casas de juego donde la juventud iba a perder su dinero, y a menudo su salud. No había más que 22 casas todas mal construidas: unas cubiertas de bejuco, otras de maleza, y estas recubiertas de una fuerte capa de barro para preservarlas de los calores.⁷¹²

Asimismo, ya no había neófitos. Varios de los indígenas que integraban el pueblo de misión se habían vuelto rancheros o mano de obra. Pero muchos más hacía tiempo que se

⁷⁰⁹ “Manuel Castro reseña un derrotero desde San José del cabo hasta la nueva línea internacional de Baja California; describe poblaciones, puertos y ranchos”, Documento 9 en León-Portilla y Muría, 93–105.

⁷¹⁰ Alric, *Apuntes de un viaje por los dos océanos, el interior de América y de una guerra civil en el norte de la Baja California*, 72.

⁷¹¹ Alric, 73.

⁷¹² Alric, 72.

habían reincorporado a la vida seminómada estacional, que todavía siguió desplegándose por varias décadas más. Los indígenas no se desvanecieron al desaparecer Santo Tomás como último reducto de la conquista misional dominica. Su presencia y proceso históricos continuaron en Baja California.

CONCLUSIONES

Los procesos históricos pueden leerse y analizarse en el espacio. La historia, los sucesos, se desarrollan en espacios, dejan marcas y rastros, se ven materializados en los lugares, las tierras y los edificios. En ese sentido, la presencia misional dominica en la península de California tuvo una dimensión espacial, porque se sostuvo y se desarrolló en y alrededor de lugares concretos donde la reducción y la conversión de los “gentiles”, la propagación del catolicismo, la expansión y la defensa de los dominios del imperio, así como las representaciones, los imaginarios y las identidades, cobraron sentido. El estudio de los complejos misionales dominicos fundados en la región noroeste de la Antigua California muestra de forma extraordinaria la espacialidad -y en ese sentido el desarrollo- del proceso histórico de la evangelización y colonización de la parte intermedia de las Californias.

Si bien estos complejos no respondieron a un estilo arquitectónico específico y en ellos la esteticidad fue sacrificada en favor de la funcionalidad, eso no quita que su relevancia como objeto de estudio sea enorme, puesto que a través de ellos fue posible conocer cómo el espacio fue apropiado y habitado a través de una estrategia de dominio imperial como lo fueron las misiones, así como las territorialidades y los paisajes que a partir de ellos se construyeron. Se demostró, por otra parte, que los complejos misionales no fueron obras terminadas, de manera constante estaban siendo restaurados, ampliados, transformados e incluso destruidos. Tampoco se trató de obras definitivas, sino de edificaciones provisionales que, dentro de un proceso constructivo de sustitución, estrechamente vinculado al desarrollo y consolidación de las fundaciones, fueron dispuestos para responder a las necesidades inmediatas de habitabilidad de los pueblos de misión, a las labores productivas y a las condiciones geográficas y ambientales del espacio.

En ese entendido, se evidenció que la conformación de los complejos misionales fue determinada por una gran variedad de factores. A partir del análisis del espacio, los procesos territoriales y la construcción del paisaje que se dio con la evangelización y el adoctrinamiento de los indígenas, fue posible dilucidar y describir las características arquitectónicas, constructivas y espaciales que los complejos misionales dominicos fueron adquiriendo a lo largo de la conquista misional que se llevó a cabo en la Frontera de la Antigua California.

Las características ambientales del norte de la península no fueron las más óptimas para los modos de vida y de producción que procuraron implantarse y fomentarse a través de las fundaciones religiosas. Los propios misioneros consideraron que el extremo noroeste de la península eran tierras poco fértiles y aventajadas en comparación con las de Alta California. No obstante, a lo largo de la presencia misional dominica, el área semiárida del noroeste de la Antigua California fue explorado y descrito, de modo que en él pudieron hallarse parajes acondicionados con los recursos necesarios para establecer las misiones. Estos recursos necesarios eran un flujo constante de agua, suficientes maderas, buenas tierras para los cultivos y extensiones de pastos para los ganados.

Los parajes donde se fundaron las misiones dominicas eran valles que se extienden por lo regular de este a oeste, no muy alejados de las costas del Pacífico para el caso de las misiones que cerraron el itinerario a San Diego de Alcalá, y atravesados por el cauce de un arroyo. En ellos, los complejos misionales se construyeron en pequeñas elevaciones de la superficie con la intención de establecer un control visual sobre el territorio.

De todos los elementos necesarios, el factor espacial que determinó la localización de estos complejos dominicos en la Frontera fueron los puntos de agua, que en su mayoría eran arroyos que nacían en las serranías y descendían hacia el océano, aunque también hubo casos, como los de Santo Tomás de Aquino y San Pedro Mártir, donde el suministro de agua se complementó con el flujo de algunos manantiales cercanos. Dentro de la conquista misional, la relevancia de estos cuerpos de agua se vio en la ocupación y aprovechamiento que de ellos se hizo a partir de los complejos misionales levantados y mediante la construcción de infraestructura hídrica, como fueron cisternas, diques y acequias, que al conducir el agua hasta los campos de cultivo y los espacios misionales permitieron establecer un control sobre dicho recurso. Sin embargo, se vio que la desecación de los arroyos que proveían a algunas de las fundaciones fue una seria dificultad que complicó el desarrollo de los complejos dominicos y forzó el traslado de varias de las cabeceras misionales de la Frontera.

Las maderas, otro de los elementos requeridos para determinar si un paraje era óptimo para una fundación, también fueron recursos limitados en la Frontera. Con excepción de las misiones de San Pedro Mártir y Santa Catarina, que tuvieron acceso a las maderas de los pinos y encinos de las sierras, el resto de las misiones de la Frontera se vieron limitadas a maderas de mediana calidad como las de los sauces. Estas por lo regular fueron empleadas

para armar la viguería de los techos de las estancias y las habitaciones, que después eran cubiertas con jacal; los dinteles de las puertas y ventanas, así como armar corrales para animales. En el caso de los complejos misionales de las mencionadas fundaciones serranas, las buenas maderas a las que tenían acceso permitieron sostener los techos elaborados a partir de terrados que cubrían los edificios misionales y que eran adecuados para soportar las nevadas invernales que se dan en esta zona.

Que las tierras agrícolas en torno a los edificios misionales fueran limitadas llevó a que se establecieran ranchos misionales que compensaran el rezago productivo. Los cultivos trabajados en los complejos dominicos eran de riego y se pudo cosechar principalmente vid, trigo, cebada, frijol, maíz, lenteja y aceituna. Por otro lado, las tierras de pastoreo en la Frontera se vieron fuertemente desarrolladas. Todas las misiones dominicas alcanzaron elevados números de cabezas de ganado mayor, las cuales se encontraron diseminadas entre los campos cercanos al complejo misionales y los ranchos adscriptos a estos.

Durante el tiempo que estuvo activa la labor apostólica de la Orden de Predicadores, los complejos misionales de la Frontera se quedaron en las edificaciones provisionales de adobe que, más que a una representación estilística respondieron a la urgente necesidad de contar con estancias regulares para desarrollar las labores misionales, así como al aprovechamiento de los recursos que podían obtenerse del entorno. Esto hizo que los adobes fueran el aspecto constructivo más característico de los complejos misionales dominicos. La fabricación de estos se hizo a partir de tierra, lodo, pastos, arcillas y en algunos casos conchas marinas que se tomaban del entorno. Una vez moldeados y secos, se emplearon para levantar los gruesos muros de las estancias y habitaciones. Esto hizo que, en consecuencia, el uso de la piedra como material de construcción no fuera predominante en las misiones fundadas por los misioneros dominicos. Por lo general, su uso se limitó para formar los cimientos que sostenían las construcciones y para elaborar contrafuertes que reforzaran algunas paredes, como el que hubo en el muro oeste de la iglesia de Santo Domingo de la Frontera.

El desarrollo y la conformación de los complejos misionales estudiados no solo se vieron influidos y determinados por las condiciones ambientales del noroeste de la Antigua California. Al mismo tiempo, el espacio se vio modificado por la fundación, construcción y desarrollo de estos complejos. Con ellos, una forma distinta de apropiación y ocupación del espacio se desplegó. Los parajes fueron valorados en función de la utilidad y la suficiencia

que pudieran representar para el sostenimiento de una vida sedentaria de tipo occidental, basada en actividades agrícolas. La infraestructura hídrica construida alteró los cuerpos de agua de los que se alimentaba y que fueron incorporados a las labores productivas. En ese sentido, como también lo ha explicado Miguel Ángel Sorroche, los propios edificios misionales representaron una alteración profunda del paisaje, lo redefinieron a partir de prácticas distintas de habitabilidad y del asentamiento de representaciones y significados distintos, que en conjunto propiciaron que los complejos misionales se erigieran en referentes paisajísticos sobre los cuales el territorio fue construido.

Mucho antes de que la conquista misional dominica comenzara a hacerse presente en el norte de la Antigua California, este espacio ya era construido social y territorialmente por los grupos yumanos. Tanto cochimies, kiliwas, pa ipais, kumiais y cucapás compartían una cultura cazadora-recolectora-pescadora seminómada y practicaban una movilidad estacional que les permitió obtener una fuerte sensibilidad y un amplio conocimiento del entorno. Con esta ocupación utilitaria del espacio que practicaron, los indígenas alcanzaron un estado de subsistencia que se aproximó mucho a lo que autores como Marshall Sahlins denominaron “economía de la abundancia”. La movilidad estacional que practicaban los pueblos yumanos respondió a la disponibilidad de alimentos y agua, así como a los lazos de parentesco que formaban entre grupos. De esta forma, dominaron y se apropiaron del espacio, lo territorializaron hasta conformar sus áreas tradicionales. En ellas, los indígenas cazadores-recolectores-pescadores del norte peninsular construyeron un complejo paisaje cultural que estuvo sostenido en los elementos del entorno que fueron identificados como marcos naturales de referencia o geosímbolos, así como en aquellos parajes que se erigieron en estancias temporales, lugares sagrados y sitios rituales.

Este paisaje indígena conformado a partir de los territorios móviles que configuraban las bandas y los linajes yumanos, fue indispensable para localizar y levantar los complejos misionales dominicos. A través de la exploración del territorio y apoyados por algunos indígenas que sirvieron de intérpretes, los misioneros y soldados pudieron ubicar varios de los lugares de estancias temporales donde las bandas indígenas se reunían, las llamadas “rancherías”. En muchos de estos sitios se terminaron levantando las cabeceras misionales debido al gran número de “gentiles” que los frailes encontraron. Asimismo, los misioneros identificaron varias de las marcas naturales de referencia que articulaban los

territorios indígenas; reconocieron los principales puntos de agua, las estancias tradicionales de pesca y cacería, así como los caminos que conducían la movilidad estacional. Todo este conocimiento obtenido les permitió a los dominicos y a los militares saber en qué sitios establecer los complejos misionales, de manera que estos se erigieran como nuevos referentes paisajísticos para los indígenas que procuraban reducir y evangelizar.

No obstante, cabe mencionar que un aspecto pendiente para futuras investigaciones es incorporar el análisis etnohistórico de la cultura y la cosmovisión de los grupos seminómadas del norte de la península de California. Si bien en el presente trabajo se explican varios de los aspectos que configuraron la movilidad estacional y los territorios de los grupos yumanos, falta profundizar y ejemplificar los alcances culturales que tuvo esta vinculación estrecha con el espacio geográfico desarrollada por los indígenas antes, durante y después de la presencia dominica. Así como indagar más en el papel que dentro de la cosmovisión de los grupos yumanos desempeñaron las marcas naturales de referencia, los lugares sagrados, los sitios rituales y las estancias temporales.⁷¹³

Por otra parte, se mostró que la presencia y la ausencia indígena tuvieron repercusiones en la construcción de los complejos misionales. Ante la urgencia de contar pronto con un espacio en donde emprender las labores de reducción y conversión, las primeras construcciones de las fundaciones fueron levantadas por los sirvientes indígenas que acompañaban a los frailes y por los soldados de las escoltas. Una vez que se tenían indígenas reducidos en misión, entre las actividades en las que se procuró instruirlos estaba la albañilería. Sin embargo, las limitaciones productivas de las misiones, la frecuente huida de los llamados “indios cimarrones”, las enfermedades, así como la movilidad estacional que, pese a la presencia dominica, la mayoría de los indígenas siguieron practicando, impidieron que las fundaciones contaran con grandes poblaciones asentadas en los complejos misionales, complicándose así la formación de constructores especializados entre los indígenas reducidos. Esta situación, aunada a la falta de herramientas y recursos, ocasionó que, dentro del proceso constructivo de sustitución, los complejos misionales de la Frontera se mantuvieran en las construcciones de adobe durante todo el tiempo que duro la presencia dominica en la Baja California.

⁷¹³ En este sentido destaca el trabajo etnográfico de Everardo Garduño sobre el territorio kumiai. Garduño, *De lugares con historia a historia sin lugar*.

Puesto que en la conversión de los “infieles” venía dado el dominio del espacio, la misión persistió como una estrategia de conquista y expansión territoriales a disposición de la Corona. Este carácter territorial de la misión se vio en las líneas de avance que los frailes dominicos condujeron en el norte de la Antigua California, al llevar primero sus fundaciones hasta los confines de San Diego y luego hacia las serranías con el objetivo de alcanzar el río Colorado. Asimismo, se pudo ver cómo este carácter territorial de la misión jugó un papel crucial en la fronterización del espacio norte y, por ende, cobró una mayor relevancia en aquellas áreas que fueron definidas fronteras, porque existía la necesidad y la urgencia de implantar en ellas un control que, mediante la evangelización y el adoctrinamiento, redujera y limitara la movilidad de los grupos “gentiles” y evidenciara una presencia hispánica que inhibiera a otras potencias europeas. En ese sentido, en los complejos misionales dominicos levantados en la Frontera se identificaron varios elementos que respondieron a ese carácter territorial de la misión. El más destacado de estos fue el aspecto de fortaleza que tuvo el programa arquitectónico de cada uno de los complejos misionales levantados a lo largo de la presencia dominica en la Antigua California.

Los cuadrángulos misionales cerrados por muros y edificios de gruesos adobes, protegidos a su vez por murallas exteriores con torres, hicieron que el carácter defensivo se viera desplegado en todo el complejo y no solo en las iglesias. Esta particularidad también respondió al hecho de que en la Frontera el binomio del dominio compuesto por la misión y el presidio se dio de un modo indirecto y las defensas estuvieran dirigidas por una comandancia militar. Se cree que esta circunstancia también llevó a que el programa arquitectónico de las misiones dominicas se aproximara mucho al plano de los presidios, pues cada una de las fundaciones debió establecer sus propias defensas ante los posibles levantamientos o ataques indígenas que pudieran suscitarse en un espacio que de por sí fue percibido hostil y salvaje. En ese sentido, se demostró que los complejos misionales fueron acondicionados no para expandir las fronteras, como una parte de la historiografía lo sigue afirmando, sino para situarse en ellas y lograr reducirlas.

Por otro lado, el sentido de misión dado por los religiosos dominicos se vio materializado en los complejos misionales levantados en la Frontera. Además del espacio geográfico y el ambiente, los complejos misionales estuvieron ceñidos a las ideas teológicas que regían a los frailes. De esa forma, las construcciones de adobe que dominaron el paisaje

misional de la Frontera parecieran haberse adecuado a los requerimientos visuales y materiales de sencillez que exigía la Orden de Predicadores. Los espacios lisos, cerrados y con pocas ventanas de los muros de adobes encalados reflejaron de algún modo la pobreza del cristianismo primitivo. Con esto se buscó, en un sentido pedagógico, que la atención de los neófitos se centrara en los elementos religiosos. La expresividad, en consecuencia, se vio reservada en los interiores de las iglesias, donde los crucifijos, los cuadros y las figuras de bulto conjugaban la iconografía que los misioneros querían que los indígenas recibieran.

Asimismo, en la distribución espacial de las estancias y habitaciones de los complejos misionales se pudo identificar el método de reducción y conversión desplegado por los dominicos. Este se vio materializado en los espacios cerrados y delimitados de los cuadrángulos misionales; controlados por la dirección de los frailes, regidos a toque de campana, rezos y cantos, y en donde las estancias y las labores productivas estuvieron diferenciadas en razón del género, para que no se juntaran hombres con mujeres. De igual manera, se cree que, en virtud del carácter misional dominico, el cuadrángulo misional era un espacio reservado para los misioneros, los soldados y los indígenas neófitos, y restringido, por otro lado, para los gentiles mientras estos no optaran en incorporarse a la misión o fueran reducidos en ella a la fuerza.

La fundación y la edificación de los complejos misionales dominicos de la península de California significaron la construcción de territorialidades que, en el marco de la expansión colonial de finales del siglo XVIII, respondían a los intereses que tenía la Corona española por extender sus conquistas y consolidar sus dominios frente a la presencia extranjera. No obstante, estos complejos misionales también se incluyen o podrían considerarse como una vertiente más del proceso histórico y territorial que fue la conquista del norte de la Nueva España, que derivó en la creación de una frontera virreinal. En especial porque las misiones que aquí se estudiaron fueron proyectadas para reducir y evangelizar a los indígenas de un territorio que fue definido como frontera; porque en sí mismas, al haberse tratado de conquistas vivas en frontera de gentiles, estas misiones dominicas configuraron un territorio que terminó por tomar como nombre propio el de Frontera.

Debido a que los complejos misionales dominicos fueron lugares donde se materializó la apropiación y la territorialización del espacio de gentilidad intermedio entre las dos Californias, fue necesario el estudio de los procesos de conquista, apropiación y

dominio que construyeron a las fronteras virreinales. Como se vio, la frontera para nada fue un espacio previamente establecido ni preexistente a la ocupación hispánica, sino que fue un territorio construido a partir de una idea de conquista. Como explica Cecilia Sheridan, la frontera fue resultado de la territorialización del espacio no controlado, es decir, de un proceso que arrancó con las primeras impresiones que se elaboraron al momento de ser explorado y al verlo como posibilidad, y que llegó al punto de definirlo frontera, de crearlo como objeto de control imperial. Todo esto a partir de las percepciones o definiciones que se realizaron en torno a los pobladores indígenas y que hicieron de estos gentiles, bárbaros, miserables y salvajes susceptibles de conquista y conversión.

Esta idea de fronteridad que motivó el despliegue misional en las regiones pobladas por los grupos cazadores-recolectores-pescadores se vio reforzada, asimismo, por los propios espacios misionales, porque en ellos se llevaron a cabo las prácticas de reducción y conversión pensadas para lograr la transformación de los gentiles y para dominar un territorio considerado hostil.

El análisis de los complejos misionales, por otro lado, permitió transparentar que la presencia dominica y la colonización a partir de la evangelización y la reducción de los indígenas de la península, o al menos los del extremo noroeste de esta, se desarrollaron a través de dos espacialidades o líneas de avance que desplegaron la construcción territorial del espacio. De igual forma, este estudio permitió ver que el proceso histórico que derivó en el declive de la presencia misional dominica en Baja California, el cual abarcó poco más de la primera mitad del siglo XIX, ya no correspondía a las líneas de avance territorial que encauzaron los dominicos y los soldados a través de las fundaciones levantadas. No obstante, el análisis del declive misional dominico fue sumamente relevante por los fuertes efectos espaciales que este proceso histórico tuvo en los complejos misionales porque, en tanto periodo de transición, fue posible rastrearlo en los espacios donde los hechos sucedieron.

La presencia de los dominicos en el norte de la península de California se vio desarrollada, fundamentalmente, en las dos líneas de avance que se trazaron a partir de 1774 y que en conjunto constituyeron el territorio de la Frontera: el camino misional a la Alta California y la “conquista espiritual” hacia el río Colorado. En estas dos líneas de avance se recogieron varios puntos del proyecto colonizador impulsado por José de Gálvez y respondieron, a su vez, a los acuerdos vertidos en el convenio franciscano dominico de 1772.

En el transcurso de las dos espacialidades configuradas por las fundaciones dominicas, el extremo noroeste de la península fue descrito y definido, los grupos indígenas fueron localizados y el espacio se fue articulando en función del interés que había por alcanzar una integración territorial de las provincias, así como por conseguir la total reducción de los grupos indígenas. Los complejos misionales que se levantaron, territorializaron el espacio al implantar modos distintos de apropiación y ocupación que respondían a una vida sedentaria cimentada en la agricultura y la cría de ganado, una manera diferente de habitarlo. Todos estos elementos que se desarrollaron a partir de los complejos misionales conformaron un paisaje cultural que fue posible dilucidar a partir del análisis de los complejos de Santo Domingo de la Frontera, para el caso del camino misional a la Nueva California, y San Pedro Mártir de Verona, para el caso del camino serrano que se intentó abrir hacia el río Colorado.

Por otra parte, se demostró que las fisuras en la presencia misional dominica no se dieron a raíz de la lucha de independencia, venían desde antes de que comenzara el siglo XIX. No obstante, a los pocos años de arrancar la nueva centuria, estas grietas se acentuaron y no dejaron de agudizarse hasta la clausura de la presidencia de las misiones dominicas en Baja California en 1854. Fueron muchos los factores que ocasionaron estas fisuras y que derivaron en el colapso final de las misiones dominicas. Es muy probable que el principal de estos haya sido la disminución en el número de misioneros dominicos, que se dio como consecuencia de una serie de circunstancias externas a la península de California, tales como la invasión napoleónica en España, la guerra de independencia y la indiferencia de la provincia mexicana dominica. Entre los otros factores que propiciaron el declive misional, pudieron identificarse el despoblamiento indígena de los pueblos de misión a causa de las epidemias y la huida frecuente de los neófitos; las hostilidades de los indígenas no reducidos; la falta de recursos y bastimentos, así como la adjudicación u ocupación informal de las tierras misionales por parte de los soldados de las escoltas y sus familias, sobre todo a partir de la década de 1820. Todas estas circunstancias se hicieron presentes en la fábrica de las estancias y habitaciones de las misiones. Sus efectos cobraron dimensión espacial y ocasionaron el paulatino descuido y deterioro de los complejos misionales, hasta dar con la eventual clausura de cada una de las fundaciones. Este proceso dio paso a la reapropiación, transformación y resignificación de dichos complejos, como fue el caso de Santo Tomás de

Aquino, aquí analizado, que de complejo misional pasó a albergar una colonia militar, una vez que las misiones fueron finalmente clausuradas.

Por último, el análisis de los complejos misionales dominicos a partir de estas dos líneas de avance referidas y del proceso histórico de declive misional, evidenció que las periodizaciones y los cortes temporales no siempre son contundentes, o al menos no resultan ser tan marcados en algunas regiones. Aunque la independencia de México fue jurada en Baja California en 1822, este acontecimiento no vino seguido de cambios inmediatos en la realidad de la península. A pesar de los ánimos seculares que iban imperando en la época, las misiones se mantuvieron activas por varios años más, sobre todo en la Frontera, y aunque la difícil situación que venían arrastrando desde finales del siglo XVIII se vio más precarizada aún, la articulación del territorio continuó dándose a través de los complejos misionales y los frailes siguieron teniendo una fuerte presencia en las relaciones de la sociedad bajacaliforniana, al menos hasta mediados del siglo XIX. Con todo y los quiebres, el virreinato siguió experimentándose espacialmente en la península y varias de sus estructuras permearon durante las primeras décadas de vida independiente.

ANEXO: RELACIÓN Y LOCALIZACIÓN DE LOS COMPLEJOS MISIONALES DOMINICOS

Número	Complejo Misional	Orden Fundadora	Fundación	Clausura	Localización	Comentario
1	El Descanso	Dominicos	¿1809-1810?	1839	N 23° 12.281' W 116° 54.323'	En realidad se trató de una nueva cabecera misional para San Miguel Arcángel de la Frontera
2	San Miguel Arcángel de la Frontera	Dominicos	1787	1839	N 32° 05.679' W 116° 51.314'	Trasladada en una ocasión por falta de agua
3	Nuestra Señora de Guadalupe	Dominicos	1834	1840	N 32° 05.445' W 116° 34.571'	Sin traslado
4	Santa Catalina Virgen y Mártir	Dominicos	1797	1840	N 31° 39.483' W 115° 49.752'	Sin traslado
5	Santo Tomás de Aquino	Dominicos	1791	1849	N 31° 33.513' W 116° 24.817'	Trasladada en una ocasión por insalubridad de la ciénaga adyacente
6	San Vicente Ferrer	Dominicos	1780	1833	N 31° 19.375' W 116° 15.547'	Sin traslado
7	Santo Domingo de la Frontera	Dominicos	1775	1839	N 30° 46.249' W 115° 56.204'	Trasladada en una ocasión por falta de agua
8	San Pedro Mártir	Dominicos	1794	1811	N 30° 47.303' W 115° 28.325'	Trasladada en una ocasión por fuertes nevadas y el asedio de los "gentiles"
9	Nuestra Señora del Santísimo Rosario de Viñadaco	Dominicos	1774	1832	N 30° 02.485' W 115° 44.335'	Trasladada en una ocasión por falta de agua

Nota: El orden en el que están enlistados los complejos misionales dominicos es geográfico, es decir, va de la misión más norteña a la más sureña en la región de la Frontera.

ARCHIVOS

AGN: Archivo General de la Nación

AD-IIH: Acervo Documental del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California (IIH-UABC)

AM-IIH: Acervo de Microfilm del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California (IIH-UABC)

AGI: Archivo General de Indias, Sevilla, España

AHPLM: Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Baja California Sur

AHPSM-IDIH: Archivo Histórico de la Provincia de Santiago de México en el Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas, Querétaro

BIBLIOGRAFÍA

Aguayo Monay, José Alejandro. “El concordato franciscano-dominico de 1772: negociaciones sobre la división misionera de las Californias”. *Meyibó* Año 3, núm. 5 (junio de 2012): 107–32.

Alcántara-G., Martirene. *Las misiones franciscanas de fray Junípero Serra*. 1. ed. Círculo de arte. Arquitectura. México, D.F: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 2005.

Alric, Henry J.A. *Apuntes de un viaje por los dos océanos, el interior de América y de una guerra civil en el norte de la Baja California*. 1ra. Edición. Colección Baja California: Nuestra Historia 9. Mexicali: Secretaría de Educación Pública - Universidad Autónoma de Baja California, 1995.

Apuntes históricos de Manuel Clemente Rojo sobre Baja California. Gobierno del estado de Baja California Sur. Cronistas 12. La Paz, Baja California Sur, México, 1996.

Baegert, Juan Jacobo. *Noticias de la península americana de California*. La Paz, Baja California Sur, México: Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2013.

Baena Reina, Fuensanta. “De ‘tierra inhóspita’ a ‘tierra de misiones’: Baja California y la última frontera jesuítica (1683-1767)”. *Trashumante. Revista americana de historia social* 4 (2014): 88–110.

Bendímez Patterson, Julia, y John W. Foster. “Las ruinas posibles de Casilepe en la Sierra San Pedro Mártir, Baja California”. *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California*, Tomo 1, 2000.

Bendímez Patterson, Julia, y Don Laylander. “Wenceslao Linck y la última frontera jesuita en Baja California”. En *Antología de la Baja California hispánica*, editado por Julia Bendímez Patterson y Lucila León Velazco, 88–103. Mexicali: Corredor Histórico CAREM A.C., 2016.

Bernabéu Albert, Salvador. “La frontera californica: de las expediciones cortesianas a la presencia convulsiva de Gálvez (1534-1767)”. En *Estudios (nuevos y viejos) de la frontera*,

editado por Francisco Solano y Salvador Bernabéu Albert, 85-. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos/Departamento de Historia de América, 1991.

Bernabéu, Salvador. *Edificar en desiertos. Los informes de fray Vicente de Mora sobre Baja California en 1777*. México: Embajada de España, 1992.

———. “‘la religión ofendida’. Resistencia y rebeliones indígenas en la Baja California colonial”. *Revista Complutense de Historia de América*, núm. Núm. 20 (1994): 169–80.

Bolton, Herbert Eugene. “La misión como institución de la frontera en el septentrión de la Nueva España”. En *Estudios (nuevos y viejos) de la frontera*, editado por Francisco Solano y Salvador Bernabéu Albert, 45–60. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos/Departamento de Historia de América, 1991.

Bonialian Assadourian, Mariano Ardash. “Comercio y atlantización del Pacífico mexicano y sudamericano: La crisis del lago indiano y del Galeón de Manila, 1750-1821”. *América Latina en la Historia Económica* 24, núm. 1 (el 1 de enero de 2017): 7–36.

Bravo Contreras, Judith. “La elaboración de cestería y cerámica como estrategia de supervivencia cultural en la población nativa de Baja California”. En *Encuentro Binacional Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California Ensenada, Baja California*, 116–23. Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, Tomo 2, 2001.

Cariño Olvera, Micheline, y Lorella Castorena Davis. “Las misiones jesuíticas de Baja California Sur (1697-1768): cambio cultural/ambiental”. En *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California: estado de la cuestión y perspectivas de futuro*, editado por Miguel Ángel Sorroche Cuerva y Lorella Castorena Davis, 113–62. Atrio patrimonio 3. Granada: Editorial Atrio, 2011.

Castillo Murillo, David Benjamín. “La persistencia de la tradición: Frederick Jackson Turner, los turnerianos, la expansión americana hacia el Oeste”. *Meyibó* 17 (junio de 2019): 7–45.

Chávez Moreno, Wilfredo. “Dominicos y neófitos: origen del campo católico en la frontera misional dominica de Baja California a finales del siglo XVIII e inicios del XIX”. Tesis para

obtener el grado de Maestría en Estudios Socioculturales, Universidad Autónoma de Baja California, 2018.

———. “Escasez, conflicto y naufragios: reclutamiento de dominicos españoles para las misiones de California a fines del siglo XVIII”. *Meyibó* Año 8, núm. 15 (junio de 2018): 45–75.

Chávez Reyes, Carlos. “Trabajos de protección y conservación en los sitios misionales de Baja California”, 161–63. *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California*, Tomo 7, 2006.

De la Torre Curiel, José Refugio. “Evocando paisajes distantes: exploraciones y narrativas franciscanas sobre Arizona en el siglo XVIII”. En *Jesuitas y franciscanos en las fronteras de Nueva España, siglos XVI-XIX*, de José Refugio De la Torre Curiel y Gilberto López Castillo, 176–220. México: Siglo XXI/El Colegio de Jalisco, 2020.

De la Torre Curiel, José Refugio, y Gilberto López Castillo. *Jesuitas y franciscanos en las fronteras de Nueva España, siglos XVI-XIX*. México: Siglo XXI/El Colegio de Jalisco, 2020.

De tierra, madera y piedra. Sistemas de construcción en las misiones de Baja California en el siglo XVIII. Video. Académico General UACJ, 2016. <https://www.youtube.com/watch?v=1z13bmmQXRg&t=380s>.

Del Valle, Ivonne. *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*. Primera Edición. Siglo XXI, 2009.

Espinoza Meléndez, Pedro. “Historia de una tierra de misión en el noroeste mexicano. La Diócesis de las Californias y el Vicariato Apostólico de la Baja California, 1840-1939”. Tesis para obtener el grado de Doctor en Historia, Centro de Estudios Históricos - El Colegio de México, 2021.

Esponera Cerdán, Alfonso. “Baja California y sus misiones en la década de 1780”. En *Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico*. Hispania Sacra 53, 2001.

Ettinger, Catherine R. “Una nueva domesticidad. Los indígenas de la Alta California y la vivienda misional”. *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos [Online]*, 2010. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.58264>.

Fierro Nuño, Gabriel. “Apropiación del espacio misional: restauración y memoria en Santa Gertrudis, Baja California”. Tesis para obtener el grado de Maestría en Historia, Universidad Autónoma de Baja Californias - Instituto de Investigaciones Históricas, 2020.

García Ayluardo, Clara. “Introducción. Las paradojas de las reformas”. En *Las reformas borbónicas, 1750-1808*, editado por Clara García Ayluardo, 1. ed. Sección de obras de historia. Serie Historia crítica de las modernizaciones en México 1. México, D.F: Fondo de Cultura Económica, 2010.

———. “Re-formar la Iglesia novohispana”. En *Las reformas borbónicas, 1750-1808*, editado por Clara García Ayluardo, 1. ed., 225–87. Sección de obras de historia. Serie Historia crítica de las modernizaciones en México 1. México, D.F: Fondo de Cultura Económica, 2010.

García Malagón, Alejandro. “Los presidios en el septentrión novohispano en el siglo XVIII”. *Naveg@américa. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas* 18 (2017).

García Martínez, Bernardo. *Las regiones de México*. El Colegio de México, 2016.

Garduño, Everardo. *De lugares con historia a historia sin lugar: geografía simbólica del pueblo kumiai*. Estados Unidos: Casa Editorial Abismo, 2014.

———. *Yumanos. Pueblos Indígenas de México en el siglo XXI* 1. México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2015.

Gerhard, Peter. “Misiones de Baja California”. *Historia Mexicana* III, núm. 4 (junio de 1954): 600–605.

González Mora, Felipe. “Arquitectura del templo misionero en las reducciones jesuíticas del Casanare, Meta y Orinoco, siglos XVIII-XVIII. Estudio de interpretación espacial basado en fuentes documentales primarias y publicadas”. *Apuntes* 20, núm. 1 (2007): 34–49.

González–Abraham, Charlotte E., Pedro P. Garcillán, Exequiel Ezcurra, y Grupo de Trabajo de Ecorregiones. “Ecorregiones de la península de Baja California: Una síntesis”. *Boletín de la Sociedad Botánica de México*, núm. 87 (diciembre de 2010): 69–82.

Gutiérrez Arriola, Cecilia. “Misiones del Nayar: la postrera obra de los jesuitas en la Nueva España”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM* 91 (2007). <http://www.analesiie.unam.mx/index.php/analesiie/article/view/2249/2664>.

Hausberger, Bernd. *Historia mínima de la globalización temprana*. México: Colegio de México, 2018.

———. “La violencia en la conquista espiritual. Las misiones jesuitas de Sonora”. En *Miradas a la misión jesuita en la Nueva España*, 89–115. Colegio de México, 2015.

Hernández, Francisco. “Arquitectura misional en el noroeste del septentrión novohispano”. *Boletín de Monumentos Históricos Tercera época*, núm. 38 (2016).

———. “Construcciones misionales en el noroeste del septentrión de la Nueva España, provincia de Sonora, siglo XVIII.” *Boletín de Monumentos Históricos Tercera época*, núm. 35 (2015).

Hoover, Robert L. “Excavaciones en la misión San Antonio de Padua, Alta California”. *Estudios Fronterizos*, núm. Núm. 35-36 (diciembre de 1995): 127–49.

Jackson, Robert H. “The changing economic structure of the Alta California missions: A reinterpretation”. *Pacific Historical Review* 61, núm. 1 (mayo de 1992): 387–415.

———. “Una frustrada evangelización: las limitaciones del cambio social, cultural y religioso en los ‘pueblos errantes’ de las misiones del desierto central de la Baja California y la región de la costa del Golfo de Texas”. *Fronteras de historia* 006 (2001): 7–40.

Kubler, George. *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.

Kurillo, Max R. “A Visual Survey of a Dominican Mission Site: Misión San Pedro Mártir de Verona”. *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 33, núm. 3 (summer de 1997): 37–53.

Las misiones jesuíticas de Sonora, México. Video. Sergio Gabriel Raczko, 2018. <https://www.youtube.com/watch?v=ENipPfPvzTM&t=1336s>.

León Velazco, Lucila. “Indígenas y misioneros en Baja California”. En *Arqueología de nuestra región, Tecate, Baja California*, 118–25. Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, Tomo 4, 2003.

———. “Los soldados de La Frontera en la primera mitad del siglo XIX”, 68–75. Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, Tomo 14, 2013.

———. “San Vicente en el contexto de la frontera”, 105–15. Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, Tomo 2, 2001.

León-Portilla, Miguel, y José María Muriá. *Documentos para la historia de Baja California: siglo XIX*. México: Fundación Manuel Arango, 2009.

López de Juambelz, Rocío, y R. Brooks Jeffery. *Sistemas tradicionales constructivos. Terrados y otras techumbres*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Arquitectura, 2015.

López Guzmán, Rafael, Ana Ruiz Gutiérrez, y Miguel Ángel Sorroche Cuerva. “Sistemas constructivos en la arquitectura religiosa del siglo XVIII en las misiones de Baja California del Sur (México)”. En *Actas del Quinto Congreso Nacional de Historia de la Construcción, Burgos, 7 - 9 de junio del 2007*, editado por Miguel Arenillas Parra, Cristina Segura Graíño, Francisco Bueno Hernández, y Santiago Huerta Fernández, 2:577–86. España: Instituto Juan de Herrera: Ministerio de Fomento; Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas; CEDEX, 2007.

Magaña, Mario Alberto. *Comandancia militar de Fronteras en la Baja California. Antología documental (1775-1850)*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California-Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, 2018.

———. “De pueblo de misión a pueblo fronterero: historia de la tenencia de la tierra en el norte de la Baja California, 1769-1861”. *Estudios Fronterizos* 10, núm. 19 (junio de 2009): 119–56.

———. “El poblamiento colonial en el área central de las California (1769-1870)”. En *Población y nomadismo en el área central de las Californias*, 13–54. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California-Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, 2015.

———. *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*. Segunda. México: Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2017.

———. “La importancia de la arqueología en la reconstrucción histórica de Santo Domingo”. En *Encuentro Binacional Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California*, 99–104. Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, Tomo 2, 2001.

———. “La transferencia misional en el contexto de la secularización liberal en el área central de las Californias, 1808-1834”. En *Imaginarios misioneros. Arte, arquitectura y testimonios de la evangelización en la frontera de la Nueva España*, 75–102. Centro Cultural Tijuana, 2020.

———. *Población y misiones de Baja California*. Primera Edición. México: COLEF, 1998.

———. *Población y nomadismo en el área central de las Californias*. Universidad Autónoma de Baja California., 2015.

———. “Sobre nuevo método de Gobierno espiritual de misiones de Californias. por fray Rafael Verger, 1772”. *Relaciones* 139 (verano de 2014): 197–229.

Magaña, Mario Alberto, y José Alejandro Aguayo Monay. *La división de las misiones de la California de 1772*. México: Universidad Autónoma de Baja California-Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, 2020.

Manríquez, Ricardo Daniel. *Historia de las misiones dominicas de la Baja California (1779-1809)*. México: Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2017.

Martín Gabaldón, Marta. “Espacio, territorio y paisaje cultural en los estudios coloniales: qué, para qué, cómo y hacia dónde”. En *Enfoques y perspectivas para la historia de Nueva España*, de María del Pilar Martínez López-Cano, 161–202. Teoría e Historia de la Historiografía 15. México: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2021.

Mathes, Michael. *Misiones en el Camino Real Misionero del Estado de Baja California*. Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Centro INAH en Baja California, 2003.

———. “Nuestra Señora de Guadalupe: última misión de la Californias y teatro de conflictos, 1795-1840”. En *Arqueología de nuestra región, Tecate, Baja California*, 126–30. Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, Tomo 4, 2003.

Meigs III, Peveril. *La frontera misional dominica en Baja California*. 2da. Edición. Colección Baja California: Nuestra Historia 7. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 2005.

Muñoz González, María del Mar. “El sistema de rancherías: revisión de conceptos en el contexto de las misiones jesuíticas de la península de California (1697-1768)”. *IHS. Antiguos Jesuitas en Iberoamérica* 3, núm. 1 (2015): 67–85.

Nieser, Albert B. *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*. México: UABC, 1998.

Ortega Soto, Martha. *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*. Primera edición. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2001.

———. “Colonización de la Alta California: primeros asentamientos españoles”. *Signos históricos* I, núm. 1 (junio de 1999): 82–102.

———. “Fuerte Ross: la incapacidad de las autoridades españolas para proteger Alta California”. En *Antología de la Baja California hispánica*, editado por Julia Bendímez Patterson y Lucila León Velazco, 277–96. Mexicali: Corredor Histórico CAREM A.C., 2016.

———. “La secularización de las misiones en Alta California”. *Boletín del Archivo General de la Nación* 20, núm. Sexta época (junio de 2008): 10–39.

———. “Ross: la colonización rusa frente a la española”. En *El septentrión novohispano: ecohistoria, sociedades e imágenes de frontera*, editado por Salvador Bernabéu, 123–37. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.

Ortiz Macedo, Luis. *El arte del México virreinal*. SEP setentas. México: Secretaría de Educación Pública, 1972.

Palou, Francisco. *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterey*. México: Porrúa, 2007.

Po-Chia Hsia, Ronald. “Disciplina social y catolicismo en la Europa de los siglos XVI y XVII”. *Manuscripts*, núm. 25 (2007): 29–43.

Reyes, Barbara O. *Private women, public lives. Gender and the Missions of the Californias*. Estados Unidos: University of Chicago Press Chicago Distribution Center, 2009.

Ricard, Robert. *La conquista espiritual de México*. México: FCE, 2017.

Río, Ignacio del. “La adjudicación de las misiones de la antigua California a los padres dominicos”. *Estudios de Historia Novohispana-UNAM* 18 (1997): 69–82.

Rodríguez Tomp, Rosa Elba. “La cultura indígena en la península de California. Unidad en la diversidad”. En *Historia General de Baja California Sur III. Región, sociedad y cultura*, editado por Edith González Cruz y Francisco Altable, 707–28. La Paz, Baja California Sur, México: Universidad Autónoma de Baja California Sur-Seminario de Investigación en Historia Regional, 2004.

———. “Memoria y etnicidad. La recreación del pasado entre los pueblos yumanos”. En *Historia, memoria y sus lugares: lecturas sobre la construcción del pasado y la nación en México*, 59–87. Mexicali, Baja California: Universidad Autónoma de Baja California-Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, 2014.

Rojas, Beatriz. “Orden de gobierno y organización del territorio: Nueva España hacia una nueva territorialidad, 1786-1825”. En *Las reformas borbónicas, 1750-1808*, editado por Clara García Ayuardo, 1. ed., 131–63. Sección de obras de historia. Serie Historia crítica de las modernizaciones en México 1. México, D.F: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Rojo, Clemente. *Apuntes históricos de la Frontera de la Baja California*. Vol. 1. Colección de documentos sobre la Historia y la Geografía del Municipio de Ensenada. México: Lecturas

Californianas/Museo de Historia de Ensenada/Seminario de Historia de Baja California, 2000.

Ruiz de Gordejuela Urquijo, Jesús. “La independencia de México y las misiones de las Californias: españoles versus mexicanos, 1821-1833”. *Boletín americanista* 57 (2007): 219–32.

Ruiz Gutiérrez, Ana, y Miguel Ángel Sorroche Cuerva. “Jesuitas, franciscanos y dominicos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII”. En *Espacios de tránsito. Procesos culturales entre el Atlántico y el Pacífico*, editado por María Isabel Montoya Ramírez y Miguel Ángel Sorroche Cuerva, Editorial Universitaria., 45–66. Granada, 2014.

Sahlins, Marshall. *Las sociedades tribales*. Barcelona: Editorial Labor, 1972.

Sales, Luis. *Noticias de la Provincia de Californias*. Vol. 6. Colección de documentos sobre la Historia y la Geografía del Municipio de Ensenada. México: Lecturas Californianas/Museo de Historia de Ensenada/Seminario de Historia de Baja California, 2003.

Schlögel, Karl. *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*. España: Ediciones Siruela, 2007.

Sheridan Prieto, Cecilia. “Diversidad nativa, territorios y fronteras en el noroeste novohispano”. *Desacatos* 10 (otoño-invierno de 2002): 13–29.

———. *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*. Primera edición. México, D.F: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social: Instituto Mora, 2015.

Sorroche Cuerva, Miguel Ángel. “De aguajes a oasis. La construcción de un paisaje cultural en la península de Baja California”. En *Antología de la Baja California hispánica*, editado por Julia Bendímez Patterson y Lucila León Velazco, 256–76. Mexicali: Corredor Histórico CAREM A.C., 2016.

———. “Earthen structures in the missions of Baja California (México)”. En *Rammed earth conservation*, editado por Mileto C., Vegas F., y Cristini V. Londres: CRC Press, 2012.

———. “El paisaje cultural como patrimonio en Baja California”. *Millars. Espai i Història* XXXIV (2011): 119–39.

———. “Herencia e identidad. El patrimonio cultural en Baja California”. En *Baja California: memoria, herencia e identidad patrimonial*, editado por Miguel Ángel Sorroche Cuerva, 17–61. Granada: Universidad de Granada, 2014.

———. “Materiales y técnicas constructivas en Baja California: las misiones jesuitas en el siglo XVIII”. En *Tradiciones constructivas de tierra y su pertinencia actual*, editado por Yuko Kita. Chihuahua, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2018.

Sorroche Cuerva, Miguel Ángel, y Ana Ruiz Gutiérrez. “Los sistemas de irrigación en las misiones californianas (siglos XVIII y XIX)”. *Boletín de Monumentos Históricos Tercera Época*, núm. 32 (2014): 124–48.

Sorroche, Miguel Ángel. “Las instituciones de frontera: la arquitectura misional en Baja California en los siglos XVIII-XIX”. *Meyibó* 4 (diciembre de 2011): 7–40.

Trasviña Moreno, Luis Alberto. *Gobierno y misiones durante la administración dominica en la Antigua California (1772-1855)*. La Paz, Baja California Sur, México: Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2019.

Trejo Barajas, Dení. “El océano Pacífico en el cruce de intereses imperiales. Una perspectiva desde la costa noroeste de la Nueva España al final del periodo colonial”. En *A 500 años del hallazgo del Pacífico: la presencia novohispana en el Mar del Sur*, editado por Carmen Yuste López y Guadalupe Pinzón Ríos, Primera edición., 363–81. Serie Historia general / Instituto de Investigaciones Históricas 33. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.

Ulloa, Daniel. *Los predicadores divididos. Los dominicos en Nueva España, siglo XVI*. México: El Colegio de México, 1977.

Velasco Pegueros, Blanca Alejandra. “¡Aquí estamos! Identidad, memoria y territorialidad del pueblo cochimí de Baja California”. Tesis para obtener el grado de Maestría en Desarrollo Rural, Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Xochimilco, 2017.

Vernon, Edward W. *Las misiones antiguas: The Spanish missions of Baja California, 1683-1855*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2002.

Vicente, Mora. “Copia de las ordenaciones para el gobierno espiritual y temporal de las misiones de la Península de California”, el 1 de enero de 1774. Miscelánea [1.2]. IIH-UABC.

Viniegra, Juan Manuel de. “Apuntamiento instructivo de la expedición que el excelentísimo señor Don José de Gálvez, visitador General de Nueva España, hizo a la península de Californias, Provincias de Sonora y Nueva Vizcaya, desde que la residió y emprendió; hasta que volvió a México”, el 10 de octubre de 1771.

Vítar, Beatriz. “Hilar, teñir y tejer. El trabajo femenino en las misiones jesuíticas del Chaco (siglo XVIII)”. *Anuario de Estudios Americanos* 72, núm. 2 (diciembre de 2015): 661–92.

Weber, David J. *La frontera española en América del Norte*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

Zárate Loperena, David. “La guerra kumiai en las postrimerías del siglo XVIII y la fundación de San Miguel Arcángel”. *Estudios Fronterizos* 14 (diciembre de 1987): 87–97.

Zuñiga y Ontiveros, Felipe de, ed. “Reglamento para el gobierno de la provincia de Californias, 1781”, 1784.